
Damas en Apuros
Rescatada por el Marqués
Bronwen Evans
USA Today Bestselling Author

RESCATADA POR EL MARQUÉS

ROMANCE DE REGENCIA OSCURO Y PROHIBIDO

DAMISELAS EN APUROS

LIBRO UNO

BRONWEN EVANS

Traducido por

JORGE RICARDO FELSEN

Derechos de autor

Copyright ***Rescatada Por El Marqués*** es una obra de ficción. Los nombres, lugares e incidentes son producto de la imaginación del autor o se usan ficticiamente. Cualquier parecido con eventos, lugares o personas reales, vivas o muertas, es pura coincidencia. Copyright © 2026 por Bronwen Evans Todos los derechos reservados.

Publicado en España por Bronwen Evans Autor.

Traductor Jorge Ricardo Felsen

bronwenevans.com

ÍNDICE

Introducción

Prólogo
Capítulo Uno
Capítulo Dos
Capítulo Tres
Capítulo Cuatro
Capítulo Cinco
Capítulo Seis
Capítulo Siete
Capítulo Ocho
Capítulo Nueve
Capítulo Diez
Capítulo Once
Capítulo Doce
Capítulo Trece
Capítulo Catorce
Capítulo Quince
Capítulo Dieciséis
Capítulo Diecisiete
Capítulo Dieciocho
Capítulo Diecinueve
Capítulo Veinte
Capítulo Veintiuno
Capítulo Veintidós
Capítulo Veintitrés
Epílogo

Acerca del Autor
Otras Obras de bronwen evans

INTRODUCCIÓN

¿Existen los héroes de verdad…

Oliver Sommerset, Marqués de Astor y heredero de un ducado, nunca ha pasado por uno. Pero cuando su amigo más cercano es asesinado por el despiadado Conde galés de Penharrow, Oliver cabalga hacia las tierras salvajes de Gales con la venganza ardiendo en la sangre — y el último ruego de un moribundo resonando en el corazón: libera a la mujer que Penharrow tiene cautiva.

Serena ha olvidado quién era antes de él. Su verdadero nombre. Su familia. La vida que le robaron cuando tenía seis años. Durante catorce años ha sobrevivido como prisionera de Penharrow, y los últimos cuatro como su amante a la fuerza, con la esperanza aplastada por la crueldad, por los intentos de fuga fallidos, y por el terrible precio que otros han pagado al tratar de ayudarla. Ha aprendido a no confiar en los hombres poderosos.

Entonces un lord peligroso de fríos ojos azules la arranca de las garras de Penharrow y le pide que huya.

Oliver no es el héroe que ella imaginó. Se lo dice sin rodeos: esto es venganza, no un rescate. Y mientras huyen a través de un terreno montañoso traicionero con los brutales secuaces de Penharrow cerrando el cerco, Serena no puede acallar la voz que le advierte

que un captor puede ser, simplemente, igual que otro. Oliver la mira como siempre la han mirado los hombres.

Pero también la mira como si ella importara.

Perseguidos a través de las tierras altas salvajes de Gales, Serena hace la cosa más peligrosa que ha hecho jamás: confiar. Sin embargo, la confianza trae sus propios peligros. Cuando lleguen a la seguridad del mundo privilegiado de Oliver, ¿cumplirá él su promesa y la dejará libre? ¿O simplemente ha cambiado una jaula dorada por otra?

Un oscuro romance de la Regencia…

Advertencia de contenido: Esta novela presenta a una heroína que escapa de un largo encierro restrictivo, con escenas retrospectivas de cautiverio y el miedo a su captor.

PRÓLOGO

Pabellón de Caza de Penharrow, Marcas Galesas - Marzo de 1813

LOS PRIMEROS AZAFRANES de primavera fueron la primera señal de esperanza que Megan había visto en semanas. Se arrodilló en la tierra fría del huerto de la cocina, sus dedos trabajaron con cuidado alrededor de las delicadas flores moradas, y se permitió imaginar, solo por un momento, que estaba en otro lugar. Que era otra persona.

Una mujer que elegía jardinería porque la disfrutaba, no porque era el único momento en que se le permitía salir de su jaula dorada.

—Señorita Megan.

La voz rompió la ilusión. Megan no levantó la vista de inmediato, tomándose un momento para componer su rostro en la cuidadosa máscara de serenidad que había perfeccionado con los años. Solo entonces se giró para ver a la señora Griffiths, el ama de llaves, de pie al borde del sendero del jardín. La expresión de la mujer mayor era de disculpa, pero su postura era rígida, consciente de que la estaban observando.

Siempre las observaban.

—Sí, señora Griffiths.

—Un mensaje, señorita Megan. De Su Señoría. —El ama de llaves extendió un papel doblado, sellado con el emblema de Penharrow: un cuervo que sostenía un corazón sangrante. Qué apropiado, pensó Megan con amargura, que hubiera elegido ese emblema.

Se levantó lentamente, sacudiéndose la tierra de las manos, consciente del guardia que estaba cerca de la puerta del jardín. Thomas, el más joven, que a veces la miraba con compasión antes de acordarse de sí mismo y desviar la mirada. No es que la compasión la ayudara. La compasión nunca ayudaba a nadie.

Megan miró la nota, y su corazón ya había comenzado su familiar y nauseabundo descenso hacia el temor. Penharrow estaba en Londres. Había estado en Londres casi cuatro semanas. El pabellón de caza había estado benditamente tranquilo, y ella había comenzado a esperar, tontamente, siempre tontamente, que quizás había encontrado algún nuevo interés que lo ocupara. Alguna nueva mujer a quien atormentar.

—Tendrá que leérmela. —Odiaba que Penharrow le prohibiera aprender a leer y escribir.

La señora Griffiths se la leyó.

Mi queridísima Megan,

Encuentro Londres inefablemente aburrido sin tu compañía. Regresaré esta tarde y espero que te encuentres debidamente preparada para mi llegada. Báñate a fondo. Ponte la seda verde, ya sabes cuál. Suelta el cabello. Iré a tus aposentos a las nueve en punto.

No me decepciones.

Siempre tuyo, P.

Las palabras eran educadas, casi tiernas, si uno no supiera la verdad. Pero Megan sabía la verdad. Sabía lo que significaba cada frase cuidadosamente elegida. Debidamente preparada significaba restregada hasta que su piel quedara en carne viva, perfumada con la fragancia que él prefería, cada vello depilado y cada imperfección oculta. *La seda verde* era el camisón que le había hecho hacer el año pasado, tan transparente que casi no existía. *No me decepciones* era una amenaza envuelta en lenguaje cortés.

Y sabía, con la certeza nacida de catorce años en su poder, exactamente lo que sucedería a las nueve en punto.

—¿Preparo su baño, mi señora? —preguntó la señora Griffiths en voz baja mientras arrugaba el mensaje en su puño. Los ojos del ama de llaves tenían esa misma compasión impotente que Megan había aprendido a despreciar. La compasión no cambiaba nada. La compasión era el lujo de quienes podían irse.

—Sí, gracias —dijo Megan mientras luchaba contra las lágrimas. Ya había derramado suficientes lágrimas por ese hombre, y no la haría derramar más—. Entraré en un momento.

La señora Griffiths dudó, luego hizo una reverencia y se retiró hacia la casa. Thomas, el guardia, permaneció en su puesto, con la mano apoyada en la pistola de su cinturón. No es que Megan fuera a huir. ¿Adónde iría? Estaban a millas del pueblo más cercano, aún más adentro de las salvajes montañas galesas. Ya había intentado huir antes.

Había aprendido.

Megan volvió a sus azafranes, arrodillándose de nuevo en la tierra. Sus manos temblaban ligeramente mientras tocaba los delicados pétalos, y se obligó a respirar lenta y uniformemente. El pánico no ayudaba. Las lágrimas no ayudaban. Ya había llorado todas sus lágrimas años atrás.

¿Cómo había llegado a esto?

La pregunta era casi ridícula por su inutilidad. Sabía exactamente cómo había llegado a esto. Podía trazar el camino con tanta claridad como la red de raíces bajo la tierra.

Tenía siete años en una feria del pueblo, agarrada de la mano de su niñera, encantada con los lazos, la música y los pasteles de miel. Y entonces un hombre apuesto le sonrió, le ofreció una manzana, y cuando su niñera se giró por solo un momento...

Desapareció.

Recordaba el viaje en carruaje, la forma en que la sonrisa del hombre apuesto se volvió fría cuando ella lloró por su mamá. Recordaba haber llegado a esta misma casa, que le dijeran que su nombre era ahora Megan, que su antigua vida había terminado, que

pertenecía al conde de Penharrow, y que más le valía aprender a estar agradecida.

Durante años, la había mantenido como una muñeca. La vestía con ropas finas, le hacía dar lecciones de porte y de cómo tocar el pianoforte, pero nunca le permitió aprender sus letras. Ahora sabía que era para que no pudiera usar notas para pedir ayuda. Le había dado juguetes y baratijas y le había dicho que era su niña especial, su tesoro, la hija que nunca había tenido.

Ella le había creído, como los niños desesperados creen las mentiras que hacen su cautiverio soportable.

Y entonces cumplió dieciséis años.

Megan cerró los ojos ante el recuerdo de aquella noche. La noche en que la farsa del afecto paternal se rompió, y ella supo para qué la había estado preparando todo ese tiempo. La noche en que luchó y gritó y descubrió que nadie vendría a ayudarla. Que a los sirvientes se les había dicho que ella era su pupila, una pariente lejana, problemática y propensa a ataques de histeria. Que el magistrado más cercano estaba en el bolsillo de Penharrow. Que estaba total, absolutamente sola.

Eso había sido hace cinco años.

Cinco años siendo su posesión, su juguete, su prisionera en todo menos en el nombre. Cinco años sonriendo cuando se le ordenaba, vistiendo lo que él escogía, aceptando su tacto porque negarse significaba castigo, no solo para ella, sino para cualquier sirviente que le mostrara amabilidad.

También había aprendido esa lección.

Sus dedos se detuvieron sobre los azafranes mientras el recuerdo emergía, agudo y amargo como la bilis.

Su nombre era Daniel. Un joven mozo de cuadra, de apenas veinte años, con ojos bondadosos y un trato gentil con los caballos. Era nuevo en el servicio de Penharrow, aún no entendía las reglas. Cuando Megan le pidió, en un momento de esperanza desesperada, si podía ayudarla a enviar un mensaje a las autoridades, a cualquiera que pudiera ayudarla, él aceptó.

Penharrow descubrió el plan en menos de un día.

Megan nunca olvidaría la mirada de Daniel desde la horca que Penharrow había erigido en el patio de las caballerizas. El conde no creía en entregar a los criminales a los magistrados cuando podía impartir su propia justicia. Robo, lo llamó. El mozo había robado a su empleador.

Todos sabían que era mentira.

Todos miraron de todos modos mientras Daniel era ahorcado, con el cuello roto, y su cuerpo balanceándose como advertencia.

Y Penharrow hizo mirar a Megan, con su mano suave sobre su hombro, y su voz susurrante en su oído: "¿Ves lo que pasa cuando me enfadas, querida? Odiaría que alguien más sufriera por tu insensatez."

Eso fue hace tres años. Desde entonces, Megan había dejado de pedir ayuda. Habían tenido un visitante recientemente, James. Se había negado a dejar que él la ayudara. Él se fue y ella dejó de intentar involucrar a otros en sus intentos de fuga. Porque había aprendido la verdad más cruel de todas: que Penharrow mataría a cualquiera que intentara liberarla, y la haría mirar.

No podía soportar más sangre en sus manos.

Una brisa susurró por el jardín, trayendo el olor a tierra húmeda y lluvia inminente. Megan miró al cielo gris, luego a los muros de piedra del pabellón de caza que había sido su prisión durante la mayor parte de su vida. En algún lugar más allá de esas montañas estaba el mundo que apenas recordaba. En algún lugar ahí fuera, la gente vivía libre, tomaba sus propias decisiones, amaba a quien quería.

Ella nunca sería una de ellos. Mientras Penharrow viviera.

El pensamiento se cristalizó con una claridad fría y repentina.

Mientras Penharrow viviera.

Había intentado escapar cuatro veces en los primeros años. Cada vez, él la había encontrado. La última vez le costó la vida a Daniel. Había intentado huir, esconderse, buscar ayuda de otros.

Quizás era hora de considerar un enfoque diferente.

Penharrow guardaba una pistola en su estudio. La había visto, una pieza de duelo, ornamentada y mortal. También guardaba una colección de cuchillos, recuerdos de sus viajes. Y luego estaban los

venenos domésticos: arsénico para las ratas, belladona en el jardín, una docena de sustancias que podían matar a un hombre si se administraban correctamente.

Megan había trabajado con el jardinero. Sabía qué plantas eran venenosas, cuáles causaban una muerte lenta, cuáles eran rápidas.

El pensamiento debería haberla horrorizado. Las mujeres buenas no contemplan el asesinato, pero Megan había dejado de fingir que era buena hacía mucho tiempo. La bondad era un lujo que se permitían las mujeres que tenían opciones. Ella solo tenía la supervivencia.

¿Qué pasaría cuando Penharrow se cansara de ella? ¿Y si envejecía demasiado?

No tenía ninguna duda de que simplemente la mataría.

Y si no podía escapar de Penharrow, quizás podía matarlo a él primero.

La idea era a la vez aterradora y estimulante. Nunca había matado a nadie. ¿Podría hacerlo? ¿Podría mirarlo a los ojos mientras el veneno hacía efecto, o apretar el gatillo, o hundir una hoja entre sus costillas?

El recuerdo del cuerpo de Daniel balanceándose desde la horca respondió a esa pregunta.

Sí. Podía.

Tendría que ser cuidadosa. Planificar meticulosamente. Penharrow era inteligente y desconfiado, y cualquier comportamiento inusual lo alertaría, pero ella también tenía ventajas. Él pensaba que estaba quebrada, sumisa, demasiado asustada para actuar. Pensaba que catorce años de cautiverio le habían enseñado indefensión.

Estaba equivocado.

Megan se puso de pie, sacudiéndose la tierra de las faldas. Los azafranes se mecían con la brisa, delicados y resistentes. Habían atravesado la tierra helada para alcanzar la luz. Habían sobrevivido.

Ella también.

Se volvió hacia la casa, su decisión tomada. Se bañaría como se le ordenaba. Se pondría la seda verde. Se sometería a él esta noche, como se había sometido innumerables noches antes.

Pero también observaría, esperaría y planearía.

Y cuando llegara el momento, cuando hubiera preparado todo a la perfección, cuando estuviera segura del éxito, actuaría.

Penharrow le había arrebatado todo. Su infancia. Su inocencia. Su libertad. Le había robado su propio nombre, su identidad, transformándola de lo que fuera a los siete años en esta criatura que él había moldeado para su placer.

Pero había cometido un error crucial.

La había mantenido con vida.

Y mientras ella viviera, era peligrosa.

—Mi señora —la llamó Thomas desde la puerta—. Mejor entre. Se acerca la lluvia.

Megan asintió y caminó hacia la casa, con la espalda recta, el rostro sereno. Parecía, lo sabía, la dama perfecta. Hermosa, refinada, obediente.

La prisionera de Penharrow.

Pero en su interior, donde él no podía ver, algo había cambiado. Una chispa se había encendido, pequeña pero creciente. No era esperanza, había aprendido a no esperar. Sino algo más duro. Algo frío y afilado como una hoja.

Determinación.

Escaparía de esta vida. Ya sea huyendo lo suficientemente lejos como para que él nunca la encontrara, o asegurándose de que él nunca volviera a respirar para buscarla.

De una forma u otra, Megan sería libre.

O moriría en el intento.

CAPÍTULO UNO

Londres-Noviembre, ocho meses después

La lluvia azotaba las ventanas de White's con una furia que igualaba la tempestad que se estaba gestando en el pecho de Oliver Sommerset, Marqués de Astor. Estaba de pie frente a la chimenea en la sala de lectura del club, con una mano apoyada en la repisa de la chimenea, la otra estrujando la carta que había estado esperando pero que esperaba que nunca llegara. Había llegado no diez minutos antes. A su alrededor, los habituales del club de caballeros más exclusivo de Londres continuaban con sus rituales vespertinos, cartas, brandy, chismes, ajenos al hecho de que su mundo acababa de hacerse añicos.

—¿Malas noticias, Astor?

Oliver no se giró al oír la voz de Lord Weatherby. No podía confiar en sí mismo para moldear sus rasgos en la máscara de indiferencia aristocrática que se esperaba de un hombre de su rango. En cambio, se concentró en las llamas, observándolas devorar un tronco con la misma eficiencia metódica con la que pronto aplicaría para destruir al hombre que había asesinado a su amigo más cercano.

—Un asunto familiar —dijo Oliver, con voz plana, sin emoción. No era del todo mentira. James Hartley había sido más que un familiar. Más cercano que el frío tío que lo había criado tras la muerte de sus

padres, más que los lejanos primos segundos que merodeaban alrededor de su futuro ducado como buitres. James había sido la única persona en Inglaterra que conocía a Oliver Sommerset, no solo al Marqués de Astor y heredero del ducado de Saxton, uno de los títulos más antiguos del reino.

Y ahora James estaba muerto.

—Ah —Weatherby, intuyendo el despido, se retiró con un murmullo de pésame.

Oliver esperó a que los pasos del hombre se desvanecieran antes de alisar la carta arrugada. El papel era de buena calidad, la caligrafía precisa, obra de algún abogado rural encargado de informarle que el capitán James Hartley, antiguo miembro de la caballería de Su Majestad, había sido hallado muerto en Gales. Un accidente de equitación, afirmaba la carta. El caballo del capitán lo había arrojado en una colina rocosa, y se había golpeado la cabeza. La muerte fue instantánea.

Una trágica desgracia. El hombre enviaba sus condolencias.

La mandíbula de Oliver se tensó tanto que le dolieron los dientes. James Hartley había sido uno de los mejores jinetes de la caballería. Había cabalgado a través del caos de la Guerra Peninsular, atravesando terrenos que habrían matado a hombres menos hábiles, esquivando fuego de mosquete francés y bandidos portugueses con igual destreza. La idea de que una colina galesa lo hubiera vencido era un insulto a la inteligencia de ambos hombres.

La carta del abogado era una ficción educada. Pero la segunda carta. la que había llegado hace tres días, antes de que la noticia de la muerte de James llegara a Londres, esa carta decía la verdad.

Oliver metió la mano en el bolsillo de su chaqueta y la extrajo con cuidado, como si estuviera hecha de cristal. El papel era barato, con manchas de agua, la letra temblorosa pero inconfundiblemente la de James. Oliver había recibido cientos de cartas con esa caligrafía a lo largo de los años, desde Eton hasta Cambridge y los campos de batalla ensangrentados de España. Conocía cada bucle y cada adorno.

Esta era la última carta de James. Escrita en sus últimas horas.

Oliver,

Si estás leyendo esto, estoy muerto. He dispuesto que te llegue a través de canales que Penharrow no pensará en interceptar. Perdona el dramatismo, viejo amigo, pero no tengo mucho tiempo y hay mucho que necesitas saber.

El conde de Penharrow me asesinó. No tengo pruebas que valgan ante un tribunal, pero lo sé con tanta certeza como conozco mi propio nombre. Fui testigo de algo que no debería haber visto: una deuda de juego cobrada mediante violencia que dejó a un hombre tullido. Cuando Penharrow se dio cuenta de que lo había visto, me invitó a su pabellón de caza para "discutir los términos". Fui un necio al ir solo, pero esperaba que mi rango me protegiera. Si estás leyendo esto, me equivoqué.

No hará que parezca un asesinato. Habría demasiadas preguntas. Parecerá un accidente, probablemente. El campo galés es traicionero, después de todo.

Oliver, necesito que me prometas que no buscarás justicia legal. Penharrow tiene a todos los magistrados en un radio de cien millas de sus propiedades galesas en su bolsillo. Es intocable a través de los canales adecuados. Pero hay una mujer, Megan. Penharrow la mantiene en su pabellón de caza, custodiada como una prisionera. Puede que sea la única testigo de sus crímenes, pero más que eso, viejo amigo, es una prisionera. Si no puedes hacer nada más, libérala.

Ojalá tuviera más tiempo para explicarlo, pero ya vienen. Sospecho que no saldré vivo de Gales. Sabes que tu amistad ha sido uno de los grandes honores de mi vida. Si hay un más allá, nos veremos allí para tomar brandy y jugar a las cartas.

Tuyo, James

Oliver había leído la carta tantas veces en los últimos tres días que se había memorizado cada palabra, cada trazo desesperado de la pluma. La había leído en su estudio, en su carruaje, en las horas de insomnio antes del amanecer. La había leído hasta que las palabras

se volvían borrosas y sus manos temblaban con una ira tan profunda que parecía una criatura viva enroscada en su pecho.

Se estaba preparando para partir a Gales cuando llegó la segunda carta hoy.

James había sabido que iba a morir. Lo había sabido y había usado sus últimos momentos para escribir esa carta, para asegurarse de que Oliver conociera la verdad.

Y Oliver se aseguraría de que esa verdad importara.

Dobló ambas cartas con cuidado y las guardó en su chaqueta. Sin decir una palabra a nadie, salió de la sala de lectura, recogió su sombrero y sus guantes del portero y bajó los escalones de White's hacia la calle empapada por la lluvia. Su carruaje esperaba en el bordillo; el cochero se encogía miserablemente en su asiento.

—A casa —ordenó Oliver, subiendo sin ayuda.

La lluvia se había intensificado cuando el carruaje de Oliver recorrió con estrépito las calles de Mayfair hacia Berkeley Square. Se había sentido solo la mayor parte de su vida. Sus padres murieron cuando era un niño y su tío, el duque de Saxton, solo tenía hijas. James había llenado un enorme vacío en su vida y fue el hermano que nunca tuvo.

Observó las lámparas de aceite desdibujarse al pasar a través de los cristales empañados por la lluvia, su mente ya recorriendo la logística de lo que vendría después. Gales era un viaje de tres días con buen tiempo. En noviembre, con los caminos empezando a atascarse en el barro invernal, podría tardar el doble. Necesitaría viajar ligero, llevar solo lo esencial y moverse rápido.

Lo más importante, necesitaría moverse en silencio.

El carruaje se detuvo frente a su casa de la ciudad, una elegante estructura de cuatro plantas en Berkeley Square que había pertenecido a la familia Saxton por generaciones. Un regalo de su tío cuando Oliver alcanzó la mayoría de edad. Subió sin esperar al lacayo, tomando los escalones de dos en dos.

Apenas había cruzado el umbral cuando su mayordomo surgió de las sombras del vestíbulo.

—Mi señor. —Hastings tomó el abrigo mojado de Oliver con la cuidadosa deferencia de un hombre que había servido a la familia

Saxton durante tres décadas—. Confío en que su velada en el club haya sido satisfactoria.

—Envíe recado a mi ayuda de cámara —dijo Oliver, ignorando la pregunta—. Dígale a Morrison que prepare el equipaje para viajar. Saldré de Londres mañana.

La expresión de Hastings no cambió, pero Oliver captó el leve ensanchamiento de los ojos del hombre.

—¿Puedo preguntar el destino, mi señor?

—Gales.

—Ah. —Una pausa—. ¿Debo informar a Su Gracia?

El labio de Oliver se curvó ligeramente. Su tío, el duque de Saxton, residía en la finca familiar cerca de Shrewsbury, sin duda preguntándose por qué su heredero aparente pasaba tanto tiempo en Londres en lugar de atender sus obligaciones. El viejo tendría opiniones sobre un viaje repentino a Gales. Las tenía sobre todo lo que Oliver hacía.

—No —dijo Oliver—. Le escribiré yo mismo.

Era una mentira, por supuesto. No tenía intención de informar a su tío de nada. Para cuando el duque supiera de este viaje, sería demasiado tarde para detenerlo.

—Muy bien, mi señor. ¿Cenará esta noche?

—Que me suban una bandeja a mi estudio, gracias. —Oliver se dirigió hacia las escaleras, luego se detuvo—. Hastings, envíe a buscar también a Webb. Dígale que necesito verlo en mi estudio de inmediato.

—Por supuesto, mi señor.

Oliver subió las escaleras hasta el segundo piso, sus botas mojadas dejando huellas oscuras en la alfombra turca. Dentro, su casa resonaba con una actividad silenciosa, los criados desarrollando sus rutinas nocturnas, el lejano sonido de la vajilla desde las cocinas de abajo. Para cualquier observador, era un jueves por la noche ordinario en la casa de Saxton.

Nadie sospecharía que su amo estaba planeando una arriesgada escapada.

Oliver entró en su estudio y cerró la puerta tras él, permitiendo por fin que la máscara se deslizara. Permaneció en la oscuridad

durante un largo momento, con las manos apretadas a los costados, la rabia y el dolor combatiendo en su interior con tal intensidad que creyó que podría romperse por ello.

James estaba muerto.

Las palabras seguían resonando en su mente, una letanía de la que no podía escapar. James, que lo había sacado de debajo de un caballo moribundo en Salamanca. James, que se había emborrachado con él la noche anterior a Talavera y había jurado que si sobrevivían, se retirarían al campo y criarían caballos. James, que había sido la única persona que le escribía con regularidad durante aquellos oscuros meses después de la muerte de sus padres, cuando Oliver tenía trece años y de repente estaba solo, criado por un tío que solo lo veía como el heredero que debía ser moldeado adecuadamente ahora que su padre ya no vivía para interferir en los planes del viejo duque.

James, que había sido más que un amigo, un hermano.

Oliver se acercó al aparador y se sirvió tres dedos de whisky, bebiéndoselo de un trago. El ardor fue bienvenido, reconfortante. Sirvió otro y lo llevó a su escritorio.

El escritorio era de caoba, macizo, su superficie cubierta con la correspondencia y los libros de contabilidad que conllevaba ser el heredero de un ducado. Oliver lo apartó todo con un brazo, enviando papeles revoloteando al suelo. Que Morrison lo ordenara. Nada de eso importaba ahora.

De nuevo, sacó la carta de James de su bolsillo y la extendió sobre la superficie despejada, leyéndola a la luz de las velas.

El conde de Penharrow me asesinó.

Oliver nunca había conocido a Gareth Rhys, el conde de Penharrow. Era al menos diez años mayor que él. Solo lo conocía de oídas; un par galés que rara vez venía a Londres, que administraba sus propiedades con puño de hierro y del que se rumoreaba que estaba involucrado en empresas no del todo legales. Contrabando, sin duda. Trata de esclavos, probablemente. Había susurros de cosas peores, pero susurros eran todo lo que eran. Hasta ahora. Penharrow era lo suficientemente rico y bien conectado como para que los susurros nunca se convirtieran en acusaciones.

James lo había estado investigando. ¿Por qué? La carta no lo decía. Tal vez había comenzado con esa deuda de juego, la violencia que James había presenciado. Tal vez había ido escalando a partir de ahí. James siempre había tenido un fuerte sentido de la justicia, una necesidad de corregir los errores que lo había convertido en un excelente oficial y, pensó Oliver con amargura, en una pésima elección para un espía.

Hay una mujer, Megan.

La mandíbula de Oliver se tensó. Una amante mantenida como prisionera. No era algo inusual entre ciertos tipos de hombres. Aquellos que confundían la propiedad con el afecto, que veían a las mujeres como posesiones que debían encerrarse bajo llave. James la había considerado lo suficientemente importante como para mencionarla en su carta de despedida, le había suplicado a Oliver que la liberara.

Si no puedes hacer nada más, libérala.

Oliver haría más que eso. La liberaría, sí, pero también la usaría. Una testigo de los crímenes de Penharrow. Un cebo para sacar al conde de detrás de sus muros de riqueza e influencia. Una herramienta para la venganza.

Debería sentirse culpable por usar a una mujer inocente como arma, pero la culpa era un lujo que no podía permitirse, no cuando el cuerpo de James estaba siendo enterrado en algún cementerio galés, lejos de casa, y su muerte siendo catalogada como un accidente.

Un golpe en la puerta interrumpió sus pensamientos.

—Adelante.

Thomas Webb entró en el estudio, con su postura militarmente recta a pesar de haber sido civil desde su regreso de Salamanca. Webb había sido el asistente de Oliver durante la guerra, asignado para atender las necesidades personales de un oficial, pero su relación había evolucionado más allá de la de amo y sirviente hacia algo más cercano a la igualdad, forjado en el crisol de la batalla. Cuando Oliver regresó a Inglaterra, se llevó a Webb con él, nombrándolo jefe de seguridad de la casa, un puesto que le daba al

ex sargento suficiente prestigio para satisfacer a la sociedad y al mismo tiempo le permitía permanecer cerca.

—¿Mi señor? Hastings dijo que deseaba verme.

Oliver señaló la silla frente a su escritorio.

—Siéntate.

Webb dudó, las viejas costumbres cuestan de abandonar, pero obedeció. Era un hombre compacto, con complexión de boxeador, el pelo canoso y el rostro marcado por quemaduras de pólvora y viejas cicatrices. Sus manos, apoyadas en las rodillas, tenían los callos de un hombre que conocía bien tanto la espada como la pistola.

—James Hartley ha muerto —dijo Oliver sin preámbulos.

La expresión de Webb se endureció. Había conocido a James, había servido brevemente bajo sus órdenes antes de ser reasignado a Oliver.

—¿Cómo?

—Asesinado. Lo han hecho parecer un accidente de equitación.

—Bastardos. —La voz de Webb era plana, sin emoción, pero Oliver vio la rabia en sus ojos—. ¿Quién?

—James me dijo que fue el conde de Penharrow. Un par galés. —Oliver deslizó la carta de James sobre el escritorio—. Lee.

Webb leyó en silencio, con la mandíbula tensa. Cuando terminó, levantó la vista y Oliver vio el mismo cálculo frío en sus ojos que lo había convertido en un soldado tan eficaz.

—¿Cuándo salimos?

—Mañana. Necesito tiempo para organizar mis asuntos aquí y que parezca un viaje de negocios ordinario. Viajaremos como agrimensores. Usaré un nombre falso. Tú serás mi asistente.

—¿Armas?

—Todo lo que podamos llevar sin llamar la atención. Pistolas, cuchillos. Llevaré mi sable de la guerra. No vamos a Gales a negociar.

Webb asintió lentamente.

—Esa mujer, Megan. ¿Piensa llevársela?

—Sí.

—¿Y si no quiere venir?

La sonrisa de Oliver era fría.

—Entonces le explicaré que sus opciones se limitan a acompañarme o seguir siendo la prisionera de Penharrow. Supongo que entrará en razón.

—¿Y si Penharrow nos persigue?

—Quiero que lo haga. —Oliver se recostó en su silla, con los dedos entrelazados—. De hecho, cuento con ello. James dijo que el hombre es intocable por medios legales fuera de las fronteras inglesas. Pero si lo atraemos de vuelta a Inglaterra, podemos acusarlo a través de los magistrados de aquí. Ya conoces mi influencia en el Ministerio del Interior.

Webb se puso en pie, enderezando los hombros.

—Entonces estoy con usted. James era un buen oficial. Un buen hombre. Merece algo mejor que una tumba sin nombre y una mentira.

Oliver también se levantó, extendiendo la mano. Webb la estrechó, y se dieron un apretón. No como amo y sirviente, sino como soldados preparándose para la guerra.

—Salimos mañana antes de que mi tío averigüe mis planes —dijo Oliver—. No le digas a nadie adónde vamos. Si alguien pregunta, estamos inspeccionando propiedades en el norte, cerca de nuestra finca en Shropshire. Limita con Gales, así que no levantará sospechas.

—Comprendido. —Webb se dirigió hacia la puerta, luego se detuvo—. Mi señor, ¿qué hará si encontramos pruebas de crímenes peores? James mencionó la trata.

La expresión de Oliver se quedó muy quieta.

—Entonces haré que su imperio criminal se derrumbe a su alrededor.

Cuando Webb salió, Oliver volvió a su escritorio y sacó papel y tinta frescos. Tenía que redactar misivas cuidadosamente redactadas para su administrador, su abogado, su banquero. También para su amante, la bella joven viuda, Lady Helen Frankton. Esta era una buena razón para romper el acuerdo. La joven comenzaba a vislumbrar un futuro como su esposa, y él no estaba seguro de que ella fuera la mujer con la que pudiera pasar el resto de su vida.

Principalmente porque a su tío le caía bien, y estaba seguro de que ella le pasaba informes sobre él a su tío.

La carta para Helen sería delicada, ya que era probable que corriera a contárselo a su tío y todo debía parecer normal, rutinario. Nadie podía sospechar que el marqués de Astor estaba a punto de desaparecer en Gales en una misión de venganza.

Mientras escribía, su mente volvía una y otra vez a esa línea de la carta de James.

Si no puedes hacer nada más, libérala.

Oliver la liberaría. Pero primero, la usaría para destruir al hombre que había asesinado a su amigo más querido. No era honorable, quizás. Ciertamente no era caballeroso.

Pero bueno, Oliver había dejado su caballerosidad en los campos de batalla de España, junto con su inocencia y cualquier ilusión sobre la nobleza de la humanidad.

Todo lo que le quedaba era su palabra, su espada y su rabia.

CAPÍTULO DOS

Gales– 5 días después

El pueblo de Llandrindod Wells se encontraba en un valle entre dos montañas, un conjunto de casas de piedra apiñadas alrededor de una iglesia y una taberna como ovejas buscando refugio de una tormenta. Oliver y Webb llegaron al quinto día de su viaje, salpicados de barro y exhaustos, cuando el sol comenzaba su descenso tras los picos occidentales.

La taberna, El Dragón Rojo, según un letrero desgastado que crujía con el viento, era el edificio más grande del pueblo después de la iglesia. Oliver empujó la puerta y encontró una habitación de techo bajo, densa con humo de pipa y olor a cerveza. La conversación se detuvo al entrar, luego se reanudó en un volumen más bajo, mientras los lugareños los observaban con recelo.

Oliver eligió una mesa cerca del fuego, lo suficientemente cerca para calentarse, pero colocada de modo que pudiera ver la puerta. Viejos hábitos de la guerra. Webb se sentó frente a él, con la espalda contra la pared, sus ojos ya catalogando a los ocupantes de la habitación.

Una joven sirvienta se acercó, tal vez de dieciséis años, con cabello oscuro y ojos bajos. Oliver pidió dos cervezas y una comida en su cuidadoso galés, que no podía ocultar su inglés, observando su reacción. Ella asintió sin hablar y se escabulló.

—Estamos a cinco millas del pabellón de caza de Penharrow —dijo Webb en voz baja en inglés, esperando que nadie aquí lo entendiera—. Según la esposa del posadero de dos pueblos atrás, este es el asentamiento más cercano. Sus sirvientes vienen aquí por provisiones.

—Entonces aquí es donde empezamos a hacer preguntas. —Oliver se recostó mientras la muchacha regresaba con sus cervezas. Le sonrió, nada atrevido, solo amable, y ella se sonrojó, desviando la mirada rápidamente—. ¿Cómo te llamas?

Ella pareció confundida, entonces una mujer detrás de la barra, su madre, a juzgar por el parecido, gritó algo brusco en galés. La muchacha hizo una reverencia y huyó.

—Protectora —observó Webb.

—No puedo culparlos. —Oliver bebió un sorbo de la cerveza. Era áspera, amarga, pero fría y bienvenida después de la jornada—. Somos ingleses extraños en un pueblo que probablemente ha aprendido a temer a los extraños o a temer hablar con ellos por culpa de Penharrow.

Comieron en relativo silencio, pero Oliver estaba escuchando. Las conversaciones a su alrededor eran en galés; le costaba seguir el ritmo, pero el tono también transmitía significado. Captó el nombre de Penharrow dos veces, ambas en voces que bajaban a susurros. Oyó risas cortadas de golpe, vio a hombres mirar nerviosamente hacia la puerta como si esperaran que el propio Conde se materializara.

Después de la comida, Oliver se acercó a la barra donde la madre de la sirvienta estaba limpiando el mostrador. Ella levantó la vista, con expresión reservada.

—Buscamos un lugar donde quedarnos —dijo Oliver lentamente, pronunciando con claridad—. Una habitación por unas noches mientras inspeccionamos la zona.

Los ojos de la mujer se entrecerraron.

—¿Inspeccionar? —Hablaba inglés.

—Inspección de tierras. Representamos a intereses en Inglaterra que buscan invertir en propiedades galesas.

Era una historia floja, pero era la que habían acordado. Los topógrafos tenían razón para estar en cualquier lugar, para hacer preguntas sobre la tierra, para observar sin ser observados.

La mujer lo estudió durante un largo momento, luego movió la cabeza hacia las escaleras.

—Un chelín la noche. Cada uno. Incluye desayuno.

Era un robo a mano armada, pero Oliver pagó sin discutir. El dinero compraba privacidad, y la privacidad compraba tiempo para reunir información.

Su habitación apenas era lo suficientemente grande para dos camas estrechas, pero tenía una ventana que daba a la plaza del pueblo y, más importante, una vista del camino que llevaba al norte que, según la información de Webb, conducía al pabellón de caza de Penharrow.

Oliver se quedó en esa ventana mientras caía la noche, observando cómo el pueblo se sumía en la oscuridad. Aquí apagaban las lámparas temprano. Sin desperdicio de costoso aceite o velas. A las nueve, la única luz provenía de la taberna de abajo y de la iglesia al otro lado de la plaza.

—Mañana —dijo Oliver, aun mirando la calle oscura—, empezaremos a preguntar sobre el pabellón. Ver si alguien aquí trabaja en el pabellón. La gente habla entre sí, especialmente en los pueblos pequeños. Si podemos encontrar a alguien que trabaje allí, o que conozca a alguien que lo haga...

—Podríamos aprender la distribución —terminó Webb—. Rondas de guardias. El horario de Penharrow.

—Exacto. Pero sospecho que no va a ser fácil. La gente le teme al Conde.

A la mañana siguiente llegó su primera información real, y provino de una fuente inesperada.

Oliver estaba en el establo, revisando sus caballos, cuando oyó a una anciana hablando en galés con el mozo de cuadra. Reconoció una palabra: *Megan*.

Se giró con despreocupación, como si acabara de terminar con su caballo, y la vio con una capa desgastada, el rostro profundamente arrugado, las manos nudosas por la edad.

Gesticulaba hacia el camino del norte, hablando rápido al hombre más joven, que negaba con la cabeza, incómodo.

Oliver se acercó lentamente.

—Disculpe. ¿Habla inglés?

Ambos se giraron, sobresaltados. El mozo de cuadra cerró su expresión de inmediato, pero la anciana estudió a Oliver con ojos perspicaces.

—Algo —dijo finalmente, con un acento marcado—. Ustedes son los topógrafos ingleses, ¿sí?

Las noticias viajaban rápido.

—Sí, señora. Oliver Somerset, para servirla. —Hizo una pequeña reverencia, el tipo de gesto respetuoso que trascendía el idioma y la clase.

Ella sonrió ligeramente, apreciando la cortesía.

—Señora Griffiths. Llevo la casa en el pabellón de caza del Conde. —Lo dijo sin orgullo, solo como una declaración de hecho.

El pulso de Oliver se aceleró, pero mantuvo su expresión educadamente interesada.

—¿El Conde de Penharrow? Hemos oído su nombre. Un terrateniente bastante prominente en estas partes, según entiendo. Quizás debería solicitar una presentación, ya que es dueño de gran parte de la tierra por aquí.

—Prominente. —La señora Griffiths hizo un sonido que pudo ser una risa o algo más oscuro—. Sí. Esa es una palabra para ello.

Lo estudió con atención, y Oliver tuvo la incómoda sensación de ser evaluado, sopesado, juzgado. Esta no era una simple ama de llaves. Había inteligencia en esos viejos ojos, y cautela, y algo más. ¿Desesperación, quizás?

—Justo le estaba diciendo al joven David —continuó, señalando al mozo de cuadra— que necesito enviar un mensaje a mi hermana en Welshpool. Debo volver con mi pupila, la señorita Megan. Al Conde no le gusta que su personal se ausente del pabellón por mucho tiempo.

La implicación quedó suspendida en el aire. Ella quería algo de él.

—Estoy seguro de que pasaremos por Welshpool en nuestro levantamiento topográfico —dijo Oliver con cuidado—. Si desea que llevemos un mensaje a su hermana, estaremos encantados de ayudarla.

Los ojos de la señora Griffiths brillaron.

—¿Lo harían? Qué amables. —Metió la mano en su capa y sacó una carta sellada—. Se lo agradecería mucho. Mi hermana se preocupa por mí, ¿sabe? Trabajar en un lugar tan aislado.

Oliver tomó la carta, notando que estaba sellada pero no con el escudo de Penharrow. Una carta personal, entonces. O al menos, pretendía parecerlo.

—Es un placer, señora Griffiths. Aunque confieso que me sorprende que el Conde mantenga personal en un pabellón de caza tan lejos de Londres. Seguramente en esta época del año está en Cardiff, dado el riesgo de nieve.

—Su Señoría está en Londres. Luego probablemente irá a su castillo en Cardiff. Pero el pabellón debe mantenerse, por supuesto. Y está la joven señorita que cuidar.

Lo dijo con cuidado, observando su reacción.

Oliver mantuvo su rostro neutro.

—¿Joven señorita?

—La pupila de Su Señoría, la señorita Megan. —La voz de la señora Griffiths bajó ligeramente—. Pobre corderita, ha estado con Su Señoría desde que era una niña. Es muy devoto de ella. Nunca la pierde de vista cuando está en la residencia. Cuando está ausente, la deja con nosotros para su custodia.

Las palabras estaban cuidadosamente elegidas. *Devoto. Custodia*. Pero el tono sugería algo completamente distinto.

—Eso debe ser solitario para ella —se aventuró Oliver—. Aislada en un pabellón de caza sin compañía de su edad.

—Oh, tiene sus jardines. Su Señoría se asegura de que no le falte de nada. —La señora Griffiths hizo una pausa—. Materialmente hablando.

Ahí. La grieta en la fachada. La señora Griffiths podría trabajar para Penharrow, podría depender de él para su sustento, pero no aprobaba lo que le había hecho a Megan, y estaba dispuesta a

hablar, aunque fuera oblicuamente, con un extraño que pudiera escuchar.

Oliver decidió.

—Señora Griffiths, ¿podría invitarla a una taza de té? Mi asistente y yo llevamos días en el camino, y confieso que agradecería conversar con alguien que conoce bien la zona.

Ella dudó, luego asintió.

—Sí. Sí, creo que eso sería aceptable, pero no puedo demorarme mucho.

Cinco minutos después, estaban sentados en un rincón de la sala común vacía de la taberna—vacía porque Oliver había pagado generosamente al posadero por la privacidad. Webb estaba junto a la puerta, aparentemente de guardia, pero en realidad evitando interrupciones.

La señora Griffiths envolvió sus manos nudosas alrededor de su taza de té y miró a Oliver con esos viejos ojos perspicaces.

—No son realmente topógrafos, ¿verdad?

Oliver consideró mentir, luego decidió no hacerlo.

—No.

—No lo creía. Se mueven como soldados. Él también. —Asintió hacia Webb—. He visto suficientes soldados para saber cómo se desenvuelven.

—Fui de caballería. Guerra Peninsular.

—Y ahora están aquí, en Gales, haciendo preguntas sobre el Conde de Penharrow. —No era una pregunta—. ¿Mató a alguien que les importaba?

La franqueza lo sorprendió.

—¿Qué la hace pensar...?

—Porque esa es la única razón por la que un hombre como usted vendría a un lugar como este. —La señora Griffiths dio un sorbo a su té—. Su Señoría es un hombre muy peligroso. Especialmente en este lado de la frontera, señor Somerset. O cualquiera que sea su nombre real. Los hombres que se oponen a él tienen la costumbre de sufrir accidentes.

No la iluminó sobre su título. Cuanta menos gente lo supiera, mejor.

—Lo sé.

—¿Lo sabe? —Se inclinó hacia adelante—. Mi primo trabajó para Su Señoría. Hace diez años. Vio algo que no debía haber visto...a un hombre golpeado hasta la muerte. Mi primo intentó acudir al magistrado. Lo encontraron en el río una semana después. Ahogado, dijeron. Pero mi primo era un fuerte nadador.

Oliver sintió que la fría ira que había sido su compañera desde la muerte de James se solidificaba aún más.

—¿Por qué se queda? ¿Por qué trabaja para él si sabe lo que es?

—Porque tengo sesenta y cinco años, no tengo familia más que mi hermana, y el Conde paga bien. Porque si me fuera, encontraría a otra persona para llevar la casa, y esa persona podría no preocuparse por lo que le pase a la señorita Megan. —La voz de la señora Griffiths se endureció—. Alguien necesita cuidar de esa pobre muchacha. Dios sabe que nadie más lo hará.

—Háble me de ella.

La señora Griffiths guardó silencio durante un largo momento, con la mirada perdida.

—Llegó al pabellón cuando yo empecé a trabajar. Me dijeron que era la pupila de Su Señoría, una pariente lejana huérfana desde pequeña. Era solo una niña entonces. Seis, quizás siete años. Una cosita bonita con los ojos más extraños. Verdes como hojas de primavera.

Las manos de Oliver se tensaron alrededor de su propia taza.

—Su Señoría la mimaba, trajo a una institutriz para que le enseñara porte y música, la vestía con ropas finas, le daba juguetes y baratijas. Pensé... —La voz de la señora Griffiths se quebró ligeramente—. Pensé que pretendía criarla como a una hija. Darle una buena vida. Pero cuando se negó a permitirle leer y escribir, empecé a sospechar.

—¿Pero no le dio una buena vida?

—No. —La única palabra era pesada con arrepentimiento—. Cuando cumplió dieciséis, los tutores dejaron de venir. Y Su Señoría... —No pudo terminar.

Oliver no necesitaba que lo hiciera. Lo entendía perfectamente.

—Intentó huir. Cuatro veces, creo. Quizás cinco. Cada vez, la encontraba. La última vez... —La señora Griffiths cerró los ojos—. Había un mozo. Daniel. Un joven, de buen corazón. Intentó ayudarla a sacar un mensaje. Su Señoría lo hizo colgar en el patio de las caballerizas. Nos obligó a todos a mirar. La obligó a ella a mirar.

La habitación pareció volverse más fría. Webb, desde su posición junto a la puerta, se encontró con la mirada de Oliver. Sabían que Penharrow era un monstruo, pero oírlo confirmar, oír los detalles...

—¿Dónde la tienen? —preguntó Oliver en voz baja.

La señora Griffiths abrió los ojos.

—No la tiene encerrada en una celda, si a eso se refiere. Tiene habitaciones. Habitaciones hermosas, pero las ventanas tienen barrotes. Los guardias la vigilan constantemente. Puede pasear por el jardín durante el día, pero solo por el jardín amurallado de la cocina. El resto de los terrenos están prohibidos.

—¿Cuántos guardias?

—Cuatro en el pabellón, más dos jardineros que rinden cuentas a Su Señoría. Dentro, estamos, dos criadas, un cocinero, el mayordomo y yo. Ocho sirvientes en total.

—¿Son leales a Penharrow?

—Los guardias lo son. Les paga bien y son exsoldados. Saben de qué lado están sus intereses. —La señora Griffiths hizo una pausa—. Los sirvientes... hacemos lo que nos dicen. Tenemos miedo. Pero eso no significa que aprobemos.

Oliver se inclinó hacia adelante.

—Señora Griffiths, ¿por qué me está contando todo esto?

Los ojos de la anciana se llenaron de lágrimas.

—Porque esta no es la primera muchacha que ha tomado. Supe que cuando llegan a cierta edad, las envían lejos. No sé qué hace Penharrow con ellas, pero puedo imaginarlo. Y poco después, llega otra niña o joven. No quiero que eso le pase a la señorita Megan.

—¿Quiere que la rescatemos?

—Alguien necesita ayudarla, porque yo soy demasiado vieja y demasiado miedosa para hacerlo yo misma, y me corroe cada noche. Cuando lo vi en el establo, haciendo preguntas, mirando hacia el norte, hacia el pabellón... pensé que quizás, solo quizás,

Dios había enviado por fin a alguien que pudiera salvar a esa pobre muchacha.

—¿Y qué pasará con usted y el personal?

—Tendremos que cuidarnos a nosotros mismos. —La risa de la señora Griffiths fue amarga—. Sospecho que nos mantendrá si decimos que nos superaron en número, ya que querrá usar el pabellón de nuevo y no querrá tener que buscar personal otra vez.

Oliver se recostó, con la mente acelerada. Esto era más de lo que había esperado: información interna, inteligencia detallada sobre la seguridad del pabellón y, lo más importante, una aliada dentro de la casa de Penharrow.

—Los guardias. Su rutina. ¿Cuándo son más vulnerables?

La señora Griffiths describió el horario diario, el cambio de guardia, las horas en que los sirvientes estaban ocupados con las comidas, la pequeña ventana entre la medianoche y las dos de la madrugada en que solo un guardia estaba despierto, haciendo rondas.

Oliver grabó cada detalle en la memoria. Cuando la señora Griffiths finalmente se fue, apretándole la mano con sus dedos nudosos y susurrando:

—Dios lo bendiga—, sintió el peso de su esperanza asentarse sobre sus hombros como una cosa física.

Webb se acercó después de que ella se fuera.

—¿Confía en ella, mi señor?

—No lo sé, pero todo lo que dijo coincide con lo que ya sabíamos. No tiene razón para ayudarnos a menos que esté diciendo la verdad sobre querer que liberen a Megan.

—O a menos que Penharrow la haya enviado. Una trampa.

Oliver lo había considerado.

—Es posible. Pero si es una trampa, la haremos estallar en nuestros términos. Mañana, cabalgamos hacia el norte. Quiero ver ese pabellón de caza con mis propios ojos.

CAPÍTULO TRES

El pabellón de caza se alzaba en un valle como una joya en una corona de colinas rocosas que conformaban los alrededores de Llandrindod. Oliver lo observó desde la cubierta de los árboles en la cresta norte, con su catalejo apuntando al edificio de piedra que tenía abajo. Tres días de vigilancia le habían dado un conocimiento profundo de su distribución y rutinas, pero nunca se cansaba de estudiarlo, nunca dejaba de buscar puntos débiles.

Era más pequeño de lo que había esperado, con una estructura de dos pisos construida en piedra galesa gris, con techo de pizarra y ventanas altas que habrían sido elegantes en una casa de Londres. Allí, en ese paisaje salvaje, parecían fuera de lugar, demasiado refinadas para el entorno agreste. En la parte trasera de la propiedad había un jardín amurallado de piedra sólida, pero el frente estaba abierto y era donde la mayoría de los guardias pasaban su tiempo.

Pero eran los barrotes en esas ventanas, discretos desde lejos, pero visibles a través del catalejo, los que contaban la verdadera historia.

—Movimiento —murmuró Webb a su lado—. Jardín sur.

Oliver movió el catalejo y contuvo la respiración.

Megan.

A esa distancia, incluso a través de la lente del catalejo, su belleza era cautivadora. Caminaba sola en lo que parecía ser un huerto, envuelta en una capa verde bosque que hacía que su cabello rubio destacara en marcado contraste. Se movía lentamente, tocando las flores de principios de invierno con dedos cuidadosos, con el rostro vuelto hacia la débil luz del sol que se filtraba a través de las nubes.

Oliver ajustó el catalejo, enfocando su rostro con mayor nitidez. La señora Griffiths la había descrito como hermosa, pero esa palabra resultaba insuficiente. Tenía el tipo de belleza que no dependía de pinturas ni artificios: pómulos altos, boca llena y una piel que resplandecía en la gris luz de noviembre.

Miraba las flores, el cielo, las montañas circundantes, con el anhelo de alguien que había estado enjaulado demasiado tiempo. Le recordó a los prisioneros de guerra que había visto, hombres que habían pasado meses en mazmorras francesas y emergían parpadeando a la luz del sol que creían no volver a ver nunca más.

—¿Esa es ella? —preguntó Webb en voz baja.

—Debe ser Megan, sí.

Observaron cómo se arrodillaba junto a un macizo de azafranes tempranos, con dedos suaves sobre las delicadas flores. Había algo casi ritual en la forma en que las tocaba, como si ese pequeño acto de conexión con los seres vivos fuera precioso, sagrado.

Un guardia apareció en la esquina del pabellón: uno de los cuatro que Oliver había estado catalogando. El hombre no se acercó directamente a Megan, pero su presencia era clara. Observando. Esperando. Asegurándose de que no se alejara más allá de los límites permitidos.

Megan miró al guardia, e incluso desde lejos, Oliver pudo ver cómo cambiaba su expresión. El anhelo desapareció, reemplazado por una serenidad cuidadosamente construida. Una máscara, se dio cuenta. Llevaba una máscara de aceptación serena, ocultando lo que realmente sentía bajo una capa de conformidad.

También había visto eso antes. Prisioneros que aprendían a ocultar sus pensamientos, sus planes, su odio, porque mostrar

cualquiera de ellos significaba castigo. La revelación hizo que su rabia hacia Penharrow se cristalizara en algo más duro, más frío.

Esa mujer no era una amante voluntaria. Era una prisionera que había aprendido a sobrevivir fingiendo estar contenta.

—Es una cautiva —dijo Webb, haciendo eco de los pensamientos de Oliver—. La señora Griffiths tenía razón.

—Sí. —Oliver bajó el catalejo—. Lo que significa que esto ya no se trata solo de James. Se trata de liberarla de un monstruo.

Se adentraron más en los árboles antes de hablar de nuevo. Dos días de vigilancia les habían enseñado los patrones de ronda de los guardias, pero Oliver no se arriesgaba.

—¿Esta noche? —preguntó Webb una vez que estuvieron a salvo de la vista del pabellón.

Oliver lo consideró. La luna nueva era en dos días y los cielos más oscuros por la noche eran ideales para la infiltración, pero cada día que esperaban era un día más que Megan pasaba en esa jaula, un día más que Penharrow podría regresar temprano de Londres.

—Esta noche —aceptó—. Nos acercaremos por el norte, desde donde hemos estado vigilando. Hay poca cobertura en los otros accesos, pero el bosque del norte llega a menos de cincuenta metros del pabellón. Nos infiltramos a medianoche, cuando solo hay un guardia de servicio en el interior. Webb, tú te encargas de los guardias exteriores. Yo entro por Megan.

—¿Si ella se resiste?

—La sacaré a la fuerza si es necesario, pero no creo que se resista. —Oliver pensó en esa expresión de anhelo que había visto en su rostro—. Creo que ha estado esperando que alguien la ayude a escapar. Simplemente no sabía que alguien vendría.

Pasaron el resto del día preparándose. Oliver había traído cuerdas, ropa oscura, las pistolas compactas que Webb había conseguido en Londres. Revisaron la distribución del pabellón basándose en las descripciones de la señora Griffiths y sus propias observaciones. Las habitaciones de Megan estaban en el segundo piso, lado este. Dos ventanas, ambas con barrotes, por lo que tendrían que salir por la casa, lo que era más peligroso, pero la

señora Griffiths dijo que ninguno de los sirvientes del interior los detendría.

Al caer la noche, acamparon en el bosque, sin hacer fuego, comiendo raciones frías, hablando en susurros. Oliver limpió y cargó sus pistolas con precisión metódica, con las manos firmes a pesar de la tensión que se enroscaba en su estómago. Era un territorio conocido; las horas previas a la acción, la preparación cuidadosa, la calma forzada.

Lo había hecho innumerables veces durante la guerra. La diferencia era que entonces luchaba por el rey y el país, siguiendo órdenes, formando parte de una maquinaria más grande. Esto era personal. Era por James, y por una mujer a la que nunca había conocido, y por el principio de que monstruos como Penharrow no deberían poder actuar con impunidad.

—Debería descansar, mi señor —sugirió Webb cuando cayó la oscuridad total—. Yo haré el primer turno de guardia.

Oliver quiso discutir, pero Webb tenía razón. Necesitaba estar alerta para lo que venía después. Se envolvió en su capa y se recostó contra un árbol, cerrando los ojos.

El sueño no llegó. En cambio, su mente seguía volviendo al rostro de Megan, a esa expresión de anhelo, a la cuidadosa máscara que había construido para sobrevivir. Pensó en lo que la señora Griffiths le había contado. Una niña, robada y cuidada solo para ser finalmente violada por un hombre que la veía como una propiedad. Años de cautiverio, de intentos de fuga que terminaban en castigo y muerte para quienes intentaban ayudarla.

¿Qué le haría eso a una persona? ¿Se recuperaría de semejante trauma? ¿O quedaría rota para siempre, marcada de formas que nunca sanarían?

¿Y quiénes eran su familia? ¿Podría encontrarlos?

No importa, se dijo Oliver a sí mismo. Tu trabajo es liberarla, no arreglarla.

Pero incluso mientras lo pensaba, sabía que no era del todo cierto. Algo en Megan se le había metido bajo la piel, había tocado algo que creía muerto hacía mucho tiempo. Compasión, quizás. O

reconocimiento. La comprensión de un alma atrapada y dañada mirando a otra.

Debió haber dormitado al final, porque la mano de Webb en su hombro lo puso en alerta al instante, su mano yendo a la pistola antes de que sus ojos se abrieran del todo.

—Tranquilo, mi señor —susurró Webb—. Hay movimiento en el pabellón. Pensé que querría verlo.

Oliver se levantó en silencio y siguió a Webb hasta el borde de su punto de observación. Abajo, con la suave luz de las lámparas de las ventanas del pabellón, pudo ver un carruaje que estaban preparando. Sirvientes moviéndose con propósito, cargando bolsas y baúles.

—Parece un relevo de guardias —susurró Oliver.

Era una buena y una mala noticia. La mala noticia era que esos guardias no estaban cansados del deber y podrían estar más alerta. La buena noticia era que solo había tres, no cuatro. Parecían estar discutiendo, queriendo que uno se quedara, pero los cuatro negaron con la cabeza y se fueron.

Observaron hasta que el carruaje partió, tomando el camino del sur hacia Llanfair. Luego Oliver consultó su reloj de bolsillo a la luz del fuego: casi medianoche.

—Ahora. Vamos ahora.

Megan estaba en sus habitaciones mirando el cielo nocturno, deseando poder desaparecer tan fácilmente como lo hacían las estrellas cuando llegaba la mañana, cuando la señora Griffiths llamó suavemente a su puerta. La ama de llaves entró con ropa de cama limpia, pero su rostro tenía una expresión que Megan había aprendido a leer con los años. Una de emoción cuidadosamente controlada mezclada con miedo.

—Mi señora —dijo la señora Griffiths en voz baja, dejando la ropa y moviéndose para cerrar la puerta—. Necesito decirle algo, pero no debe reaccionar. Las paredes tienen oídos aquí.

El corazón de Megan comenzó a latir con fuerza.

—¿Qué es?

—Hace unos días, en el pueblo, conocí a dos hombres. Ingleses. Dijeron que eran agrimensores, pero... —La señora Griffiths bajó aún más la voz—. No eran agrimensores, mi señora. Uno de ellos se movía como un soldado, y la forma en que hacía preguntas sobre el conde, sobre este lugar...

—¿Qué les dijo? —La voz de Megan salió más cortante de lo que pretendía, el miedo atravesándole el pecho.

—Todo. —Los ojos de la anciana se llenaron de lágrimas—. Sé que no debería haberlo hecho. Sé que podría no servir de nada, o peor, pero mi señora, estoy harta de ver esto. Harta de saber lo que él le hace y de tener demasiado miedo para detenerlo. Así que, cuando ese hombre, alto, guapo, de pelo oscuro, con ojos como hielo invernal, cuando preguntó por usted, le dije la verdad.

Megan se levantó bruscamente, y su libro cayó al suelo.

—No lo hizo. Señora Griffiths, no lo hizo...

—Lo hice. Y lo volvería a hacer. —La ama de llaves tomó las manos de Megan—. Mi señora, han venido a ayudarla. Estoy segura de ello. La forma en que ese hombre escuchaba, la forma en que apretó la mandíbula cuando le hablé de Daniel. Ha venido a llevarla lejos de aquí.

La esperanza se encendió en el pecho de Megan, tan aguda y dolorosa que era casi insoportable. Retiró las manos bruscamente, retrocediendo hacia la ventana.

—No. No, usted no lo entiende. Los matará. Igual que mató a Daniel. Igual que ha matado a todos los que han intentado ayudarme.

—No son mozos de cuadra, mi señora. Son soldados. Hombres de lucha. Además, sospecho que es de la nobleza, por la forma en que habla... tiene un aire de autoridad. Y saben a lo que se enfrentan.

—¡No es cierto! —La voz de Megan se elevó, y luchó por controlarla—. No lo conocen. No entienden que los perseguirá, que los hará sufrir antes de matarlos. Y usted... —Su voz se quebró—.

Señora Griffiths, si descubre que usted los ayudó, si siquiera sospecha...

—Entonces me habré ido antes de que regrese. —La voz de la anciana era tranquila, resignada—. Ya he hecho arreglos. Mi hermana en Welshpool me acogerá. Me iré mañana, diciendo que he caído enferma y necesito cuidados familiares.

—Lo sabrá. Sospechará.

—Tal vez, pero tengo sesenta y cinco años, mi señora, con una tos que no se quita y un dolor en los huesos que hace de cada paso una agonía. Si el conde quiere perseguir a una vieja enferma por dejar su servicio, que lo intente. —La señora Griffiths se acercó más —. De todas formas, me estoy muriendo. El médico del pueblo me dijo seis meses, quizás menos. Mis pulmones están fallando.

Megan sintió que las lágrimas le corrían por las mejillas.

—Usted nunca dijo...

—Porque ya tiene suficientes cargas, pero escúcheme ahora. —La ama de llaves tomó el rostro de Megan entre sus manos nudosas —. Quiero verla escapar antes de morir. Quiero saber que esa niña, ese cordero que no pude salvar hace tantos años, logró ser libre. Por favor, mi señora. Por favor, deje que la ayuden.

—¿Y si mienten? —susurró Megan—. ¿Y si son igual que él? ¿Y si estoy escapando de un monstruo solo para caer en manos de otro?

—Entonces luche. Huya de nuevo. Siga luchando hasta que encuentre la verdadera libertad. —La señora Griffiths secó las lágrimas de Megan con sus pulgares—. Mi señora, miré a los ojos de ese hombre. Eran fríos, sí, pero no crueles. Enfadados, pero no con usted. Vino aquí con un propósito, y ese propósito es salvarla.

—Usted no lo sabe.

—Sé que no hacer nada garantiza que nada cambie. El conde regresará de Londres. Usted seguirá sufriendo. Y eventualmente... —La voz de la anciana se quebró—. Eventualmente, usted será demasiado mayor para sus gustos, y ¿qué pasará entonces? ¿Cree que la dejará ir? ¿Que la instalará en algún lugar cómodo?

Megan había pensado en eso, tarde en la noche cuando el sueño no llegaba. Había imaginado lo que le sucedía a los juguetes de Penharrow cuando envejecían y dejaban de interesarle.

Desaparecían. Simplemente se esfumaban, sin que se volviera a saber de ellos.

—Tengo miedo —admitió.

—Claro que lo tiene. El miedo significa que está cuerda. —La señora Griffiths la atrajo hacia sí—. Pero, querida niña, a veces la única salida del infierno es atravesar el fuego. Estos hombres son su fuego. Puede que la quemen, pero también podrían llevarla a la libertad.

Megan enterró el rostro en el hombro de la anciana, respirando el familiar aroma a lavanda y jabón de lejía. La señora Griffiths había sido lo más parecido a una madre que había tenido desde que la arrancaron de su hogar. La idea de que muriera, de no volver a verla...

—¿De verdad se irá mañana? —preguntó.

—Al amanecer. El conde todavía está a días de distancia en Londres. Me escabulliré. Es poco probable que el resto del personal se dé cuenta una vez que esos hombres la lleven. —La señora Griffiths se apartó, mirando a Megan a los ojos—. Y cuando vengan por usted, esté lista. Tenga una alforja preparada. Ropa abrigada, es invierno. Y botas. Váyase con ellos. No dude. No mire atrás. Solo corra.

—Los otros sirvientes...

—Estarán bien. El conde no puede castigar a todos. Necesita demasiado al personal. —Pero Megan oyó la incertidumbre en su voz. Ambas sabían que la crueldad de Penharrow no tenía límites.

—No quiero que nadie más muera por mí —dijo Megan.

—Entonces no deje que sus muertes sean en vano. Daniel murió tratando de conseguirle ayuda. Deje que estos hombres tengan éxito donde él fracasó. —La señora Griffiths le apretó las manos con fuerza—. Prométame. Prométame que se irá si se presenta la oportunidad.

Megan miró a la anciana, realmente la miró. Vio el agotamiento, el dolor, la resignación de alguien que sabe que la muerte se acerca. Pero también vio esperanza, feroz y brillante, ardiendo en esos cansados ojos.

—Lo prometo —susurró Megan—. Si vienen, me iré. Pero nunca la olvidaré.

La señora Griffiths sonrió, con lágrimas corriendo por su rostro arrugado.

—Buena chica. Mi valiente y hermosa chica. —Abrazó a Megan en un último abrazo—. Rezaré por usted. Cada noche hasta que muera, rezaré para que haya encontrado su libertad.

Después de que la señora Griffiths se fuera, Megan se quedó junto a la ventana con barrotes, mirando el oscuro bosque más allá de los jardines. En algún lugar ahí fuera, dos hombres estaban planeando su rescate. Extraños que no sabían nada de ella excepto lo que una vieja ama de llaves les había contado.

La esperanza luchaba contra el terror en su pecho. ¿Y si esto era real? ¿Y si, después de catorce años de cautiverio, realmente pudiera ser libre?

Pero, ¿qué clase de libertad la esperaba? No tenía dinero, ninguna familia que recordara, ninguna habilidad. No sabía leer ni escribir. Era mercancía dañada. Una mujer que había sido el juguete de un monstruo. ¿Qué hombre la querría para algo más que para lo que había sido para Penharrow?

A menos que eso fuera lo que ellos quisieran. A menos que ese rescate no fuera más que una palabra bonita para robo. Quizás la habían visto, la habían deseado y habían decidido tomarla para ellos.

Megan presionó la frente contra el frío cristal, conteniendo el pánico. No podía pensar así. No podía dejar que el miedo la paralizara como lo había hecho durante tantos años.

La señora Griffiths tenía razón. Quedarse garantizaba el sufrimiento continuo. Irse significaba riesgo, pero también posibilidad. Los hombres podían ser crueles. Podían usarla. Podían matarla.

Pero también podían ayudarla.

O ella también podría escapar de ellos si tan solo estuviera fuera de esos muros.

Y que Dios la ayudara, después de los últimos cinco años de infierno, la posibilidad de la libertad valía el riesgo.

Como la señora Griffiths le había indicado, preparó una alforja con solo ropa abrigada y sacó sus resistentes botas de invierno. No quería nada más de esa habitación. Tendría un nuevo comienzo.

Megan volvió a su cama y se acostó completamente vestida, mirando al techo. No dormiría esa noche. No podía dormir, no con la esperanza y el terror luchando en su pecho.

Si venían, cuando vinieran, estaría lista.

Lista para correr.

Lista para luchar por su libertad.

Lista para arriesgarlo todo por la oportunidad de ser, finalmente, libre.

CAPÍTULO CUATRO

—¿Listo? —preguntó Webb mientras se acercaba el amanecer. Habían decidido esperar para que parte de su huida se produjera al romper el alba y pudieran espolear a los caballos para que corrieran más rápido. Sería demasiado peligroso en la oscuridad.

Oliver comprobó sus pistolas por última vez, se aseguró de que su cuchillo estuviera bien sujeto en su bota y se ajustó la bufanda oscura que usaría para cubrir la mitad inferior de su rostro.

—Listo.

Comenzaron el descenso de la cresta mientras la luna nueva se alzaba, o más bien, mientras la ausencia de luna dejaba el cielo oscuro y lleno de estrellas. Condiciones perfectas para lo que estaban a punto de hacer.

El pabellón de caza esperaba abajo, con sus ventanas brillando tenuemente en la oscuridad. Dentro, Megan estaría probablemente en la cama, sin saber que en pocos minutos su vida cambiaría para siempre.

Oliver había liberado prisioneros antes, había liderado incursiones tras las líneas enemigas, se había enfrentado a la muerte más veces de las que podía contar, pero esto se sentía diferente. Más importante de alguna manera. Como si todo en su vida hubiera conducido a este momento.

Pensó en James, tendido muerto en algún cementerio galés, su asesinato sin castigar. Pensó en todas las víctimas de Penharrow, las mujeres traficadas, los hombres asesinados, las vidas destruidas.

Y pensó en Megan, atrapada en su jaula dorada, esperando una libertad en la que probablemente ya había dejado de creer.

Esta noche, ella sería libre.

Oliver se agachó en el borde del bosque, observando el pabellón de caza con la quietud paciente de un depredador. El edificio permanecía en silencio en la oscuridad, solo dos ventanas mostraban luz: una en la planta baja, donde el guardia nocturno hacía su ronda, y otra en el segundo piso. Parecía provenir de la habitación de Megan. Esperaba que fuera porque la señora Griffiths le había dicho que estuviera lista.

Webb tocó su brazo, señalando. El guardia exterior estaba haciendo su recorrido, caminando por el perímetro con el paso aburrido de alguien que había realizado esa tarea demasiadas veces como para creer que algo pudiera ocurrir alguna vez. Habían cronometrado su patrón. Veinte minutos para un recorrido completo, luego quince minutos dentro calentándose junto al fuego de la cocina antes de reanudar su patrulla.

—Ahora —susurró Oliver.

Se movieron con el silencio de la práctica, cubriendo los cincuenta metros del bosque al pabellón en cuclillas, usando las sombras y el terreno para ocultarse. Webb se separó hacia la caseta del guardia mientras Oliver se dirigía a la entrada de los sirvientes en el lado este.

La puerta se abrió con un leve crujido que pareció atronador en el silencio nocturno. Oliver se quedó inmóvil, escuchando. No hubo gritos de alarma. Ni pasos apresurados. Se deslizó hacia el interior, cerrando la puerta tras él.

El pasillo estaba oscuro, pero la tenue luz de la luna que entraba por una ventana al fondo proporcionaba suficiente iluminación para orientarse. Sus ojos se adaptaron rápidamente, observando el estrecho corredor flanqueado por puertas: despensa, lavadero, habitaciones de los sirvientes. Al final del pasillo, unas escaleras subían hacia la planta principal.

Acababa de llegar a la base de las escaleras cuando oyó voces.

"no me importa lo que ella quiera. Su Señoría dijo..."

"Su Señoría no está aquí, Thomas, y ella difícilmente va a escaparse en medio de la noche."

Dos hombres. El guardia nocturno y uno de los guardias exteriores que debía haber entrado. Oliver se pegó contra la pared, con la mano en su pistola.

"Sabes lo que le pasó al último que se volvió blando con ella —dijo la primera voz, Thomas—. Daniel pagó por ello."

"No me estoy volviendo blando. Digo que no pasa nada si está despierta después de su toque de queda si eso la mantiene callada. Mejor que volver a oírla gritar como hizo el mes pasado."

Los pasos se acercaron. Oliver calculó distancias, ángulos, la probabilidad de ser descubierto. La pistola sería ruidosa, alertaría a todo el pabellón. El cuchillo sería más silencioso, pero más sucio.

Los pasos se detuvieron al final del pasillo.

"Bien. Déjala en paz. Pero si Su Señoría pregunta..."

"No lo hará. El hombre está demasiado ocupado con sus queridas de Londres como para preocuparse por lo que hacemos aquí, mientras ella esté aquí cuando regrese."

Se rieron. Un sonido que Oliver guardó para recordar más tarde. Cuando todo terminara. Cuando Penharrow pagara por sus crímenes.

Los pasos se alejaron. Oliver esperó hasta oír cerrarse una puerta, luego subió rápidamente las escaleras hasta la planta principal.

La distribución coincidía con la descripción de la señora Griffiths: un salón central con habitaciones que se abrían a su alrededor. La escalera principal hacia el segundo piso estaba al fondo, y podía ver luz de lámpara bajo una puerta a la izquierda. La habitación del guardia.

Consideró sus opciones. Podía esperar a que el guardia reanudara su ronda y escabullirse cuando el hombre estuviera de espaldas. O podía ser más directo.

Oliver eligió la opción directa. Cruzó hacia la puerta del guardia y llamó suavemente.

—¿Thomas? —La puerta se abrió. El guardia, un hombre corpulento de unos cuarenta años, de porte exmilitar, se quedó paralizado al ver a Oliver, con los ojos abiertos de par en par.

El puño de Oliver le alcanzó en el plexo solar, haciéndole expulsar el aire de sus pulmones y doblando al hombre en dos. Un segundo golpe en la sien y el hombre se desplomó. Oliver lo atrapó, arrastrándolo de vuelta a la habitación y bajándolo al suelo. No estaba muerto, no lo había golpeado lo suficientemente fuerte para eso, pero estaría inconsciente por un buen rato.

Oliver lo ató y lo amordazó, luego se dirigió a la escalera principal.

El segundo piso era más silencioso. Más oscuro. La mayoría de los sirvientes estarían dormidos en sus habitaciones del ático. Oliver contó las puertas, cotejándolas con la descripción de la señora Griffiths. Tercera puerta a la derecha. Lado este.

La puerta estaba cerrada con llave, pero la cerradura era sencilla, diseñada para mantener a alguien dentro, no para mantener fuera a intrusos expertos. Oliver la abrió en menos de un minuto, deslizándose hacia el interior y cerrándola suavemente tras él.

La habitación era todo lo que la señora Griffiths había descrito. Lujosa, hermosa, una jaula vestida de seda y terciopelo. Muebles finos, cortinas costosas, una cama con dosel y colgaduras bordadas.

Y sentada en una silla junto a la ventana estaba Megan.

El corazón de Oliver se detuvo.

La había visto desde lejos a través del catalejo. Creyó estar preparado. Pero nada, ni la vigilancia, ni las descripciones de la señora Griffiths, ni su propia imaginación, lo había preparado para el impacto visceral de verla de cerca.

Era exquisita. No con la belleza pintada y artificial de las cortesanas londinenses, sino con una hermosura natural que lo golpeó como un puñetazo en el esternón. Su cabello rubio caía en suaves ondas más allá de sus hombros, captando la luz de la lámpara. Su rostro, Dios, ese rostro, pertenecía a una pintura renacentista. Pómulos altos, labios rosados y llenos, piel como crema a pesar de los años de cautiverio. Llevaba un sencillo vestido de lana

verde oscuro que la hacía parecer una ninfa del bosque atrapada en la trampa de un cazador.

Y sus ojos. Esos ojos extraordinarios que la señora Griffiths había mencionado, verdes hoja con motas doradas, se alzaron para encontrarse con los suyos.

Se quedó paralizada.

No era pánico con gritos. Ni sorpresa impactada. Solo terror congelado. La quietud instintiva de una presa que ha aprendido que los movimientos bruscos traen dolor. La respuesta de alguien acostumbrada a las amenazas, a las intrusiones inesperadas, a las violaciones de su espacio y de su persona.

El pecho de Oliver se oprimió con una rabia tan intensa que casi lo asfixió. *Esto es lo que él le ha hecho. Reducirla a esto. Hermosa y aterrada y atrapada.*

Pero debajo de la rabia, algo más oscuro se agitó. Deseo, inmediato e indeseado, enrollándose caliente en su vientre. La deseaba. Quería cruzar esa habitación y tocar esa piel perfecta, saborear esos labios, hundir sus manos en ese cabello exuberante. El pensamiento surgió sin ser invitado y lo dejó enfermo de autodesprecio.

Cristo. Es una víctima, y estás aquí codiciándola como un animal en celo.

En ese momento, no era mejor que Penharrow, al verla, al desearla, y se odió a sí mismo por ello incluso mientras su cuerpo se negaba a dejar de responder a su cercanía. Esta mujer había sido violada, quebrantada, mantenida como una posesión. Merecía rescate, protección, justicia. No a otro hombre mirándola con hambre en los ojos.

Y sin embargo, no podía parar.

Ella lo miraba ahora, con esos ojos notables abiertos por el terror, y Oliver sintió todo el peso de lo que había planeado hacer. Había venido para usarla, tomarla como cebo, como testigo, como un arma contra Penharrow. Se había dicho a sí mismo que era un rescate, pero era manipulación. Quería usar su belleza, su testimonio, su trauma, como herramientas para su venganza.

La revelación lo hizo sentir sucio.

—No voy a hacerte daño —dijo Oliver en voz baja, manteniendo la distancia incluso cuando todo en él quería acercarse. Forzó sus manos a permanecer visibles, alejadas de sus armas, tratando de parecer menos amenazador a pesar de las armas en su cinturón y la bufanda que ocultaba la mitad de su rostro.

A la luz de la lámpara, era aún más devastadora de lo que había parecido desde lejos. Ese rostro extraordinario inclinado hacia él, la luz de la lámpara dorando su piel, haciéndola parecer a la vez etérea y desgarradoramente real. Tuvo que clavar las uñas en las palmas para no alcanzarla.

Concéntrate. No es tuya para desearla. Es una misión. Una testigo. Una víctima que necesita ayuda.

Pero su cuerpo no se preocupaba por las nobles intenciones. Solo registraba la curva de su garganta, el subir y bajar de su respiración, la forma en que sus labios se entreabrían ligeramente por el miedo. Imaginó cubrir esa boca con la suya, tragar sus jadeos, sentirla derretirse contra él...

No.

Oliver aplastó salvajemente el pensamiento. Esto también era obra de Penharrow. Ese deseo no deseado era lo que el conde había cultivado en ella, había usado para justificar tenerla retenida. Cada hombre que miraba a Megan y solo veía su belleza perpetuaba lo que Penharrow había hecho. Era una persona, no un objeto de lujuria.

Aunque su cuerpo no hubiera recibido ese mensaje.

—Te voy a llevar lejos de aquí —logró decir, con la voz más ronca de lo que había pretendido.

—La señora Griffiths me dijo que vendrían unos hombres claramente locos a rescatarme —susurró ella, y su voz, Dios, incluso su voz, era perfecta, grave y ligeramente ronca como si no la usara a menudo—. Él nos matará a ambos.

El sonido de esa voz lo atravesó como un relámpago.

—El conde de Penharrow está en Londres —consiguió decir, tratando de concentrarse en la misión en lugar de en cómo la luz de la lámpara se reflejaba en su cabello—. Para cuando descubra que te has ido, estarás fuera de su alcance.

Ella lo miró como una persona que se ahoga mira a la orilla. Con esperanza y desesperación y el conocimiento profundo de que el rescate podría ser imposible. Escudriñó su rostro con una intensidad que se sintió casi física, y él se preguntó qué veía. ¿Un salvador? ¿Otro captor? ¿Otro hombre que la miraba y veía a alguien a quien poseer?

—¿Quién eres? —preguntó ella, y la simple pregunta llevaba tanto peso.

Oliver sabía que su respuesta importaba. Sabía que podía elegir ser mejor de lo que había planeado. Mejor que sus deseos más bajos. Mejor que Penharrow.

No le diría su título. Penharrow era un conde, ¿y por qué iba ella a confiar en otro par?

—Alguien que va a hacer que ese monstruo pague por sus crímenes —dijo, y lo sintió con cada fibra de su ser. Que ella pensara que era por justicia. Que pensara que era noble. Él ardería en el infierno por sus pensamientos reales, por la forma en que su cuerpo respondía a su presencia, por la forma en que la deseaba incluso mientras se odiaba a sí mismo por desearla.

Dio otro paso cuidadoso hacia adelante, observando su reacción, luchando por mantener las manos firmes.

—Vienes conmigo. Puedes caminar, o te llevaré en brazos, pero nos vamos, ahora.

El pensamiento de llevarla en brazos, de su cuerpo presionado contra el suyo, sus brazos alrededor de su cuello, envió otra sacudida de deseo no deseada a través de él. Oliver lo reprimió violentamente.

No es tuya. No es de nadie. Es una persona que merece algo mejor que tu lujuria o la obsesión de Penharrow.

Esperaba resistencia. Esperaba que gritara, que se negara, que se aferrara al horror familiar del cautiverio en lugar de confiar en un extraño que había irrumpido en su habitación en medio de la noche.

Pero Megan lo sorprendió.

Se levantó con una rapidez sorprendente, agarró una capa gruesa y una pequeña alforja de un gancho junto a la ventana. El movimiento hizo que su vestido se moviera, revelando la curva de su

cintura, y Oliver tuvo que cerrar los ojos brevemente contra la ola de deseo que lo arrasó.

Detente. Deja de verla como una mujer que deseas y empieza a verla como una persona a quien salvar.

—Cualquier cosa es mejor que quedarme aquí —dijo ella, con resignación tranquila en su voz—. Pero te advierto. Nos cazará como a presas. Tampoco estaremos a salvo al otro lado de la frontera.

Las palabras golpearon a Oliver con más fuerza de lo que cualquier acusación podría haberlo hecho. Ella no tenía idea de quién era él, ni su título ni nada. Esta mujer había perdido la esperanza. Había dejado de creer en el rescate. Y sin embargo, ahí estaba, arriesgándose desesperadamente con un completo extraño porque cualquier posibilidad era mejor que ninguna.

La confianza implícita en esa decisión lo humilló. Hizo que sus pensamientos anteriores, sus reacciones físicas, más bajas, parecieran aún más vergonzosos.

Ella eligió confiar en él. Lo mínimo que podía hacer era ser digno de esa confianza.

Incluso si su cuerpo todavía ardía. Incluso si todavía la deseaba con una intensidad que lo enfermaba. Incluso si una parte de él todavía planeaba cómo usar su testimonio para destruir a Penharrow.

—Te mantendré a salvo. Aprenderás que nunca miento —dijo Oliver, y era la verdad que podía darle. Incluso si se mentía a sí mismo sobre sus motivaciones—. ¿Sabes montar a caballo?

—No. No me permitieron aprender. Me pregunto por qué —añadió con sarcasmo amargo.

Por supuesto. Penharrow la había mantenido dependiente, incapaz de escapar. La confirmación de lo completamente que había sido controlada envió una nueva rabia por las venas de Oliver, una rabia que luchaba con la imagen no deseada de ella montando detrás de él, su cuerpo presionado contra su espalda, sus brazos alrededor de su cintura.

—Maldición. Tendrás que montar conmigo y eso podría retrasarnos —forzó las palabras con tono uniforme, sin dejar que ella escuchara el conflicto que rugía dentro de él—. Tenemos caballos

esperando, pero necesitamos movernos rápido y en silencio. El guardia de abajo está inconsciente, pero no lo estará para siempre. Y hay guardias exteriores...

Un disparo resonó desde algún lugar abajo, rompiendo el silencio de la noche.

Oliver maldijo. Webb debía haber sido descubierto. O uno de los guardias exteriores había visto algo.

—Cambio de planes —dijo, e hizo lo que había estado queriendo hacer desde que entró en esa habitación: agarró la mano de Megan.

El contacto fue eléctrico. Sus dedos eran pequeños en los suyos, fríos incluso a través de sus manoplas de lana, y sin embargo, el tacto envió calor recorriendo su brazo. Era real, cálida, viva, no una figura distante vista a través de su catalejo, sino una mujer de carne y hueso cuya mano encajaba perfectamente en la suya.

Oliver odiaba lo bien que se sentía. Odiaba lo mucho que quería no soltarla nunca.

—Corremos —terminó, tirando de ella hacia la puerta.

E intentó no pensar en cómo Penharrow había tocado esa misma mano. Cómo el conde había poseído cada parte de ella. Cómo el propio Oliver no era más que otro hombre usándola, aunque se dijera a sí mismo que sus propósitos eran nobles.

Aunque una parte de él ya supiera que, en algún momento entre irrumpir en esa habitación y sentir su mano en la suya, sus cuidadosos planes de venganza se habían vuelto infinitamente más complicados.

Porque no solo quería usar su testimonio.

La quería a ella. Toda ella. De maneras que no lo hacían mejor que el monstruo del que huían.

Salieron de la habitación al pasillo justo cuando estallaban voces en la planta baja. Gritos en galés, pasos corriendo, el sonido de muebles volcándose. Oliver llevó a Megan hacia la escalera de servicio en la parte trasera de la casa, los escalones estrechos que usaban las criadas para subir agua y ropa blanca.

Detrás de ellos, oyó botas en la escalera principal.

—¡Arriba! ¡Registren su habitación!

Bajaron las escaleras estrechas, tropezando en la oscuridad. La mano de Megan era pequeña en la suya, pero su agarre era fuerte, decidido. Abajo, se encontraron con una criada que salía de sus habitaciones, con los ojos abiertos de par en par por el terror. Oliver la apartó sin decir una palabra, arrastrando a Megan por el pasillo de servicio hacia la salida este.

Otro disparo, esta vez desde fuera. Era Webb, cubriéndolos.

Estallaron en el aire nocturno y se encontraron con el caos. Webb estaba montado, sosteniendo las riendas de otros dos caballos, intercambiando disparos con los guardias que se habían apostado cerca de las cuadras. En la oscuridad, los fogonazos iluminaban la escena en ráfagas entrecortadas de luz.

—¡Vayan! —gritó Webb, disparando de nuevo.

Oliver alzó a Megan y la subió a uno de los caballos, luego montó detrás de ella. Sintió que se tensaba por su cercanía, pero no podía perder tiempo en tranquilizarla. Tomó las riendas, espoleó al caballo y se puso en movimiento mientras otro disparo silbaba junto a su cabeza.

Galoparon hacia el bosque, con las ramas azotándolos en la oscuridad. Detrás, más disparos, más gritos. Oliver se inclinó sobre Megan, protegiéndola con su cuerpo, confiando en que su caballo encontrara el terreno en aquel paisaje traicionero.

Webb apareció a su lado momentos después, el aliento de su montura salía en nubes blancas.

—Están organizando la persecución. No pueden ser todos, porque le di a uno.

—Uno está atado en la sala de guardias.

—También será el personal masculino. Esto los pone a todos en peligro. Penharrow los castigará a todos —añadió Megan.

—El paso del norte —dijo Oliver, desviando su caballo hacia la ruta que habían explorado—. Podemos perderlos en las tierras altas.

Pero incluso mientras lo decía, sabía que el plan ya se había desmoronado. Debían haber tenido una huida limpia, horas antes de que nadie supiera que Megan había desaparecido. En cambio, tenían una persecución armada en la oscuridad, terreno difícil y una mujer que no sabía montar y dependía de él para mantenerla a salvo.

Una rama golpeó a Oliver en el rostro, haciéndolo sangrar. No aminoró la marcha. Detrás, ahora podía oír caballos, múltiples jinetes abriéndose paso a través del bosque.

—¡Mi señor! —la advertencia de Webb llegó justo cuando Oliver vio el problema. El arroyo que habían planeado cruzar se había hinchado con las lluvias recientes, la corriente rápida y peligrosa.

—Tenemos que cruzar —dijo Oliver—. Es nuestra única oportunidad de perderlos.

Sintió que Megan se tensaba contra él.

—No sé nadar.

—No dejaré que te ahogues. Confía en mí.

Era una locura pedir eso: confianza de una mujer que había sido traicionada por todos los hombres que había conocido, que tenía todas las razones para temer en lugar de confiar. Pero no había tiempo para nada más.

Oliver espoleó a su caballo hacia el arroyo crecido. La corriente los atrapó de inmediato, más fuerte de lo que había previsto, arrastrando a los caballos de lado. Megan jadeó, con sus manos aferrándose a su brazo con una fuerza desesperada.

El caballo tropezó, se hundió. De repente estaban en el agua, el frío era impactante, la corriente los arrastraba abajo. Oliver mantuvo un brazo enganchado alrededor de Megan, luchando por mantener ambas cabezas fuera del agua mientras su otra mano buscaba apoyo en rocas, ramas, cualquier cosa.

Su bota golpeó algo sólido. Oliver hizo palanca, empujando hacia la orilla opuesta. A su lado, Webb había logrado cruzar y alcanzaba la mano desde su caballo. Oliver agarró la mano que le ofrecía, sintió que lo tiraban, el peso de Megan una carga que se negaba a soltar.

Colapsaron en la orilla opuesta, tosiendo agua, temblando por el frío y el esfuerzo. Detrás, al otro lado del arroyo crecido, podía oír a sus perseguidores llegar, veía antorchas entre los árboles.

—No pueden cruzar —dijo Webb—. No en la oscuridad. No con el agua tan alta.

Oliver se puso de pie, tirando de Megan para que se levantara con él. A la luz de las antorchas al otro lado del arroyo, podía ver su

rostro, pálido, aterrorizado, pero vivo.

—Arriesgaste tu vida por mí —dijo ella, su voz apenas audible sobre el rugido del agua.

—Por supuesto. Prometí mantenerte a salvo —respondió Oliver, como si nunca hubiera habido duda al respecto. Como si no hubiera tirado por la borda su plan cuidadosamente construido, como si no se hubiera comprometido a proteger a aquella mujer a cualquier precio.

—Conseguí atrapar el caballo de repuesto. El tuyo salió huyendo —dijo Webb mientras se mantenían de pie, tiritando—. Pero este lleva nuestras provisiones, así que tuvimos suerte.

Volvieron a montar, Oliver tomando de nuevo a Megan en su caballo. Cabalgaron sin descanso hacia la oscuridad, poniendo distancia entre ellos y el pabellón de caza, entre Megan y su cautiverio.

CAPÍTULO CINCO

El caballo tropezó de nuevo, y Megan apretó su agarre sobre el abrigo del desconocido, sus dedos entumecidos por el frío y el miedo porque sus manoplas estaban empapadas. El amanecer se abría paso sobre las montañas, tiñendo el cielo de tonos grises que igualaban el agotamiento que le pesaba en los huesos.

Habían cabalgado durante el resto de la noche, solo el calor de su cuerpo evitaba que expirara a causa del frío. Su cuerpo dolía de estar presionada contra el hombre que había irrumpido en su habitación. Oliver, había dicho que se llamaba. No sabía su apellido. No sabía nada de él, salvo que la había sacado de la casa de Penharrow y que ahora huían por la naturaleza galesa con una persecución en algún lugar detrás de ellos.

¿Qué he hecho?

La pregunta había estado dando vueltas en su mente desde que cruzaron aquel río crecido en la oscuridad. Había elegido esto. Elegido huir con un completo desconocido en lugar de quedarse en su jaula dorada. En ese momento, parecía la única opción. Cualquier cosa era mejor que Penharrow.

Pero ahora, fría, mojada y aterrorizada, no estaba tan segura.

—Allí —gritó Oliver, su voz ronca por el agotamiento. Señaló una estructura de piedra más adelante—. Refugio.

El corazón de Megan dio un salto de esperanza desesperada. La cabaña del pastor parecía sólida. Cuatro paredes de piedra, un tejado de pizarra que parecía intacto. Sin humo, así que con suerte estaba vacía. Debería estarlo en esta época del año. Las ovejas habrían sido llevadas a pastos más bajos.

—Podemos secarnos —intentó decir, pero Oliver ya había espoleado a su agotado caballo hacia adelante.

La cabaña era más grande de lo que esperaba y estaba vacía. Oliver desmontó primero, luego alzó la mano para ayudarla a bajar. Las piernas de Megan se doblaron cuando sus pies tocaron el suelo. Se habría caído si él no la hubiera sujetado.

—Tranquila —dijo—. Estás bien.

Pero no estaba bien. Temblaba, por el frío, por el agotamiento, por el terror diferido de todo lo que había sucedido en las últimas horas. El cruce del río. Los disparos. La huida desesperada a través de la oscuridad.

Y ahora, estaba sola con dos hombres desconocidos en una cabaña aislada, a kilómetros de cualquier lugar.

El otro hombre, Webb, recordaba, ya estaba llevando los caballos a la parte trasera de la cabaña, donde veía un pequeño cobertizo. El caballo que había caído al agua los había seguido, así que al menos tenían tres monturas de nuevo.

Al menos los animales también tendrían protección. Eran su medio de escape si llegaba a necesitarlo. Eso era ridículo. No podía montar ninguna de esas bestias por sí sola. Como siempre, estaba atrapada.

—Adentro —dijo Oliver, con la mano en su codo, guiándola hacia la puerta.

El interior hizo que el pecho de Megan se tensara con un alivio inesperado. Una chimenea con una pequeña pila de leña lista para encender. Montones de leña seca contra una pared. Mantas limpias dobladas sobre camastros de madera tosca. Incluso el suelo era de piedra en lugar de tierra, barrido.

Solo había conocido el pabellon de caza, con sus sábanas de seda, mantas de lana fina y edredones de plumón suave. Esto no se parecía en nada a aquello. Esto era mejor. Esto no tenía recuerdos.

—Encenderé el fuego —dijo Oliver, ya moviéndose para añadir más leña. Pronto comenzó a crepitar y a arder—. Siéntate aquí y caliéntate.

Megan se dejó caer sobre el hogar de piedra y tendió las manos hacia el calor. Su ropa mojada se pegaba a su piel, pesada y fría. Temblaba tan fuerte que sus dientes castañeteaban.

Oliver se arrodilló junto a ella, y ella se encogió antes de poder evitarlo.

Él se quedó inmóvil, con las manos levantadas en un gesto de paz.

—No te haré daño.

—Eso dicen todos los hombres —las palabras salieron antes de que Megan pudiera detenerlas, amargas y cortantes.

La mandíbula de Oliver se tensó.

—Es justo, pero aun así es cierto. —Se levantó, se movió hacia un hatillo que ella no había notado antes—. Necesitas quitarte esa ropa mojada. Vas a morirte de frío.

El pánico se disparó en su pecho.

—No.

—Megan...

—No. —Se envolvió los brazos, presionándose contra la pared de piedra—. No lo haré. No voy a...

—No te pido que te desnudes para mi beneficio —la interrumpió Oliver, su voz firme pero no cruel—. Te digo que si no te quitas esa ropa mojada, morirás de frío. Y no te rescatamos ni te sacamos de un río helado para que mueras por exposición en una cabaña de pastor.

Sacó prendas del hatillo. Una camisa, pantalones, incluso medias. Todo demasiado grande para ella, pero seco.

—Estas son mías. Tu alforja se mojó cuando el caballo cayó, así que tenemos que vaciarla y secarlo todo. Mi bolsa estaba en el caballo de Webb, así que está seca. —Dejó la ropa en el banco junto al fuego—. Ponte esto hasta que las tuyas se sequen. Puedes cambiarte mientras Webb atiende a los caballos. —Se movió y colgó una manta de lana entre dos clavijas en la pared—. Mantendré la espalda girada. Envuélvete en eso cuando te hayas cambiado y

cuelga tu ropa para que se seque. No vamos a hacerte daño. Te doy mi palabra.

—Tu palabra no significa nada para mí. —Su voz temblaba—. No te conozco. No sé por qué me sacaste ni qué quieres de mí ni...

—Primero, quiero que no mueras de frío —dijo Oliver con tono plano—. Eso es lo que quiero ahora mismo. Todo lo demás puede esperar hasta que estés caliente y seca. Entonces te explicaré más.

La puerta se abrió y Webb entró, el agua goteando de su abrigo. Echó un vistazo a la escena, Megan presionada contra la pared, Oliver sosteniendo ropa seca, la tensión espesa entre ellos, y suspiró.

—Voy a salir otra vez, a ocuparme bien de los caballos. Les daré un poco de privacidad. —Salió antes de que Megan pudiera responder.

Ella miró la ropa seca y luego a Oliver.

—¿Por qué debería confiar en ti?

—No puedo darte una razón. —Se alejó de ella, instalándose en el lado opuesto de la cabaña con la espalda vuelta—. Pero necesitas secarte, y soy la única opción que tienes ahora mismo. Así que confía en mí o no. Solo cálmate antes de que enfermes. No podremos escapar si enfermas.

Megan esperó, observándolo. Él no se movió. No se giró. Solo permaneció sentado con la espalda vuelta hacia ella, trabajando en silencio con el equipo mojado, y ella podía oír el suave chasquido del metal: una pistola que estaba limpiando, poniendo a punto. Manos que sabían lo que hacían. Observó la línea de sus hombros y se dijo a sí misma que no significaba nada.

Lentamente, temblando por algo más que el frío, agarró la ropa seca y se movió detrás de la manta colgada.

Sus dedos forcejearon con los cierres de su vestido mojado. Todo estaba empapado. Había tenido la presencia de ánimo de ponerse un vestido de lana gruesa y medias gruesas, pero estaban saturadas hasta la enagua, incluso el corsé. Las despegó de su piel con dedos entumecidos, hiperconsciente de cada sonido al otro lado de la manta.

Oliver no se movió. No intentó mirar. Podía oírlo aún en su tarea, encendiendo el fuego como único sonido bajo la lluvia.

La camisa seca le quedaba enorme, colgándole hasta las rodillas. Los pantalones eran imposibles, demasiado grandes, se le caían de las caderas. Los abandonó y se ajustó la camisa todo lo que pudo, luego se envolvió en una de las mantas secas.

—Estoy decente —dijo en voz baja.

Oliver se giró.

Su expresión era cuidadosamente neutral al observar su aspecto. Ahogada en su camisa, envuelta en una manta, su cabello mojado colgando en greñas alrededor de su rostro.

Y era neutral, esa expresión. Megan se había vuelto experta en leer los rostros de los hombres, en catalogar cada cambio de interés cortés a lo que venía después, a aquello para lo que había aprendido a prepararse. Lo leyó con cuidado y no encontró nada que la alarmara. Solo algo que no podía nombrar con precisión, algo que pasó por sus ojos y fue guardado muy rápido, como una carta que se dobla antes de que otro pueda leerla.

Guardó eso en un rincón y miró sus propias manos.

—Mejor —dijo él—. Cuelga tus cosas mojadas junto al fuego para que se sequen. Y siéntate, caliéntate.

Así lo hizo, muy consciente de llevar tan poca ropa delante de un hombre que no conocía, pero Oliver ya se había vuelto a girar, avivando el fuego, y ella se encontró estudiando la parte trasera de su cabeza como estudiaría un paisaje en busca de las salidas. Mapeándolo. Registrándolo sin querer.

—Tú también tienes que secarte —dijo, casi para sí misma.

—Lo haré cuando hayamos organizado la comida.

La puerta se abrió y Webb regresó, el agua aun goteaba de su abrigo. Se acercó al fuego sin mirar a Megan, despojándose de sus capas exteriores mojadas.

Fue entonces cuando vio la sangre.

—Estás herido —dijo, las palabras automáticamente.

Webb miró su hombro, donde su camisa estaba empapada de sangre además de lluvia.

—Me alcanzó una bala en la huida. No es nada. Solo un rasguño.

—No es nada. Estás sangrando.

—He tenido heridas peores.

Pero Megan ya se estaba moviendo, el instinto tomando el control. El mismo instinto que la había mantenido durante años atendiendo las lesiones del personal, aprendiendo a ser útil con la esperanza de que alguien pudiera eventualmente ayudarla a cambio.

—Siéntate —ordenó, señalando el banco—. Déjame ver eso.

Webb miró a Oliver, que asintió. El hombre mayor se sentó, y Megan retiró con cuidado su camisa mojada.

La herida era una bala que lo había rozado, pero era profunda y aún sangraba. Llevaba horas así. Si no se trataba, podía infectarse.

—Hay que limpiarla —dijo ella. — ¿Tienes whisky?

Webb sacó una petaca del bolsillo de su abrigo con su brazo bueno.

—Esto servirá.

Megan la tomó y luego miró alrededor de la cabaña. Necesitaba tela para vendas. Su camisa estaba mojada, pero serviría. La recuperó de donde la había colgado para secarse y comenzó a rasgar tiras con manos temblorosas.

—¿Dónde aprendiste medicina de campaña? —preguntó Oliver desde el otro lado de la habitación.

Megan no lo miró.

—Mis carceleros solían lesionarse. Aprendí a atenderlos, con la esperanza de que quizás algún día me ayudaran a cambio. —Vertió whisky sobre la herida, ignorando la inhalación aguda de Webb. — El guardabosques me enseñó. Dijo que era útil, pero sospecho que sabía que necesitaba algo que ocupara mi tiempo.

Sus manos trabajaban automáticamente. Limpiando la herida, vendándola con el lino rasgado. Algo familiar en un mundo que se había vuelto terriblemente extraño.

Cuando terminó, se sentó sobre sus talones, consciente de lo expuesta que estaba. Descalza, vistiendo solo una camisa prestada y una manta, atendiendo las heridas de hombres extraños en una cabaña aislada.

Esto es una locura. He cambiado una prisión por otra.

—¿Quiénes son ustedes? —La pregunta estalló de ella, afilada por el miedo y el agotamiento. — ¿De verdad? ¿Por qué me ayudan? ¿Por qué me trajeron?

Oliver sostuvo su mirada a través del fuego.

—Mi nombre es Oliver Sommerset. Soy el marqués de Astor, heredero del duque de Saxton.

Un marqués. La mente de Megan dio vueltas. ¿Era como Penharrow? Había esperado a un criminal, quizás. Alguien que robaba mujeres para obtener beneficio. No a otro par del reino.

—¿Por qué? —exigió. — ¿Por qué un marqués iría al pabellón de Penharrow a buscarme?

—No te busqué. Te liberé.

—¿Hay alguna diferencia?

—Sí. —La voz de Oliver era firme. — Secuestrar implica llevarte contra tu voluntad para mis propios fines. Vine a salvarte de un monstruo.

—No sabes lo que es…

—Sé exactamente lo que es. —Sus manos se cerraron brevemente. — Asesinó a mi amigo más querido. El capitán James Hartley, y lo hizo parecer un accidente a caballo, pero James me envió una carta antes de morir. Me contó la verdad.

Megan lo miró fijamente.

—¿James está muerto? —Sintió que las lágrimas brotaban. — Lo sospechaba. Le dije que escapara, pero no entendió lo peligroso que era Penharrow hasta que fue demasiado tarde.

—Me envió una carta antes de ir al pabellón. Sabía que sus posibilidades de salir con vida eran escasas.

—Entonces, ¿por qué fue si lo sabía?

—Estaba investigando a Penharrow y vio algo que no debería haber visto. Te vio a *ti*, sospecho, e intentó hacer algo al respecto. —Oliver hizo una pausa. — En su carta, James me habló de ti, dijo que eras una prisionera, y me pidió que te liberara si no podía hacer nada más.

Las palabras golpearon a Megan como un puñetazo físico. James le había prometido ayudarla y lo había dicho en serio. Había pensado

que era solo otro hombre que quería su compañía en la oscuridad, pero había muerto intentando salvarla. Igual que Daniel.

—Lo siento —susurró. — ¿Era un amigo cercano?

—Sí —dijeron Oliver y Webb al unísono.

La voz de Oliver, cuando continuó, era áspera en los bordes de una manera que ella sospechaba que no habría permitido si lo hubiera notado a tiempo.

—Tengo la intención de asegurarme de que su muerte no haya sido en vano. Lo que significa llevarte a salvo a Londres, donde la influencia de Penharrow no llega.

—Penharrow tiene influencia en todas partes.

—No en Londres. No sobre mí. —Oliver se inclinó hacia adelante. — Megan, soy heredero de un ducado. Mi apellido tiene peso. Soy conocido en el Ministerio del Interior. Una vez que lleguemos a Londres, una vez que estés bajo mi protección, Penharrow no podrá tocarte, y tú puedes ayudarme a destruirlo.

Quería creerle. Desesperadamente quería creer que había algún lugar seguro, alguien lo suficientemente fuerte para enfrentarse a Penharrow.

Pero había aprendido a no tener esperanzas.

—Nos encontrará —dijo, su voz era plana. — Siempre me encuentra. He intentado escapar cuatro veces antes. Cada vez…

—Cada vez estabas sola —la interrumpió Oliver. — Esta vez tienes ayuda. Ayuda profesional. —Señaló a Webb. — Los dos somos de caballería. Sabemos movernos por territorio hostil, cómo evadir la persecución. Te llevaremos a Londres.

—¿Y luego qué? —Megan se ajustó la manta más firmemente alrededor. — ¿Qué me pasará en Londres? Estoy… —No pudo terminar. No pudo decir en voz alta lo que era.

Arruinada. Usada. Soy la puta de Penharrow.

—Eres libre —dijo Oliver en voz baja. — Sea lo que fueras para Penharrow, sea lo que te haya hecho, eso se acabó. En Londres puedes elegir tu propia vida.

—¿Puedo? —La risa amarga escapó antes de que pudiera detenerla. — ¿Una mujer sin familia, sin referencias, sin perspectivas, sin dinero? ¿Qué opciones tengo?

—Más de las que crees. —Oliver se levantó y se acercó, sin amenaza. — Cuando lleguemos a Londres, me aseguraré de que tengas dinero. Suficiente para vivir de forma independiente si así lo eliges. Puedes ir a donde quieras, ser quien quieras ser.

—No sé quién quiero ser. —La confesión salió quebrada. — No sé quién soy. Quién es mi familia. Si siquiera me buscaron.

El silencio que siguió fue pesado. Afuera, la lluvia había comenzado de nuevo, un tamborileo constante sobre el techo de pizarra.

—Eres alguien que sobrevivió —dijo Webb en voz baja desde su lugar junto al fuego. — Eso es lo que eres. Alguien lo suficientemente fuerte para soportar lo insoportable y seguir en pie.

Megan miró al hombre mayor, sorprendida por la amabilidad en su voz.

—También eres alguien lo suficientemente valiente como para huir cuando se le da la oportunidad —añadió Oliver. — Podrías haber gritado cuando entré en tu habitación. Haber alertado a los guardias. Pero no lo hiciste. Elegiste correr el riesgo.

—No sabía qué más hacer. —Sostuvo su mirada. — Pero les advierto, si Penharrow nos atrapa antes de que salgamos de Gales, están muertos.

—Entonces mejor asegurarnos de que eso no ocurra. Ahora que has elegido, haré todo lo que esté en mi poder para mantenerte a salvo.

Megan no estaba segura de que fuera una elección. Se sentía más como cambiar una pesadilla por otra. Al menos con Penharrow sabía qué esperar, conocía las reglas, los castigos, los límites de su jaula.

Estos hombres eran variables desconocidas. Oliver afirmaba ser honorable, pero también lo había hecho Penharrow al principio. Webb parecía amable, pero también lo habían parecido los sirvientes, hasta que dejaron de serlo.

No podía confiar en ellos. No podía confiar en nadie.

Pero confiaste en la señora Griffiths…

Y sin embargo, seguía aquí. Aun huyendo con ellos en lugar de esperar a que los hombres de Penharrow la encontraran.

Porque cualquier cosa es mejor que volver. Cualquier cosa.

Webb había estado trabajando mientras ella pensaba. Había dispuesto pan y queso en la mesa junto al fuego.

—Después de que comas, bebe un poco de whisky, muchacha. Te calentará y te ayudará a dormir.

Tomó la petaca con cautela y dio un sorbo. El líquido le quemó la garganta, pero sintió el calor asentarse en su estómago casi de inmediato.

Comieron en silencio, y pronto apenas podía mantener los ojos abiertos.

—Deberías descansar. Toma el catre junto al fuego. —Oliver se recostó contra la pared. — Nos moveremos de nuevo al amanecer. Hasta entonces, intenta dormir.

—No puedo dormir. —La idea de cerrar los ojos, de estar vulnerable mientras estos hombres extraños estaban despiertos, era imposible.

—Entonces solo descansa. Cierra los ojos.

—¿Cómo sé que es seguro?

—¿Otra vez con esto? —La honestidad de Oliver era casi desconcertante. — Tienes que elegir confiar en nosotros. O al menos, elegir creer que somos mejores que Penharrow. Lo que, francamente, es un listón muy bajo.

A pesar de todo, Megan sintió algo que podría haber sido el comienzo de una sonrisa.

—Eso es cierto. Penharrow es muchas cosas, pero ser caballeroso no es una de ellas.

—Entonces elige creer que no somos Penharrow —dijo Oliver. — Y descansa. Necesitarás fuerzas para el viaje que tenemos por delante.

Megan se envolvió más apretadamente en la manta y se acomodó en el catre cerca del fuego, aunque no lo suficiente cerca de ninguno de los dos hombres como para sentirse amenazada. Los observó a través de sus ojos entrecerrados mientras Oliver limpiaba sus armas con precisión militar y la respiración de Webb se profundizaba hasta casi dormirse a pesar de su herida.

No parecían villanos. Parecían agotados. Preocupados. Humanos.

Pero Penharrow también había parecido humano, al principio.

Megan se encontró observando a Oliver. No lo hacía a propósito, se dijo a sí misma. Estaba evaluando. Calculando. Había pasado catorce años aprendiendo a leer a los hombres que la rodeaban como cuestión de supervivencia, y esto era simplemente más de lo mismo.

Mantuvo los ojos casi cerrados y lo observó a través de sus pestañas.

Oliver Sommerset. Marqués de Astor, heredero del duque de Saxton. Dejó que el nombre se asentara contra la realidad de él y descubrió que encajaban. Aristocrático. Preciso. El tipo de hombre que ocupa espacio en una habitación no alzando la voz, sino simplemente estando en ella.

Era guapo. Lo registró de la misma manera que registraba toda la información útil sobre los hombres, como datos, como algo que archivar y tener en cuenta. Pero tenerlo en cuenta estaba resultando más difícil de lo que había esperado, porque su belleza no era del tipo que conocía. Los hombres del pabellón habían sido guapos de forma obvia, bonitos y calculadores. Esto era algo más duro. Una mandíbula que parecía tallada en piedra, pómulos altos captando la luz del fuego, una nariz recta que en algún momento se había roto y había sido arreglada limpiamente. El tipo de rostro que habría parecido correcto en una moneda romana.

Lo había notado cuando lo había estado estudiando desde detrás de la camisa prestada, cuando él había creído que ella estaba ocupada cambiándose y ella había tenido un momento para simplemente mirar. Había estudiado los rostros de los hombres el tiempo suficiente para saber qué detalles importarían después. Sus manos, por ejemplo. De dedos largos, cuidadas, pero marcadas por callos de alguien que las usaba para algo más que firmar papeles. Había cicatrices. Una marca arrugada en su antebrazo izquierdo que tenía el aspecto particular de una vieja herida de bala. Finas líneas blancas en sus nudillos.

Lo había notado todo. Era práctico. Era sensato.

Lo que era menos sensato era que ahora, medio dormida junto al fuego con los ojos casi cerrados, no podía dejar de notar otras

cosas. La forma en que la luz del fuego se movía sobre su rostro. La línea particular de sus hombros cuando se inclinaba hacia adelante. La forma en que había dado la espalda y la había mantenido, sin que se lo pidieran de nuevo, sin ninguno de los pequeños gestos performativos que a veces hacían los hombres sobre su propia virtud.

Le había dado la espalda y se había quedado allí.

La mayoría de los hombres nunca la dejaban en paz. Todos querían algo de ella. Oliver también quería algo, que ella lo ayudara a vengar a James.

Había mantenido la mirada baja alrededor de los hombres desde que tuvo edad suficiente para entender las consecuencias de mirar. Se había convertido en hábito, luego en instinto, luego en algo tan profundamente arraigado que había dejado de pensar en ello como una elección. Mantenías la mirada baja. Observabas desde la periferia. Aprendías lo que necesitabas aprender sin parecer que mirabas directamente.

Estaba mirando directamente.

No porque quisiera, sino porque algo en su rostro no la dejaba en paz, y por primera vez en mucho tiempo, mantener la mirada baja se sentía como un esfuerzo en lugar de un reflejo. Una pequeña traición a algo para lo que aún no tenía nombre.

Se contuvo y forzó la mirada hacia el fuego.

Es un hombre, se dijo, con la precisión plana de alguien que se recuerda a sí mismo algo que no puede permitirse olvidar. *Y has aprendido, a un costo considerable, exactamente lo que son los hombres.*

Pero el pensamiento era más silencioso de lo que debería haber sido. Menos seguro de lo que debería haber sido.

Al otro lado de la habitación, Oliver se movió para poner otro trozo de leña en el fuego. Su mirada se deslizó sobre ella mientras se enderezaba, y ella se quedó muy quieta con los ojos casi cerrados y la respiración regular, fingiendo dormir, fingiendo la ausencia de sí misma.

Durante un momento, él simplemente se quedó quieto.

Podía sentirlo sin verlo, la calidad de su atención. No la mirada evaluadora contra la que había aprendido a protegerse. Algo diferente. Algo que estaba allí y luego era deliberadamente apartado, como se deja algo que aún no estás seguro de que te esté permitido sostener.

Luego volvió a su posición contra la pared y no volvió a mirarla.

Megan permaneció inmóvil y pensó, con la fría claridad que había perfeccionado a lo largo de los años, que estaba en problemas. No del tipo que sabía cómo navegar. Del otro tipo.

Afuera, la lluvia continuaba. En algún lugar a lo lejos, los perseguidores seguían buscando. Pero Oliver era astuto, dirigiéndose al norte en lugar de al este. Los hombres de Penharrow eran fuerza bruta en lugar de inteligencia. Buscarían la frontera más cercana.

Y Megan yacía con ropa prestada bajo la manta de un desconocido y pensaba en Escocia. En si podría arreglárselas sola. En si sabía lo suficiente de curación para intercambiarla por trabajo y comida sin referencias. En si existía alguna versión de esto que terminara con ella perteneciéndose por completo a sí misma.

Lo último que volvería a hacer era entregarse a un hombre que no quería.

Observó el fuego y se dijo que no quería nada en absoluto.

Era importante seguir diciéndoselo.

—Deberías dormir —dijo Oliver, sin mirarla. Su voz era lo suficientemente baja para que Webb no la oyera. — No iremos a ninguna parte hasta el amanecer. Estás a salvo hasta entonces.

Megan no respondió. Mantuvo la respiración regular. Mantuvo los ojos suaves e inmóviles bajo sus párpados.

Una pausa.

Luego, más bajo:

—Descansa.

Y Megan, contra todo instinto que poseía, descubrió que su cuerpo le creía, aunque su mente aún no estuviera lista para hacerlo.

El sueño la venció antes de que pudiera decidir cómo se sentía al respecto.

CAPÍTULO SEIS

Los hombres esperaron hasta que Megan estuviera profundamente dormida antes de despojarse de sus ropas aún húmedas y envolverse en mantas. Habían tenido alojamientos peores en España. Aquí al menos estaban secos y calientes.

—¿Será lo suficientemente fuerte para seguir el ritmo, o nos va a retrasar?

La pregunta de Webb era esperada, y Oliver respondió con honestidad.

—No estoy seguro.

Miró la forma dormida de Megan junto al fuego. Incluso en el sueño exhausto, parecía frágil, su rostro pálido a la luz de las llamas, ojeras marcadas bajo sus ojos. Pero la había visto cruzar ese río. La había visto atender la herida de Webb con manos firmes a pesar de su propio terror.

—Es más fuerte de lo que parece —dijo Oliver—. Pero no podemos exigirle más de lo que nos exigiríamos a nosotros mismos.

Webb movió su hombro herido con una mueca.

—¿Cuántos días hasta Shrewsbury?

—Cinco. Quizá seis o siete si el tiempo empeora —Oliver añadió otro leño al fuego—. Normalmente tres días de dura cabalgada, pero tendremos que evitar los caminos principales. Los hombres de Penharrow los estarán vigilando.

—También vigilarán los pasos fronterizos.

—Por eso vamos hacia el norte, no hacia el este —Oliver lo había estado planeando desde que huyeron del pabellón de caza—. Nos adentramos en las montañas. Terreno difícil, pero los hombres de Penharrow no lo esperarán. Supondrán que nos dirigimos a Inglaterra por la ruta más rápida.

Webb guardó silencio un momento, pensando.

—Las montañas de Shropshire en noviembre pueden ser un problema. Podríamos congelarnos si nieva temprano.

—Cazaremos. Hay caza en esas montañas, ciervos rojos, conejos, y alguna que otra oveja robada si tenemos suerte. Mejor estar fríos y alimentados que calientes y capturados.

—¿Podrá cabalgar tan lejos? Dijo que nunca aprendió.

La mandíbula de Oliver se tensó. Por supuesto, Penharrow la había mantenido ignorante sobre los caballos. Una forma más de asegurarse de que no pudiera escapar.

—Cabalgaremos juntos. Nos ralentizará, pero no hay alternativa.

—Tendremos que descansar más a su caballo si lleva a dos. Gracias a Dios que el caballo que huyó en el río no resultó herido y nos siguió. Volvemos a tener tres. ¿Y si enferma? Cruzar ese río fue agua helada, mi señor. Podría desarrollar fiebre pulmonar.

—Entonces lo manejaremos —La voz de Oliver sonó más dura de lo que pretendía—. Webb, no pienso abandonarla. No pienso enviarla sola. La mantenemos con nosotros, y o llegamos todos juntos a Shrewsbury, o fracasamos todos juntos.

Webb levantó una mano.

—No sugiero que la abandonemos. Solo trato de entender el plan, mi señor.

Oliver se obligó a respirar lentamente. Webb merecía algo mejor que el mal genio de su comandante.

—Lo siento. Ha sido un día largo.

—Ha sido una semana larga —La expresión de Webb se suavizó —. Pero hemos estado en situaciones peores. ¿Recuerda Salamanca? ¿Cuándo estuvimos aislados detrás de las líneas francesas durante seis días?

—Sin comida y con la mitad de la compañía herida —Oliver casi sonrió—. Esto es prácticamente unas vacaciones en comparación.

—Excepto que en Salamanca no éramos responsables de una mujer que había estado cautiva durante catorce años y no sabe montar a caballo.

La evaluación directa dolió porque era cierta. Oliver volvió a mirar a Megan. ¿Qué demonios estaba haciendo? Había ido a Gales con un plan simple: rescatar a la mujer, usar su testimonio para destruir a Penharrow, hacer justicia por James. Limpio. Militar. Alcanzable.

En cambio, la había encontrado a ella. Esta mujer complicada, valiente y cautelosa que de alguna manera se le había metido bajo la piel en el espacio de un solo día.

—¿Su tío nos ofrecerá protección? —preguntó Webb, trayendo a Oliver de vuelta a los asuntos prácticos.

—El Duque tiene una guarnición en la finca cerca de Shrewsbury. Veinte hombres, todos veteranos. Una vez dentro de esos muros, Penharrow puede traer un ejército y aun así estaremos a salvo —Oliver hizo una pausa—. La parte difícil es llegar vivos allí.

—Cinco días a través de terreno difícil. Tendremos que ser inteligentes —Webb se ajustó la manta alrededor de los hombros—. Lo primero mañana, exploramos senderos de caza. A ver si podemos cazar un par de conejos antes de movernos. No podemos viajar con el estómago vacío.

—De acuerdo. Hay un arroyo cerca, lo cruzamos al llegar. Lo revisaré para ver si hay peces al amanecer.

—¿Y los caballos? Están casi fundidos.

Oliver había estado pensando en eso.

—Descansarán cuando nosotros lo hagamos. Cazaremos por la tarde. Megan puede descansar todo el día, y salimos a la mañana siguiente. Un día de tregua. Que pasten, que recuperen fuerzas. Salimos al amanecer del día siguiente.

—Eso le da tiempo a los hombres de Penharrow para alcanzarnos.

—Creen que nos dirigimos a la frontera oriental. Perderán días buscando en el lugar equivocado —Oliver esperaba tener razón—. Y necesitamos que Megan descanse. Está en su límite.

Webb lo estudió durante un largo momento.

—Le importa ella.

No era una pregunta. Oliver no se molestó en negarlo.

—Ha pasado un infierno. A alguien debería importarle.

—No es a lo que me refería, mi señor.

Oliver sostuvo la mirada de su antiguo asistente. Webb lo conocía desde hacía diez años, había servido con él durante lo peor de la Guerra Peninsular. No tenía sentido mentir.

—No sé lo que siento —admitió Oliver en voz baja—. Responsabilidad, ciertamente. Rabia hacia Penharrow. Admiración por su fuerza —Hizo una pausa—. Siento lástima por ella. Cuando era simplemente una desconocida, era más fácil no pensar en su vida.

—¿Pero ahora? —La expresión de Webb era amable pero preocupada—. Mi señor, he servido con usted el tiempo suficiente para saber cuándo está siendo estúpido por culpa de una mujer.

—Este no es el momento…

—Es exactamente el momento, porque lo que sea que sienta por ella, está afectando su juicio. En Salamanca, la habría enviado adelante con un jinete rápido mientras nosotros retrasábamos la persecución. Habría tomado la decisión fría y militar que salva más vidas.

—Megan no es una soldado. No merece ser sacrificada por la estrategia.

—Tampoco la mitad de los hombres que murieron bajo nuestro mando en España, y sin embargo tomó esas decisiones igual porque tenía que hacerlo —Webb se inclinó hacia adelante—. No digo que esté equivocado al protegerla. Digo que necesita ser honesto sobre por qué lo hace. Porque si esto es por culpa por James, o rabia hacia Penharrow, o incluso solo por decencia básica, bien, pero si estás arriesgando el cuello de ambos porque ha desarrollado sentimientos por una mujer a la que conoce desde hace un día...

—¿Qué quieres que haga? ¿Abandonarla? ¿Enviarla sola?

—No, pero quizá no se mienta a usted mismo sobre sus motivaciones. Porque cuando lleguemos a Shrewsbury, cuando estemos a salvo, ¿qué sucederá entonces? Ella será la víctima de

Penharrow ante los ojos de la sociedad, independientemente de lo que nosotros sepamos que es verdad, y dudo que busque cambiar un carcelero por otro.

Oliver quiso discutir, decirle a Webb que estaba equivocado, pero el ex sargento tenía la irritante costumbre de tener razón en preocupaciones como esta.

—Me ocuparé de eso cuando lleguemos —dijo Oliver finalmente —. Por ahora, lo único que importa es mantenerla con vida el tiempo suficiente para que tenga opciones, y para que testifique contra Penharrow.

Webb asintió lentamente.

—De acuerdo. Entonces planifiquemos esto correctamente. Cinco días, dijo. ¿Cuál es la ruta?

Oliver sacó su mapa mental de la región, construido a partir del estudio de la geografía galesa antes de la misión.

—Hacia el norte desde aquí, a través de las montañas hacia Knighton. Seguiremos las tierras altas, es un viaje más difícil pero con mejor cobertura. Hay un antiguo camino de ganado que recorre la línea de la cordillera. Los pastores lo usan en verano, pero debería ser transitable ahora.

—¿Fuentes de agua?

—Arroyos que bajan de los picos. Corriendo altos con la lluvia invernal, buenos para beber, pero tendremos que tener cuidado con las inundaciones.

—¿Refugio?

—Cabañas de pastores como esta, dispersas por las colinas. Con suerte, encontraremos una cada noche —Oliver se encogió de hombros—. Hemos dormido a la intemperie antes.

—Ella no.

—Entonces le enseñaremos —Oliver se sorprendió casi sonriendo —. Aprende rápido y tiene más que perder si fracasamos. ¿Has visto cómo limpió tu herida? Manos firmes, buenos instintos. Cinco días en las montañas podrían ser el mejor entrenamiento que podría recibir.

—O podría quebrarla.

—No lo hará —La voz de Oliver era segura—. Ha sobrevivido catorce años con Penharrow. Puede sobrevivir cinco días con

nosotros.

Cayeron en un silencio que se extendió cómodamente, como el silencio que se da entre hombres que han compartido largas guardias juntos. El fuego crepitaba. Afuera, el viento había arreciado, aullando entre las colinas.

—Realmente se ha vuelto estúpido por ella —dijo Webb.

Oliver miró sus manos.

—Probablemente.

—Entonces seamos estúpidos al menos en la dirección correcta. ¿Qué podría salir mal? Cinco días a través de las montañas con una mujer que no sabe montar y una herida en el hombro.

—Si lo pones así...

—Es una completa locura —Pero Webb sonreía—. Me recuerda a esa noche en Badajoz cuando decidió enfrentar a toda una patrulla francesa solo con nosotros dos.

—Sobrevivimos.

—Apenas. Y éramos más jóvenes entonces.

—No somos tan viejos.

—Hable por usted, mi señor —Webb movió su hombro otra vez —. Pero sí. Hemos sobrevivido a cosas peores. También sobreviviremos a esto.

—Duerme un poco —dijo Oliver—. Yo haré la primera guardia.

—Despiérteme en cuatro horas.

—Lo haré.

Webb se estiró en el catre, se ajustó la manta y se durmió en cuestión de minutos, como los soldados aprenden a dormir rápido, por completo, sin ceremonias.

Oliver se quedó dónde estaba.

Debería haber estado repasando la ruta. Calculando distancias, pensando en contingencias, identificando las variables que aún no había considerado. Así era como siempre había abordado una misión, con la claridad sistemática de un hombre que había aprendido, a un costo considerable, que las emociones no gestionadas con antelación se convierten en lastres bajo presión.

Miró la puerta.

Luego, sin proponérselo del todo, a Megan.

Yacía en el catre cerca del fuego, una mano ligeramente enroscada bajo la mejilla, su respiración lenta y uniforme. La luz del fuego se movía sobre su rostro, calentándolo, y por un momento parecía completamente en paz de una manera que no había mostrado ni una sola vez mientras estaba despierta, esa cuidadosa vigilancia completamente desaparecida.

Oliver se obligó a mirar la puerta otra vez.

Estaba evaluando el pestillo, el espacio debajo de él por donde se colaba el viento, calculando cuánto resistiría la madera contra un asalto decidido, cuando sus ojos volvieron a ella.

Lo notó la tercera vez, la forma en que había recogido ligeramente las rodillas, cómo sus dedos se habían relajado, la pequeña e involuntaria confianza de un cuerpo que finalmente, al menos por unas horas, había dejado de anticipar el dolor.

La había estado observando.

El reconocimiento fue inoportuno. Hizo un esfuerzo deliberado por fijar su atención en el fuego, en la logística del día siguiente, en el hombro herido de Webb y el ritmo que les permitiría mantener. Esas eran las cosas que requerían su atención. Esas eran las cosas que los mantendrían con vida.

Su mirada se desvió hacia ella otra vez.

Era un soldado. Había sostenido a hombres moribundos. Había tomado decisiones en el campo que habían enviado a personas a la muerte, y había cargado con esas decisiones después con algo que no era exactamente paz, pero al menos era una especie de peso manejable. Había estado en España durante tres años y nunca había perdido su capacidad de pensar. Ni una vez. Incluso en Badajoz, incluso en Salamanca, incluso en lo peor, siempre había alguna parte de su mente que permanecía separada, fría y funcional, la parte que calculaba probabilidades y gestionaba recursos y sabía, siempre, lo que la misión requería.

La estaba viendo dormir.

No por deseo, o no solo por eso. Era algo más simple y más alarmante que eso. Era la sensación que lo invadía cuando intentaba fijar su atención en la puerta, o el fuego, o la ruta hacia el norte, y descubría que una parte de él se negaba. El mismo tirón cada vez.

La misma interrupción de su concentración. Cada vez que pretendía pensar en otra cosa, allí estaba ella, al borde de su atención, atrayéndolo de vuelta.

Ella se movió ligeramente. Sus labios pronunciaron algo en galés que no pudo captar.

Estaba a punto de levantarse, de acercarse a ella. Se contuvo y se quedó dónde estaba.

Eso lo inquietó más. No la mirada. El impulso que la acompañaba, el instinto que decía *ve hacia ella, protégela de lo que sea que esté soñando*, como si eso fuera su responsabilidad.

Había estado en situaciones peligrosas antes. Siempre había sabido, con precisión, cuáles eran sus prioridades y cómo mantenerlas cuando todo lo demás era ruido. Eso no era algo que considerara una habilidad. Simplemente era cómo funcionaba. La misión. Los hombres. Todo lo demás en su lugar correcto.

Ella no estaba en su lugar correcto.

Había llegado a ocupar el mismo territorio en su pensamiento que Webb, esa pequeña y esencial categoría de personas cuya seguridad no era una consideración estratégica sino un hecho no negociable. Excepto que eso tampoco era correcto, porque con Webb el sentimiento era la calma de la larga familiaridad, y esto no era calma ni familiaridad. Esto era otra cosa. Algo que había llegado sin su consentimiento y se negaba a ser asignado a una posición manejable.

Ella se movió de nuevo, reacomodándose, y su mano se abrió y cerró una vez contra la manta antes de quedarse quieta.

Había decidido confiar en él. En ese pabellón, con toda razón para no hacerlo, lo había mirado y decidido que él era algo diferente de lo que la experiencia le había enseñado a esperar. No sabía qué había hecho para ganarse eso. No estaba seguro de haberlo ganado, o si ella había estado lo suficientemente desesperada como para confiar en cualquier cosa que se ofreciera.

Pero estaba aquí. Había cruzado ese río. Se había subido a ese caballo.

Webb tenía razón en que se había vuelto estúpido por ella. Lo que Webb no había dicho, lo que Oliver solo empezaba a

comprender sentado aquí en el frío con el viento en la puerta, era que no era la estupidez ordinaria de la atracción. Había sentido atracción antes. La atracción es manejable. La notas, la apartas y disminuye con la distancia y el tiempo.

Esto era otra cosa.

Esto era el pensamiento, llegando sin aviso y negándose a irse: *no puedo dejarla*. No como un parámetro de misión. No como un cálculo estratégico sobre el testimonio y la justicia para James. Como un hecho simple, crudo y anterior. Como algo que ya había sido decidido en algún lugar por debajo de su razonamiento, antes de que su razonamiento lo alcanzara.

Estaba comprometido.

Se sentó con esa palabra y la dejó asentarse. Era la palabra correcta. Era un soldado que había permitido que una variable se convirtiera en algo que no debía ser. Había cruzado ese río por ella. Había dicho *o llegamos todos juntos a Shrewsbury o fracasamos todos juntos* y lo había dicho en serio, no tácticamente, no como un cálculo de probabilidades, sino porque la alternativa, la alternativa de ella sola en esas montañas o de vuelta en manos de Penharrow, era algo que no podía obligarse a contemplar.

Esa no era la forma en que un hombre en su posición debería pensar. Lo sabía. Le había dicho a Webb que su primera prioridad era mantenerla con vida el tiempo suficiente para que tuviera opciones, y había pretendido que sonara como distancia profesional, pero había sido otra cosa, y Webb lo sabía, y Oliver lo sabía, y ahora eran las tres de la madrugada y la estaba viendo dormir en lugar de planificar la ruta y la evidencia era bastante concluyente.

Ella murmuró algo de nuevo. No angustiada. Solo soñando.

Miró la puerta. Manteniendo su atención allí por un acto de voluntad, contó los segundos. Calculó la profundidad del pestillo. Escuchó el viento.

Miró hacia atrás para verla.

Bien, entonces.

No iba a resolver esto esta noche. No iba a razonar su camino de regreso a la claridad limpia y orientada a la misión con la que había llegado a Gales, porque lo que había ocurrido en los últimos dos días

había hecho que esa claridad le resultara inaccesible. Podía tomar nota de ese hecho y manejarlo, o podía quedarse allí peleando contra ello a costa del descanso, e iba a necesitar el descanso.

El fuego se movió. Un tronco se asentó con un suave colapso de cenizas.

Llevaría a ella a Shrewsbury. Vería que estuviera a salvo. Haría su trabajo. Lo que ocurriera después, lo que hiciera con esa cosa imposible, incómoda y aparentemente innegociable que se le había alojado en el pecho, era un problema para un hombre que hubiera dormido.

Afuera, el viento aullaba entre las colinas, y en algún lugar de esa oscuridad los hombres de Penharrow estaban buscando.

Oliver se recostó en su silla, decidido a mantener los ojos fijos en la puerta.

No lo consiguió del todo.

CAPÍTULO SIETE

Al tercer día, la lluvia se había convertido en aguanieve cuando por fin se detuvieron cerca del anochecer. Viajar en la oscuridad por terreno accidentado ralentizaba todo. No se podía forzar a los caballos, y a las montañas no les importaba la urgencia.

El caballo de Oliver tropezó por tercera vez en otros tantos minutos y él tomó la decisión.

—Ahí —dijo Webb delante de él, con la voz ronca por el dolor. Señaló hacia una sombra más oscura contra la ladera de la montaña. — Quizás sea una cueva. U otra choza.

Resultó ser ambas cosas. Una estructura de piedra construida contra la propia pared rocosa, más grande y más sólida que la cabaña de pastor que habían dejado atrás. El techo era de montaña sólida, los muros gruesos, y lo más importante, estaba vacía.

Oliver desmontó primero, luego ayudó a bajar a Megan. Ella se tambaleó cuando sus pies tocaron el suelo, y él la sujetó por el codo para estabilizarla. Incluso a través de la tela empapada de su capa podía sentirla temblar, ya fuera por el frío, el agotamiento o algo más allá de ambas cosas, no podía saberlo.

—¿Puedes mantenerte en pie?

—Sí. —Su voz era débil, poco convincente.

Mantuvo la mano en su brazo un momento más, luego la soltó y se movió para ayudar a desmontar a Webb. El rostro del ex sargento

estaba gris bajo la suciedad y la lluvia, y la mandíbula apretada contra el dolor. La herida en el hombro había sangrado a través del vendaje improvisado que Megan le había aplicado antes, una mancha oscura extendiéndose por su abrigo.

—Adentro —ordenó Oliver. — Ambos. Yo cuidaré de los caballos.

Por una vez, Megan no discutió. Se movió hacia el refugio con Webb apoyándose ligeramente en su hombro, una imagen extraña, esta mujer menuda sosteniendo a un soldado de complexión robusta. Pero lo consiguió, con la espalda recta a pesar de su evidente agotamiento.

Oliver llevó a los caballos al lado protegido de la estructura, donde un saliente ofrecía algo de resguardo contra la aguanieve. Los tres animales estaban casi al borde del colapso, con el vapor elevándose de sus flancos jadeantes. Les quitó los arreos con eficiencia práctica, los frotó lo mejor que pudo con puñados de heno que encontró almacenados bajo el saliente, y los dejó con un cubo que la lluvia ya había empezado a llenar. No era suficiente, pero tendría que alcanzar.

Cuando entró en el refugio, encontró que Megan ya había conseguido encender un fuego en el hogar de piedra. Las llamas eran pequeñas y cuidadosamente contenidas. Había entendido sin que se lo dijeran que el humo los delataría. Webb estaba sentado apoyado contra la pared cercana, con los ojos cerrados y la respiración superficial.

—Le está subiendo la fiebre —dijo Megan sin preámbulos. Se arrodilló junto a Webb con una mano en su frente, ya trabajando en el vendaje ensangrentado bajo su abrigo. A la luz del fuego, Oliver pudo ver la competencia en sus movimientos. — La herida necesita una limpieza adecuada, o se infectará.

Oliver se despojó de su abrigo empapado y se agachó junto a ella.

—¿Qué necesitas?

—Agua caliente. Tela limpia. Whisky para desinfectar. —Lo miró. — Supongo que no trajiste un botiquín.

—Tenemos whisky. Puedo hervir agua.

—Entonces tendrá que ser suficiente. —Volvió su atención a Webb, con los dedos suaves mientras despegaba el vendaje endurecido. — Traje algunas hierbas curativas en mi bolsa. —Miró a Webb. — Esto va a doler. Lo siento.

Oliver la observó trabajar mientras calentaba agua en una pequeña olla sobre el fuego, mezclando las hierbas, desgarrando tiras de su ya arruinada camisa para hacer vendajes nuevos. Sus movimientos eran seguros y practicados. No los torpes intentos de alguien que finge ser enfermera, sino la confianza de la experiencia real.

Cuando vertió el whisky caliente sobre la herida de Webb, el ex sargento despertó con un insulto ahogado, y su mano buena cerrándose en un puño. Oliver la atrapó.

—Tranquilo, Webb. Ella te está ayudando.

—Cristo —jadeó Webb, con su acento engrosado por el dolor. — Parece que me está matando.

—¿Prefieres la gangrena? —La voz de Megan era práctica, y Oliver vio cómo la comisura de los labios de Webb se tensaba a pesar de su incomodidad.

Empaquetó la herida con hierbas y la vendó con vendas frescas, sus pequeñas manos trabajando con una fuerza sorprendente. Cuando terminó, se sentó sobre sus talones, apartándose un mechón de cabello mojado detrás de la oreja.

—Eso es lo mejor que puedo hacer. Necesita descanso, calor y comida.

Oliver ya se había movido para desempacar lo que quedaba de sus suministros. Las raciones eran escasas: carne seca, queso duro y la liebre que había cazado al anochecer de la noche anterior. Lo dividió en tres porciones, luego las redistribuyó sin comentarios, dando a Megan y Webb las porciones más grandes.

—Eso no es justo —dijo Megan.

—Eres la mitad de mi tamaño y él está herido. Come.

Ella miró la comida en sus manos, luego a él, y algo cambió en su expresión. Comió en silencio, con mordiscos pequeños y cuidadosos, haciéndola durar.

Webb cayó en un sueño febril. Oliver lo cubrió con ambas mantas que les quedaban, dejándose a él y a Megan solo con sus capas húmedas.

El fuego crepitaba. Afuera, el viento aullaba. Oliver debería estar planeando su próximo movimiento, calculando rutas y riesgos.

En cambio, una vez más se encontró mirando a Megan.

Se había movido al otro lado del fuego, tan lejos de él como el pequeño espacio lo permitía, y estaba sentada con los brazos envueltos alrededor de sus rodillas, mirando fijamente las llamas. Su cabello claro se había soltado de los alfileres, colgando en enredos mojados alrededor de su rostro. No se parecía en nada a la elegante cautiva que había observado a través de su catalejo. Parecía real. Agotada. Asustada. E insoportablemente valiente.

—Deberías dormir —dijo en voz baja.

La risa de Megan fue quebradiza.

—¿Debería?

—Estás a salvo aquí.

—¿Lo estoy? —Se volvió para mirarlo, y su pecho se tensó ante la expresión en sus ojos. — Me han arrastrado por un río helado. Me está cazando el hombre más peligroso de Gales. Perdóname si no me siento particularmente segura.

—Dije en serio lo que dije en el refugio. No te haré daño.

—El único hombre que ha tenido poder sobre mí dijo algo similar. —Su voz era suave. — Justo antes de hacerme daño.

—No soy Penharrow.

—¿No? —Sus ojos brillaban a la luz del fuego. — Entonces dime, mi señor. ¿Por qué debería creer que eres mejor que él? Quieres algo de mí.

Ahí estaba. Oliver consideró su respuesta. Merecía algo mejor que mentiras cómodas.

—Tienes razón —dijo. — Cuando lleguemos a Inglaterra, necesito que cuentes tu historia. Que des testimonio de lo que Penharrow ha hecho. —Hizo una pausa. — Pero cuando eso termine, eres libre de ir a donde quieras. No te lo impediré. Eso no es un truco ni un trueque. Es la verdad.

El silencio se alargó. Megan estudió su rostro como si buscara una grieta en él.

—Libre —dijo finalmente, y la palabra salió extraña, como si estuviera probando su forma. — No he sido libre desde que era joven. Apenas recuerdo cómo se sentía.

—Cuéntame —dijo Oliver.

—¿Por qué?

—Porque necesitas decirlo. —Mantuvo su mirada. — Porque necesito oírlo.

Megan guardó silencio tanto tiempo que Oliver pensó que no iba a responder. Luego, todavía mirando fijamente el fuego, comenzó.

—Recuerdo una feria del pueblo. Cintas y música y pasteles de miel. Una mujer estaba conmigo. Recuerdo con qué fuerza sostenía su mano. —Tragó saliva. — Y entonces un hombre guapo me sonrió. Me ofreció una manzana. La mujer se giró solo un momento. —Una pausa. — Desaparecí. Así de simple. Un momento era una niña con una familia, y al siguiente estaba en una carroza con un desconocido que me dijo que mi vida anterior había terminado, y que mi nombre era Megan.

—¿Cuál era tu nombre?

—No lo recuerdo.

Las manos de Oliver se habían cerrado en puños. Se mantuvo quieto y no habló.

—Penharrow me mantuvo como una muñeca al principio. Vestidos bonitos, lecciones de porte y de pianoforte. Me decía que era su niña especial. Su tesoro. —Su risa fue hueca. — Le creí. Que Dios me ayude, estaba tan desesperada por bondad que le creí cada palabra.

—Eras una niña —dijo Oliver. — No podías haberlo sabido.

Pareció no oírlo.

—Tenía dieciséis años cuando decidió que estaba lista. —Su voz bajó hasta ser apenas un susurro. — Luché contra él. Esa primera noche, grité y luché y supliqué, pero nadie vino. Los sirvientes tenían demasiado miedo para actuar contra él. El magistrado más cercano estaba en su nómina. Estaba absoluta, completamente sola.

Oliver no dijo nada. No había palabras adecuadas para lo que ella estaba describiendo, y el impulso de cruzar el fuego y tomarle la mano era algo que tenía que reprimir activamente. Todavía no. No tenía derecho.

—Cinco años siendo su posesión —continuó diciendo. — Fui su prisionera en todo menos en el nombre. Años vistiendo lo que él elegía, sonriendo cuando él lo ordenaba, aceptando su tacto porque negarse significaba castigo. No siempre para mí. Para quien él hubiera decidido que me había mostrado demasiada bondad. —Se apretó las rodillas contra el pecho. — Intenté escapar. Cuatro veces. Cada vez me encontró, y cada vez el castigo recayó en otro.

Se detuvo. Cuando habló de nuevo, su voz era diferente, raspada y fina.

—La última vez, había un mozo de cuadra, Daniel. Era amable, apenas tenía veinte años, y cuando le pregunté si podría ayudarme a sacar un mensaje, aceptó. —Su garganta se movió. — Penharrow lo hizo colgar en el patio de las cuadras. Nos obligó a todos a mirar. Me obligó a mí a mirar, con su mano en mi hombro, su voz en mi oído, diciéndome que esto era lo que pasaba cuando lo enfadaba.

El fuego chisporroteó. Un tronco se movió.

Oliver la miró.

Había visto hombres rotos por la guerra. Había visto lo que la crueldad sostenida le hacía a una persona, cómo la vaciaba y dejaba algo más pequeño y más asustado donde solía haber una persona entera. Había creído entender la forma de eso.

No había entendido nada.

Ella seguía aquí. Seguía erguida. Seguía mirándolo a los ojos con esos extraordinarios ojos verdes y contándole la verdad sin inmutarse, y la magnitud de lo que eso le costaba era algo que sintió posarse en su pecho como un peso físico. No era lástima. Entendía, por algún instinto que no habría podido nombrar, que la lástima no era lo que ella necesitaba ni lo que estaba pidiendo. No estaba pidiendo nada. Simplemente le estaba contando la verdad y confiando en que él pudiera soportarla.

Ya estaba perdido. Lo supo en el mismo momento en que ella dejó de hablar. Todo lo que había sido cierto de él antes de que ella

empezara ya no lo era. Algo había cambiado en el orden de las cosas, en silencio y de forma permanente, y no había nada que hacer al respecto.

—Después de Daniel —continuó Megan, con la voz casi inaudible ahora—, dejé de intentarlo. Porque había aprendido la verdad más cruel de todas. Cualquiera que intentara liberarme moriría, y él me haría mirar. Y no podía soportar más sangre en mis manos. Ahora me dices que James ha muerto, y ni siquiera le pedí que me ayudara.

El fuego crepitó. Afuera, el viento aullaba. Webb murmuró algo en su sueño febril.

Oliver esperó un momento. Luego otro.

—Voy a matarlo —dijo. Las palabras salieron planas y seguras, una declaración de un hecho consumado más que de rabia.

Megan levantó la cabeza de golpe.

—¿Qué?

—A Penharrow. Voy a matarlo. —Oliver sostuvo su mirada. — Ya no solo por el capitán Hartley, aunque James merece justicia. Por ti. Por Daniel. Por cada persona cuya vida ha arrebatado o destruido.

—No. —La palabra fue cortante. — No te conviertas en un asesino por mi bien.

—Algunos hombres merecen la muerte. La guerra me ha enseñado eso.

—Preferiría que se pudriera en una celda como yo me pudrí en la suya. —Megan se inclinó hacia adelante, con los ojos fieros. — He pasado años viendo lo que la violencia sin control le hace a una persona. Cómo lo corroe todo. No seré la razón por la que te conviertas en alguien como él.

—Jamás podría convertirme en alguien como él.

—Lo dices ahora. Pero la venganza cambia a las personas. — Extendió la mano a través del fuego, sin llegar a tocarlo, pero cerca. — Promételo. Prométeme que dejarás que la ley se encargue de él.

Oliver quiso discutir. En cambio, miró su rostro, la súplica en esos ojos, y descubrió que no podía darle una mentira cómoda.

—No puedo prometer eso —dijo en voz baja. — Pero puedo prometer que si llega el momento, será una lucha justa, y no

permitiré que me destruya. —Hizo una pausa. — Eso es lo que puedo darte.

No era lo que ella quería. Podía verlo en la forma en que su expresión se cerró ligeramente, la breve apertura entre ellos estrechándose. Se retiró, ajustándose la capa más apretada alrededor de los hombros.

—Preguntaste por qué deberías confiar en mí —dijo Oliver. — Aquí tienes la respuesta honesta. Podría haberme aprovechado de ti en cualquier momento desde que salimos del refugio. Estás sola conmigo en la naturaleza, agotada y sin recursos. Si quisiera abusar de eso, podría. —Observó cómo la mano de ella se movía casi imperceptiblemente hacia el pequeño cuchillo que había escondido en su vestido, el que ella creía que él no había notado. — Pero no lo haré. Porque, a diferencia de Penharrow, entiendo que una persona no es una propiedad. Que ya has tenido suficiente de un hombre tomando lo que quiere sin pedir.

Megan guardó silencio durante un largo momento.

—O eres el hombre más honorable que he conocido —dijo por fin —, o el mentiroso más hábil.

—El tiempo dirá cuál de los dos soy.

Algo que podría haber sido una sonrisa cruzó su rostro, tenue y fugaz.

—Supongo que así será.

El fuego parpadeó entre ellos. La tensión no se disolvió exactamente, pero cambió, se asentó en algo más llevadero. Ella se recostó de lado, usando su capa enrollada como almohada, y cerró los ojos. Luego los abrió de nuevo.

—¿Por qué algún magistrado tomaría la palabra de una mujer como yo? —dijo—. Espero que tengas una respuesta para eso, o tu esperanza de un testimonio es una pérdida de tiempo.

—Tengo una carta de James Hartley. Escrita antes de que muriera. —Oliver arrojó un pequeño trozo de madera al fuego—. Tu testimonio junto con su relato puede ser suficiente. Mi intención es que lo sea.

Ella lo miró un momento, luego cerró los ojos de nuevo.

Oliver se sentó con la espalda contra la fría pared de piedra, su pistola en el regazo, escuchando los sonidos de la noche. La respiración de Webb se había estabilizado, la fiebre quizás comenzando a ceder. El aguanieve se había suavizado hasta convertirse en lluvia, una percusión constante en el techo que era casi relajante.

Estaba mirando la puerta cuando la mano de Megan se deslizó por el suelo entre ellos y encontró la suya.

No exactamente alcanzándolo. Más bien como si sus dedos hubieran llegado allí por sí solos, y cuando se encontraron con los suyos, se quedaron. Su mano estaba fría. Pequeña. Sintió la tensión en ella, la ligera vacilación, y luego el lento aflojamiento cuando ella decidió dejarla donde estaba.

Él no se movió.

Había sostenido a hombres moribundos. Había sujetado la mano de Webb en el barro cerca de Salamanca cuando Webb estaba seguro de que no sobreviviría la noche, y ese apretón había importado, había sido lo correcto y necesario, pero no había hecho esto. Había cargado a hombres fuera de los campos de batalla. Había atrapado a hombres al caer. Sus manos habían sido instrumentos en todo tipo de extremos que una guerra produce, y nada de eso lo había preparado para la cualidad particular de quietud que se apoderó de él ahora, con esa pequeña mano fría descansando contra la suya en un suelo de piedra.

Era una cosa tan leve. Sus dedos contra los suyos, apenas presionando. Y él no habría podido explicar, a ninguna persona razonable, por qué requería un acto de voluntad quedarse donde estaba y respirar con normalidad. No era un hombre que se desmoronara por pequeños gestos. Nunca lo había sido.

Pero ella había elegido hacerlo. Eso era lo que no dejaba de volver a su mente. Ella había elegido, con pleno conocimiento de lo que le habían hecho y de lo que eran los hombres y de lo que la confianza le había costado, cerrar la pequeña distancia entre ellos y dejar su mano allí. Esa elección, ofrecida por ella, libremente, a él específicamente, era algo para lo que no tenía categoría adecuada.

Él dio la vuelta a su mano, muy lentamente, de modo que su palma quedara abierta bajo la de ella.

Ella no retiró la mano.

Afuera la lluvia continuaba, constante y sin nada destacable. Webb respiraba. El fuego ardía bajo.

Oliver mantuvo la guardia, y no durmió, y no movió su mano.

CAPÍTULO OCHO

Oliver se detuvo al borde del barranco, mirando hacia el río que rugía quince metros más abajo. El mismo río que habían cruzado en la oscuridad dos noches atrás, ahora aún más crecido por el deshielo de las montañas, su corriente rápida y despiadada.

—Tiene que haber otro camino —dijo Megan a su lado. Su voz era firme. Él escuchó el miedo debajo, de todas formas.

—No lo hay. —Señaló hacia el sur, donde una columna de humo se elevaba contra el cielo gris—. Eso podrían ser los hombres de Penharrow. Si nos están siguiendo, están cerca. Cruzamos aquí o nos atrapan.

Webb, pálido y sudoroso a pesar del frío aire matutino, miró hacia abajo, al agua agitada.

—Eso nos matará más rápido que Penharrow.

—No si tenemos cuidado. —Oliver ya estaba evaluando el cruce, el ancho del río, la velocidad de la corriente, los posibles puntos de apoyo en la orilla opuesta—. Hay una cuerda en mi alforja. La tendemos a lo ancho, la usamos como guía.

—¿Y si la cuerda no aguanta? —preguntó Megan.

Oliver la miró a los ojos.

—Entonces nadamos muy rápido.

Les llevó veinte minutos prepararse. Aseguró un extremo de la cuerda alrededor de un árbol robusto y se ató el otro alrededor de su cintura. Justo lo suficiente para cruzar, si su cálculo era correcto.

—Si logro cruzar —le dijo a Webb—, aseguraré el otro extremo y haré una señal. Tú traes a Megan. Si no lo logro...

—Lo lograrás —dijo Webb—. Eres demasiado terco para ahogarte. Además, tu caballo nada bien. Montado en él, si el caballo cae, suéltalo. Ellos encontrarán el camino hacia la orilla, pero quizás más río abajo. Tendremos que ir a buscarlos.

Oliver casi sonrió. Se volvió hacia Megan, que estaba de pie con los brazos cruzados sobre el pecho, observando el río con terror apenas contenido.

—¿Sabes nadar?

—No. Había un estanque en la finca. A veces, cuando Penharrow no estaba, me metía a chapotear—. Se detuvo. Negó con la cabeza —. Pero no en algo como esto.

—No tendrás que hacerlo. Solo deja que el caballo nade debajo de ti, pero sujeta la cuerda, mantén la cabeza fuera del agua. Webb te llevará al otro lado.

Ella miró el hombro de Webb, la forma cuidadosa en que lo sostenía, y luego de nuevo a Oliver.

—Su hombro no está lo suficientemente fuerte como para sostenerme también a mí. Cruzaré sola. Así los tres caballos también cruzan. —Hubo una pausa—. ¿Vendrás por mí si la corriente me arrastra?

—Por supuesto.

Algo titiló en su rostro. Asintió ligeramente.

Oliver espoleó a su caballo hacia adelante, y entraron en el río.

El frío lo golpeó como un golpe físico, vaciando el aire de sus pulmones. La corriente tiró inmediatamente de las patas de su caballo, tratando de arrastrarlos río abajo. Animó suavemente al asustado animal, usando la cuerda para mantener el equilibrio.

A mitad del cruce, el lecho del río desapareció.

De repente su caballo estaba nadando, luchando contra la corriente, con la cuerda alrededor de su cintura tensándose. Sus

botas de caballería se llenaron de agua y se convirtieron en pesos de plomo que lo hacían más pesado sobre el caballo.

Luego su caballo encontró el fondo y subió por la orilla, a salvo al otro lado.

Megan estaba vitoreando mientras él ataba su caballo al árbol más cercano. Era un grito pequeño y apenas audible, pero estaba ahí. Alegría genuina por su supervivencia. Oliver miró al otro lado del río y la vio de pie al borde, con una mano presionada contra su boca y los ojos brillantes.

Aseguró la cuerda alrededor de una roca y le hizo una señal a Webb.

El ex sargento guio a su caballo hacia el torrente, y cruzaron con determinación sombría a pesar de su hombro herido. La corriente los atrapó dos veces, y estuvo a punto de arrastrar a su caballo, pero el animal era tan decidido como Webb mientras se aferraba a la cuerda. Cuando alcanzó la orilla opuesta, Oliver dio una palmada en el anca del caballo y se volvió para animar a Megan.

—¡Tu turno! —gritó Oliver hacia Megan.

Ella permanecía inmóvil al borde del agua. Incluso desde esa distancia podía verla temblar.

—¡Megan! ¡Puedes hacerlo!

Pero ella negó con la cabeza y su caballo se inquietó.

—¡No puedo!

Detrás de ella, a través de la línea de árboles, la columna de polvo estaba más cerca.

Oliver tomó una decisión. Se lanzó al río.

La corriente lo enfrentó a cada centímetro del camino, pero tenía la cuerda para guiarse, avanzando mano a mano. Cuando llegó a la orilla opuesta, Megan lo miraba como si hubiera perdido la cabeza.

—¿Qué estás...?

—No hay tiempo para discutir. —Se montó detrás de ella en el caballo—. Agárrate a mí. El agua nos hará más ligeros.

—Oliver...

—Confía en mí.

Vio el momento en que ella decidió confiar en él. Vio cómo apretaba la mandíbula, cómo sus dedos se tensaban sobre los suyos.

Luego estaban en el agua juntos.

La corriente los golpeó como un puñetazo, pero el caballo se mantuvo firme. Oliver rodeó su cintura con el brazo y la apretó contra él con fuerza mientras el río intentaba arrancarlos de la montura.

—¡No te sueltes! —gritó por encima del rugido del agua.

—¡No lo haré!

Se sumergieron. El caballo desapareció bajo ellos.

El mundo se volvió frío, oscuro y caótico. Sus pulmones ardían. La corriente era enorme, indiferente, y la tenía a ella, los tenía a ambos, y él apretó más el brazo y siguió tirando de la cuerda con su mano libre. Podía sentir sus uñas a través de su abrigo. Podía sentir al río tratando de arrebatársela.

Y allí, en el frío oscuro, en el medio segundo entre un tirón y el siguiente, cuando no sabía hacia dónde estaba arriba, llegó el pensamiento.

Si ella muere, todo esto ha sido en vano.

Se refería a la misión. A James y al testimonio y a los meses de trabajo cuidadoso que lo habían llevado a este río helado. Eso era lo que quería decir.

Excepto que no lo era.

Lo sabía, en el mismo momento en que llegó el pensamiento, con la terrible claridad de un hombre que no puede mentirse a sí mismo mientras se está ahogando. No se refería a la misión. Se refería a *ella*. Se refería al hecho específico e irremplazable de ella, los ojos verdes y las manos firmes y la voz que se aquietaba cuando tenía miedo. Se refería a la mujer que había sobrevivido catorce años de lo insuperable y que, aun así, de algún modo, todavía tenía la capacidad de vitorear desde la orilla de un río. Eso era lo que quería decir con *"nada"*. Su ausencia. Ella, específicamente.

La revelación no se sintió como una revelación. Se sintió como algo que ya sabía siendo confirmado.

Los sacó a ambos hacia la superficie.

Rompieron el agua, jadeando. El peso de Megan estaba contra su costado, y estaba viva, tosiendo y tragando aire, su agarre en su brazo lo suficientemente feroz como para dejar moretones. Las

manos de Webb aparecieron en la orilla, agarrando el abrigo de Oliver, sacándolos a ambos de la corriente y llevándolos a tierra firme.

Se derrumbaron en un enredo de extremidades. Oliver quedó boca arriba, mirando el cielo gris, el pecho subiendo y bajando, el sonido del río llenándolo todo. Era consciente de Megan contra su costado. Era consciente de su respiración.

Se quedó allí y se permitió ser consciente de ello.

Cuando pudo respirar más de una vez seguida, giró la cabeza para mirarla.

Ella ya lo estaba mirando. Con el cabello pegado a la cara y los labios azules por el frío, debería haber parecido miserable. Parecía feroz. Viva de una manera que lo golpeó en algún lugar debajo de las costillas.

—Volviste por mí —dijo ella. Asombro en su voz, como si todavía no pudiera explicarlo del todo—. Volviste a entrar al río.

—Por supuesto.

—Podrías haber muerto.

Oliver se incorporó lentamente, ayudándola a hacer lo mismo. Al otro lado del río, aparecieron jinetes a través de la línea de árboles: los hombres de Penharrow. Demasiado tarde. Alcanzó la cuerda y la cortó, viéndola deshacerse y flotar río abajo.

—Sí —dijo—. Podría haber muerto.

—¿Por qué? —La pregunta era apenas un susurro—. ¿Por qué arriesgarías tu vida por mí?

La miró. La respuesta honesta todavía estaba en su pecho, exactamente donde había llegado en el frío oscuro bajo el agua. No estaba listo para decirla, y ella no estaba lista para escucharla, y los hombres de Penharrow estaban a cincuenta metros al otro lado del río y Webb ya se estaba poniendo en pie con dificultad.

—Porque mereces que alguien arriesgue cosas por ti —dijo.

Los ojos de Megan se llenaron de lágrimas. Apartó la mirada rápidamente, pero no antes de que él viera gratitud, e incredulidad, y debajo de ambas algo más nuevo y más frágil que no quería nombrar demasiado pronto y dañar.

Al otro lado del río, uno de los hombres de Penharrow gritaba, gesticulando hacia ellos, pero el río era infranqueable y lo sería durante días. Para entonces ellos ya estarían muy lejos.

—Necesitamos movernos —dijo Webb, reuniendo ya a los caballos con la resignación eficiente de un hombre que ha aprendido a no perder el tiempo en situaciones que no puede cambiar—. Buscarán otro cruce. Miren —señaló río abajo para ver al caballo de Megan saliendo del agua—. Iré por el caballo.

Oliver asintió. Se puso de pie y ofreció su mano a Megan. Ella la miró un momento, luego la tomó, y él la puso de pie. Ella se tambaleó ligeramente y él la sostuvo hasta que encontró el equilibrio.

—¿Puedes montar?

Ella lo miró. Realmente lo miró, como lo había hecho en la cueva la noche anterior, como si evaluara algo sobre lo que aún no había terminado de decidir.

—Sí —dijo—. Puedo montar. Eres un buen maestro. Además, el miedo a caerme ayuda.

Webb regresó con su caballo, y Oliver la ayudó a montar. Todos estaban helados, pero tenían que seguir adelante.

Montaron y se adentraron más en las montañas, dejando a los hombres de Penharrow con sus gritos frustrados en la orilla opuesta. Oliver no miró atrás.

Estaba pensando en el momento bajo el agua. El frío y la oscuridad y la corriente y el pensamiento que había llegado sin su permiso y se había instalado en él como algo que siempre había estado allí, esperando las condiciones adecuadas para hacerse visible.

Ella no era la misión. No lo había sido desde hacía tiempo. Ahora lo entendía con la misma certeza profunda con la que entendía las distancias y el terreno y el peso de una pistola en su mano.

Qué iba a hacer al respecto era un problema para un hombre que hubiera terminado de ser cazado por las montañas de Gales. Por ahora, cabalgaba, y ella cabalgaba a su lado, y la luz de la mañana se posaba en su cabello mojado, y él no la miraba más de lo necesario.

No lo lograba del todo.

CAPÍTULO NUEVE

La tormenta los alcanzó un día después, en las tierras altas.

Oliver había observado cómo las nubes se acumulaban en el horizonte norte durante toda la mañana, y había espoleado los caballos con más fuerza intentando encontrar refugio antes de que llegara. Pero las montañas a esa altura eran roca desnuda y brezos azotados por el viento, sin árboles que los cubrieran ni estructuras a la vista.

Cuando los primeros copos de nieve comenzaron a caer, Megan supo que estaban en problemas.

—¡Allí! —Señaló una abertura oscura en la ladera que tenían delante—. ¿Eso es una cueva?

Lo era. Parecía una depresión poco profunda en la pared rocosa, apenas lo bastante profunda para merecer el nombre, pero tendría que servir. Oliver espoleó a su caballo agotado hacia ella mientras la nieve comenzaba a caer con fuerza.

Llegaron a la cueva justo cuando la tormenta arreciaba de verdad. En cuestión de minutos, el mundo más allá de su miserable refugio se convirtió en un cortinaje blanco de nieve arremolinada, con el viento aullando como algo vivo y furioso.

Oliver ató a los caballos en la parte más profunda de la cueva. No había combustible para hacer fuego. Nada crecía a esa altitud, y

habían quemado los últimos de sus suministros hacía dos noches. Tendrían que confiar únicamente en el calor corporal.

Webb se desplomó contra la pared de la cueva, con el rostro gris. El cruce del río había reabierto su herida, pero no se había infectado, y Megan sabía que esa era la única suerte que habían tenido en días.

—Necesitamos entrar en calor —dijo, mientras ya se quitaba la capa mojada—. Y comida...

—No hay comida. —La voz de Oliver sonó dura—. Tenemos lo que queda de la carne seca y eso es todo. Estamos a un día de la aldea más cercana, suponiendo que la tormenta no dure. Si dura...

No terminó la frase.

No hacía falta.

Megan lo miró un momento, luego se acercó al lado de Webb para revisar su herida. A sus espaldas oyó a Oliver cruzar hacia la entrada de la cueva, y pudo sentir la cualidad particular de su silencio, el tipo de silencio que se vuelve hacia dentro, que comienza a catalogar fracasos.

Reconocía ese silencio. Había vivido dentro de una versión de él durante años.

—No es tu culpa —dijo, sin darse la vuelta.

Lo oyó moverse.

—No puedes saber lo que estoy pensando.

—Estás pensando que esto es culpa tuya. —Ajustó el vendaje en el hombro de Webb y luego se levantó y se giró para enfrentar a Oliver—. Que deberías haber planeado mejor. Que deberías haber anticipado cada problema.

Él no dijo nada. Pero su expresión lo confirmaba.

—Incluso si lo hubieras sabido todo —dijo ella—, igual habrías venido a buscarme. Igual habrías ido tras Penharrow. —Hizo una pausa—. Nos has mantenido con vida durante casi una semana contra unas probabilidades imposibles.

—Podríamos no sobrevivir a esta tormenta.

—Podría ser. Pero lucharemos. —Sostuvo su mirada—. No dejar que Penharrow gane es una motivación suficiente.

Algo cambió en su rostro. No llegaba a ser una sonrisa, pero sí un alivio.

—Deberíamos intentar dormir —dijo—. Puede que la tormenta se disipe por la mañana. Los caballos estarán bien aquí atrás. Tienen hambre, pero no tengo nada que darles.

Se acurrucaron juntos en el fondo de la cueva, los tres, en un círculo apretado para conservar el calor, con Webb entre ellos. Era inevitablemente íntimo. Megan estaba pegada al costado de Oliver con el peso de Webb contra su otro hombro, y el calor del cuerpo de Oliver era lo único que se interponía entre ella y el frío que llevaba horas infiltrándose en sus huesos.

Era consciente de él con una atención que no quería tener.

Sabía cómo desconfiar de los hombres, lo había aprendido joven, y le había servido, y había sido particularmente cuidadosa en aprender la desconfianza que más importaba, la desconfianza hacia la amabilidad. Penharrow había sido amable, al principio. El mozo de cuadra que había informado de su primer intento de fuga también había sido amable, hasta que dejó de serlo. Había aprendido que los amables eran de los que más valía temer, porque te hacían confiar en cosas que no debías, te volvían blanda en lugares que no podían permitirse ser blandos.

Se había mantenido herméticamente cerrada durante catorce años. Eso la había mantenido con vida.

Apretada contra el costado de Oliver en la oscuridad, era consciente de un aflojamiento con el que no sabía qué hacer. No tenía que ver con el deseo, o no principalmente. Era algo más fundamental que eso. Era el reconocimiento reacio y celular de que se sentía más segura allí que en cualquier habitación cerrada en la que hubiera estado desde que tenía memoria. Que su cuerpo, que había aprendido a mantenerse en alerta incluso mientras dormía, había hecho lentamente una evaluación separada por su cuenta.

No confiaba en ello. Era consciente de no confiar en ello. Pero podía sentir que el aflojamiento ocurría de todas formas, incremental y reacio, como el hielo a principios de primavera que no quiere derretirse, pero no puede evitarlo.

La tormenta rugía sin cesar.

Pasaron las horas. Oliver se quedó dormido. Megan permaneció despierta escuchando el viento y tratando de no pensar en que se estaba calentando más.

Cuando Oliver despertó, sus ojos encontraron los de ella en la oscuridad con una franqueza que había aprendido a reconocer como simplemente su manera de mirar las cosas. Sin artificio. Sin leer su expresión para ver lo que ella quería ver allí.

—Cuéntame sobre James —dijo en voz baja.

No estaba segura de por qué lo preguntaba. En parte por distracción. En parte porque había estado pensando en la forma en que a veces se ausentaba cuando se mencionaba el nombre de James, y se había encontrado queriendo entender esa distancia. Queriendo saber cómo era cuando una persona perdía a alguien que le importaba.

Oliver guardó silencio un momento. Luego la acercó un poco más a él, puramente práctico, y ella lo permitió, y él comenzó.

—Nos conocimos en Eton. Yo era el heredero de un ducado, se esperaba que fuera arrogante e insoportable. James era el tercer hijo de un barón, se esperaba que entrara en la iglesia o en el ejército. No deberíamos haber tenido nada en común.

—Pero lo tenían.

—Los dos odiábamos la farsa. Las poses. —Hizo una pausa, y ella sintió la cualidad de esa pausa, no una reticencia fingida, sino un recuerdo genuino—. James me dijo una vez que podía ver a través de mi máscara hasta la persona que había debajo. El chico cuyos padres acababan de morir, que estaba siendo criado por un tío que lo veía como el heredero de un título antes que cualquier otra cosa. —Su voz era firme y baja, y ella sintió el coste de esa firmeza—. James fue la única persona que conoció al verdadero yo. No al marqués. No al oficial de caballería. Solo a Oliver.

—Y ahora se ha ido.

—Sí.

—¿Por eso estás haciendo esto? ¿Por pura venganza?

La pregunta salió más directa de lo que había pretendido. Pero había aprendido, en esta última semana, que la franqueza era una

de las cosas a las que él respondía con autenticidad. Que conectaba con algo en él.

—Empezó así —admitió—. Quería a Penharrow muerto por lo que le hizo a James. Pensé que podría usarte para destruirlo. —Sintió que él se quedaba quieto, dándole esa honestidad sin adornos—. Pero ya no se trata de eso.

—Entonces, ¿de qué se trata?

Guardó silencio un momento. Eligiendo palabras en lugar de tomar las primeras que encontraba.

—De ti —dijo—. Se trata de ti. Una mujer que fue robada de niña y sobrevivió a cosas que deberían haberla destrozado. Que cuida a un hombre herido y cruza un río helado y nunca se queja del frío, ni del hambre, ni del peligro. —Otra pausa—. Entendí, en algún momento de todo esto, que hay cosas por las que vale la pena luchar más allá del punto en que la venganza tiene algo que ver.

Megan no respondió de inmediato. Permaneció allí en la oscuridad, con sus palabras asentándose a su alrededor, y sintió que el aflojamiento iba más lejos de lo que había pretendido permitir.

Pensó en lo que estaba a punto de decir. Era consciente de que era un regalo, y que los regalos dados desde una posición como la suya nunca eran simples. Los daba raramente y no los retiraba una vez dados.

—Confío en ti —dijo en voz baja—. Por si quieres saber por qué. —Sintió que él se quedaba quieto—. Volviste al río. Compartes tu comida incluso cuando no hay suficiente para una persona. Me miras como si fuera una persona, no un problema que resolver o una posesión que gestionar. —Se detuvo, luego se obligó a terminar—. Y cuando hablas de tu amigo, oigo dolor. Amor. Creo que un hombre que puede amar así no puede ser completamente lo que has estado diciéndome que eres.

Sintió que él absorbía sus palabras. El silencio que siguió fue diferente a los silencios anteriores: más pleno, de algún modo, más cuidadoso. No se apresuró a responder. Se quedó con lo que ella había dicho, y el hecho de que se quedara con ello, sin desviarlo ni doblegarlo inmediatamente en otra cosa, era en sí mismo una especie de respuesta.

Cuando finalmente habló, su voz era más baja que antes.

—Te deseo —dijo—. Debería haberlo dicho junto con todo lo demás. No porque cambie nada ni porque vaya a actuar en consecuencia. Pero te he deseado desde antes de tener derecho a hacerlo, y acabas de ser más honesta conmigo que casi nadie, y mereces lo mismo a cambio. —Una pausa—. Así que. No soy del todo noble.

Megan guardó silencio un momento.

—No eres tan noble —dijo—. Eso es honesto, al menos. Mejor que las mentiras bonitas.

Y no se apartó.

Sintió que él lo registraba, ese pequeño hecho. La cualidad particular de quietud que se instaló en él en respuesta, como si estuviera sosteniendo algo que no quería perturbar.

No examinó lo que sentía ella misma. Lo notó y lo apartó, archivado entre las cosas que necesitarían atención cuando tuviera espacio para ellas. Cuando no estuviera congelada y hambrienta y siendo perseguida a través de las montañas de Gales.

—Deja de decirme todas las razones por las que no debería confiar en ti —dijo—. Ya las conozco.

—Entonces, ¿por qué...?

—Te dije por qué. —Sus dedos encontraron los de él en la oscuridad, entrelazándose—. Esa es la razón. No necesitas una mejor.

Él giró la mano. Sostuvo la de ella.

Cayeron en silencio. La tormenta continuaba su asedio. Y en la oscuridad, Megan yacía apretada contra ese hombre imposible, cuidadoso, cargado de dolor, y sintió que el último de los agarres que había mantenido durante catorce años se aflojaba otro grado, completamente contra su voluntad, y no intentó detenerlo.

La tormenta duró dos días.

Dos días de viento aullante y nieve arremolinada, de hambre que roía como algo vivo, de un frío tan intenso que Oliver perdió la sensibilidad en los dedos de las manos y los pies. Él y Webb se turnaban para asegurarse de que los caballos tuvieran agua, apilando nieve en las grietas de las rocas y dejándola derretir. Los

animales estaban demasiado fríos para preocuparse mucho por la comida. Ellos también.

Pero sobrevivieron.

En la mañana del tercer día, Megan despertó en silencio.

El viento se había detenido. La nieve había cesado. Más allá de la entrada de la cueva, el mundo era blanco y resplandeciente y tan quieto que parecía algo de un sueño.

Oliver ya estaba despierto. Estaba de pie en la entrada de la cueva mirando el paisaje transformado, y ella lo vio pasar de ser un hombre que había estado esperando durante la noche a un hombre con un plan. Lo había notado antes, esa transición. Algo en su postura, en la forma en que su atención se organizaba.

Lo encontraba, contra todo lo que había pretendido, reconfortante.

—Se acabó —dijo.

Él se giró.

—Tenemos que movernos hoy. Antes de que estemos demasiado débiles para viajar.

Se levantó, con los músculos protestando en voz alta, y fue a revisar a Webb.

—Dime que estamos cerca —dijo Webb, sin abrir los ojos.

—Un día de camino —dijo Oliver—. Quizá dos con esta nieve.

—Maravilloso —dijo Webb—. Absolutamente maravilloso.

Megan casi esbozó una sonrisa.

Oliver pasó una hora preparando la partida. Distribuyó los últimos restos de comida sin ceremonia, dando las porciones más grandes a ella y a Webb a pesar de sus protestas, al modo de un hombre que considera el argumento ya zanjado. Revisó sus pistolas, revisó los caballos, revisó el terreno que tenían por delante con la calma concentrada de alguien que ha decidido su próximo paso y simplemente lo está ejecutando.

Ella lo observó y pensó en lo que había dicho en la oscuridad.

Te deseo. Dicho con claridad, sin artificios, junto a todo lo demás, como si fuera simplemente una cosa honesta más que le debía.

Lo guardó de nuevo. Con cuidado. En el mismo lugar donde había puesto las otras cosas.

Cuando finalmente partieron, llevando a los caballos a través de la nieve profunda, Megan caminó junto a Oliver y no habló, y él no la presionó para que lo hiciera, y el silencio entre ellos era diferente al silencio de una semana atrás. Ahora tenía textura. Una historia.

No estaba segura de qué hacer con eso.

Pero estaba, por primera vez en más tiempo del que podía recordar, algo parecido a estar feliz de estar viva.

CAPÍTULO DIEZ

Llegaron al pueblo cuando las sombras de la tarde se alargaban sobre la nieve.

Llanrhyd era poco más que un grupo de casas de piedra alrededor de una iglesia y una posada, pero después de una semana en el páramo parecía el paraíso. Oliver los guio directamente a la posada, The Quick Fox, según un letrero desgastado que chirriaba con el viento. Dentro había calor. Luz. El olor a carne asada que hizo que el estómago de Megan se contrajera con un hambre repentina y desesperada.

La posadera era una mujer robusta de unos cincuenta años que les echó un vistazo y su expresión pasó de la desconfianza a la simpatía práctica.

—¿Habitaciones? —preguntó en inglés con acento.

—Dos habitaciones, una comida y alguien que atienda a los caballos. —Oliver puso monedas sobre el mostrador, más de las necesarias, lo suficiente para comprar discreción.

En cuestión de minutos los habían instalado en dos habitaciones pequeñas pero limpias. Webb se desplomó en la cama de la primera habitación, con las fuerzas completamente agotadas.

—No te duermas todavía —dijo Megan—. Quiero limpiar la herida una vez más ahora que tenemos provisiones adecuadas. Come algo primero.

—Gracias, Megan. —La miró con el agotamiento particular de un hombre que se ha mantenido en pie solo por determinación—. Te lo debo.

—No seas ridículo. Tú me rescataste. Solo estoy devolviendo el favor. —Miró a Oliver—. Parece que tú también estás a punto de desplomarte. Ve a comer. No le sirves a nadie si te desmayas de hambre.

Él asintió y bajó las escaleras.

Megan trabajó en silencio, limpiando el hombro de Webb con agua caliente y las hierbas que había estado conservando, y vendándolo de nuevo con tela fresca de las provisiones de la posadera. Webb soportó la cura sin quejarse, comió el pan y la carne fría que ella le insistió en que tomara, y se quedó dormido antes de que ella terminara de recoger. Se sentó un momento observando cómo su pecho subía y bajaba, ese viejo reflejo de comprobar que una persona seguía respirando, y luego fue a buscar a Oliver.

Oyó su voz desde lo alto de las escaleras antes de llegar a la sala común, baja y cuidadosa, hablando con la posadera. Cuando bajó, él ya se movía hacia ella con comida.

—Los hombres de Penharrow están aquí —dijo en voz baja—. Registrando el pueblo.

Megan se quedó quieta.

—Tres de ellos. La posadera los despachó. —Dejó la comida en la mesita junto a la ventana de la habitación de Webb, y ella se sentó y comenzó a comer, porque su cuerpo lo necesitaba sin importar lo que su mente estuviera haciendo—. Deberíamos irnos esta noche, pero los caballos necesitan descansar.

—Todos necesitamos descansar.

—Lo sé —se pasó una mano por el cabello—. Lo que significa que estamos atrapados. Si nos quedamos, podrían encontrarnos. Si nos vamos, podríamos caer por agotamiento antes de salir del valle.

Megan dejó su pan y se acercó a la ventana. Abajo, la calle del pueblo estaba tranquila bajo la luz menguante, la nieve aún espesa sobre los tejados, con algunas figuras moviéndose a lo lejos. Las escaneó por costumbre, buscando esa cualidad particular de quietud

deliberada que había aprendido a reconocer en hombres que observaban en lugar de limitarse a vivir.

—Es a mí a quien quieren —dijo—. No a ti. No a Webb. Si me fuera sola...

—No.

—Oliver...

Él se acercó a ella y la giró para enfrentarlo.

—No te saqué de ese río para dejarte volver a las manos de Penharrow. Nos quedamos juntos.

—¿Incluso si eso te cuesta la vida?

—Incluso entonces.

Ella lo miró, a la certeza sin complicaciones en su rostro, y sintió el familiar debate interno encenderse y luego, extrañamente, apagarse. Había dejado de sorprenderse por él, se dio cuenta. Había empezado simplemente a creerle, y no estaba segura de cuándo había ocurrido eso, ni de qué hacer al respecto.

—Eres un idiota —dijo.

—Probablemente.

—Un idiota noble.

—Me quedo con eso.

Permanecieron cerca. Más cerca, notó ella, de lo que habían estado desde el río. La habitación se había contraído de algún modo en el último minuto, o ella había dejado de mantener su margen de seguridad sin querer. Podía ver el cansancio alrededor de sus ojos, la semana entera escrita en cada línea de su rostro, y debajo de eso algo que había estado allí desde la cueva y no se había ido.

La miraba como lo había hecho en el agua. Como si ella fuera algo sobre lo que había establecido un derecho previo, en algún lugar por debajo del nivel de la decisión consciente.

Pensó, con repentina claridad: *Podría dar un paso hacia él.*

El pensamiento no llegó como una tentación a considerar y descartar, sino como un simple reconocimiento de lo que estaba disponible. Podía cerrar la pequeña distancia que aún los separaba. Él no la alcanzaría primero; eso lo entendía ahora de él, que se contendría con ambas manos antes de permitirse llegar a ella sin permiso. Pero si ella se movía, él no retrocedería.

Entendió, en ese mismo instante, que quería hacerlo. No por gratitud, no por proximidad o soledad o la aritmética distorsionada del cautiverio. Quería hacerlo por la cueva y el río y catorce conversaciones sostenidas en susurros y luz de fuego, y porque él había girado la mano en la oscuridad y había sostenido la de ella sin pedir nada más.

Todavía estaba decidiéndose cuando la puerta se abrió.

La posadera entró con toallas y un cuenco de agua caliente, con sus ojos desplazándose entre ellos con una practicidad que sabía reconocer, como si hubiera entrado en medio de cosas peores.

—Para lavarse —dijo, dejándolos sobre la mesa—. La otra habitación está lista cuando la quieran, mi señor.

El rostro de Oliver permaneció sereno.

—Gracias.

Cuando la posadera salió, Megan volvió a la ventana. El momento había pasado. Era consciente de que pasaba, y no con alivio, sino con el registro particular de una pérdida, pequeña y aguda y notada.

—Deberías descansar —dijo Oliver. Se había movido hacia la puerta—. Quédate aquí con Webb esta noche. Cierra la puerta con llave. No le abras a nadie que no sea la posadera o yo.

Ella se giró.

—Oliver.

Él se detuvo en el umbral.

—Gracias —dijo ella—. Por todo.

Algo se movió en su rostro. Asintió una vez y se fue.

Megan permaneció tumbada en la oscuridad durante dos horas y no durmió.

Escuchó cómo el pueblo se iba aquietando. Escuchó la respiración constante de Webb y el crujido ocasional de la posada, y afuera, el sonido lejano del viento que se levantaba de nuevo sobre los tejados. Yacía de lado con el pequeño cuchillo de cocina cerca de la mano, no porque hubiera decidido usarlo de la manera en que lo había usado para consolarse en la casa de Penharrow, sino porque

su peso siempre la hacía sentirse menos como una persona sin opciones.

Estaba pensando en los hombres de Penharrow en el pueblo. Estaba pensando en los tres en esta posada, agotados y con pocos efectivos, a un día de la seguridad. Estaba pensando en la puerta.

También estaba pensando en la ventana. En el paso que no había dado.

Presionó la palma de la mano contra su esternón y miró fijamente al techo, y cuando pasó otra hora y su mente no se había aquietado, se levantó.

No lo pensó con detenimiento. Cruzó el pasillo.

Oliver estaba detrás de la puerta antes de que ella terminara de abrirla, con el cañón de su pistola en su sien. En el medio segundo antes de que la reconociera, sintió su absoluta disposición, la total ausencia de vacilación, y luego desapareció, su mano bajó, la atrajo hacia el interior con un movimiento fluido y cerró la puerta con llave tras ella.

—¿Estás bien? ¿Webb está...?

—Webb está durmiendo —sintió que su rostro se calentaba ligeramente, lo cual era nuevo y no del todo bienvenido—. No podía quedarme quieta. Sé que es una estupidez. Sé que no estamos a salvo aquí y que tenerme en tu habitación en lugar de la de Webb no cambia eso —se detuvo—. Solo...

No terminó la frase. No tenía palabras para lo que había venido a buscar. La versión honesta era: *en tu presencia creo que sobreviviremos a esto*, y no podía decir eso sin decir también todo lo demás.

Oliver la miró un momento. Luego se dirigió a la silla junto a la ventana, recostándose en la quietud vigilante que claramente había estado manteniendo durante horas.

—Coge la cama —dijo—. De todos modos, yo estoy de guardia.

Ella dudó. Luego cruzó hacia la cama y se tumbó, subiéndose la manta, y lo miró una vez a través de la habitación oscura. Él ya estaba mirando fijamente la ventana.

Se durmió en cuestión de minutos.

Oliver la observó dormir. Recordó su conversación con la posadera y el peligro demasiado cercano con los hombres de Penharrow. No podía decidirse a contarle eso a Megan.

La sala común había estado tranquila, solo unos cuantos hombres del lugar bebiendo cerveza y hablando en galés en voz baja. Habían mirado a Oliver con la sospecha habitual que se reservaba a los extranjeros ingleses, pero la presencia de la posadera parecía ser su aval.

Oliver pidió suficiente comida para tres personas. La comida llegó: rosbif, pan fresco, verduras que sabían a gloria después de días de carne seca. Oliver se obligó a comer despacio, aunque su cuerpo le pedía a gritos devorar todo lo que veía.

Llevaba la mitad de la comida cuando la puerta se abrió y entraron tres hombres.

Oliver reconoció su aspecto de inmediato: la mirada dura, la forma en que escaneaban la habitación, las armas apenas ocultas. Los hombres de Penharrow.

Su mano fue a su pistola bajo la mesa mientras los hombres se acercaban a la posadera. Hablaron en galés, demasiado rápido para que Oliver pudiera seguirles el hilo, pero captó una palabra. Megan.

Estaban preguntando por ella. Describiéndola, probablemente. Preguntando si alguien había visto a un lord inglés viajando con una mujer de cabello claro.

La mirada de la posadera se desvió hacia Oliver por un instante. Luego negó con la cabeza, respondiendo en un galés rápido que Oliver no pudo descifrar.

Los hombres no quedaron satisfechos. Uno de ellos sacó una bolsa de monedas, ofreciendo dinero a cambio de información. La posadera negó con la cabeza de nuevo, esta vez con más firmeza.

Oliver permaneció muy quieto, con la mano sobre su pistola, calculando las probabilidades. Tres contra uno. Estaba agotado, medio muerto de hambre, con sus reflejos embotados por una semana de penalidades. Si llegaba a un enfrentamiento, probablemente perdería.

Pero no dejaría que se llevaran a Megan. Aunque significara morir allí, en esa posada galesa, rodeado de desconocidos que no

recordarían su nombre.

El enfrentamiento duró otro minuto. Luego uno de los hombres dijo algo tajante y definitivo, y se fueron, pero no sin antes lanzar una última mirada inquisitiva a la sala común.

Oliver esperó a que se fueran antes de acercarse a la posadera.

—Gracias —dijo en voz baja. Le entregó más monedas.

La mujer lo estudió durante un largo momento.

—No sé quién es usted ni qué ha hecho. Pero esos hombres —escupe a un lado— trabajan para el Conde. Y cualquiera a quien el Conde quiera encontrar con tanta desesperación, merece seguir perdido.

—¿Cómo sabe...?

—Todo el mundo sabe lo de Penharrow. Lo que hace, a quién lastima —su voz bajó—. Mi sobrina desapareció hace cinco años. Fue a trabajar a su casa en Cardiff y nunca volvió. ¿La chica de arriba? Huye de él, ¿verdad?

Oliver no vio razón para mentir.

—Sí.

La posadera asintió lentamente.

—Entonces manténgala oculta. Y sáquela de Gales lo más rápido que pueda. Porque el Conde nunca deja de buscar lo que considera suyo.

Se dio la vuelta antes de que Oliver pudiera responder, pero él lo entendió. No se trataba solo de Megan, era de todas las mujeres a las que Penharrow había lastimado, de todas las familias que había destruido. Al ayudarlos a escapar, la posadera contraatacaba de la única manera que podía.

Así que haría lo que la posadera decía. Mantendría a Megan a salvo.

Se había dicho a sí mismo que vigilaba la calle. La ventana le daba una línea de visión clara hacia el camino de abajo y el borde de los establos, y los hombres de Penharrow seguían en algún lugar de ese pueblo o cerca, y la vigilancia no era opcional. Tenía toda la justificación necesaria.

Observó la calle un rato. Luego la observó a ella.

Su respiración se había regularizado rápidamente, con la facilidad indefensa de alguien cuyo cuerpo finalmente había anulado todo lo demás. Yacía de lado, una mano suelta sobre la almohada junto a su rostro. El fuego en la chimenea era tenue, pero había suficiente luz para verla con claridad, la curva de su hombro, el lento subir y bajar.

Pensó en la ventana. En el momento antes de que entrara la posadera, en cómo se había quedado de pie, en esa cualidad particular de quietud que no había sido incertidumbre. Estaba entrenado para leer el terreno. Sabía la diferencia entre un suelo infranqueable y un suelo que aún no había sido cruzado. Ella había estado decidiéndose.

Pensó en lo que habría significado si la posadera no hubiera llegado. Si la puerta hubiera permanecido cerrada otros treinta segundos.

Se quedó con ese pensamiento y no se permitió seguirlo hasta el final, porque ese no era un ejercicio útil para un hombre solo en una habitación con una pistola cargada y un claro deber de cuidado.

Pensó mejor en Londres. En la finca cerca de Shrewsbury que ahora estaba a medio día de distancia, y después el camino hacia el sur, y al final de todo, testimonios y magistrados y el lento y laborioso trabajo de convertir en irrefutable todo lo que habían acumulado. Pensó en cómo sería eso para ella. La llegada a una ciudad que nunca había visto, las habitaciones, los abogados, el lento progreso institucional de la justicia.

Pensó en lo que sucedería después.

Le había dicho que era libre. Lo había dicho en la casa de campo, y de nuevo en la cueva, y lo había sentido, lo había sentido en ese momento con la intención directa de un hombre que comprendía una obligación. La pondría a salvo, la vería provista de lo necesario, y luego ella tendría opciones. Escocia, había dicho una vez. En algún lugar lo suficientemente al norte. Tenía una idea de una familia que podría encontrar, una vida que podría construir a partir de las ruinas de lo que Penharrow le había arrebatado.

Debería desear eso para ella. Lo deseaba. El deseo existía junto a otra cosa, y esa otra cosa había ido creciendo desde el río, desde la cueva, desde que ella había entrelazado sus dedos con los suyos en

la oscuridad y él había entendido, hasta los huesos, que era voluntario, que ella lo había elegido, que elegía la mayoría de las cosas sobre él con pleno conocimiento de lo que hacía y de lo que le costaba.

La miró durmiendo en su cama.

Podía dejarla ir. Tenía la mecánica para hacerlo. Diría las palabras adecuadas, arreglaría las provisiones necesarias, se quedaría en el umbral por el que ella saliera, y no lo haría más difícil de lo que ya era. Era capaz de eso. Había sido capaz de cosas más difíciles.

Lo que no podía hacer que se creyera a sí mismo era que sería sin costo. Eso era lo que no había admitido hasta ahora, sentado en esa silla en una posada galesa con los hombres de Penharrow afuera y el amanecer aún a horas de distancia. Dejarla ir le costaría algo, y ese algo no tenía un nombre limpio. No era la pérdida de un plan ni la disolución de una alianza útil. Ni siquiera era el dolor particular de desear a alguien que no puedes tener.

Era la pérdida de ella. El peso específico e irreemplazable de su presencia, la forma en que la habitación tenía una cualidad diferente cuando ella estaba en ella, la forma en que él había sabido que ella estaba decidiéndose en esa ventana sin poder articular cómo lo había sabido. Perdería eso. Se quedaría en un umbral y la vería alejarse de él, y luego volvería a ser quien había sido antes de Gales, excepto que ahora sería menos, porque sabría la diferencia.

Sabía que era no, y sabía que siempre había sido no, y el conocimiento se asentó en él como una piedra.

Miró la ventana. La calle de abajo estaba tranquila. En algún lugar hacia el este, un gris muy tenue comenzaba a insinuarse en el borde del cielo.

Volvió a mirarla a ella.

No se lo diría. Esa era la decisión, llegada sin dramatismo en esa silla en las horas muertas de la madrugada. Ella había pasado catorce años con un hombre que creía que su deseo por ella era un derecho suficiente. Oliver no sería una versión más pequeña de lo mismo. Le había prometido la libertad, y libertad era lo que tendría, sin importar lo que a él le costara. Nunca le pediría que se quedara con él. Nunca.

Se recostó. Observó la calle.
El fuego se consumía. La respiración de ella no cambió.
Mantuvo su puesto hasta el amanecer.

CAPÍTULO ONCE

Oliver no sabía cuánto tiempo llevaba de guardia, pero ya empezaba a notar el tirón del sueño cuando se oyó el antiguo toque militar en la puerta. Webb. Dejó entrar a Webb. El rostro del hombre mostró alivio en cuanto vio a Megan en la cama.

—Creí que se había ido.

—No. Vino aquí a dormir.

—Confía en usted —respondió su asistente—. Eso hará las cosas más fáciles —. Webb lo miró—. Usted necesita dormir. Yo haré guardia ahora. Descanse.

Dicho esto, salió al pasillo y se apoyó contra la pared.

Oliver cerró la puerta y miró la silla, y luego con anhelo la cama. Necesitaba dormir.

—Hay sitio para ti. Sé que no me harás daño —dijo una voz suave.

Pero, ¿confiaba él en sí mismo? Demonios, estaba tan cansado que dudaba que pudiera ser una amenaza para ninguna mujer. Se tumbó a su lado y ella se acurrucó contra él y volvió a quedarse dormida al instante.

Oliver permaneció allí un momento, deleitándose en la suavidad y el calor de ella. Sin embargo, fue esa oferta de confianza lo que más lo conmovió.

Después de todo lo que ella había pasado, que pudiera confiar en él era un milagro. Haría cualquier cosa para asegurarse de merecer su confianza. Incluso con la tentación de Venus tendida a su lado.

Ella se movió, colocando su brazo sobre su pecho, con la mano sobre su corazón. Él respiró hondo. Su corazón latía fuerte y ruidoso en su pecho. ¿Qué tenía esta mujer que le afectaba tanto? Era una desconocida. Una mujer que no sabía leer ni escribir, pero de repente pensaba que quería mantenerla en su vida. Pero ¿cómo? ¿Cómo demonios podía conservar su confianza y quedarse con ella? Hacerla su amante era similar a lo que hacía Penharrow. Le había ofrecido la libertad y, por Dios, cumpliría esa promesa.

Sus ojos finalmente se cerraron y se hundió en sueños de una mujer de cabello claro y los ojos más verdes recostada a su lado en un prado con niños de los mismos ojos jugando a su alrededor.

Afortunadamente los sueños eran gratis, porque eso nunca podría suceder en la vida real.

El sol entraba por las ventanas cuando finalmente despertó. Megan estaba recostada de costado mirándolo. Sonrió tímidamente.

—Roncas un poco.

—¿Te desperté?

—No. El sol lo hizo, y el ruido del patio de abajo. —Lo miró a los ojos y dijo— ¿Tienes una amante?

Su rostro se calentó.

—No, pero la tuve. Terminamos antes de venir a Gales.

—¿Por qué? ¿Por qué terminaron?

—Porque ella quería más de lo que yo podía darle, y no iba a mentirle. Estaba más interesada en complacer a mi tío, el Duque. Soy su heredero, ya que no tiene hijos. Mi tío puede ser muy manipulador para conseguir lo que quiere, y no confiaba en ella.

—La confianza lo es todo —susurró.

—Empiezo a ver que tienes razón. Quiero confiar en quienes me rodean. Como confío en Webb. No es de mi clase social, pero confío

más en él que en mi tío o en cualquier otro noble que conozca.

—Yo nunca he podido confiar en nadie. Todos estaban empleados por Penharrow y, por tanto, pagados por él, pero sobre todo le tienen miedo. Y no puedo culparlos. Es cruel, vengativo y yo lo llamo el diablo.

—¿Pero confías en mí?

Ella se quedó mirándolo antes de levantar la mano y acariciar su mejilla.

—Sí. Así que, por favor, no hagas nada que destruya eso. Quizá nunca lo supere.

—Prometo no traicionarte.

Se giró sobre su espalda.

—Puede que ahora lo digas en serio, pero una vez que entremos en tu mundo, me pregunto lo difícil que te resultará cumplir tu palabra. Prometiste dejarme libre.

—Una vez tuve un halcón. Lo encontré herido y lo cuidé hasta que sanó, pero cuando estuvo bien, era como un ratón atrapado en un laberinto. Mi padre dijo que lo dejara libre. Y si volvía a mí una vez libre, entonces sabría que confiaba en mí y le gustaba. Así que hice lo que me sugirió, y solía regresar cada verano. Luego con su pareja. Nunca me olvidó y parecía agradecerme que le hubiera permitido vivir una buena vida.

—Entonces, ¿crees que si me dejas libre, volveré?

—No digo eso. Estás tomando el significado equivocado de mi historia. Solo digo que cualquier ser vivo mantenido cautivo no está realmente vivo y se marchitará. Nunca querría que te marchitaras. Quiero que brilles y que agarres la vida y la vivas como tú quieras.

Una pequeña lágrima se deslizó por su ojo y rodó por su mejilla. Se inclinó y presionó sus labios contra los de él.

Eran tan suaves como había imaginado y más adictivos de lo que quería. Trató de contenerse y dejarla explorar, pero cuando la lengua de ella se deslizó por sus labios, él abrió y, con un gemido, la atrajo hacia sí y tomó el control del beso.

Exploró su boca como si fuera el postre más dulce y supo que una vez nunca sería suficiente. Ella no intentó retirarse, sino que le permitió entrar en su boca y saborearla. El beso continuó y continuó,

y pronto no pudo ocultar la reacción de su cuerpo, e intentó moverse, temiendo asustarla, pero ella se acercó más.

Su mano se deslizó por su costado, sintiendo las curvas bajo su vestido de lana y, oh, cómo deseaba estar piel con piel. Ella emitió un pequeño gemido y él los rodó, quedando sobre ella. El beso terminó, y quedaron respirando con dificultad, mirándose.

—Lo siento. Debería haber detenido el beso —dijo, con su erección presionando contra el estómago de ella.

—Fue mi decisión besarte. Mi elección libre, la primera que he tenido, y no quería que te detuvieras, pero lo más importante, sabía que lo harías si te lo pedía.

Ella no entendía lo cerca que estaba de no poder detenerse, así que no dijo nada. Finalmente, la miró y dijo:

—Deberíamos revisar a Webb y conseguir algo de comida. Tenemos que seguir moviéndonos aunque sea de día. No podemos arriesgarnos a que los hombres de Penharrow regresen.

—¿Cuánto falta para llegar a tu finca?

Miró por la ventana.

—Brilla el sol. No llueve ni nieva, y los caballos están descansados y alimentados, así que un día como mucho.

Ella esbozó una pequeña sonrisa.

—Tan cerca. Empiezo a creerlo.

Una vez que su erección se hubo reducido, se levantó y caminó hacia la puerta, sin querer recordarle que cerca no era suficiente. Solo cuando entraran en el Castillo de Saxton sabría que estaba a salvo.

—Te dejaré con tus abluciones, mientras reviso a Webb y organizo algo de comida.

Una vez que él se fue, Megan atendió sus necesidades. Miró la cama donde había dormido junto a él y luego pasó sus dedos por sus labios. Había querido besar a Oliver. No era porque fuera tan guapo como el pecado. Era por quién era por dentro. Honorable, amable,

sincero, y porque no había tomado ni pedido. Entendía que él la deseaba, pero no la había presionado. La había dejado tomar la iniciativa y luego se había detenido cuando instintivamente supo que ella no estaba lista.

Se preguntó cómo sería entregarse libremente a él. ¿Le causaría dolor? ¿Le gustaría? ¿Cómo se sentiría ser consumida por un hombre como Oliver?

Más bien pensó que le gustaría la experiencia y ya sabía que no se parecería en nada a yacer bajo Penharrow. Cerró los ojos y se frotó los puños contra ellos, deseando poder borrar la imagen de lo que Penharrow la había obligado a hacer. La memoria es algo caprichoso. No podía recordar a sus padres, a su familia, pero deseaba poder hacerlo.

Con un suspiro, se sentó y comenzó a trenzarse el cabello para domarlo. Un día más y podría estar a salvo.

¿Por qué la idea de estar fuera de las garras de Penharrow la entristecía? Probablemente porque significaría dejar a Oliver, y Oliver la hacía sentir segura. Sentirse normal. Sentirse limpia.

No, era porque no tenía idea de en qué se convertiría su vida ahora. ¿Qué haría? ¿A dónde iría? Oliver le había prometido darle suficiente dinero para vivir tranquilamente, pero solo tenía veintiún años, y su futuro se extendía en una realidad desolada.

Quería a Oliver y ese era otro sueño imposible. Un marqués. Nunca podría casarse con un marqués. Otra lágrima brotó de sus ojos, pero podía ser su amante. Eso no sería suficiente para ninguno de los dos o simplemente llevaría a un desamor.

Tendría que irse, y sospechaba que Oliver no querría dejarla ir. Tendría que ser fuerte por ambos.

Se secó la lágrima con enfado. Qué egoísta querer tanto. Cuando estuviera libre de Penharrow, su plegaria se habría cumplido. Eso era suficiente. Tendría que ser suficiente. Algunos pasados no pueden borrarse, pero ella construiría un futuro mejor. Quizás intentaría averiguar quién era su familia. Ese era un objetivo. Un objetivo apropiado y le daría cierta dirección en la vida.

Un peso se alivió. Tenía algo que esperar en lugar de mirar siempre atrás.

Una vez libre, se negaría a dejar que ese hombre poseyera ni uno más de sus pensamientos. Estaría muerto para ella. El regreso de Oliver interrumpió sus pensamientos.

—He revisado los caballos, y la posadera tiene el desayuno listo para nosotros en el comedor privado cuando estemos preparados. Me dijo que los hombres de Penharrow se han dirigido al norte. Consiguió que el herrero les dijera que había visto a tres jinetes dirigirse al norte.

—¿Los caballos aguantarán otro día de viaje?

—El viaje de hoy debería ser más fácil dado que brilla el sol. El suelo sigue congelado, así que el aguanieve no ha empezado. Deberíamos irnos antes de que la nieve y el hielo se derritan, porque eso hará el camino más difícil. Saldremos después del desayuno.

Ocho horas más tarde, al caer el atardecer, la tensión en los hombros de Oliver disminuyó cuando cabalgaron por la avenida arbolada del Castillo de Saxton. Maldita sea, lo habían conseguido.

El jefe de caballerizas los vio llegar.

—Trevor, soy yo, Oliver.

Pronto los mozos de las caballerizas llegaron para ayudarles a desmontar.

—Por favor, asegúrate de que estos caballos sean bien tratados, alimentados y cepillados. Son la razón por la que hemos llegado sanos y salvos.

La gran puerta principal se abrió de par en par y Harold, el mayordomo, salió a su encuentro.

—Mi señor, no esperábamos su llegada. Haré preparar las habitaciones de inmediato.

—Gracias, Harold. Por favor, lleva a Webb y a la señorita Megan a habitaciones en el ala este. Haz preparar tres baños y busca algo de ropa de mi prima para la señorita Megan. Ah, y envía a buscar al médico para que revise la herida del hombro de Webb. ¿Está mi tío aquí?

—Está en su estudio. ¿Se unirá a la familia para cenar?

—Esta noche no, gracias Harold. Haz que envíen comida en bandejas a Webb, a Megan y a mí en una hora. Necesitamos descansar esta noche, ha sido un viaje bastante largo. Hablaré con mi tío antes de dirigirme a mis aposentos.

El estudio del Duque de Saxton era exactamente como Oliver lo recordaba: una habitación diseñada para intimidar. Paneles oscuros, retratos de antepasados mirando hacia abajo en juicio colectivo, un escritorio del tamaño de un pequeño país detrás del cual su tío se sentaba como un rey en su trono. El fuego ardía alto y cálido, y el contraste con las montañas heladas que había recorrido la última semana era casi mareante.

Su tío levantó la vista de sus papeles, y su expresión pasó por la sorpresa, la irritación y finalmente una calma fría y evaluadora en la que Oliver nunca había confiado.

—Bueno, esto es una sorpresa. Creía que estabas en Londres. —El Duque dejó la pluma—. Pareces algo que los perros arrastraron desde el páramo.

—Gracias, tío. Siempre es un placer.

—Siéntate antes de que te caigas. Pareces medio muerto. —El Duque señaló la silla frente al escritorio con el aire de un hombre que concede una audiencia. A los sesenta, Edward Sommerset, Duque de Saxton, seguía siendo una figura imponente: canoso, de mirada afilada, con una mandíbula que Oliver había heredado pero el Duque no tenía ni una pizca de la calidez del padre de Oliver—. ¿Dónde demonios has estado? Tu administrador me dijo que habías ido al norte a inspeccionar propiedades y luego nada. Días de nada. Tu carta fue una obra maestra de vaguedad deliberada.

—Estuve en Gales.

Silencio absoluto.

—Gales —repitió su tío la palabra como si Oliver hubiera anunciado una visita a la luna—. Desapareciste durante días para ir a *Gales*.

—James Hartley ha muerto.

La expresión del Duque cambió. James había visitado el Castillo de Saxton con suficiente frecuencia a lo largo de los años como para

que incluso su frío tío reconociera el nombre.

—¿Hartley? ¿Qué sucedió?

—Fue asesinado. —Oliver observó el rostro de su tío con atención —. El conde de Penharrow lo mató e hizo que pareciera un accidente de equitación. James me envió una carta antes de morir contándome la verdad y pidiéndome que hiciera algo al respecto.

—Así que, naturalmente, te lanzaste a Gales solo, como un joven teniente con algo que demostrar. —La voz del Duque contenía una mezcla de exasperación y algo que, en otro hombre, podría haber sido preocupación—. ¿Y lo hiciste? ¿Hiciste algo al respecto?

—Rescaté a un testigo. Una mujer que Penharrow mantenía cautiva en su pabellón de caza.

El silencio que siguió fue de una calidad completamente diferente. Oliver observó a su tío procesar aquello, observó el cálculo detrás de esos ojos afilados.

—Una mujer —dijo finalmente el Duque, con voz cautelosa.

—Se llama Megan. La tomó cuando era una niña. Ha sido su prisionera durante más de catorce años. —Oliver mantuvo la voz firme, aunque las palabras seguían quemando como ácido en su garganta—. Fue testigo de sus crímenes. Puede corroborar todo lo que James murió intentando exponer.

El Duque se recostó en su silla, entrelazando los dedos en un gesto que Oliver reconocía como su postura de pensamiento. Afuera, el viento se movía por los terrenos del castillo, haciendo vibrar los ventanales del estudio. Finalmente, su tío habló.

—Conozco a Penharrow.

Oliver se quedó quieto.

—¿Qué?

—No es un conocido cercano, pero lo he conocido. —La expresión del Duque era cerrada, cuidadosa—. Es un hombre de considerable influencia en Gales. Bien conectado. Lo suficientemente rico como para que ciertas puertas permanezcan abiertas para él que quizás no deberían. —Hizo una pausa—. Y lo suficientemente peligroso como para que los hombres sabios miren hacia otro lado.

—Hombres sabios —repitió Oliver en voz baja.

—No me tomes ese tono, muchacho. Estoy exponiendo hechos, no admirándolos. —El Duque se levantó y se acercó a la chimenea —. ¿Qué esperas exactamente de mí?

—Guardias apostados esta noche, en el perímetro, las puertas, en el ala este donde están alojados Megan y Webb. —Oliver también se levantó, demasiado cansado para sentarse mientras discutía—. Los hombres de Penharrow nos siguieron a través de media Gales. No aceptará simplemente que ella se haya ido. Vendrá a por ella.

—Entonces que venga. —La voz de su tío era baja, plana—. Oliver, piensa con claridad por un momento. ¿Qué esperas conseguir exactamente aquí? Tienes a una mujer sin familia, sin posición, cuyo único valor es ser testigo de crímenes ocurridos en Gales, contra un noble que tiene el dinero y la influencia para enterrar cualquier testimonio que pueda ofrecer antes de que llegue a un tribunal. —Se giró desde la chimenea—. Dale dinero para un pasaje seguro. Instálala en algún lugar tranquilo del norte y deja que Penharrow se vaya.

Las palabras cayeron en la sala como piedras en aguas tranquilas.

Oliver miró a su tío y sintió que algo se cristalizaba en su pecho: frío, duro y absoluto.

—Que se vaya —repitió Oliver.

—Sí.

—El hombre que asesinó a James Hartley.

—Un hombre que podría destruir a esta familia si lo conviertes en tu enemigo. —La voz del Duque no se alzó, pero el filo en ella era inconfundible—. James Hartley era un buen joven y lamento su pérdida, pero se ha ido, Oliver. Nada de lo que hagas lo traerá de vuelta. Y todo lo que esta mujer haya sufrido...

—¿Todo lo que haya sufrido? —La voz de Oliver era peligrosamente baja.

—...no es tu responsabilidad vengarlo. Eres el heredero de este ducado. Tienes obligaciones que van más allá de tu sentido personal del honor. No permitiré que pongas en peligro trescientos años de la posición de esta familia por una mujer sin importancia y la venganza de un hombre muerto.

Oliver miró a su tío durante un largo momento. Ese hombre que lo había criado sin calidez, que lo había moldeado para convertirlo en un heredero adecuado, que había medido cada elección que Oliver había hecho contra el nombre Saxton y la había encontrado insuficiente.

—Un hombre sin importancia —dijo Oliver—. Eso fue lo que dijiste de él, ¿verdad? Hace años, cuando James vino aquí conmigo por primera vez. El tercer hijo de un barón sin perspectivas y demasiado idealismo. Pensabas que se me pasaría la amistad.

—Pensaba que entenderías que el sentimentalismo es un lujo que los hombres en nuestra posición no pueden permitirse.

—James entendía mi posición mejor que ningún hombre vivo. —Las palabras salieron ásperas, sinceras, más allá del control cuidadoso que Oliver había estado manteniendo—. Sabía exactamente lo que era ser el heredero. La obligación, la soledad, la miseria particular de estar rodeado de personas que solo ven el título. Él nunca me miró y vio al marqués de Astor. Me vio a mí. Y voy a vengarlo. —La mandíbula de Oliver se tensó—. No dejaré que su muerte no signifique nada.

—Noble. —La voz del Duque era fría—. Y estúpido. ¿Y la mujer? ¿Qué sabes realmente de ella más allá de lo que te ha contado? Si los rumores son ciertos, sospecho que es la prostituta de Penharrow...

—Con cuidado. —La única palabra detuvo en seco a su tío. Oliver dio un paso deliberado hacia el escritorio—. Elige tus próximas palabras con cuidado, tío.

Algo cambió en la expresión del duque. Quizás fue la mirada en los ojos de Oliver. Quizás simplemente reconoció a un hombre que había llegado al límite de su paciencia y no encontraba nada al otro lado más que certeza absoluta.

—Tenía seis o siete años —dijo Oliver, su voz como acero frío—. Él la robó en una feria de un pueblo, y ella pasó los siguientes catorce años como prisionera y víctima de ese hombre. No tiene familia que recuerde. No sabe leer ni escribir porque él la mantuvo deliberadamente en la ignorancia para asegurarse de que no pudiera pedir ayuda. Vio a un mozo de cuadra colgar de una horca porque

intentó sacar un mensaje para ella. Lo vio morir y ha cargado con eso desde entonces. —Mantuvo la mirada de su tío sin inmutarse—. Tiene veintiún años y en toda su vida adulta nunca se le ha permitido tomar una sola decisión libre. Y tú quieres que la envíe en silencio y que el responsable continúe impune, que probablemente la recapture y quizás la mate.

El duque no dijo nada.

Oliver se dirigió hacia la puerta.

—Quiero hombres armados en cada entrada, y alguien destacado específicamente en el ala este. Yo me encargaré de Penharrow, me encargaré de la estrategia legal, y me encargaré de las consecuencias para la posición de esta familia. Todo, pero me darás este castillo como puerto seguro, y destacarás a esos guardias.

—¿Y si me niego?

Oliver se detuvo con la mano en la puerta. No se dio la vuelta.

—Entonces haré guardia yo mismo. Fuera de su puerta. Toda la noche. En el pasillo. Sin dormir. —Hizo una pausa—. Y cuando tu casa pregunte por qué el heredero del ducado de Saxton pasó la noche en el suelo fuera de la habitación de una invitada, podrás explicarles tu razonamiento, y si eso no funciona, volveré al ejército y me aseguraré de no volver a casa, y tu título y tu propiedad irán a parar a algún pariente oscuro si se puede encontrar uno.

Oyó a su tío exhalar. El sonido de un hombre que reconocía cuándo había sido superado en maniobras.

—Los guardias serán destacados dentro de la hora —dijo el duque con rigidez.

—Gracias. —Oliver abrió la puerta—. Y tío, James merecía algo mejor que una tumba sin nombre y una mentira cortés. Tengo la intención de asegurarme de que lo consiga. Creo que en algún lugar debajo de todo ese pragmatismo, sabes que él también lo merecía.

Salió antes de que su tío pudiera responder y caminó por el pasillo hacia sus propias habitaciones, sintiendo por debajo del agotamiento algo que había estado ausente desde el momento en que leyó por primera vez la carta de James.

No era paz exactamente. No habría paz hasta que Penharrow respondiera por lo que había hecho.

Pero propósito. Claro, afilado y seguro.

Tenía trabajo que hacer.

El baño había sido lo más extraordinario que le había sucedido en catorce años porque Penharrow no estaba allí ni esperándola. No solo eso, sino que también había tenido una buena comida. Estaba llena y completamente contenta. Nada era tan bueno.

Ni la huida. Ni el cruce del río. Ni que Oliver volviera por ella en la corriente helada. Esos momentos habían sido aterradores, desesperados y vitales, pero el baño (la profunda tina de cobre llena de agua caliente que olía a lavanda y rosa, el paño suave, el jabón que hacía espuma como algo cercano al lujo) la había deshecho de una manera que el peligro nunca había logrado del todo.

Había llorado. En silencio, con las rodillas pegadas al pecho y el agua enfriándose a su alrededor, había llorado hasta que no quedó nada.

Ahora estaba sentada junto al fuego en el dormitorio que le habían dado, envuelta en una bata de noche de marfil tan fina que susurraba contra su piel como un secreto, y trataba de entender dónde estaba.

Castillo de Saxton.

Solo el nombre era suficiente para hacerla sentir como una impostora. La había llevado a su habitación una criada que le había hecho una reverencia, una reverencia de verdad, como si Megan fuera alguien digna de ese gesto. La joven había extendido el camisón y la bata prestados sobre la cama con manos cuidadosas, le había preguntado si necesitaba algo más y había cerrado la puerta suavemente detrás de ella cuando Megan no encontró palabras para responder.

No había podido responder porque estaba mirando la habitación.

Era hermosa. Por supuesto que era hermosa. Había vivido en la belleza durante catorce años: cortinas de seda, muebles finos y cosas bonitas cuidadosamente elegidas para disimular la jaula que

habían decorado. Conocía la belleza, pero no se deslumbraba con ella.

Esto era diferente.

La habitación en el pabellón de caza era hermosa como Penharrow era hermoso: deliberadamente, con un filo debajo que te recordaba en cada momento quién era el dueño y para quién era. Cada comodidad diseñada para suavizar, atar y retener.

Esta habitación simplemente era. Un fuego que no le pedía nada. Cortinas corridas contra la oscuridad y ventanas sin barrotes. Una cama con las sábanas bajadas. Una silla acercada a la chimenea como si alguien hubiera pensado: aquí hay una persona cansada que necesita calor, y la había dejado lista.

Megan se ajustó la bata y miró las llamas.

Estaba fuera de las garras de Penharrow.

El pensamiento llegaba de la misma manera que había estado llegando toda la noche, en oleadas contra las que no podía protegerse. Lo pensaba, *estás libre* , y su mente se detenía, como un animal que ha corrido tanto que no sabe qué hacer cuando el terreno se nivela. Esperaba el truco. Que la puerta se abriera y el temor familiar inundara todo.

No llegaba.

Solo el fuego. Solo el silencio. Solo los sonidos distantes de una casa acomodándose para la noche: pasos en los pasillos, el cierre amortiguado de puertas, los sonidos ordinarios de personas que se acostaban sin miedo.

No había escuchado sonidos así en años. No sabía que los había extrañado.

Una criada le había hecho una reverencia en el pasillo más temprano, con la mirada baja, las mejillas rosadas por el esfuerzo de la deferencia adecuada. Megan se había quedado completamente quieta y tuvo que contenerse para no mirar detrás de ella para ver a quién le estaba haciendo la reverencia la chica.

El ama de llaves la había llamado *"mi señora"* dos veces antes de que Megan recordara que se suponía que debía responder.

Mi señora.

No era la señora de nadie. Era una mujer que no podía leer su propio nombre si lo tuviera escrito delante. Era una mujer que había pasado una semana durmiendo en chozas de pastores y comiendo liebre medio cocida a la luz del fuego. Era una mujer con cicatrices en la espalda y lagunas en la memoria donde debería estar su infancia y catorce años de una vida de la que no podía hablar en buena compañía.

Ciertamente no era una *"mi señora"*.

Y sin embargo, allí estaba sentada. En una habitación del tamaño de toda la planta superior del pabellón de caza. En un castillo en el que se perdería. Con un fuego que no le exigía estar agradecida por él. Envuelta en seda, puesta para ella por una chica que hizo una reverencia.

¿Dónde encajaba?

La pregunta presionaba contra su pecho, familiar y no bienvenida. La había pensado en el pabellón. La había pensado en las montañas. La había pensado al cabalgar por las puertas de este enorme castillo mientras los mozos venían corriendo y el mayordomo aparecía en los escalones y todos se movían con la eficiencia particular de una gran casa bien administrada, y ella se había sentado en el caballo de Oliver y había pensado: *no pertenezco a esta imagen.*

Pero tampoco había pertenecido al pabellón de caza. No había pertenecido a ningún lado durante tanto tiempo.

Megan se presionó los dedos contra los labios.

Había besado a Oliver esa mañana. Su elección, libremente hecha, la primera elección que recordaba haber hecho por razones que no tenían nada que ver con la supervivencia, el sometimiento o evitar un castigo. Lo había besado porque había querido, porque él había hablado de su halcón y ella había sentido algo en su pecho abrirse como una ventana que se abre de par en par después de un largo invierno.

Y él la había besado también. Con cuidado al principio, luego sin cuidado alguno, y ella había entendido en ese momento cómo se suponía que debía sentirse. Cómo se suponía que era cuando era elegido en lugar de soportado.

Cerró los ojos.

No podía desear a Oliver Sommerset. Desear era un lujo que absolutamente no podía permitirse. Él era heredero de un ducado. Tenía un tío en el ala contigua que probablemente en ese mismo momento le estaba diciendo exactamente qué tipo de inconveniente representaba ella. No tenía nombre, ni familia, ni dote, ni una historia de la que se pudiera hablar sin arruinar cada habitación en la que entrara. Era exactamente la mujer equivocada en el lugar equivocado.

Lo había sabido antes de cruzar esas puertas. Lo había sabido cuando se sentó en su caballo y sintió la solidez de él detrás de ella y pensó: *así se sentiría estar protegida por alguien que elige protegerte*, y se había avergonzado del pensamiento porque tenía veintiún años y debería tener mejor juicio que confundir una semana de peligro compartido con algo que nunca podría ser.

Se iría. Una vez que diera su testimonio, una vez que Oliver tuviera lo que necesitaba para buscar justicia para James, se iría. Al norte, quizás, como había pensado en las montañas. Escocia. A algún lugar lo suficientemente lejos como para que el alcance de Penharrow no llegara y lo suficientemente cerca de la vida ordinaria como para que pudiera eventualmente aprender a vivir una.

Encontraría a su familia. Eso era algo real. Algo hacia lo que caminar en lugar de simplemente huir de todo lo que dejaba atrás. Tenía un rostro. Tenía ojos verdes que aparentemente no eran comunes. Tenía el recuerdo de una feria de pueblo, cintas y pasteles de miel, la mano de una mujer que había sostenido con fuerza. En algún lugar de Inglaterra había personas que habían perdido a una niña hace catorce años y nunca habían dejado de buscarla.

O habían dejado de preguntarse. Esa posibilidad se asentaba en su pecho como una piedra.

Había estado fuera tanto tiempo. La habían reformado tan completamente en Megan, en la Megan de Penharrow, que apenas sabía qué quedaba de quien había sido de niña. ¿Y si no quedaba familia que encontrar? ¿Y si habían buscado y se habían rendido, y habían construido sus vidas alrededor del dolor de perderla, y lo último que necesitaban era un fantasma que volviera a cruzar la

puerta después de tanto tiempo, arruinada y extraña e incapaz de leer una simple carta?

El fuego crepitó y se movió. Un tronco se asentó con un suave colapso de cenizas.

Megan presionó la palma de su mano contra su esternón y se obligó a respirar.

Estaba fuera.

Cualquier otra cosa que fuera incierta (su futuro, su pasado, su nombre, su lugar en cualquier mundo que pudiera intentar habitar) estaba, por ahora, a salvo. Las paredes de esta habitación no tenían barrotes en las ventanas. Podía verlo desde donde estaba sentada. La puerta no estaba cerrada con llave desde fuera. El fuego no era el fuego de Penharrow. La seda que vestía no era la seda de Penharrow.

Estaba fuera.

Era la verdad más enorme que jamás había sostenido, y no podía hacer que se sintiera real. Catorce años de cautiverio la habían entrenado para desconfiar de las cosas buenas, para encontrar el truco, para entender que la amabilidad era moneda y que alguien siempre presentaba la cuenta. Seguía esperando que esto se resolviera en algo que reconociera. Algo con un costo.

La criada volvería con condiciones. La deferencia del ama de llaves se convertiría en desprecio una vez que la novedad de su presencia se desvaneciera. Oliver llegaría a su puerta y le explicaría que naturalmente había expectativas, que este tipo de protección requería.

Detuvo ese pensamiento con fuerza.

Oliver no era Penharrow.

Lo sabía. En algún lugar debajo del tejido cicatricial de catorce años, lo sabía con una claridad que la asustaba porque significaba que empezaba a confiar en ello, a permitirse creer en ello, y si se equivocaba…

Si se equivocaba, destruiría algo en ella que no tenía nombre pero que sospechaba era la última pieza restante de quien había sido antes.

Un carbón se movió en la rejilla. El fuego proyectaba una cálida luz ámbar por toda la habitación, sobre los objetos hermosos y desconocidos, sobre sus propias manos dobladas en su regazo, manos que habían aprendido a limpiar heridas, cuidar jardines y permanecer perfectamente quietas.

¿Cómo se siente la libertad?

Se había hecho esa pregunta cien veces a lo largo de los años. Había intentado imaginarlo, lo había usado como una antorcha para llevarla a través de las noches más oscuras. Pero lo había imaginado mal. Había imaginado alivio. Había imaginado ligereza, el exhalar particular de un aliento contenido finalmente liberado.

No había imaginado este dolor desconcertante y sin forma.

Porque junto al alivio, que era real, que se asentaba en sus huesos como calor después del frío, estaba esto. El peso de todos los años. La comprensión de que la libertad no borraba lo que había sucedido, no le devolvía lo que le habían quitado, no la transformaba de la noche a la mañana en una mujer que sabía dónde pertenecía y cómo estar de pie en una habitación donde le hacían reverencias sin mirar detrás de ella para ver al verdadero destinatario.

La libertad no era un final. Era, empezaba a entender, simplemente un comienzo diferente.

La pregunta era qué hacer con ella.

Tenía veintiún años.

Había sobrevivido a lo insuperable.

No sabía leer, pero había aprendido a curar heridas y leer el clima y navegar por la luz de las estrellas y mantener la confianza de un hombre cuando nunca le habían dado razones para confiar en nadie. No era una inútil. No era simplemente lo que Penharrow había hecho de ella.

También era otra cosa. Algo debajo de todo eso que él nunca había podido alcanzar, por mucho que lo hubiera intentado.

Mañana resolvería dónde encajaba. O no, y lo resolvería al día siguiente.

Esta noche era libre.

Esta noche eso era suficiente.

Recogió los pies debajo de ella en la silla y dejó que el fuego calentara su rostro y secara su cabello, y se quedó allí mirando las llamas hasta que el sueño finalmente la encontró, tranquilo y sin complicaciones, en una habitación sin barrotes en las ventanas.

CAPÍTULO DOCE

Megan despertó con la luz.

No era la luz gris y tenue que se filtraba a través de las ventanas con barrotes del pabellón de caza, disculpándose y escasa como si ella también hubiera aprendido a no entrometerse. Era luz de mañana de invierno, dorada pálida y sin prisas, cayendo sobre la ropa blanca de cama y un cubrecama de lana azul profundo, y durante un momento suspendido Megan yacía completamente quieta y no podía recordar dónde estaba.

Luego lo recordó.

El castillo Saxton. La residencia de la familia de Oliver.

Se incorporó lentamente y miró a su alrededor. El fuego se había consumido durante la noche, quedando reducido a brasas que aún despedían el calor suficiente para mantener a raya el frío. La silla donde se había quedado dormida estaba vacía junto a la chimenea, con la bata prestada doblada cuidadosamente sobre el brazo.

Estaba en la cama.

Megan volvió a mirar la silla, luego la cama, luego a sí misma, aún envuelta en la bata color marfil, intacta, exactamente como había estado cuando se había acurrucado en aquella silla, mirando el fuego y, finalmente, por fin, dejando que el sueño la venciera.

No había caminado hasta la cama. De eso estaba segura.

Una vaga impresión emergió entre la niebla del profundo agotamiento. Calor. Brazos fuertes. La firmeza particular de ser llevada por alguien que sabía cómo cargar a una persona sin despertarla, moviéndose en la oscuridad con la economía de un hombre desde hacía tiempo acostumbrado al silencio y al cuidado. Tenía una vaga sensación de recostarse contra una sábana fresca, de una manta que le subían, de una mano que se había detenido cerca de su cabello y luego se había retirado sin tocarlo.

Él la había llevado a la cama.

Él la había llevado a la cama y la había dejado allí. Sin tocarla. Sin exigir nada. Como si simplemente hubiera sido algo que debía hacerse, y por eso lo había hecho, y ese era el final del asunto.

Megan se llevó los dedos a los labios y sintió, para su absoluto desconcierto, una sonrisa abriéndose paso.

Todavía estaba sonriendo cuando llegó el golpe en la puerta.

—Adelante —logró decir.

La criada era joven, quizás de dieciséis años, con un talante práctico y directo que resultaba extraño en su delgada figura, y una reverencia tan ensayada que claramente era motivo de orgullo personal. Llevaba una jarra de agua caliente y un vestido cuidadosamente doblado sobre un brazo, de lana color ocre oscuro, sencillo y bien confeccionado, que sugería que pertenecía a una mujer de clase sin proclamarlo a gritos.

—Buenos días, señora. La señora Fenwick pensó que esto podría sentarle mejor que la bata para el desayuno. Perteneció a Lady Eliza antes de casarse e irse a Bath. —La muchacha dejó la jarra en el lavabo y extendió el vestido sobre el pie de la cama con una eficiencia práctica—. Soy Annie. Estoy aquí para ayudarla a vestirse y llevarla al comedor cuando esté lista. —Annie atendió el fuego mientras hablaba.

Megan miró el vestido. Luego a Annie. Luego la jarra de agua humeante.

—Gracias —dijo, y lo sintió más de lo que la muchacha podría saber.

Annie la ayudó a vestirse sin prisas y sin preguntas, lo que Megan sospechaba que era una virtud cuidadosamente cultivada. El

vestido le quedaba aceptablemente bien en los hombros, algo holgado en la cintura, y el ocre devolvió a su rostro un color que la última semana de frío y agotamiento le había arrebatado. Cuando Annie terminó de arreglarle el cabello y dio un paso atrás para evaluar su trabajo, asintió una vez con el aire satisfecho de un artesano inspeccionando una pieza terminada.

—El comedor está dos plantas más abajo, señorita. La llevaré.

El Castillo Saxton se reveló pasillo tras pasillo mientras descendían. Retratos, suelos encerados y el olor a cera de abeja y madera vieja, todo hablando de generaciones de cuidadoso mantenimiento. El tipo de casa que espera ciertas cosas de quienes la habitan y confía en que ya saben cuáles son esas cosas.

Megan enderezó la espalda y siguió a Annie escaleras abajo.

Oyó al Duque antes de verlo.

No palabras, solo la cualidad particular del silencio que rodea a una persona acostumbrada a dominar las salas, un silencio expectante que precedía su presencia como un cambio en el clima precede a la tormenta misma. Annie abrió la puerta del comedor e hizo una reverencia, y Megan entró.

La estancia era larga y de techo alto, con ventanas que daban a una extensión de jardines plateados por la escarcha. Un fuego ardía en el extremo opuesto. La mesa podía haber dado cabida a veinte personas. El Duque de Saxton estaba sentado en la cabecera, solo, con una taza de café a su derecha y un periódico que no estaba leyendo doblado junto a su plato.

Levantó la vista.

Esperaba frialdad. No esperaba una evaluación tan abierta y minuciosa, aquellos ojos grises y afilados recorriéndola con la franca apreciación de un hombre que no veía razón para fingir que no la estaba midiendo.

Megan cruzó la sala e hizo una reverencia, porque, independientemente de lo incierto, la cortesía básica no le costaba nada.

—Su Gracia.

—Siéntese. —Señaló la silla a su izquierda, lo suficientemente cerca para conversar, lo que ella notó que no era la elección de un

hombre que pretendiera ignorarla—. ¿Café o té?

—Té, por favor.

Un lacayo apareció y sirvió. Megan tomó la taza y esperó, porque había aprendido hace mucho que la persona que habla primero en una sala como esta ya ha concedido algo.

El Duque dejó que el silencio se alargara un momento antes de hablar.

—Oliver me dice que ha sido prisionera de Penharrow desde que era una niña.

—Sí.

—También me dice que tiene intención de testificar contra él.

—Si eso puede ayudar, sí.

—Puede ayudar. —El Duque dejó su café—. ¿Y ha pensado en lo que eso significa realmente? Comparecer ante un magistrado, o peor, enfrentarse a un juicio, y hablar públicamente de lo que sufrió a manos de Penharrow. ¿Entiende lo que la sociedad haría de ello? ¿Qué harían con usted?

Megan lo miró con firmeza.

—Comprendo muy bien lo que la sociedad hace con las mujeres que han pasado por lo que yo he pasado, Su Gracia. He tenido tiempo de sobra para pensarlo.

—Entonces comprenderá que su testimonio, por veraz que sea, sería de utilidad limitada contra un hombre de la posición de Penharrow. Sus abogados lo desmontarían. Sus contactos se asegurarían de que nunca llegara a oídos adecuados, y su historia se haría pública. —Su tono no era cruel, lo cual, de algún modo, era peor que si lo hubiera sido. Exponía hechos. Tenía el aire de un hombre que creía estar siendo útil—. Usted quedaría destruida por el mismo proceso por el que pretende hacer justicia.

—Es muy posible —dijo Megan—. Pero descubro que ya no tengo tanto miedo a ser destruida como antes.

Algo cambió en la expresión del Duque, demasiado fugaz para nombrarlo.

—No es una tonta —dijo, lo que pareció sorprenderle ligeramente.

—No.

Volvió a tomar su café.

—Mi sobrino tiene tendencia a lo que, generosamente, llamaré convicción. La forma rápidamente y la sostiene con absoluta firmeza. No siempre es sabiduría. —Hizo una pausa—. Ha formado una convicción muy particular en lo que a usted respecta.

Megan no dijo nada.

—Oliver es heredero de este ducado —continuó el Duque, con voz medida—. Tiene responsabilidades que van mucho más allá de sus agravios personales, por legítimos que sean. Lo que haga de ahora en adelante, con qué visibilidad actúe contra Penharrow, con qué publicidad se alinee con su causa, tendrá consecuencias para esta familia durante años. Penharrow tiene aliados en el Parlamento. Tiene el oído de hombres que podrían poner a Oliver en una situación muy difícil. —La miró directamente—. No le pido que abandone su testimonio. Le pido que considere si su presencia aquí, como proyecto particular de Oliver, sirve a sus intereses o los pone en peligro.

Megan dejó su taza de té con cuidado.

—Su Gracia —dijo—, antes de responderle, quisiera preguntarle una cosa.

Hizo una leve inclinación de cabeza.

—¿Lo sabía? No sobre mí específicamente. No imagino que fuera el caso. Pero sobre hombres como Penharrow. Sobre lo que hacen. Sobre las mujeres que desaparecen en casas como la suya y de las que nunca se vuelve a hablar. —Mantuvo la mirada fija sin parpadear —. ¿Los hombres de su posición lo sabían y miraban hacia otro lado porque les resultaba cómodo?

El silencio que siguió no fue confortable.

—Esa no es una pregunta que esté dispuesto a responder a una desconocida en mi mesa de desayuno —dijo el Duque finalmente.

—No —convino Megan en voz baja—. Pero es la pregunta correcta. —Se enderezó en su silla—. Entiendo lo que soy, Su Gracia. Entiendo lo que represento para una sala llena de caballeros. Soy un inconveniente. Soy un problema que la sociedad educada prefiere manejar en silencio, desde la distancia, con una pequeña suma de dinero y una firme sugerencia de que me retire a algún lugar donde

no cause problemas. —Cruzó las manos sobre el regazo—. He sido manejada exactamente así durante catorce años. No pienso permitirlo de nuevo.

Las cejas del Duque se alzaron una fracción.

—Su sobrino no creó mi situación —continuó Megan—. Él decidió hacer algo al respecto cuando la mayoría de los hombres no lo habrían hecho. Esa decisión es suya, tomada con plena conciencia, y no me corresponde a mí deshacerla porque sea costosa. Si él decide que el precio es demasiado alto, si él mismo me dice que desea que me vaya, entonces me iré. —Sostuvo la mirada del Duque—. Pero no seré apartada de esta casa mediante una conversación en el desayuno, por elegantemente conducida que sea.

Otro silencio.

El Duque de Saxton la miró durante un largo momento con una expresión que no pudo descifrar del todo. Algo se movió en ella. No exactamente calidez, pero algo cercano al respeto, alcanzado a regañadientes y no sin cierta irritación.

—Oliver dijo que era más fuerte de lo que aparentaba —dijo al fin.

—Tenía razón. —Recogió de nuevo su taza—. Suele tenerla.

El Duque emitió un sonido que no llegó a ser una risa. Alzó su periódico con el aire de un hombre que había dicho lo que tenía que decir y había descubierto que la conversación no había salido como esperaba.

—Sírvase del aparador. Parece que no ha comido bien en una semana.

—Semana y media —dijo Megan—. Pero quién lleva la cuenta.

Se levantó y se dirigió al aparador antes de poder ver su reacción, llenando su plato con la tranquila compostura que había perfeccionado durante catorce años, y pensó que, dondequiera que estuviera Oliver aquella mañana, esperaba que alguien lo cuidara tan bien como la cocinera de aquel castillo era capaz de cuidarla a ella.

Volvió a sentarse.

Fuera de las ventanas, los jardines plateados por la escarcha brillaban bajo el pálido sol invernal, y en ninguna parte de aquella sala había barrotes en las ventanas.

Desayunó.

Nada le había sabido tan bien.

Casi había terminado de comer cuando el Duque dobló su periódico, se levantó y lo guardó bajo el brazo.

—Disculpe. Odio dejar a una invitada comiendo sola, pero Oliver debería llegar en breve. Sospecho que está atendiendo a los guardias. —Se giró, y volvió a girarse—. Es bienvenida a quedarse en mi casa todo el tiempo que desee, señorita Megan. Que Dios me ayude, pero puedo ver lo que mi sobrino ve en usted y por qué cree que puede vencer a Penharrow. Espero que ambos tengan razón.

Ella asintió simplemente con la cabeza. No sabía cuánto tiempo se quedaría. Eso dependía de Oliver y de su plan.

Apenas el Duque se hubo ido que llegó Oliver.

Llenaba el umbral como siempre parecía llenar cualquier espacio en el que entraba, no por ningún esfuerzo o representación de presencia, sino simplemente porque la naturaleza lo había hecho del tipo de hombre alrededor del cual las habitaciones se reordenaban a sí mismas.

Megan lo había visto agotado, cubierto de suciedad y medio congelado, y aun así había sido el hombre más devastadoramente atractivo que jamás había conocido. No se había preparado adecuadamente para su aspecto limpio.

Se había afeitado. Su mandíbula era suave y firme, los ángulos marcados de su rostro ya no ocultos por días de viaje y mal tiempo. Su cabello oscuro estaba peinado hacia atrás, y llevaba un abrigo que le sentaba como solo el trabajo de un sastre londinense podía sentar a un hombre, de paño azul oscuro sobre unos hombros que realmente no tenían derecho a existir. Parecía exactamente lo que era: un lord inglés rico, poderoso e imposiblemente atractivo, completamente dueño de su castillo, completamente dueño de cada centímetro del mundo que transitaba.

Megan dejó su taza de té con mucho cuidado, para no derramarlo.

Él la vio en cuanto entró y algo en su expresión cambió, no fue sorpresa exactamente, más bien la cualidad particular de atención que una persona presta a algo en lo que ha estado pensando. Sus

ojos la recorrieron una vez, rápidamente, y ella lo vio archivar esa información en esa manera metódica que tenía, esa forma de catalogar todo lo que lo rodeaba sin aparentar hacerlo.

—Te ves bien —dijo—. El vestido te favorece.

—Es de tu prima. Annie estaba muy orgullosa de sí misma.

—Se nota. —Cruzó hacia el aparador, levantó la cafetera y se sirvió una taza con la soltura de un hombre que lo había hecho diez mil veces en esa habitación—. ¿Dormiste?

—Sí. —Dudó. Luego, porque nunca había sido cobarde, incluso cuando había querido serlo— Desperté en la cama.

Oliver la miró por encima del borde de su taza.

—Me quedé dormida en la silla —continuó—. Estoy bastante segura de que las sillas no llevan a la gente a la cama por iniciativa propia.

—No, no lo hacen —convino, y volvió su atención a su café.

—Deberías haberme despertado.

—Estabas profundamente dormida. Parecía un desperdicio.

No había nada en su voz que exigiera algo de ella. Ni expectativa, ni significado atribuido. Simplemente había visto algo que necesitaba hacerse y lo había hecho; de la misma manera que la había sacado de un río helado, le había dado la porción más grande de cada comida y había hecho guardia en el frío mientras ella dormía. Como si cuidar de ella fuera simplemente algo que entraba dentro de su ámbito natural.

—Gracias —dijo Megan—. Por eso, y por todo. Por la última semana. Por todo.

Oliver la miró entonces, y durante un momento hubo algo en su expresión que ella no pudo nombrar del todo. Algo que se movía tras la superficie tranquila y controlada de él como una corriente bajo el hielo.

—No me des las gracias todavía —dijo—. Todavía nos queda mucho por hacer.

Sacó la silla frente a ella y se sentó, y ella se sintió agradecida por la mesa que los separaba. Ayudaba. Marginalmente.

—¿Los guardias? —preguntó.

—Colocados. He estado fuera desde antes del amanecer revisando las posiciones. Hay seis hombres cubriendo los accesos principales al castillo y dos apostados en el ala este, donde está tu habitación. Harold tiene instrucciones de que no se admita en la casa a personal desconocido sin mi aprobación previa. —Dio un sorbo a su café—. Estás a salvo aquí, Megan. Te doy mi palabra.

Ella le creyó. Le creyó absolutamente, lo cual seguía siendo ligeramente desconcertante, dado que hacía unas semanas no creía que ningún hombre fuera capaz de nada.

—¿Qué sucede ahora? —preguntó.

Oliver dejó la taza.

—Iré a Londres.

Las palabras cayeron en la habitación como piedras en aguas tranquilas.

—¿Cuándo?

—Mañana, si los caminos están transitables. Pasado mañana a más tardar. Necesito moverme rápido antes de que Penharrow tenga tiempo de consolidar su posición. —La miró con firmeza—. Tengo contactos en el Ministerio del Interior. Hombres que sirvieron conmigo, hombres de confianza, que tienen el acceso y la autoridad para iniciar una investigación oficial si les llevo las pruebas adecuadas. También necesito consultar a un abogado, alguien con experiencia en procedimientos penales al más alto nivel, alguien que entienda exactamente lo que requiere un caso contra un par del reino antes de que se acerque siquiera a un tribunal.

—¿Y qué requiere?

—Más que tu testimonio únicamente, aunque el tuyo es el cimiento sobre el que descansa todo lo demás. También tengo la carta de Jame. Necesitamos documentación. Registros de sus transacciones financieras, las propiedades que controla, cualquier denuncia formal que se haya presentado y enterrado. Necesito encontrar testigos, y sé por dónde empezar a buscar. Hay gente en Londres que me debe mucho, y pienso cobrar todas las deudas a la vez. —Algo se endureció en su expresión—. Penharrow ha sido intocable porque ha sido invisible. Pienso hacerlo muy visible.

Megan hizo girar su taza en el platillo. Una vez. Dos veces.

—Y mientras estás en Londres —dijo—, yo me quedo aquí.

—Sí.

—En el Castillo Saxton.

—Estarás a salvo aquí. Mi tío...

—Tu tío hizo un intento muy diplomático de sugerir que mi presencia continuada aquí representa un inconveniente para la posición de la familia —observó cómo la mandíbula de Oliver se tensaba y sintió un destello de satisfacción por ello—. No te preocupes, lo manejé, y me dijo que era bienvenida aquí todo el tiempo que quisiera, pero quiero ser clara sobre lo que estoy diciendo, que no es que me preocupe la hospitalidad de tu tío. El castillo es precioso. El personal es amable. La comida es extraordinaria. —Hizo una pausa—. Pero no estoy a salvo aquí sin ti.

Los ojos de Oliver se encontraron con los suyos.

—Los guardias...

—No son tú —oyó cómo sonaba eso y siguió igualmente, porque había aprendido en la última semana que la honestidad con Oliver era la única moneda que realmente funcionaba—. Cuando estás aquí, creo que todo estará bien. Eso no es algo que pueda decir de seis hombres que no conozco plantados en la puerta. He pasado catorce años aprendiendo a medir mi seguridad por una sola variable, y esa variable es lo cerca o lo lejos que está el peligro de mí. Penharrow no está en esta habitación, y por eso estoy a salvo. Tú estás en esta habitación, y por eso estoy a salvo. Vete a Londres y esas dos cosas ya no serán ciertas al mismo tiempo.

Oliver guardó silencio un momento. Podía verlo procesándolo, la consideración cuidadosa y metódica que daba a todo, y esperó.

—No —dijo por fin.

—Oliver...

—Lo he considerado. La respuesta es no. Viajar contigo es demasiado peligroso. No puedo protegerte.

Su espalda se enderezó.

—Lo has considerado. En los cinco segundos desde que lo mencioné.

—Lo he estado considerando desde antes de que bajaras a desayunar —mantuvo su mirada sin ninguna incomodidad—. Estás

más segura aquí que en el camino a Londres. El viaje en sí es un riesgo. Londres es un riesgo. Todo lo que necesito hacer en la ciudad requiere que me mueva rápido y sin restricciones, lo cual es considerablemente más difícil de manejar si al mismo tiempo estoy gestionando tu seguridad. Y el alcance de Penharrow llega a Londres. Tiene conocidos allí, personas que te reconocerían o informarían de tu presencia si nos vieran juntos en público —levantó su café de nuevo con una compostura exasperante—. Te quedas aquí. No estaré fuera más de una quincena, probablemente menos.

—Una quincena.

—Quizás menos.

—Eso no es... —Se detuvo. Inhaló una vez—. Oliver, no te estoy pidiendo que gestiones mi seguridad. Te estoy pidiendo que me lleves contigo. Puedo ser útil. Sé cosas sobre las operaciones de Penharrow, sus contactos, los nombres de los hombres que vinieron a la casa.

—Que necesitaré que escribas en detalle, antes de que me vaya, en una declaración documentada que pueda usarse con el abogado.

Sintió el calor invadir su rostro.

—No puedo hacer eso...

—Prometiste dar testimonio —el tono de Oliver era pesado por la decepción.

—No sé leer ni escribir. Puedo contarte los detalles y tendrás que escribirlos tú —dijo en voz baja y escuchó cómo Oliver maldecía a Penharrow hasta el infierno.

—Había olvidado ese dato, lo siento.

—Entonces, ya ves, necesito ir a Londres contigo. Tengo que testificar en persona.

—No —dijo, con desagrado, finalmente, en un tono que dejaba claro que la palabra seguiría siendo la misma sin importar desde cuántos ángulos atacara.

Megan lo miró. Con su absoluta, exasperante y completamente segura postura. Con el hecho de que casi con certeza tenía razón sobre los riesgos, lo que hacía que todo fuera considerablemente peor.

—Eres el hombre más provocador —dijo.

—Eso me han dicho.

—No lo dije como un cumplido.

—No lo tomé como uno.

Empujó su silla hacia atrás y se levantó, y él se puso de pie automáticamente, porque por supuesto que lo hizo, porque incluso cuando era completamente imposible, tenía los modales de un hombre criado desde el nacimiento para saber cómo comportarse. Eso le resultaba particularmente irritante en ese momento.

—Voy —dijo, con enorme dignidad—, a explorar la casa.

—Harold puede mostrarte...

—Gracias, encontraré mi propio camino.

Se fue antes de que pudiera decir algo más que fuera correcto o razonable o ambas cosas.

El problema de anunciar la intención de explorar una casa con independiente autosuficiencia era que requería saber a dónde una iba.

El castillo de Saxton, resultó tener una gran cantidad de pasillos. Todos eran hermosos, todos de techos altos, todos revestidos con el tipo de arte y mobiliario que hablaba de un gasto considerable a lo largo de varias generaciones, y todos parecían ampliamente similares cuando una había llegado a ellos a través de una secuencia de escaleras y giros tomados más por principio que por lógica navegacional.

Megan se detuvo en un rellano en lo que estaba bastante segura de que era el tercer piso del ala norte, miró en ambas direcciones y concluyó que no tenía absolutamente ninguna idea de hacia dónde quedaba el comedor desde allí, ni tampoco su dormitorio. Debería haber pedido ayuda.

Eligió una dirección y continuó caminando.

El pasillo aquí difería ligeramente del resto del castillo, más silencioso, de algún modo, en la forma en que una habitación es silenciosa cuando está habitada regularmente por la misma persona

en lugar de mantenida para uso general. Las alfombras estaban gastadas en patrones familiares. Las lámparas estaban colocadas donde alguien siempre las había puesto. Una pequeña mesa sostenía un jarrón con flores secas que debían haber sido arregladas en verano y conservadas porque alguien había amado la forma de ellas, y junto al jarrón, un par de gafas de lectura descansaban exactamente donde habían sido dejadas y nunca movidas.

Redujo la velocidad.

Al final del pasillo había un conjunto de puertas dobles, más antiguas que la arquitectura circundante, su roble oscuro pulido con ese brillo particular de la madera muy vieja que ha sido tocada todos los días durante mucho, mucho tiempo. Y desde detrás de esas puertas llegaba un sonido.

Música.

No una interpretación, nada practicado o deliberado. Solo el sonido íntimo y entretejido de alguien tocando para sí mismo, con una mano seleccionando una melodía en lo que ella pensó que debía ser un clavecín, las notas sin prisas y ligeramente anticuadas y completamente encantadoras.

Megan permaneció en el pasillo un momento.

Luego llamó.

La música se detuvo.

—Adelante —la voz era vieja, clara, y tenía el tono de alguien que había esperado una visita durante algún tiempo y no se sorprendía de encontrarla en la puerta.

Megan abrió.

La habitación más allá era como atravesar una membrana en el tiempo. Donde el resto del castillo era grandioso y formal y agresivamente mantenido, esto simplemente estaba habitado, profunda, cómoda y completamente. Libros por todas partes, no arreglados para causar efecto sino apilados y abiertos y dejados boca abajo en las sillas. Un fuego ardía cálidamente, rodeado por una colección heterogénea de objetos: un pequeño retrato en un marco desgastado, un juego de miniaturas dispuestas sin ningún sistema aparente, un chal de un color que probablemente había sido vívido treinta años atrás. El clavecín estaba contra la pared del

fondo; con su tapa cubierta de partituras y otros objetos utilizados como pisapapeles.

Y en la silla junto al fuego estaba sentada la mujer más anciana que Megan había visto jamás.

Era pequeña y delgada y de cabello blanco, y estaba sentada con la particular prestancia de la nobleza muy anciana, la clase que no tenía nada que demostrar a nadie y por lo tanto se sentaba como le placía. Sus ojos eran oscuros y brillantes, y estaba mirando a Megan con una expresión de franco y sin adornos interés.

—Bueno —dijo la anciana—. Tú no eres Harold.

—No —Megan se dio cuenta de que estaba en el umbral y entró por completo en la habitación—. Siento mucho entrometerme. Estaba... me temo que me desorienté un poco en los pasillos y oí la música y... —Se detuvo—. Le pido disculpas. Soy Megan, una invitada de Lord Astor. No sé su nombre.

—Eso es porque nadie te lo ha dicho —la anciana inclinó la cabeza con un aire de evaluación, tan perspicaz como la del duque, pero más cálida de algún modo. La curiosidad de una persona que está genuinamente interesada en lo que encuentra en lugar de meramente calcular su valor—. Soy Dorothea. Soy la abuela de Oliver, la Duquesa Viuda de Saxton, aunque no se habla de mí en las partes formales de la casa porque mi hijo me considera excéntrica, que es simplemente como la gente llama a las mujeres que han sobrevivido a la necesidad de gestionar la comodidad de los demás —Señaló la silla frente a ella—. Siéntate, niña. Pareces alguien que ha pasado recientemente mucho tiempo siendo muy valiente, lo cual es agotador de formas que quienes no lo han hecho rara vez entienden. Imagino que tienes una historia que contar. Me encantan las historias.

Megan cruzó la habitación, se sentó, y su pecho se alivió de una forma que no lo había hecho desde que se alejó de la mesa del desayuno.

—No eres lo que esperaba —dijo Dorothea—. Por la forma en que mi nieto habló de ti.

Megan levantó la mirada.

—¿Cuándo habló con usted?

—Subió anoche a decirme que había llegado a casa. Siempre lo hace. Sea la hora que sea. Sabe que yo no duermo —los ojos oscuros de la anciana eran firmes y cálidos y absolutamente directos —. Me dijo que había traído aquí a una mujer de Gales. Una mujer de extraordinario valor. Que necesitaba ir a Londres para luchar por ella, y que temía que ella no se quedara quieta mientras él lo hacía —una leve, satisfecha curva en sus labios—. No me dijo que era hermosa, con ojos verdes como el vidrio marino, pero Oliver no querría que yo supiera sus sentimientos.

Megan descubrió que no tenía respuesta para nada de eso.

Dorothea tomó sus gafas de la mesita junto a su silla y las acomodó sobre su nariz, observando a Megan con la mirada de una mujer que había vivido lo suficiente para encontrar el mundo consistentemente más interesante de lo que tenía obligación de ser.

—Hmm, interesante. Me recuerdas a alguien. No recuerdo quién, pero lo haré. Ahora bien —dijo—. Cuéntame qué ha hecho él para enfurecerte. Sospecho que será una de varias categorías recurrentes, y tengo opiniones sobre todas ellas.

Fuera de las ventanas del ala norte, los terrenos escarchados del castillo de Saxton se extendían bajo la pálida luz invernal. Por primera vez desde que había salido del comedor muy enfadada, Megan sintió que el nudo apretado de la mañana se aflojaba.

Se lo contó.

CAPÍTULO TRECE

Encontró la citación en su escritorio.

No era una nota entregada por un lacayo, que habría sido el método convencional. Era una nota entregada por el antiguo gato gris de Dorothea, que aparentemente había sido entrenado o quizás simplemente se automotivaba a sentarse sobre la correspondencia hasta que aparecía su destinatario. Oliver retiró al gato de sus papeles con la cansada eficiencia de larga práctica, leyó las tres líneas que su abuela había escrito con su letra audaz y ligeramente teatral, y consideró, por un breve momento, fingir que no la había recibido.

Subió las escaleras.

Sus habitaciones estaban exactamente como siempre. Algo que no había notado en su cansancio de la noche anterior. Un caos confortable al que las criadas hacía tiempo que habían renunciado a intentar imponer orden, un fuego que ardía más caliente de lo estrictamente necesario, y la propia Dorothea entronizada en su silla junto a él con el aire de una mujer que había estado esperando algún tiempo y encontraba la espera completamente por debajo de su dignidad.

—Has tardado lo suficiente —dijo.

—He venido de inmediato —Oliver dejó un beso en la coronilla de su cabeza y ocupó la silla frente a ella, la que aún conservaba la

huella de una ocupación reciente y olía vagamente a algo que no era la lavanda de su abuela. Lo notó sin mencionarlo—. Tu nota decía urgente. ¿Qué ha sucedido?

—No ha sucedido nada. Algo está a punto de pasar, lo cual es considerablemente más interesante —Dorothea cruzó las manos sobre el regazo—. Voy a ir a Londres.

Oliver la miró.

—Contigo —añadió, útilmente—. Cuando vayas. Mañana, o pasado. Cuando hayas terminado de organizarte, que en mi experiencia a los hombres les lleva aproximadamente el doble de tiempo del que calculan.

—Abuela.

—Lo digo totalmente en serio.

—No has ido a Londres en cuatro años. Le dijiste a tu hijo, le dijiste a mi tío, que no volverías a ir hasta que el Parlamento dejara de estar lleno de hombres que confundían el volumen con el argumento.

—No he cambiado mi postura sobre el Parlamento —sus ojos oscuros eran brillantes y totalmente serenos—. He cambiado mi postura sobre la necesidad actual del viaje. Voy contigo, Oliver, y Megan viene con nosotros.

Permaneció muy quieto un momento.

—No —dijo.

—Sí.

—Abuela, te he explicado la situación. El camino es un riesgo. Londres es un riesgo. Megan está más segura aquí, donde los guardias están apostados y Penharrow no tiene...

—Penharrow tiene oídos en este condado —dijo Dorothea, con una serenidad que sugería que había anticipado cada palabra de esto y lo encontraba en gran medida irrelevante—. Sabrá en cuarenta y ocho horas que te has ido a Londres y que ella se ha quedado si mantenemos a los guardias en su puesto. Un castillo lleno de guardias es mucha protección, pero no es impenetrable, y me gustaría que consideraras con atención, con esa mente excelente que tan rara vez aplicas a las cosas que realmente importan, qué

significaría para esa joven quedarse aquí sin ti mientras Penharrow calcula sus opciones.

Oliver no dijo nada. Estaba calculando sus propias opciones, lo que le estaba llevando algo más de tiempo del que le habría gustado porque ella no estaba del todo equivocada, y ambos lo sabían.

—¿Por qué necesitas venir tú? —preguntó—. Si el argumento es que Megan debe ir a Londres, entonces Megan puede ir a Londres. Puedo gestionar su seguridad.

—¿Puedes? —Dorothea inclinó la cabeza—. Piensa con cuidado, Oliver. Te moverás por la ciudad, visitando a hombres en sus despachos, reuniéndote con abogados, llevando a cabo asuntos que requieren que seas visto y tomado en serio y que mantengas toda la gravedad de tu título y tu propósito. ¿Cómo se complica eso si también llegas a Londres con una joven de origen desconocido que es la testigo principal en un caso contra un conde en ejercicio?

Abrió la boca.

Ella levantó un dedo.

—Hay gente en esta ciudad —continuó ella— que verá lo que desea ver y sacará las conclusiones que le convengan. Lo sabes. Una joven que viaja con un solo caballero, que se aloja bajo su techo, la historia se escribe sola, y una vez escrita es muy difícil de reescribir, especialmente para la mujer en cuestión —Se recostó en su silla—. Si esa misma joven viaja a Londres en mi compañía, como mi doncella personal, entonces la historia es completamente diferente. Una anciana transportando su servicio doméstico. Nadie mira a una doncella. Nadie piensa dos veces en una doncella, y mientras todos en el condado crean que Megan está tranquilamente instalada en el castillo de Saxton, porque nos aseguraremos de que eso sea lo que crean, en realidad estará sentada en mi casa de Cavendish Square tomando té y muy lejos del alcance de Penharrow.

Oliver la miró fijamente.

—El disfraz de doncella —dijo.

—Es una solución práctica.

—Pasó catorce años haciendo lo que le decían.

—Pasó catorce años sobreviviendo, lo que requirió una gran astucia. Quiere venir conmigo. Sospecho que le molestará mucho

menos un cambio temporal de vestuario que a ti —La mirada de Dorothea era firme—. Podrías considerar preguntarle antes de decidir qué puede y qué no puede soportar.

Se puso de pie, se acercó a la ventana y miró los jardines pálidos por la escarcha porque necesitaba un lugar donde posar la mirada que no fuera la expresión infinitamente perspicaz de su abuela. Tenía razón sobre el disfraz. Odiaba que tuviera razón sobre el disfraz. Había dado vueltas al problema de Londres y Megan sin llegar a una solución que no dejara algún vacío en alguna parte, y su abuela aparentemente lo había resuelto durante el desayuno.

Pero tenerla con ellos sería una distracción en sí misma. Su honor pendía de un hilo. Cada día la deseaba con una pasión que lo hacía dar vueltas en la cama por las noches. Tenerla cerca era una tortura.

—¿Qué otra razón hay? —dijo sin darse la vuelta—. No me lo has contado todo. Nunca me convocas para algo que pudieras manejar a través de un lacayo, y nunca empiezas con el argumento práctico a menos que haya algo debajo que no estés lista para decir.

El silencio detrás de él fue un instante demasiado largo.

—Abuela.

—Hay una razón —dijo Dorothea con cuidado—. Y te diré cuál es cuando llegue el momento. Todavía no.

Oliver se dio la vuelta.

Ella sostuvo su mirada con una compostura que era casi arquitectónica en su solidez. La compostura de una mujer que había guardado sus propias reflexiones durante ochenta y un años y no veía razón para dejar de hacerlo ahora. Pero debajo de ella, en las finas arrugas alrededor de su boca y en la forma en que sus manos se habían quedado quietas en su regazo, había algo más. Algo que parecía casi urgencia.

Conocía esa mirada. La había visto quizás tres veces en su vida, y cada vez había resultado significativa.

—Esto ralentizará todo —dijo, ya no como un argumento, solo los hechos tal como estaban—. El viaje, el calendario. No puedes viajar más de cinco o seis horas seguidas, y los caminos son malos. Necesitaríamos dos noches de viaje, como mínimo. Posiblemente tres.

—Dos —dijo Dorothea—. Soy anciana, no estoy enferma. Hay una diferencia, y me desagrada que la gente confunda ambas cosas.

—Dos noches —repitió—. Eso añade un día a un calendario que ya está...

—Oliver —Su voz era tranquila. No suave. La voz de su abuela rara vez era suave, pero algo en ella lo hizo detenerse—. No te pediría esto si no fuera necesario. Lo sabes.

Lo sabía. Ese era el problema.

Exhaló lentamente, volvió a mirar por la ventana, calculó y recalculó otro momento porque el hábito estaba profundamente arraigado incluso cuando la conclusión ya estaba decidida.

—Bien —dijo—. Salimos pasado mañana. Hablaré con Harold sobre los preparativos, y haremos correr la voz de que Megan está indispuesta y permanecerá en el ala este durante el tiempo que sea necesario. Hará falta alguien que haga creíble eso. Annie, probablemente, parece sensata y no chismeará —Se giró—. Y me dirás de qué se trata esto antes de que lleguemos a Londres. Eso no es negociable.

—Ya veremos —dijo Dorothea, que era lo más parecido a un acuerdo que solía dar.

Oliver la miró un momento más, a esta mujer que había sido la presencia más constante de su infancia, que le había enseñado a jugar al ajedrez, a leer latín y a confiar en su propio juicio, que en ese momento lo miraba con una expresión de satisfacción serena que le resultaba a la vez familiar y profundamente alarmante.

—Se lo diré a Megan —dijo.

—Sé amable al hacerlo —dijo Dorothea—. Salió del desayuno de manera bastante magnífica y preferiría no deshacer el progreso que hicimos esta mañana.

Se detuvo en el umbral.

—Has estado hablando con ella solo una tarde.

—Lo sé. Soy rápida —Cogió sus gafas—. Me gusta, Oliver. Enormemente. Ahora vete.

Le contó a Megan. Ella escuchó con las manos cruzadas en el regazo y el rostro muy compuesto, en la forma en que se componía cuando esperaba ver hacia qué lado caería algo. Cuando él terminó, ella guardó silencio un momento.

—Quiere que vaya como su doncella —dijo Megan.

—Sí.

Otra pausa.

—¿Y crees que es un plan viable?

—Creo que es el plan más viable disponible —Observó su rostro —. ¿Te opones?

—No me opongo —Levantó la mirada—. Te dije en el desayuno que no me sentía segura aquí sin ti. Una anciana excéntrica con opiniones firmes y los guardias de tu tío no son lo mismo que tú, pero es considerablemente mejor que quedarme aquí esperando —Hizo una pausa leve y cuidadosa—. Y me gusta tu abuela.

—Tú también le gustas. Me lo dijo, y eso es algo que casi nunca hace sobre nadie —Oliver sostuvo su mirada—. Lo siento. Por lo de esta mañana. Tenías razón en que no te pregunté. Decidí lo que era mejor y te lo dije en su lugar. Es un hábito que aparentemente todavía estoy aprendiendo a romper.

Algo en su expresión cambió, no exactamente una sonrisa, pero cercano a una.

—Aparentemente.

—Estoy trabajando en ello.

—Puedo verlo —Se puso de pie, alisando sus manos contra la falda color herrumbre—. Dos noches de viaje. Necesitaré un vestido de doncella. Annie podría saber dónde encontrar uno.

—Annie —aceptó Oliver, ya recorriendo la logística—, y necesitaremos una historia sobre qué habitaciones ocupa Megan en el ala este, y alguien que lleve bandejas allí de manera convincente durante el tiempo que dure —Todavía estaba hablando cuando abrió la puerta y se encontró, al otro lado, con su tío.

El duque de Saxton no era un hombre que merodeara, y sin embargo ahí estaba, en el pasillo, con la expresión particular de una persona que ha estado quieta durante algún tiempo y finge activamente lo contrario.

Oliver lo miró.

—Pasaba por aquí —dijo el duque.

—Nunca pasas por este pasillo. Tus habitaciones están en el ala oeste.

—Pasaba por aquí —repitió el duque con gran dignidad—. No pude evitar oír...

—La puerta estaba cerrada.

—Mi madre —dijo el duque, con el aire resignado de un hombre que invoca una fuerza de la naturaleza—, tiene una voz que se oye a distancia —Se irguió a toda su altura, que era la altura de Oliver, que era considerable—. Londres.

—Sí.

—Tu abuela tiene intención de ir a Londres.

—Así es.

El duque guardó silencio un momento. Algo se movió en su expresión, no la evaluación calculadora que desplegaba en el estudio, sino algo más viejo y menos controlado. Pareció, solo por un instante, como un hombre resolviendo una aritmética privada que no tenía nada que ver con la posición política de la familia.

—Entonces yo también voy —dijo.

Oliver lo miró fijamente.

—Tío...

—Necesitarás un peso en estas conversaciones que un marqués por sí solo quizá no pueda aportar —La voz del duque había recuperado toda su autoridad formal—. Un duque pesa más —Una pausa, casi imperceptible—. Y si mi madre se sube a un carruaje rumbo a Londres a su edad, en pleno invierno, sin decirle a nadie por qué, entonces alguien con sentido común necesita estar presente.

Oliver abrió la boca. La cerró. Miró al techo.

—Los carruajes estarán abarrotados —dijo.

—Llevaremos dos.

—Los caminos son terribles.

—Iremos despacio.

—Necesitaremos tres noches de viaje como mínimo. Posiblemente cuatro.

—Entonces salimos mañana —dijo el duque, con el aire de un hombre que resuelve el problema—, y deja de discutirlo.

Oliver miró a Megan. Megan miró a Oliver, y en su expresión había algo que tuvo la gracia de no decir en voz alta, pero que era perfectamente legible, sin embargo.

Se giró hacia su tío.

—Bien —dijo—. Mañana a las siete de la mañana. Y tú te encargas de tu propio carruaje y equipaje. Será mejor que me ponga a hacer los arreglos. ¿Te das cuenta de que los hombres de Penharrow podrían atacar el castillo sin ti aquí?

—Que vengan. Nadie ha atravesado jamás la fortaleza en nuestra historia. Me aseguraré de que el personal conozca los riesgos y no se aventure más allá de la puerta del castillo.

—Espero que sepas lo que estás haciendo.

El duque pareció brevemente ofendido. Luego asintió una vez, al modo en que un soberano que concede términos, y se alejó por donde aparentemente había venido.

Oliver se quedó en el umbral y miró el pasillo vacío durante un momento.

—En algún momento —dijo Megan, desde detrás de él—, esto va a ser gracioso.

—¿Cuándo?

—Te avisaré.

CAPÍTULO CATORCE

Esperó hasta que el castillo estuvo completamente, profundamente en silencio.

No el silencio superficial de una casa donde la gente se había retirado a sus habitaciones, sino el silencio real, ese que se instala en la piedra antigua después de la medianoche, cuando los fuegos se han reducido a brasas y el último paso en la última escalera se ha desvanecido hace tiempo. Se sentó en el borde de su cama con la bata prestada y contó sus propios latidos y se dijo a sí misma, dos veces, que no haría esto.

Luego se levantó y fue, de todas formas.

La habitación de Oliver estaba a dos pasillos de la suya; lo había notado sin querer, en la forma en que había pasado catorce años registrando salidas y distancias y la posición de cada persona que tenía poder sobre ella. Viejo hábito. Se movió en la oscuridad sin vela porque la luz de la luna a través de los altos ventanales era suficiente, y porque no quería una vela. Una vela significaba intención. Una vela significaba que no podría decirse a sí misma, si perdía el valor en el pasillo y se daba la vuelta, que solo había estado inquieta.

No se daría la vuelta.

Llamó dos veces, en voz baja.

La pausa al otro lado fue breve. Luego la puerta se abrió, y Oliver estaba allí en camisa y calzones, con los pies descalzos, el cabello desordenado como nunca lo estaba durante las horas de luz, y la luz de la vela desde el interior de la habitación caía sobre él de una manera que hacía muy difícil recordar ninguna de las cosas cuidadosas que había planeado decir.

Él la miró. Su expresión pasó por sorpresa, luego una evaluación rápida y controlada, y luego algo más silencioso y más cuidadoso que se instaló en sus ojos y se quedó allí.

—Megan —Su voz era baja, firme. No hostil. No era nada que ella pudiera categorizar fácilmente—. ¿Ocurre algo?

—No —Sostuvo su mirada—. ¿Puedo pasar?

Otra pausa. Más corta esta vez. Se apartó de la puerta.

La habitación estaba más cálida que el pasillo, el fuego todavía lo suficientemente vivo como para arrojar una luz baja y ámbar sobre las tablas del suelo y la evidencia arrugada de un hombre que había estado despierto, acostado, en lugar de dormido. Sus botas estaban junto a la silla. Un libro abierto boca abajo sobre la mesilla. Lo notó todo y luego volvió a mirarlo a él, porque mirar la habitación era evasión, y no había recorrido dos pasillos oscuros para practicar la evasión.

—Quiero preguntarte algo —dijo—. Y me gustaría que escucharas todo antes de responder.

Oliver se apoyó contra la pared junto a la puerta, con los brazos cruzados, mirándola con esa cualidad particular de atención que prestaba a las cosas que se tomaba en serio.

—Está bien.

Había ensayado esto. Se había sentado en el borde de su cama durante casi una hora ensayándolo, moviendo las palabras, descartando las que eran demasiado desnudas y las que eran demasiado compuestas y las que sonaban como algo que había construido para protegerse. A lo que había llegado al final era simplemente la verdad, sin barniz, porque cualquier otra cosa le parecía un insulto para ambos.

—Salimos mañana —dijo—. Y todo lo que pase después de eso, Londres, los abogados, la investigación, no sé cómo será nada de

eso. No sé cuánto tiempo llevará. No sé dónde estoy yo en todo eso, en qué me convierto, adónde voy cuando termine—Mantuvo la voz firme—. He aprendido, estas últimas semanas, a no asumir que lo que quiero seguirá estando disponible para mí en algún momento futuro cuando las cosas estén más resueltas. Las cosas nunca están resueltas. Solo existe el ahora, o no existe nada.

Oliver no dijo nada. Estaba muy quieto.

—Quiero quedarme contigo esta noche —dijo Megan—. Quiero... —Se detuvo. Comenzó de nuevo—. No estoy aquí por gratitud. Quiero que lo sepas claramente, antes que nada, porque sé que eso es lo que te preguntarías. No estoy aquí porque me salvaste y siento que te debo algo. Estoy aquí porque por primera vez en mi vida adulta quiero algo para mí, libremente, sin ningún cálculo de lo que cuesta o a quién sirve o si seré castigada por ello después —Lo miró con firmeza—. Te quiero a ti. Eso es todo. Y quería que supieras que yo elegí esto. Que te estoy eligiendo a ti, Oliver. Que esto es mío para dar.

El silencio que siguió fue muy pleno.

Oliver descruzó los brazos. No se movió hacia ella, todavía no, pero algo en la arquitectura cuidadosa de su postura cambió, se abrió, de una manera que no había visto en él antes.

—No tienes que... —comenzó.

—Sé que no tengo que hacerlo. Dije que estoy eligiendo hacerlo. Son cosas diferentes y entiendes la diferencia o no estaría aquí de pie.

El borde de su boca se movió. No exactamente una sonrisa. Algo más serio que una sonrisa.

—Voy a preguntarte algo —dijo en voz baja—. Y quiero que respondas con honestidad, porque hasta ahora hemos logrado ser honestos el uno con el otro, y no quiero perder eso ahora, de todos los momentos.

—Pregunta.

—¿Temes que te rechace?

Abrió la boca. La cerró. Y porque acababa de decir que había venido por honestidad, respondió:

—Sí.

—¿Por qué?

La palabra cayó como siempre lo hacía cuando él la usaba, simplemente, sin presión, con esa atención completa que hacía que la evasión pareciera no solo inútil, sino de algún modo irrelevante para la persona que ella quería ser.

—Porque no soy... —Se detuvo. Comenzó de nuevo, más despacio—. Penharrow me usó. Durante años. Y sé que lo que pasó en esa casa no fue mi culpa ni mi elección ni un reflejo de mi valor. Lo sé, aquí —Se tocó la sien—. Pero el resto de mí sabe algo diferente, algunas noches. Me parecía posible que pudieras mirarme y ver... —Levantó la barbilla—. Mercancía usada. No hay forma más elegante de decirlo que esa.

Oliver se movió.

Cruzó la habitación hacia ella en tres zancadas, y se detuvo lo suficientemente cerca como para que ella pudiera sentir su calor, pudiera ver la expresión exacta en sus ojos, que no era lástima ni actuación ni la particular gentileza calculada de un hombre manejando algo frágil.

Era hambre. Limpia y directa y apenas contenida, y el esfuerzo de contenerla era visible en la tensión de su mandíbula y en la rigidez de sus manos, que no la habían tocado.

—Escúchame —dijo, en voz baja y completamente serio—. Te deseo más que mi próximo aliento. Te he deseado desde que estabas en una casa de campo con ventanas enrejadas y me miraste como si me fueras a arrancar la garganta si yo fuera otro de sus hombres. Te deseo de formas sobre las que he pasado las últimas dos semanas construyendo argumentos muy elaborados conmigo mismo, porque ya habías pasado por suficiente sin que yo añadiera más —Sostuvo su mirada sin titubear en absoluto—. No hay nada en mí que vea lo que acabas de describir. No hay ninguna versión tuya, ningún historial tuyo, nada de lo que te hicieron que cambie lo que veo cuando te miro. ¿Entiendes eso?

—Sí —dijo ella. Su voz era ligeramente menos firme de lo que le habría gustado.

—Bien —Todavía no la había tocado—. Tengo una pregunta más para ti, y luego habré terminado de hacer preguntas.

Ella asintió.

—¿Es esto lo que quieres? No lo que crees que deberías querer, no lo que sugiere la gratitud, no lo que el hecho de que nos vayamos mañana te hace sentir que lamentarías perderte. Lo que realmente quieres.

Ella alzó la mano y la puso contra su mandíbula. Sintió la leve aspereza, el calor de su piel, la forma en que su respiración cambió ligeramente al contacto.

—Sí —dijo—. Oliver. Sí.

Él la besó.

No como besa un hombre a una mujer de la que no está seguro, cauteloso y contenido y esperando ser detenido. No hubo nada de vacilación. La besó como un hombre que había estado esperando con gran disciplina el permiso para hacer exactamente eso y que había tenido la intención de hacerlo como correspondía en el momento en que se le concedió. Una mano subió para acariciarle el rostro, la otra encontró la parte baja de su espalda y la atrajo hacia él, y Megan olvidó, breve y completamente, cada cosa compuesta que se había dicho a sí misma sobre manejar esto con sensatez.

Ella le devolvió el beso.

Ella lo besó con todo lo que había contenido cuidadosamente en pasillos pulidos, vestidos prestados y comedores formales durante el día anterior, todo lo que había contenido durante mucho más tiempo que eso, a través de ríos helados y pasos de montaña y noches en chozas de pastores cuando lo había escuchado respirar en la oscuridad y se había dicho firmemente que desear no era lo mismo que tener y que algunas cosas no estaban a su alcance.

Él estaba a su alcance.

Él la besaba con una mano en su cabello y la frente apoyada contra la de ella cuando finalmente se separaron, ambos respirando de manera irregular, y ella sintió que él la miraba de esa manera particular que tenía, catalogando, evaluando, asegurándose.

—¿Sigue todo bien? —dijo él.

—Sigue todo bien —logró decir ella—. No te detengas.

Él no se detuvo.

Era gentil de una manera que no tenía nada que ver con la fragilidad. Ella entendía la diferencia, había sido tratada con la falsa gentileza de un hombre que maneja las cosas frágiles con cuidado porque eran suyas para romper, y esto no se parecía en nada a eso. Oliver era gentil en la forma en que hacía todo, con total atención, con inteligencia, con una calidad de cuidado que era completamente sobre ella y en absoluto sobre él mismo. Notaba cosas. Ella no había esperado que notara tanto. El leve corte de su respiración cuando sus manos se movían hacia sus hombros, la forma en que se quedaba quieta un momento cuando la bata se deslizaba, la diferencia entre estar quieta y tener miedo, porque él rastreaba esas cosas y se ajustaba a ellas sin hacerla sentir rastreada o ajustada.

—Puedes decírmelo —dijo él, contra su cabello—. Si algo...

—Lo sé —dijo ella—. Sé que puedo.

Y lo extraordinario era que ella lo sabía. Lo sabía de la misma manera en que ya sabía todo sobre Oliver. No porque él dijera las palabras correctas, sino porque sus acciones y sus palabras coincidían, cada vez, sin excepción. Decía lo que pensaba. Hacía lo que decía que haría. En una vida que le había enseñado a esperar lo contrario, esa coherencia era lo más íntimo que había encontrado, más íntimo que cualquier cosa que estuviera sucediendo en esa habitación, aunque lo que estaba sucediendo en esa habitación también era bastante extraordinario.

Rio, una vez, inesperadamente, mirando al techo.

Oliver levantó la cabeza.

—¿Qué?

—Nada. Solo que pensé... —Se detuvo, y luego lo dijo de todos modos, porque por qué no, porque estaba en la cama de Oliver Sommerset a medianoche por su propia libre elección y el mundo no se había acabado—. Pensé que sabía lo que era esto. Pensé que entendía todo porque no había tenido más remedio que entenderlo, y descubro que no sé nada en absoluto.

Él la miró a la tenue luz del fuego, y su expresión era algo para lo que ella no tenía nombre. Tierno era la palabra que se ofrecía, y ella la sopesó, porque tierno era algo que no había aplicado a nadie en mucho tiempo.

—Bien —dijo él, en voz baja—. Así debe ser.

Ella lo atrajo hacia abajo, porque había terminado de hablar.

Oliver besó su camino por el cuello de ella. Sus pezones se endurecieron, y mientras ella se arqueaba hacia atrás, su lengua jugó sobre ellos. Lamió y chupó su piel, su exquisita boca deslizándose a lo largo de su cuerpo.

—Eres la mujer más hermosa que he conocido —murmuró.

Luego mordió, chupando con fuerza su seno justo encima del pezón izquierdo. La estaba marcando al mismo tiempo que se despedía. Ella sabía que esto era una despedida porque él no le había prometido nada. No podía.

Le estaba marcando el corazón. Haciéndolo doler para siempre.

—Tienes demasiada ropa puesta —fueron las únicas palabras que pudo articular.

Esta vez fue él quien la ayudó mientras ella forcejeaba para quitarle la camisa.

Finalmente, tocó piel, se deslizó sobre músculos tersos. Sombras de llamas parpadeantes se deslizaban sobre los contornos elegantes de su piel como si ellas también disfrutaran de su forma. El acero cordado de su pecho, la fuerza dura de sus brazos fibrosos, los músculos ondulantes de su abdomen la excitaban aún más. Memorizó cada centímetro de él.

Él la miró a los ojos, los suyos oscuros y tormentosos de pasión. Ardían mientras ella extendía la mano y desabrochaba la bragueta de sus calzones. Brillaron cuando ella tomó la rígida longitud de su erección y lo acarició.

Él palpitó en su mano mientras le permitía jugar, incitar y adorar. Ella se inclinó, lo besó profundamente, chupando su lengua, un anticipo de lo que pronto haría con la dura longitud que acariciaba en su mano.

Ni una sola vez cerró los ojos mientras ella le daba placer.

Pronto olvidó que él la observaba, cautivada por su gracia masculina. El poder sólido de su dureza, tan gruesa en su agarre, le decía que estaba más que listo.

Se soltó de su abrazo y, de pie, desnuda frente al fuego, el calor en su vientre no provenía de las llamas, sino de la mirada anhelante

en los ojos de su amante, su necesidad, su deseo.

Esto era mágico. Lo empujó hacia la silla junto al fuego.

Manteniendo su mirada ardiente, se arrodilló y dejó que sus dedos caminaran por sus muslos. Los músculos se contrajeron bajo su tacto. Cuando su dedo recorrió su erección, los músculos ondulantes de su abdomen se tensaron. Se inclinó más y sopló sobre la punta de su erección mientras su mano envolvía su longitud endurecida.

Una gota de humedad apareció en la punta, y ella pasó su lengua por la cabeza de su pene, saboreándolo, emocionada mientras él respondía a su tacto.

Un gemido escapó de su garganta y se profundizó hasta convertirse en un rugido en su pecho mientras ella lo tomaba completamente en su boca. Alternaba entre suave y duro, primero lamiendo y luego chupando. Dando placer. Alimentando su propio deseo hasta perderse en el placer y la respuesta.

Finalmente, él la detuvo con un gemido y la reunió de nuevo en su regazo.

—Te deseo.

Ella rozó su mejilla con hambre contra la de él.

—Yo también te deseo.

Él la levantó y, con sus poderosas manos en su cintura, la bajó sobre su miembro palpitante. Ella cerró los ojos, regodeándose en la sensación de plenitud mientras lo recibía en su cuerpo. Mientras él la llenaba hasta el fondo.

Sin aliento, retorciéndose, Megan pasó sus uñas por la pared esculpida de su pecho, exultando con la flexión de sus músculos mientras comenzaba a cabalgarlo.

Agarró su nuca, tomó su lengua en su boca. Unidos en una necesidad voraz, estaba desesperada por llegar al clímax. Y sin embargo, esta sería la única vez que harían el amor. Quería saborear la alegría, la alegría de tenerlo enterrado profundamente dentro de ella.

Sus dedos cálidos acariciaron su seno, lo amasaron, pellizcaron su pezón.

Rompiendo el beso, ella se recostó, dándole espacio para que jugara y saboreara a su antojo, usando el momento desprevenido para observarlo desde debajo de sus párpados entrecerrados.

Su rostro estaba tenso y concentrado mientras luchaba por retrasar su liberación hasta que ella encontrara la suya. Pero ella no estaba lista. Quería que esto durara toda la noche.

Sus muslos se aferraron a él mientras tomaba el control y comenzaba a disminuir el ritmo. Él intentó incitarla levantándola, pero ella no lo permitió. En cambio, usó sus hombros para empujarse hacia arriba y una vez más observar su rostro. Sus ojos se habían oscurecido hasta el color de la tinta. Con un gemido gutural, tomó el otro pezón en su boca y mordió sin demasiada suavidad.

El dolor mezclado con el placer erosionó su control y ella se sacudió y retorció como si montara un caballo encabritado. Sus gemidos de necesidad se mezclaron con sus jadeos rasposos y el sonido se convirtió en una sinfonía sensual, y el placer era casi insoportable.

Tuvo que cerrar los ojos. Tenía que...

—Oh, Dios. Oh, Oliver, no puedo creer que sea tan bueno...

Entonces voló, tocando el cielo, su cuerpo tembloroso bajo ola tras ola de placer que embotaba la mente, la Pequeña Muerte.

Estaba tan atrapada en el momento exquisito que apenas registró el rugido de Oliver al liberarse, ni que él la sujetaba con fuerza sobre su regazo mientras se elevaba una y otra vez, derramando su semilla en lo profundo de ella.

Estaba sentada a horcajadas sobre él, contenta en sus brazos, cuando de repente él se levantó y caminó hacia la cama. La recostó con ternura, de pie sobre ella, mirando su cuerpo desnudo.

—Eres tan hermosa. Esta vez me tomaré mi tiempo y te mostraré un placer que nunca has experimentado.

Tenía razón. Ella nunca había experimentado placer con Penharrow. Esta noche era una revelación.

E hizo exactamente lo que había prometido. Como ella sabía que haría.

Después, ella yacía con la cabeza contra su hombro y observaba cómo el fuego se consumía hasta convertirse en brasas, pensando en todas las cosas que no diría.

No le diría que estaba enamorada de él. Lo sabía desde hacía tiempo, lo sabía con la claridad particular de una persona que ha estado en proceso de enamorarse y de repente identifica el momento exacto en que dejó el suelo, y no lo diría. No porque no fuera cierto, sino porque lo era, por completo, y el mundo no se había reordenado para acomodar esa verdad.

Él era el Marqués de Astor, heredero de un ducado. Ella era una mujer sin familia, sin un nombre que nadie reconociera, sin una historia que pudiera presentarse en un salón sin causar escándalo. Él necesitaba una esposa que pudiera estar a su lado en todas las salas donde ella no podía entrar. Ella necesitaba... todavía estaba descubriendo lo que necesitaba, lo cual era su propio tipo de lujo, el lujo de ser quien podía decidir.

Tenían esta noche.

Elegía encontrar eso suficiente, lo cual no era lo mismo a que lo fuera, pero era el mejor enfoque disponible.

—Estás pensando —dijo Oliver.

—A menudo pienso. Es una de mis cualidades más persistentes.

—Piensas de una manera particular cuando decides no decirme algo. Tu respiración cambia.

Ella levantó la cabeza y lo miró.

—Mi respiración.

—La ralentizas. Deliberadamente. Es casi imperceptible. —Él la miró de nuevo, completamente sin vergüenza por ese dato—. ¿Qué es?

—Nada que vaya a contarte esta noche. —Mantuvo su mirada—. No insistas en eso.

Él guardó silencio un momento. Ella lo observó decidir, de la misma manera en que siempre lo observaba decidir cosas, la breve consulta interna, la ponderación, la llegada a la elección que le costaba algo a cambio de darle a ella lo que necesitaba.

—De acuerdo —dijo él.

Ella se recostó de nuevo contra su hombro.

—Oliver —dijo ella a la luz del fuego.

—Mmm.

—Cuando esto termine, los abogados, la investigación, todo eso. ¿Qué será de mí?

Él guardó silencio durante tanto tiempo que ella pensó que podría hacer lo que había esperado a medias: ofrecerle algo cuidadoso, práctico y manejable. Una suma de dinero, una cabaña en algún lugar, la infraestructura educada de un hombre que cumple una obligación con honor. Se había preparado para esa respuesta. Se había estado preparando desde Gales.

—Todavía no lo sé —dijo él en cambio—. Pero no será nada. No será nada, Megan.

Ella cerró los ojos.

No era una declaración. No era una promesa de nada que pudiera sostener entre sus manos. Era un hombre lo suficientemente honesto como para no ofrecerle más de lo que estaba seguro, y era suficiente. Era más que suficiente, porque ella sabía lo que le costaba no hacer una promesa mayor. Podía sentir la contención en él, de la misma manera que lo había sentido contenerse a lo largo de todo su viaje, y la contención misma le decía algo.

—De acuerdo —dijo ella.

El fuego respiró y se asentó. La luz de la luna se movió por el suelo con su lento y despreocupado paso. En algún lugar del castillo algo crujió, la piedra antigua haciendo sus ajustes al frío, como lo había estado haciendo durante trescientos años.

Todavía estaba despierta cuando su respiración finalmente se profundizó y se estabilizó en sueño. Yació quieta junto a él en la oscuridad, este hombre que la había sacado de los escombros de su vida sin promesa de recompensa, que le había dicho la verdad incluso cuando la verdad era difícil, que había cruzado una habitación esta noche y la había mirado con hambre y honestidad en igual medida y la había hecho sentir como una persona que elige en lugar de una persona que sobrevive.

Sea lo que sea lo que suceda después, llevaría esto consigo. Sea lo que sea en lo que se convirtiera Londres, sea lo que digan los

abogados, sea la forma que finalmente tome su vida cuando todo esto quede atrás.

Se llevaría esta noche.

Presionó sus dedos contra el pecho de él para poder sentir los latidos de su corazón, y se quedó allí hasta que tuvo que regresar a su habitación.

Se puso la bata y dio un último vistazo a este hombre magnífico y pensó lo afortunada que era de compartir esta pequeña parte de sí misma con él.

CAPÍTULO QUINCE

El viaje sin incidentes a Londres había durado tres días, menos de lo que Oliver había esperado. Webb estaba bien curado; parecía que las atenciones de Megan en su hombro habían sido excelentes y el principal problema de Webb había sido el hambre. Ahora estaba bien alimentado y limpio, y su hombro casi había vuelto a la normalidad.

El ardid de que Megan seguía en el castillo funcionaba. Esta mañana comenzaría su misión para acabar con Penharrow.

El salón de la mañana en Saxton House recibía el sol invernal mejor que cualquier habitación que Oliver hubiera encontrado en una casa de campo londinense, lo que siempre había sospechado que era completamente deliberado. Su abuela había elegido sus aposentos en consecuencia cuando venía a quedarse, apoderándose de la habitación orientada al sur con sus altas ventanas y papel pintado de seda color crema con la facilidad de una mujer que había estado tomando esas decisiones durante sesenta años y nunca se había disculpado por ninguna de ellas.

Las encontró allí cuando bajó a las diez y media.

Megan estaba sentada junto a la silla de su abuela, con la espalda recta, un trozo de lana en las manos que parecía estar desenredando con la paciencia concentrada de alguien que nunca en su vida había recibido una tarea que alguien creyera que podría

fracasar. Su abuela la observaba con una expresión que Oliver reconocía y que temía ligeramente: atención aguda, satisfacción apenas contenida, el brillo particular de una mujer que había encontrado algo interesante.

—Ah —dijo su abuela—. Aquí estás. Justo estábamos hablando de ti.

Megan levantó la vista y algo cruzó su rostro que no era exactamente una sonrisa. Había desarrollado, en los dos días desde su llegada a Londres, un talento para las expresiones que eran completamente correctas y al mismo tiempo decían otra cosa por completo. Esta, si Oliver la leía bien, decía que *no iba a sobrevivir mucho más sin refuerzos.*

—Abuela —dijo él, porque había que empezar por algún lado—. Veo que has puesto a Megan a trabajar.

—No he hecho nada de eso. Ella se ofreció. —Su abuela hizo un gesto desdeñoso con la mano—. Tiene unas manos excelentes para ello, cosa que no puedo decir de la muchacha que Hastings suele enviarme. Esa enreda todo peor de lo que lo encuentra. Siéntate, Oliver. Estás tapando la luz.

Se sentó, porque no tenía sentido discutir con una mujer que había estado superando en maniobras a los miembros varones de su familia desde antes de que su padre naciera. Megan le entregó la lana desenredada a su abuela sin que se lo pidieran, habiendo aparentemente aprendido ya el ritmo particular de sus expectativas, y su abuela la aceptó con un pequeño asentimiento de aprobación.

—Le estaba contando a Megan —continuó su abuela, haciendo clic con su aguja con la soltura practicada de un largo hábito—, sobre el verano en que tenías doce años y convenciste a James para que te ayudara a atrapar lo que estabas seguro era un lucio en el lago de Saxton.

Oliver cerró los ojos brevemente.

—No hace falta que cuentes eso.

—El lucio era, por supuesto, un trozo de madera a la deriva muy grande. —Los ojos de su abuela brillaban—. Pasaron la mayor parte de una tarde en un bote de remos intentando subirlo a bordo. Se le dijo a la cocinera que lo preparara para la cena.

—La cocinera sabía perfectamente que era madera —dijo Oliver.

—La cocinera no lo dijo, porque la cocinera tiene sentido común como para negarle su dignidad a un niño de doce años. —Su abuela miró a Megan—. Llegó a cenar con las mangas aún húmedas y anunció que lo había devuelto al agua porque era demasiado pequeño. James, para su eterno crédito, mantuvo la ficción sin inmutarse. Siempre he pensado que ese momento decía mucho sobre el carácter de James.

—Lo extraño. Siempre lo extrañaré.

Megan se mordía el labio. Era algo que hacía, Oliver lo había notado, cuando se esforzaba mucho por no sonreír de una manera que pudiera considerarse impertinente. No podía decidir si era entrañable o silenciosamente devastador. Había decidido, en algún momento de las últimas cuarenta y ocho horas, que no tomaría más decisiones sobre ese tema en particular hasta después de haber tratado con Penharrow.

—Era un trozo de madera grande —dijo, con dignidad—. Se comportaba de manera muy convincente.

Esto no ayudó. La compostura de Megan se resquebrajó, breve y bellamente, y se llevó los dedos a la boca, y su abuela observó el intercambio con la expresión de alguien que acababa de confirmar una premisa que había estado probando desde el día anterior.

Oliver se levantó.

—Tengo una cita con Carmichael —dijo—. Esta mañana. Debería irme.

—No tienes cita hasta el mediodía —dijo su abuela plácidamente, sin levantar la vista de su bordado—. Hastings me enseñó tu agenda.

—Tengo cosas que hacer antes del mediodía. Webb y yo tenemos asuntos que atender. —Inclinó la cabeza, ligeramente más rígido de lo que pretendía—. Abuela. Megan.

—El lucio era un excelente lucio —dijo Megan, con la voz perfectamente compuesta excepto en la forma en que no lo estaba.

Se fue antes de que ninguna de las dos pudiera decir nada más.

El paseo hasta las oficinas de Carmichael en Gray's Inn duró bastante más de lo que debería haber durado, porque Oliver fue caminando directamente en lugar de tomar el carruaje, y aprovechó el tiempo para pensar.

Megan había sonreído. No había sido una de las expresiones cuidadosas y medidas que solía emplear, las que comunicaban lo que quería sin revelar nada, sino una sonrisa real, involuntaria y completamente desprevenida, del tipo que comienza detrás de los ojos y llega al rostro antes de que la persona que la lleva haya decidido si está permitida. La había visto durante aproximadamente cuatro segundos antes de que Megan se contuviera.

Se le ocurrió que no tenía idea de con qué frecuencia Megan había tenido la oportunidad de reír en los últimos catorce años. Sospechaba que la respuesta era muy raramente y solo cuando estaba autorizado, y el pensamiento se le asentó en el pecho como un carbón, pequeño y ardiente.

Llegó a Gray's Inn en un estado de ánimo que no habría descrito a nadie que preguntara.

La oficina de Carmichael olía a humo de carbón y papel viejo en proporciones más o menos iguales, un olor que no había cambiado desde que Oliver había acudido allí por primera vez como joven para revisar los términos de su mayoría de edad. El propio abogado había cambiado considerablemente menos que la habitación. Era un hombre compacto y meticuloso, de unos cincuenta y tantos años, con un modo preciso y la capacidad de transmitir información catastrófica en exactamente el mismo tono que usaba para hablar del tiempo. Oliver siempre había encontrado esta cualidad tanto útil como profundamente inquietante.

—Mi señor. —Carmichael se levantó, señaló la silla, esperó hasta que Oliver se hubo acomodado antes de volver a ocupar su asiento. Tenía una carpeta abierta ante él sobre el escritorio, y la forma en que la miró antes de mirarlo le dijo a Oliver la mayor parte de lo que necesitaba saber antes de que se pronunciara una palabra—. Me

alegro de que haya venido directamente. He estado esperando poder contactarlo.

—¿Qué ha pasado?

Carmichael abrió la carpeta y la giró, deslizándola sobre el escritorio. Oliver miró el documento sin tomarlo. La marca del abogado de Penharrow estaba en la parte superior. El lenguaje era denso y formal, pero la forma era legible en segundos.

Lo leyó dos veces.

—Ha presentado documentos de tutela —dijo.

—Presentados y, desde hace tres días, presentados formalmente ante el tribunal correspondiente. —La voz de Carmichael era uniforme—. La petición afirma que la joven conocida como Megan, no da apellido, señala que no hay ninguno establecido, es hija de un tal Thomas Bryce, anteriormente hombre de negocios de Penharrow. Bryce falleció en la primavera del año pasado.

—Según la petición, Bryce confió su hija al cuidado de Lord Penharrow antes de morir, sin familiares supervivientes que pudieran acogerla. El documento describe el acuerdo como uno de protección caritativa. —Una pausa—. Esa es su palabra. Caritativa.

Oliver levantó la vista.

—La cronología —dijo.

—La cronología —coincidió Carmichael—, no se sostiene bajo escrutinio. Si Bryce murió en la primavera del año pasado, su hija solo habría estado al cuidado de Penharrow durante aproximadamente dieciocho meses. Si ella es, como me describió en su carta, de aproximadamente veintiún años, y fue tomada siendo una niña de siete, entonces esto es fraudulento. —Juntó las manos sobre el escritorio—. Nada cuadra. Si Bryce murió la primavera pasada, entonces Megan solo habría sido colocada con Penharrow la primavera pasada. No hace catorce años.

—Exactamente.

—La dificultad —dijo Carmichael con cuidado— es que no puedo probar la discrepancia sin evidencia. La documentación de Penharrow es —hizo una pausa de una manera que sugería que estaba eligiendo sus palabras con gran precisión— exhaustiva. Un certificado de defunción de Thomas Bryce. Una carta,

aparentemente de la mano de Bryce, expresando sus deseos con respecto al bienestar de su hija. Un registro de las cuentas del hogar de Penharrow que muestra gastos en una pupila desde la época en cuestión.

—Del año pasado.

—Del año pasado. Sí. —Carmichael sostuvo su mirada—. Los registros comienzan desde cuando necesitarían comenzar para que la historia sea coherente. No desde hace catorce años, porque la historia no requiere que se remonten tan atrás. Una pupila acogida por caridad hace año y medio. Bastante corriente. Bastante legal.

Oliver guardó silencio un momento.

Sabía, intelectualmente, que Penharrow no permitiría simplemente que Megan desapareciera. Un hombre de su posición no mantenía a una prisionera durante catorce años y luego la veía marcharse sin intentar reclamarla por cualquier medio disponible. Pero había una parte de él, una parte que Oliver no examinaría demasiado de cerca ahora, que había asumido que la complejidad legal caería de su lado de la ecuación. Que el simple hecho de lo que se le había hecho a Megan sería suficiente para afianzar su posición.

Ahora no había elección. Megan tendría que contar su historia. Públicamente. En detalle. Ante hombres que sopesarían su palabra contra los documentos de Penharrow, un par del reino, y la encontrarían...

—¿Qué tribunal? —preguntó.

—Tribunal de Cancillería. La petición se presentó por motivos de preocupación por el bienestar de la pupila, que ha sido separada de la protección de su tutor. Los casos de tutela de esta naturaleza suelen resolverse en cuestión de semanas. Está reclamando que usted la secuestró.

—Semanas.

—De tres a seis, según el calendario del tribunal. —La voz de Carmichael no había cambiado. Nunca cambiaba—. Mi señor, quiero ser directo con usted. La petición es, en apariencia, legítima. El tribunal examinará los documentos y parecerán estar en orden. A menos que pueda presentar evidencia que contradiga el relato de Penharrow, evidencia de naturaleza documental, no simplemente el

testimonio de una joven, entonces es probable que el tribunal falle a su favor y ordene la devolución de su pupila.

—¿El testimonio de Megan no es evidencia?

Carmichael guardó silencio un momento. No el silencio de un hombre que no tiene respuesta, sino el silencio de un hombre que decide cuán honesto ser.

—Una mujer sin nombre establecido, sin familia, sin posición, cuyo historial anterior a la custodia de Penharrow no puede documentar —dijo finalmente—, contra un par del reino con una carta firmada por un hombre muerto y un libro de cuentas domésticas. En Cancillería. —Miró a Oliver con firmeza—. Su testimonio sería escuchado. No quiero engañarle sobre si sería creído.

Oliver se levantó.

Lo hizo porque permanecer sentado ya no era algo que su cuerpo estuviera dispuesto a hacer. Se movió hacia la ventana y se quedó allí mirando la gris calle londinense, los carruajes y el barro y la tenue luz invernal, y puso las manos detrás de la espalda porque querían ser puños.

Penharrow había pensado en todo. Por supuesto que sí. Un hombre que había mantenido a una mujer prisionera durante catorce años y lo había hecho parecer nada había pensado en todo. Habría tenido estos documentos preparados en el momento en que se dio cuenta de que Megan se había ido. Quizás antes. Quizás había tenido la contingencia lista durante años, para la ocasión teórica en que alguien finalmente viniera a buscarla.

—No hay prueba de la hija de Bryce —dijo Oliver, sin apartarse de la ventana—. El verdadero Thomas Bryce, si es que existió un Thomas Bryce, puede que nunca haya tenido una hija. Valdría la pena investigarlo.

—Ya he dado instrucciones a un escribano para que comience las investigaciones —dijo Carmichael con la misma voz precisa—. Llevará tiempo. Los registros parroquiales galeses no se mantienen de manera uniforme, y si Bryce es un apellido lo suficientemente común en el condado correspondiente, la búsqueda será exhaustiva. Buscamos un registro de nacimiento de una hija que exista y entre

en conflicto con la narrativa de Penharrow, o que no exista en absoluto. Cualquiera de las dos nos serviría.

—¿Cuánto tiempo?

—Semanas. Posiblemente meses.

Oliver se giró.

—El tribunal se moverá en tres o seis semanas.

—Sí.

Miró a Carmichael durante un largo momento, y Carmichael le devolvió la mirada con la expresión de un hombre que entendía el problema a la perfección y ya había estado lidiando con él durante tres días.

—Hay algo más —dijo Oliver. No era una pregunta.

—Lo hay. —Carmichael pasó una página de la carpeta—. La petición solicita una orden judicial que impida que la pupila sea sacada de la jurisdicción mientras se escucha el caso. Si se concede, lo cual es probable, dado que ya está demostrablemente ausente del hogar de su tutor, significaría que si los hombres de Penharrow la localizan, tendrían una base legal para detenerla en espera de la resolución del caso.

Las palabras cayeron en la habitación silenciosa como piedras en agua tranquila.

Una base legal para detenerla.

—No está intentando ganar en el tribunal —dijo Oliver—. No necesita ganar en el tribunal. Solo necesita recuperarla.

Carmichael no dijo nada, lo que fue respuesta suficiente.

Oliver recuperó su sombrero de la silla donde lo había dejado. Su mente ya se movía a través de lo que venía después. Las cosas que necesitaba hacer, la gente con la que necesitaba hablar, el problema particular de explicarle a Megan que el hombre que la había poseído durante catorce años había encontrado una manera de alcanzarla a través de la propia ley.

Esa era la conversación a la que no esperaba con ninguna gana.

—Encuentre los registros de Bryce —dijo—. Tan rápido como pueda. Y búsqueme un abogado de Cancillería que le deba un favor a alguien, o que no le agrade Penharrow, o ambas cosas. Tiene que haber alguien.

—Haré las averiguaciones.

—Bien. —Se movió hacia la puerta, luego se detuvo—. Carmichael. La orden judicial. ¿Cuándo se concedería?

—Si él la solicita formalmente. —Carmichael consultó la carpeta —. Esta semana, si actúa rápido. Posiblemente el viernes.

Hoy era martes.

—Entonces tenemos tres días —dijo Oliver, y salió al frío.

DOROTHEA ESTABA sola cuando él llegó a sus habitaciones, lo cual era casi peor. Había querido que Megan no estuviera allí. Había contado con ello durante el viaje en carruaje de regreso, ensayando lo que necesitaba decirle a su abuela antes de decirle nada a Megan, pero el vacío de la silla junto al fuego se le posó en el pecho como una piedra de todos modos.

—Salió a pasear al jardín —dijo Dorothea, sin levantar la vista de su libro—. La terraza sur. Annie está con ella. Está perfectamente bien.

—Sabías que vendría.

—Oí tus botas en las escaleras. —Dejó el libro y lo miró como correspondía, y lo que sea que leyó en su rostro la hizo enderezarse casi imperceptiblemente en su silla. Ese aguzamiento particular de una anciana que había pasado ochenta y un años leyendo los rostros de las personas que amaba y se había vuelto muy buena en saber cuándo importaba—. Siéntate, Oliver. Tienes un aspecto horrible.

Se sentó. No se quitó el abrigo ni los guantes. Apretó el sombrero entre las palmas y miró al fuego y pensó, no por primera vez en la última hora, que iba a vomitar.

—Dime —dijo ella.

Así que lo hizo. Todo. La voz medida de Carmichael, la carpeta abierta sobre el escritorio, el lenguaje de la petición que hacía que catorce años de cautiverio sonaran como un acto de caridad. La orden judicial. Los tres días. Se lo contó en el mismo tono seco y factual que había aprendido a usar en el ejército, porque si se ceñía a los hechos no tenía que sentirlos, y si no los sentía, podía mantener la voz firme y las manos quietas.

Cuando terminó, la habitación quedó en silencio.

Dorothea miró al fuego.

—Protección caritativa —dijo.

—Sí.

—Ese hombre. —Su voz no se alzó. Era muy baja, lo cual era considerablemente más aterrador—. Ese hombre asqueroso y despreciable.

Oliver no dijo nada. Había pensado cosas peores en el viaje de vuelta en carruaje y ninguna de ellas había ayudado.

—La orden judicial —dijo ella—. Para el viernes.

—Si actúa rápido. Carmichael cree que lo hará.

Volvió a quedarse callada, el tipo de silencio pensativo, el tipo en el que entraba cuando estaba haciendo algo con un problema que él no podía seguir. Había pasado su infancia observando esa cualidad particular de silencio y aprendiendo a esperar.

—Ella no puede enterarse —dijo, y luego se detuvo, porque no estaba seguro de que eso fuera lo que realmente quería decir. Lo intentó de nuevo—. Se enterará. Tiene que enterarse. Pero yo no... —Presionó el pulgar contra el ala de su sombrero, con fuerza, hasta que la presión fue algo en lo que podía concentrarse—. Pasó catorce años con ese hombre sujetando cada puerta. Cada elección. Cada momento de su vida en sus manos. Se liberó. Luchó para liberarse y ella...

Se detuvo.

—Y ahora él ha llegado a través de la propia ley —dijo Dorothea en voz baja.

—No necesita ganar. Ese es el punto. Carmichael lo dijo y tiene razón. Penharrow no necesita que el tribunal falle a su favor. Solo necesita la medida cautelar. Solo necesita una base legal para retenerla el tiempo suficiente para llevarla de vuelta a su techo, y después de eso no importará lo que digan los tribunales porque no quedará nada por lo que luchar.

Las palabras quedaron flotando en la habitación. Oliver las sintió en la garganta. Las había pensado docenas de veces en la última hora y no se habían vuelto más fáciles de decir.

—Se lo prometí —dijo—. En Gales. Le dije que estaba a salvo. Le dije que podía confiar en mí. —Exhaló—. Prometí mantenerla a salvo.

—Lo sé.

—No sé cómo decirle que el hombre del que ha estado huyendo durante catorce años ha encontrado un mecanismo a través del sistema legal inglés para arrastrarla de vuelta. No sé cómo lo tomará ni qué hará. Creo que preferirá morir antes que volver. —Se detuvo de nuevo. Miró el fuego—. Intentará huir. Decidirá que tiene que irse, que quedarse aquí pone a todos en riesgo, que la única solución es desaparecer a algún lugar donde él no pueda alcanzarla, y lo hará en silencio y sin contárselo a nadie porque eso es lo que hace cuando está asustada. Se aparta. Lo ha hecho toda su vida.

—Sí —dijo Dorothea—. Lo ha hecho. —Una pausa—. También ha hecho otra cosa toda su vida, que quizás deberías considerar antes de decidir que sabes lo que hará.

Él la miró.

—Ha estado sobreviviendo. —La voz de su abuela era seca y absolutamente segura—. A menudo sin nada. A menudo sola. Quizás deberías darle la información antes de decidir qué hará con ella.

—No estoy... —Se detuvo. Lo estaba, un poco—. No quiero que huya.

—No —dijo Dorothea—. No quieres perderla.

El fuego respiró y se asentó. Oliver no dijo nada, porque no había nada que decir que hiciera esa afirmación menos cierta o menos expuesta.

—De acuerdo—dijo su abuela, y tomó sus gafas de la mesa junto a ella con el aire de una mujer que se prepara para abordar un problema práctico—. Dime algo. ¿Cuántos años tiene Megan?

Parpadeó.

—Veintiuno.

—¿Estás seguro?

—Ella misma me lo dijo. —Hizo una pausa—. Veinticinco de diciembre de 1792. Me dijo que es lo único que nunca ha olvidado de su pasado. El día de Navidad era un día que su madre amaba: abrir regalos. Es el único recuerdo que tiene de su madre.

—Interesante. Y una petición de tutela, según lo entiendo por los cuarenta años que pasé viendo a mi marido administrar su propiedad y sus asuntos, se aplica a quienes son menores de edad o a quienes han sido declarados incompetentes. —Dorothea se ajustó las gafas en la nariz y lo miró con una expresión de perfecta compostura—. Una mujer de veintiún años no es ninguna de las dos cosas.

Oliver se quedó inmóvil.

—La petición —continuó Dorothea, en el tono de alguien que ha estado pensando en algo un poco más tiempo del que lleva durando la conversación—, es fraudulenta en su cronología, pero también es potencialmente irrelevante en su premisa. Si Megan no necesita un tutor, legítimamente, legalmente, formalmente, entonces no hay nada que solicitar. El mecanismo de Penharrow se derrumba.

Oliver la miró fijamente.

—Existe —dijo ella—, una circunstancia en la que una mujer de veintiún años no tiene tutor y no está sujeta a ninguna petición por parte de nadie. En la que pertenece, legal y completamente, a sí misma. O —añadió, con precisión medida—, para ser exactos, al hombre con el que se ha casado.

La palabra cayó en la habitación como una piedra en aguas profundas, y Oliver sintió las ondas moverse a través de él, lentas y enormes.

—Matrimonio —dijo.

—Matrimonio —coincidió ella—. Anula cualquier reclamación de tutela. Deja la petición sin efecto en el momento de su llegada. La identidad legal de una mujer casada se vincula a su marido, y no hay un tribunal en Inglaterra que otorgue la tutela de una esposa a un hombre que no sea el esposo. Especialmente si su nuevo marido fuera un marqués y heredero de un ducado.

Oliver permaneció muy quieto y dio vueltas a aquello con la precisión metódica de un hombre que había pasado tres horas en el despacho de un abogado escuchando lo que no se podía hacer y solo ahora le mostraban lo que sí se podía.

—Debería haber pensado en eso —dijo. Le salió diferente de lo que había pretendido. Más suave.

—Estabas demasiado ocupado tratando de resolver el problema por medios convencionales —dijo Dorothea, sin demasiada simpatía —. Es un fallo común entre los bien educados. Aprenden los canales establecidos tan a fondo que olvidan buscar la puerta en el seto.

—El Duque. —Oliver se inclinó hacia adelante—. Va a tener un ataque.

—Déjame a tu tío a mí. Después de todo, es mi hijo.

Él la miró.

—Pero ella no puede demostrar que tiene veintiún años. No sabe su nombre.

Ella lo miró con la expresión que había precedido a cada cosa significativa que había organizado en su vida. La partida de ajedrez a los siete años cuando le dejó ganar tres veces seguidas y luego lo derrotó de manera contundente en la cuarta porque quería que entendiera lo que se sentía al perder cuando importaba. La conversación a los veinte cuando le dijo, con considerable calma, que la guerra lo cambiaría de formas que aún no podía imaginar y que ella estaría allí cuando regresara, sin importar en qué estado estuviera. La cualidad particular de certeza que llevaba como una segunda piel, la certeza de una mujer que ha vivido lo suficiente para saber exactamente de lo que es capaz y ha dejado de disculparse por ello.

—Tienes un plan —dijo él.

—Tengo el comienzo de uno.

—Abuela.

—Todo será revelado a su debido tiempo, Oliver. Eso no es una evasiva. Necesito asegurarme de una o dos cosas antes de decir nada más. Solo pídele al arzobispo una licencia especial. Me conoce. Le escribiré una nota. Lo hará. Solo estate listo. —Se quitó las gafas y lo miró con una expresión que, bajo la compostura, era algo más cálida y más urgente—. Lo que necesito de ti es una sola cosa.

—¿Qué?

—Necesito que hables con Megan —dijo—. Antes de hablar con nadie más. Antes del abogado, antes de tu tío, antes de cualquiera. Le debes la verdad, y le debes la opción. ¿Harás eso?

Oliver la miró durante un largo momento.

Luego tomó su sombrero.

—Sí —dijo—. Iré ahora.

—Oliver. —Él se detuvo en el umbral—. La cuestión no es si puedes mantenerla a salvo a través de mecanismos legales. La cuestión —hizo una pausa, eligiendo sus palabras con el cuidado de una mujer que conoce el valor de la precisión— es qué es lo que quieres. Solo ten cuidado, ella luchará contra esta opción con todas sus fuerzas porque pensará que es un sacrificio de tu parte. Tendrás que convencerla de lo contrario. Muéstrale que la amas.

—¿Cómo lo sabías?

—Tonto muchacho. Te conozco mejor de lo que te conoces a ti mismo. Lo veo en la forma en que la miras. Es la misma forma en que tu abuelo solía mirarme a mí.

Asintió. ¿La amaba? Ciertamente la deseaba.

Pensó en ello todo el camino hasta la terraza sur y para cuando la divisó en el jardín, comprendió que la amaba tanto que preferiría morir antes de dejar que alguien volviera a hacerle daño.

CAPÍTULO DIECISÉIS

Había aprendido, a lo largo de los años, a leer una habitación antes de entrar. A leer la postura de un hombre antes de que hablara. A leer la cualidad particular del silencio que precedía a las malas noticias, la forma en que tenía una textura, un peso que presionaba la piel incluso antes de que llegaran las palabras.

No había esperado necesitar esa habilidad aquí.

Pero lo vio en el momento en que Oliver atravesó la puerta del jardín. No en su rostro, exactamente, aunque su rostro tenía su propio lenguaje y ella estaba empezando a aprenderlo. Era algo en la forma en que se movía. La deliberación de sus pasos. El cuidado medido de un hombre que cargaba algo pesado y ya había decidido cómo iba a dejarlo en el suelo.

Megan dejó su paleta sobre el muro del jardín y se enderezó.

El jardín de Saxton House no se parecía en nada al huerto de la cabaña de caza. Era algo formal, dispuesto con parterres ordenados y un banco de piedra y rosas que serían exuberantes en verano. Había pasado la mañana allí porque la Duquesa se lo había sugerido con delicado tacto, y porque el aire era suave y las abejas trabajaban entre la lavanda temprana, y porque era más difícil pensar dentro de la casa que fuera. Dentro había retratos y alfombras persas y lacayos cuyos rostros aún estaba aprendiendo a leer, y la constante y sutil presión de ser la invitada de alguien.

Fuera solo había cielo y tierra y ese tipo particular de libertad que viene de meter las manos en la tierra.

Había estado pensando en el Duque. En lo que debía pensar de ella. En lo que Oliver debía pensar, ahora que la intensidad inicial de su viaje se había asentado en la realidad más tranquila de la vida real en una casa real.

Había estado pensando, de esa forma privada en la que no se permitía pensar durante mucho tiempo, en el propio Oliver.

Y ahora caminaba hacia ella con esa deliberación particular, y ella dejó todo eso a un lado, porque lo que había en su rostro requería toda su atención.

—Has ido al abogado —dijo.

No era una pregunta. Él la miró fijo.

—Sí.

Ella esperó. Era buena esperando. Había pasado catorce años volviéndose excepcional en ello.

—Es peor de lo que esperábamos. —Se detuvo a unos pasos, lo suficientemente cerca para que ella pudiera ver las finas líneas alrededor de sus ojos, las que no estaban allí hacía seis semanas. O quizás sí y ella simplemente no había tenido tiempo de notarlas—. Penharrow ha presentado una petición de tutela. Afirma que eres una pupila de su propiedad. Una menor bajo su protección legal.

La mañana pareció enfriarse ligeramente, aunque el sol no se había movido.

—Afirma que soy menor de edad.

—Ha alterado las fechas. Ha presentado documentos que sugieren que naciste en 1797, lo que te haría tener quince años, no veintiuno. Lo que haría que la petición...

—Fuera legítima. —La palabra supo a metal—. Ha falsificado mi edad.

—Sí.

—Nadie podría pensar que tengo quince años si me ven. —Miró las rosas. Aún no estaban en flor, solo eran puños verdes y apretados esperando abrirse, y pensó, con esa extraña disociación que a veces la invadía cuando la realidad era demasiado cruda para

absorberla directamente, que las envidiaba. Saber en qué se convertirían. Saber que era solo cuestión de tiempo.

—Va a conseguir una medida cautelar antes de que tengamos oportunidad de confrontar a los tribunales con nada y tendré que volver con él, legalmente—, dijo. —Eso es lo que me estás diciendo.

—Mi abogado cree que lo solicitará para el viernes. Si se concede, cualquier alguacil en Inglaterra está legalmente obligado a detenerte y devolverte a la custodia de Penharrow. —Dijo las palabras con precisión, sin suavizarlas, y ella le agradeció eso. Siempre había odiado que suavizaran las cosas—. No necesita que la petición tenga éxito en los tribunales. Solo necesita la medida cautelar. Solo un pretexto legal para hacerte entrar de nuevo por su puerta.

Ahí estaba. La forma de todo. Limpia y completa y perfectamente calibrada, de la manera en que solo Penharrow podía calibrar algo, hasta el mecanismo específico de su perdición.

Megan se sentó en el banco de piedra.

Era consciente de que Oliver la observaba. Era consciente de su propia respiración, que era cuidadosa y deliberada porque necesitaba serlo. Era consciente de la lavanda y las abejas y el sonido lejano de los caballos en el potrero, todo ello completamente indiferente al hecho de que su antiguo captor acababa de atravesar el sistema legal inglés para ponerle una correa de nuevo alrededor del cuello.

Había sido libre durante seis semanas. Casi había empezado a creer en ello.

—Hay más —dijo Oliver.

Por supuesto que lo había.

Lo miró. Estaba de pie con el sombrero en las manos, girándolo ligeramente, un gesto que había llegado a comprender que significaba que estaba a punto de decir algo que le costaba decir.

—Mi abuela ha propuesto una solución. —Se detuvo. Volvió a empezar—. Tiene muy claro que funcionaría. Legalmente. Que anularía la petición por completo y dejaría la medida cautelar sin efecto. —Otra pausa—. También requeriría algo de ti que no tengo derecho a pedir.

—Dímelo —dijo Megan.

—Matrimonio.

La palabra cayó en el jardín y quedó allí. Las abejas siguieron trabajando. Las rosas siguieron esperando. Todo continuó de su manera precisa e indiferente, y Megan permaneció muy quieta en medio de todo y comprendió, en esa lenta expansión de las cosas muy grandes, exactamente lo que él quería decir.

—Una mujer casada —dijo ella.

—No necesita tutor. Su identidad legal se vincula a su marido. La petición se derrumba. Penharrow no tiene mecanismo, ni reclamación, ni estatus legal para exigir nada. —La voz de Oliver era medida. Casi clínica. Excepto por la forma en que seguía girando su sombrero—. Si el marido fuera, por ejemplo, un marqués y heredero de un ducado, los tribunales no dedicarían a la petición de Penharrow ni una sola hora.

—Ya veo. —Miró sus manos. Había estado haciendo jardinería y la tierra aún se aferraba oscura bajo sus uñas, y pensó en todas las mañanas en la cabaña de caza cuando se arrodillaba en el huerto e intentaba imaginar que era otra persona. Alguien que elegía estar allí—. Es una solución elegante. Tu abuela es...

—Megan.

Ella se detuvo.

—No es por eso que te lo digo.

Algo en su voz había cambiado. La cualidad medida había desaparecido. Ella levantó la vista hacia él, y él la miraba con una expresión tan sin reservas que casi dolía mirarla directamente, como no se puede mirar directamente a ciertos tipos de luz.

—Debería haber encontrado otra forma de decir esto —dijo—. Lo tenía ordenado en mi cabeza mientras bajaba las escaleras. Primero la solución de mi abuela, para que entendieras los aspectos prácticos, y luego... —Exhaló—. Pero eso está al revés. ¿Verdad? El caso práctico no es el punto. El caso práctico es la arquitectura que casualmente sirve al punto.

Megan no dijo nada. Su corazón había comenzado algo que no podía nombrar con precisión.

—Quiero casarme contigo. —Lo dijo sin rodeos. Sin arquitectura alrededor, sin suavizarlo y sin representación. Solo las palabras, con su voz, con esa cualidad particular de un hombre que ha decidido dejar de gestionar cómo suena algo—. No porque mi abuela me haya puesto la idea en la cabeza y no porque resuelva el problema legal, aunque lo hace, y le agradezco que lo haya pensado primero. Quiero casarme contigo porque en unas semanas te has convertido en lo más... —Se detuvo. Miró las rosas. Volvió a mirarla a ella—. Porque estoy enamorado de ti, Megan. Y lo he estado durante algún tiempo, y no lo he estado gestionando particularmente bien y creo que mereces oírlo dicho sin ambages.

Debería decir algo. Entendía eso. Había una maquinaria social que se aplicaba aquí, un conjunto de respuestas esperadas, y había aprendido lo suficiente de esa maquinaria a lo largo de los años para saber lo que seguía.

Pero la maquinaria social había dejado de funcionar.

—No puedes —dijo.

—Parece que lo estoy haciendo de todas formas.

—Oliver. —Se puso de pie porque sentarse le parecía mal, le parecía algo que requería que ella lo mirara hacia arriba, y necesitaba estar a su nivel para esto—. No puedes. Piensa en lo que estás diciendo. Piensa en lo que soy.

—Sé lo que eres.

—¿De verdad? —Su voz salió más cortante de lo que pretendía, y la retuvo, la aplanó, la hizo cuidadosa—. ¿Sabes lo que él hizo? ¿Entiendes el relato completo de lo que era esa casa y lo que él hizo de mí? Porque yo sí. Conozco cada detalle. Sé lo que no soy. No soy una esposa adecuada para nadie. Ciertamente no soy una esposa adecuada para el heredero de un ducado.

—Eso es —dijo él, con una paciencia que era de alguna manera más exasperante de lo que habría sido una discusión—, la basura más extraordinaria que te he oído decir.

—No es basura. Es un hecho.

—Megan. Fuiste arrebatada cuando tenías siete años. Fuiste retenida contra tu voluntad por un hombre que usó la ley y su riqueza y todos los mecanismos de fuerza a su disposición para

mantenerte en su poder. Eso es lo que te sucedió a ti. Y estás aquí, ahora mismo, diciéndome que la consecuencia de eso es que no eres digna de...

—No te estoy hablando de dignidad. —Se detuvo. Intentó de nuevo—. Te estoy hablando de la realidad. Habría rumores. Preguntas. ¿De dónde viene, esta mujer con la que el marqués ha decidido casarse? No tiene familia, ni historia, ni conexiones, ni nombre. Apareció de la nada. Y entonces alguien empieza a preguntar. Y Penharrow...

—Penharrow —dijo Oliver—, no puede admitir lo que ha hecho. No puede ir a ningún tribunal de Inglaterra y decir que la razón por la que no tienes documentación es porque fuiste secuestrada a los siete años y retenida en una cabaña de caza galesa durante catorce años. No puede presentar los registros de nacimiento alterados sin presentar los originales junto a ellos. Ha construido toda esta petición sobre la suposición de que no tienes a nadie que la impugne. Que sigues estando sola. —Su voz se había vuelto muy suave—. No estás sola, Megan.

Ella lo miró. Esa luz sin reservas de nuevo, y esta vez no apartó la mirada de ella.

Su garganta estaba haciendo algo de lo que no aprobaba del todo.

—Tu tío —dijo—. El Duque.

—Mi abuela dice que lo deje en sus manos.

—Eso no es tranquilizador.

—No debería serlo, pero si ella no tiene objeciones, ¿cómo puedes oponerte tú? Nunca ha fallado en controlarlo y él ha estado vivo sesenta años, así que me inclino a confiar en su historial.

De ella escapó un sonido. No era exactamente una risa. Pero algo que había permanecido aplanado dentro de su pecho durante mucho tiempo se movió ligeramente.

Se apartó de él y miró el muro del jardín. Piedra vieja, remendada y asentada, con pequeñas plantas cuyos nombres no conocía creciendo en las grietas. Había estado aprendiendo los nombres de las cosas, lentamente, desde que llegó. Los lacayos y las criadas y el cocinero que dejaba restos de pasta para el gato de

la cocina. La forma de las habitaciones y cómo se movía la luz a través de las ventanas por la tarde. Todas esas pequeñas y cuidadosas mediciones de un mundo en el que estaba tratando de aprender a confiar.

—No sé cómo ser una esposa —dijo. Su voz salió muy baja, y no había querido del todo que fuera una confesión, pero lo era—. No sé cómo ser... —Se detuvo—. Sé sobrevivir. Sé resistir y planificar y hacerme lo suficientemente pequeña como para pasar por cualquier espacio disponible sin llamar la atención. Pero ser la esposa de alguien, ser tu esposa, no sé qué significa eso cuando ese alguien es un hombre que... —Apretó los labios—. Cuando ese alguien eres tú.

Lo oyó moverse. No hacia ella, solo un cambio de peso, el pequeño sonido de un hombre estabilizándose.

—Aprenderías —dijo él—. Ambos aprenderíamos. Yo no sé ser un esposo. No soy... —Se detuvo, y cuando habló de nuevo había algo más áspero en su voz, menos compuesto—. No te estoy pidiendo que representes un papel, Megan. No te estoy pidiendo que seas un tipo particular de cosa ni que te gestiones para adoptar una forma que me convenga. Te he visto en circunstancias que habrían roto a la mayoría de la gente y te he observado, cada día, elegir ser exactamente quién eres. Te lo pido porque te quiero. No a una esposa en abstracto. A ti. Tal como eres ahora.

Cerró los ojos.

Catorce años cautiva de un hombre que nunca había preguntado. Catorce años oyendo que era preciosa, valiosa, su chica especial, su...

Esto era diferente. Nunca sería libre si se casaba, pero ¿sería tan malo si era con Oliver? Una parte de ella anhelaba haber podido elegir, pero como siempre, una elección le era impuesta.

Todo por culpa de Penharrow. ¿Escaparía alguna vez de él?

—Es tu reputación —dijo. Era casi un último intento. No era exactamente una objeción genuina, y sospechaba que él lo sabía—. Si se supiera. Si alguien descubriera...

—Entonces me pondría al lado de mi esposa y explicaría, a quien quisiera saber, que ella sobrevivió a una prueba extraordinaria por medios extraordinarios, y que salió de ella con más gracia y más

valor del que he visto en persona alguna en mi vida. —Hizo una pausa—. Y entonces probablemente golpearía a quien fuera desagradable al respecto, porque siempre he tenido mal genio para defender a la gente que quiero.

Ella se giró de nuevo.

Él la miraba con esa forma directa que tenía, la que la había sorprendido cuando la encontró por primera vez, porque tan raramente la habían mirado en lugar de evaluado. Simplemente mirado. Como si fuera una persona y no un problema que gestionar o un objeto que disponer.

Quizás esto sí era una elección, después de todo.

Esto la aterraba de una manera en que catorce años de cautiverio no lo habían hecho, porque esos años solo habían requerido sobrevivir, solo resistir, solo el avance plano de seguir respirando. Esto requería algo completamente distinto. Algo para lo que no tenía habilidad práctica. La vulnerabilidad particular de querer algo, de alcanzarlo, de decir sí, confiaré en esto. Confiaré en ti.

No le había dicho eso a nadie desde que tenía siete años.

—No lo sé —dijo. Su voz era muy firme. La sorprendió—. No sé cómo hacer esto, Oliver. Lo digo con sinceridad. No es que esté diciendo que no. Te digo honestamente que no sé cómo.

Él asintió lentamente, y parte de la tensión desapareció de sus hombros.

—Yo tampoco —dijo—. Del todo. He sido soldado y marqués y, más recientemente, secuestrador, nada de lo cual es una excelente preparación para tomar esposa. —La comisura de sus labios se movió—. Pero prefiero aprenderlo contigo que no intentarlo en absoluto. Prefiero no perderte. Te quiero en mi vida.

Ella lo miró durante un largo momento. El jardín estaba en calma a su alrededor, las abejas y la lavanda y las rosas esperando florecer, todo suspendido en el suave aire primaveral.

—Pregúntame otra vez —dijo—. Mañana. O pasado. Pregúntame cuando haya... —Exhaló—. Cuando haya tenido tiempo de entender que es real.

—El tiempo que necesites.

Suspiró.

—No estoy siendo realista, ¿verdad? Así no funcionan los mandatos judiciales. No tengo el lujo del tiempo.

—No. —Su voz era seca—. Pero así es como funcionan las personas. Y tú me importas considerablemente más que el calendario. —Mantuvo su mirada—. Te preguntaré mañana otra vez. Espero que sea tiempo suficiente.

Ella asintió una vez y volvió a sus rosas. Sus manos estaban perfectamente firmes. Su corazón no, pero siempre había sido mejor gestionando lo visible que lo invisible.

Lo oyó moverse hacia la verja. Detenerse.

—Megan.

Ella volvió a mirarlo.

—Para que conste —dijo él—. Sea lo que decidas. No vas a volver con él. Eso ya está decidido. Él no sabe que estás aquí. Cree que estás en el Castillo de Saxton. Tenemos un poco más de tiempo para encontrar una solución. Quiero que tú también tengas una opción, pero también quiero que me elijas a mí porque te quiero. No espero que me quieras también, pero espero que un matrimonio conmigo no sea una idea tan horrible.

Él la dejó con eso. Ella se quedó en el jardín bajo el suave aire primaveral, con las manos aún sucias de tierra y el corazón haciendo algo para lo que no tenía nombre, y pensó en las elecciones.

Nunca había tenido elecciones.

Pensó que quizás necesitaría un poco más de tiempo para entender cómo tomar una.

Deseó por millonésima vez tener familia, alguien en quien confiar, alguien que la aconsejara. Pensó en la abuela de Oliver, la duquesa viuda. ¿Qué pensaría ella?

Quizás debería preguntarle. ¿Qué le aconsejaría?

Se sacudió la tierra de las manos y se dirigió al interior de la casa, hacia los aposentos de una mujer a la que había llegado a considerar una amiga y confidente.

Encontró a la duquesa viuda en la sala de estar azul, que había llegado a comprender que era el dominio particular de Dorothea, de la misma manera que ciertas habitaciones en ciertas casas pertenecen por completo a una persona. No por declaración, sino por presencia acumulada. La silla junto a la ventana con el brazo desgastado. La mesita con su disposición permanente de correspondencia, gafas y un volumen de Voltaire que parecía haber sido leído tantas veces que había renunciado a intentar mantener el lomo unido.

Dorothea levantó la vista cuando Megan apareció en el umbral y no dijo nada, algo que Megan también había llegado a comprender. La duquesa viuda no llenaba los silencios con ruido. Los dejaba ser lo que eran y esperaba a ver qué hacías con ellos.

—Perdóneme —dijo Megan—. No quiero entrometerme.

—Entonces entra y siéntate, porque ya te estás entrometiendo al quedarte en la puerta y al menos la silla es cómoda.

Megan entró y se sentó.

El fuego era bajo y agradable, de esos que existen para hacer compañía más que para calentar, y la habitación tenía la cualidad de un lugar donde ya se habían dicho cosas difíciles antes y las paredes las habían absorbido y seguido adelante. Megan juntó las manos en el regazo y las miró un momento, luego miró a Dorothea, que le devolvía la mirada con la paciencia serena de una mujer que hacía tiempo que había dejado de fingir que no sabía lo que venía.

—Él le contó —dijo Megan.

—Así es.

—Y fue idea suya.

—La solución práctica fue mía, sí. —Una pausa—. El resto fue enteramente suyo, y quiero que quede claro.

Megan asimiló esto.

—Dijo que usted había estado pensando en ello más tiempo que la conversación.

—Había estado pensando en la arquitectura legal, sí. En el otro asunto había estado pensando considerablemente más tiempo, pero no me correspondía a mí actuar. —Dorothea dejó el Voltaire—. ¿Cómo estás?

La pregunta era tan directa y tan sin adornos que tomó a Megan ligeramente desprevenida. El personal de Saxton House había sido cuidadoso con ella como se es cuidadoso con algo que podría romperse, y ella lo había manejado con la paciencia de alguien que entendía por qué, pero lo encontraba silenciosamente agotador. Dorothea hacía preguntas como hacía todo lo demás. Sin representación.

—No lo sé —dijo Megan. Se estaba convirtiendo en una respuesta familiar. Empezaba a pensar que era la más verdadera que tenía—. Le dije que necesitaba tiempo.

—Sensato, pero también estúpido. No tienes tiempo.

—Él aceptó de inmediato, lo cual me pareció... —Se detuvo—. Desconcertante.

La expresión de Dorothea se movió ligeramente en las comisuras.

—Porque esperabas tener que discutir para conseguirlo.

—Porque nunca me han dado tiempo para decidir nada sin que fuera una trampa. —Megan lo dijo con serenidad, porque era simplemente cierto, pero vio que Dorothea escuchaba el peso de ello, igualmente—. No sé cómo confiar en algo sencillo. Sigo buscando el mecanismo. El lugar donde se vuelve.

—¿Y has encontrado alguno?

—No. —Hizo una pausa—. Eso es lo desconcertante.

Dorothea guardó silencio un momento, de ese tipo meditado. Luego dijo:

—¿Puedo decirte algo que te digo no como abuela de Oliver, cuyo interés podrías razonablemente poner en duda, sino como una mujer que ha vivido ochenta y un años y ha tenido ocasión de observar a muchos hombres y su comportamiento?

—Por favor.

—Oliver nunca ha hecho esto antes. —Lo dijo con sencillez, sin el peso de una mujer tratando de exponer un argumento, y quizás por eso impactó como lo hizo—. Ha ido a la guerra y ha vuelto de ella como un hombre cambiado, ha administrado una finca y ha seguido el Parlamento para estar listo cuando llegara el momento de ocupar su escaño, y ha hecho todo lo que se requería de él, y en todo ese tiempo, a lo largo de todos los años que lo he observado, nunca ha

mostrado este tipo de interés por una mujer. Ni una. Había empezado a pensar, en privado, que quizás simplemente era una de esas personas para las que esa puerta en particular permanece cerrada. —hizo una pausa—. Y entonces volvió de Gales contigo, y comprendí que la puerta no había estado cerrada. Simplemente aún no había conocido a la persona adecuada.

Megan miró el fuego.

—Soy consciente —dijo, con cuidado— de que usted quiere que él sea feliz.

—Quiero que sea feliz. También quiero que tenga una buena pareja, que es algo diferente y con frecuencia incompatible. Te digo que contigo sería ambas cosas. —La voz de Dorothea era seca pero no cruel—. No eres una solución conveniente para mí, Megan. He visto desfilar por esta casa durante muchos años soluciones convenientes para que Oliver las considerara, y todas y cada una de ellas me han parecido insuficientes. Tú no eres conveniente en absoluto. De hecho, eres la persona más complicada que podría haber elegido.

Algo en el pecho de Megan se movió.

—Y sin embargo —continuó Dorothea—, eres exactamente la adecuada para él. No por lo que has soportado, ni por alguna noción sentimental de que el sufrimiento ennoblece a las personas, porque no siempre es así y cualquiera que te diga lo contrario es un necio, sino por quién eres debajo de todo eso. La forma en que piensas. La forma en que ves las cosas. La forma en que te mantienes en una habitación y la lees antes de entrar y siempre estás tres pasos por delante de lo que nadie espera. —Hizo una pausa—. Él necesita a alguien que pueda hacer eso. Alguien con suficiente vida interior para igualar la suya. Es un hombre complicado y ha pasado la mayor parte de su vida en habitaciones llenas de gente que no podían seguirlo y era demasiado educado para decírselo.

Megan no dijo nada. No estaba segura de que hubiera algo que decir a eso.

—Y tú —dijo Dorothea, con una precisión que sugería que había estado guardando esto—, necesitas a alguien que no te exija representar una versión de ti misma que te cueste mantener. Oliver

te ha visto en tu peor momento, en tu momento más asustado y en tu momento más complicado, y no le asusta nada de eso. Te quiere a pesar de ello, y por ello. En mi experiencia, eso es más raro que los rubíes y considerablemente más valioso.

En algún lugar de la casa, un reloj marcó la hora y cuarto.

—No sé cómo ser una duquesa —dijo Megan. Su voz salió más baja de lo que había pretendido.

—Nadie lo sabe. —El tono de Dorothea era práctico—. Se aprende. Yo lo aprendí. Mi madre lo aprendió antes que yo y cometió toda clase de errores vergonzosos en el proceso, lo sé porque me lo contó y se rio. No es un estado natural. Es algo que se practica.

—Habría preguntas, sobre de dónde vengo.

—Las habría, durante un tiempo. —Dorothea no lo minimizó. Megan también agradeció eso—. Y luego Oliver será el duque de Saxton, y tú serás su duquesa, y tendrás una posición y una casa y una historia y una identidad que te pertenece por completo y que ningún poder en la tierra puede arrebatarte, porque está construida sobre el único cimiento que Penharrow nunca logró destruir.

Megan la miró.

—Tú —dijo Dorothea simplemente—. Lo que eres. Lo que elegiste seguir siendo, todos esos años, cuando lo más fácil habría sido dejar de ser tú misma por completo. Pero aún tienes un corazón abierto. Aún tienes amor por la vida, y dejaste entrar a mi nieto.

Megan apretó los labios.

No había llorado desde la bañera cuando llegó al Castillo de Saxton. No iba a empezar ahora, en la sala de estar azul, delante de una mujer a la que conocía desde hacía unas semanas y a la que, de algún modo, ya temía defraudar más que a nadie que hubiera conocido en su vida.

—Piénsalo de esta manera —dijo Dorothea, y su voz había cambiado ligeramente, se había vuelto casi conversacional—. Penharrow pasó catorce años tratando de convertirte en algo. Algo que le perteneciera. Algo que reflejara lo que él quería y sirviera a sus propósitos y pudiera ser contenido dentro de los muros que él eligió. —Hizo una pausa—. Y tú te convertirás en la marquesa de Astor. Y un día, en la duquesa. Te sentarás en habitaciones en las

que él no puede entrar y te moverás por un mundo al que él no tiene acceso y vivirás una vida hecha por ti misma. —Su expresión era serena, pero había algo en ella que no era del todo sereno, una cualidad particular de satisfacción que tiene una mujer mayor cuando ha pensado algo con mucho cuidado y ha encontrado sus costuras—. ¿No sería esa la derrota más completa que podrías infligirle? No solo escapar. No solo sobrevivir. Prosperar. Ser feliz. Estar absoluta y completamente fuera de su alcance, no porque hayas huido, sino porque construiste algo que él no puede tocar.

Megan guardó silencio durante mucho tiempo.

—Él sabría —dijo lentamente— que no ganó.

—Lo sabría cada día del resto de su miserable vida, que espero sea corta si me salgo con la mía —dijo Dorothea, con una serenidad que tenía hierro por debajo—. Y no podría tocarte. No podría alcanzarte. Ni siquiera podría acercarse a ti sin que tu marido, que no es un hombre pequeño y que, según tengo entendido, tiene un considerable talento para la violencia cuando está debidamente motivado, se interponga entre ustedes. —Recogió su Voltaire con el aire de una mujer que da por terminada una conversación que ha llegado a su conclusión natural—. Eso no es poca cosa, Megan.

—No. —Megan sintió que algo se movía, se asentaba, encontraba su nivel—. No lo es.

Dorothea abrió su libro y pareció localizar su página. Luego, sin levantar la vista, dijo:

—No tienes que decidirlo esta noche.

—No. —Megan alisó su falda—. Dijo que me lo preguntaría otra vez mañana.

—Lo hará. Es bastante serio cuando ha decidido algo. —Una pausa—. Es una cualidad ocasionalmente exasperante, pero uno la encuentra tranquilizadora con el tiempo.

Megan la miró. El fuego. La silla desgastada. La evidencia acumulada de una mujer que había vivido una vida muy larga y tenía opiniones sobre la mayor parte de ella.

—Gracias —dijo—. Por... —Hizo una pausa, porque no estaba del todo segura de cómo terminar la frase. Por ser directa. Por no fingir

paciencia con ella. Por decir la verdad en lugar de la versión cómoda de la verdad—. Por aceptarme.

—Mmm. —Dorothea pasó una página, y Megan entendió que estaba siendo despedida de manera suave y no cruel, algo que comenzaba a apreciar como uno de los artes particulares de la duquesa viuda. Se levantó y se dirigió hacia la puerta.

—Megan.

Se detuvo.

Dorothea no había levantado la vista del Voltaire.

—Necesitaré que estés lista para salir mañana por la mañana para que actúes como mi dama de compañía. Vamos a visitar a una conocida mía.

—Por supuesto. ¿Quién es...?

—Mi ahijada. —La voz de Dorothea era perfectamente medida. Ese tipo de medida que significaba que las palabras eran ciertas y también totalmente insuficientes, y ella lo sabía—. La duquesa de Newbury. Su madre y yo fuimos presentadas en la misma temporada, hace mucho, mucho tiempo. Ella ha tenido una... —Una pausa, tan cuidadosa como todo lo que Dorothea hacía—. Una pena considerable en su vida. Un dolor que ha llevado durante muchos años. Me parece que ya es hora de que la visite.

Megan se quedó muy quieta en el umbral.

La duquesa de Newbury.

No sabía por qué esas palabras se asentaron en ella de esa manera. No había ninguna razón en particular. No tenía ningún conocimiento especial de la familia Newbury, ningún recuerdo ni asociación que debería hacer que su pulso hiciera lo que estaba haciendo, ese lento y cuidadoso latido de un cuerpo que reconoce algo antes de que la mente se haya puesto al día.

—Mañana por la mañana —dijo Dorothea, y pasó otra página con la contundencia de una mujer que ha dicho precisamente lo que pretendía decir y ni una sílaba más.

—Estaré lista —aseguró Megan.

Salió al pasillo y se quedó allí un momento en el silencio de la casa, con los retratos en las paredes y la luz de la tarde entrando a través de los altos ventanales, y pensó en catorce años y en

elecciones y en lo que significaba construir algo sobre el único cimiento al que un hombre como Penharrow nunca llegó.

Pensó en el mañana.

Comprendió con una certeza que se asentó en sus huesos, más que en su mente, que algo la esperaba al final de la mañana siguiente.

Algo que había estado esperando durante mucho tiempo.

CAPÍTULO DIECISIETE

Megan no volvió a su habitación.

Tenía intención de hacerlo. Había planeado caminar desde la sala azul hasta la escalera, subir al ala este y llegar a la habitación tranquila con sus cortinas blancas y la vista al jardín, donde podría sentarse con todo lo que Dorothea había dicho y hacer lo que siempre había hecho con la información difícil: darle vueltas, examinarla desde todos los ángulos, encontrar sus bordes, guardarla en algún lugar donde pudiera acceder a ella cuando estuviera lista.

En cambio, se encontró de pie junto a la ventana al final del pasillo, mirando hacia el césped sur, donde los últimos destellos de la luz de la tarde se volvían dorados y se extendían planos sobre la hierba, y comprendió que esta vez no iba a poder hacer lo metódico y cuidadoso.

Porque lo metódico y cuidadoso requería un cierto grado de distancia con respecto al tema.

Y no tenía ninguna distancia de este tema en absoluto.

Había pasado su tiempo en Saxton House convirtiéndose en sí misma. Creyendo que por fin era libre. Esa era la única manera que sabía describirlo, ese extraño proceso de desplegarse, de aprender a ocupar su propia vida sin prepararse para el siguiente golpe. Aprender los nombres de los lacayos. Aprender que el gato de la cocina se llamaba Hector y tenía una opinión firme sobre dónde se le

permitía dormir. Aprender que se le permitía tener preferencias sobre lo que comía, lo que vestía, en qué habitaciones se sentaba, qué libros leía, cómo empleaba las horas de la mañana, y que expresar esas preferencias no resultaría en castigo, pérdida o la retirada repentina de cualquier pequeño calor que se le hubiera permitido sentir.

Había estado convirtiéndose en sí misma. Y en algún punto de ese proceso, sin darse cuenta del todo, también se había estado convirtiendo en otra cosa.

En el tipo de persona que levantaba la vista cuando Oliver entraba en una habitación.

En el tipo de persona que registraba su presencia antes de haber registrado conscientemente nada en absoluto, como se registra el clima. La calidad de la luz que cambia. La presión atmosférica. Ese cambio particular en una habitación cuando alguien que te importa entra en ella.

Lo había notado y lo había archivado bajo la categoría de gratitud, lo que le había parecido razonable en su momento. Le había salvado la vida. Le había pedido que confiara en él y ella lo había hecho. Eso en sí mismo era un milagro.

La había sacado de Gales a cuestas, prácticamente, y la había traído aquí y le había prometido mantenerla a salvo y luego había movido cielo y tierra para lograrlo. La gratitud era apropiada. La gratitud lo explicaba.

Excepto.

Estaba junto a la ventana y fue honesta consigo misma, como siempre lo había sido, porque la deshonestidad era un lujo que nunca había podido permitirse. No sobre cosas importantes. No sobre las cosas que había que enfrentar en la oscuridad a las nueve en punto, cuando el paso de Penharrow sonaba en la escalera y lo único que se interponía entre ella y lo que venía era la calidad de su propio valor.

Era honesta consigo misma ahora.

Lo que sentía cuando Oliver entraba en una habitación no era gratitud.

La gratitud era cálida y estable y no exigía nada de ti. Lo que ella sentía cuando Oliver entraba en una habitación era bastante más inconveniente que eso. Era esa calidad particular de suspensión de alguien que ha estado conteniendo la respiración sin darse cuenta y por fin la suelta. Era lo involuntario que hacía su rostro cuando él decía algo seco y sutil y la miraba de reojo para ver si lo había captado. Era la forma en que había notado, durante semanas de cercanía, la forma precisa de sus manos y la cicatriz en su sien izquierda y la calidad particular de su voz cuando contenía algo difícil y la manera en que era diferente cuando estaban solos que cuando no lo estaban, más callado y menos controlado, más él mismo.

Era el hecho de que cuando imaginaba la visita de mañana a la duquesa viuda de Newbury, su primer pensamiento coherente había sido se lo contaré a Oliver cuando volvamos.

Apoyó la frente contra el cristal frío y miró el césped dorado y pensó, *ah*.

Ah, ahí está.

No era una revelación cómoda. No llegaba con la claridad limpia de algo que simplifica todo. Llegaba con todo su peso, como llegaban las cosas importantes, y todo ese peso incluía el terror.

Porque ella sabía cómo soportar cosas. Se había convertido en algo extraordinario en la resistencia, en ese arte específico de seguir existiendo a través de lo insoportable. Pero amar a alguien, amar a alguien libremente, desear a alguien, elegir a alguien, esa era una arquitectura completamente diferente. Requería una exposición para la que no tenía práctica. Requería poner algo precioso fuera de los muros de uno mismo y confiar en que el mundo no lo destruiría.

La última vez que había confiado en alguien con algo precioso, había sido un mozo de cuadra de veinte años llamado Daniel, y Penharrow lo había ahorcado en el patio de las caballerizas.

Cerró los ojos.

Conocía el argumento. Llevaba toda la tarde haciéndoselo a sí misma, desde la propuesta de Oliver, en diversas formas, desde que Oliver se había parado en el jardín girando su sombrero y había dicho estoy enamorado de ti con esa voz directa y llana, como un hombre que ha decidido y no le interesa el adorno. Conocía cada

versión de no deberías, no puedes, piensa en el riesgo, piensa en lo que eres.

Y sabía, con igual precisión, que todo eso era cobardía.

No la cobardía sensata. No la cobardía ganada, la que la había mantenido con vida durante catorce años. Esta era una cobardía completamente diferente, la que se disfraza de pragmatismo. La que dice me estoy protegiendo y quiere decir tengo demasiado miedo para alcanzar algo real.

Pensó en las palabras de Dorothea. Todas ellas, y no solo las partes que había asimilado por completo.

No por lo que has soportado. Sino por quién eres debajo de eso.

Sabía que era más de lo que Penharrow decía que era. Había conservado ese conocimiento como una vela en una habitación cerrada, pequeña y obstinada, negándose a apagarse.

Si un hombre como Oliver podía amarla. Si un hombre que la había visto en su peor momento, en su momento más asustado y más complicado, podía pararse en un jardín con el sombrero en las manos y decirlo con claridad...

Entonces quizás la vela había tenido razón todo este tiempo.

Quizás no era en lo que Penharrow la había convertido.

Quizás era lo que siempre había sospechado, en la habitación cerrada, en la oscuridad.

Algo digno de ser amado.

El césped había pasado de dorado a gris. La luz casi se había ido. En algún lugar de la casa podía oír el ritmo lejano de la familia preparándose para la noche, la percusión suave de puertas y pasos y las instrucciones amortiguadas del ama de llaves en el piso de abajo.

Pensó en mañana. Le había dicho que necesitaba hasta mañana.

Pensó en la mañana, y la visita, y la duquesa de Newbury y lo que fuera que la esperaba al final. Pensó en las cosas prácticas, la orden judicial y el abogado y la licencia especial del arzobispo y el duque, que al parecer sería manejado por Dorothea con o sin su cooperación.

Pensó en Oliver preguntándole mañana, y pasado si lo necesitaba, todo el tiempo que necesitara.

Y pensó en no volver a verlo nunca. En la versión de las cosas donde decía que no, o donde desaparecía, o donde la parte cuidadosa y pragmática de ella ganaba, y pasaba el resto de su vida habiendo elegido la seguridad por encima de esto.

El pensamiento la golpeó en un lugar que no esperaba.

No era el gran terror romántico. Era más pequeño que eso, y por lo tanto peor. Era la imagen específica, mundana, insoportable de la silla vacía frente a ella en el desayuno. La mirada de reojo ausente. La habitación sin su calidad particular de presencia, esa cosa cálida, sólida y complicada de la que aparentemente se había vuelto completamente dependiente sin darse cuenta de que lo estaba haciendo.

La hacía sentir vacía de una manera que catorce años de cautiverio no habían logrado.

El cautiverio había sido horrible. El cautiverio había sido un tipo de horror específico y soportable, porque no le había exigido nada más que sobrevivir. Esto, la ausencia de Oliver, exigía algo para lo que no tenía palabra. Era la ausencia de algo que le había hecho entender lo que significaba estar viva en lugar de simplemente seguir existiendo.

Estaba enamorada de él.

Lo había estado, sospechaba, desde algún lugar de una ladera galesa bajo la lluvia, cuando le había tendido su abrigo sin preguntar y luego había fingido que no tenía frío para que ella no tuviera que sentirse culpable. No había sabido que era amor entonces porque no sabía cómo se sentía el amor, el elegido, el que no tenía nada que ver con el miedo o la dependencia o el complicado apego del cautivo por el único calor disponible.

Esto no se parecía en nada a eso. Era todo lo contrario. Era algo que elegía con todo su ser, con pleno conocimiento de quién era y qué era y exactamente lo asustada que estaba y precisamente cuánto importaba, y lo elegía de todos modos.

Se apartó de la ventana.

Se alisó el vestido, uno de los que Dorothea había encargado a la modista para ella, un gris suave con ribetes azul oscuro que había

aprendido que favorecía más de lo que esperaba. Miró sus manos. La tierra del jardín había desaparecido. Estaban firmes.

Sabía dónde estaba su habitación. Al final del pasillo norte, la puerta con el pomo de bronce ligeramente gastado, la habitación que daba al jardín de setos.

Subió las escaleras y recorrió el pasillo norte, y llamó.

Él abrió la puerta en mangas de camisa. Tenía ese aspecto particular de un hombre que ha estado sentado con algo difícil y no ha avanzado mucho, una cualidad de inquietud contenida que había aprendido a reconocer como su versión de la tensión. Se suavizó ligeramente al verla. Y luego se convirtió en otra cosa.

Le dedicó una sonrisa tan llena de amor que casi le detuvo el corazón.

—Megan.

—Lo sé —dijo ella—. Dijiste mañana.

—No me estaba quejando.

Lo miró en el umbral. Había tenido la intención de tener algo preparado. Alguna arquitectura alrededor. Pero entonces, él no había tenido arquitectura en el jardín, y había sido más efectivo sin ella, y ahora entendía por qué. Porque la arquitectura era una cobertura contra la respuesta del otro, y ella no necesitaba una cobertura, porque había tomado su decisión y no dependía de nada que él hiciera con ella.

Lo amaba. Eso era verdad independientemente de lo que él hiciera con ello. Era suyo para decirlo y para darlo. Nadie podía quitárselo.

—No necesito hasta mañana —dijo—. Lo intenté con todas mis fuerzas. Fui a ver a tu abuela, que no fue un ejercicio neutral, y luego me quedé junto a la ventana del pasillo durante un tiempo considerable siendo muy sensata conmigo misma. Y no funcionó.

Algo se movió en su expresión. La miraba como siempre la miraba, por completo, sin gestionarlo para que fuera más cómodo.

—Te amo —dijo ella—. Quiero ser precisa al respecto porque he pasado mi vida en una casa donde el lenguaje se usaba de manera imprecisa a propósito y me niego a hacer eso. No estoy diciendo que estoy agradecida, aunque lo estoy. No estoy diciendo que me siento

segura contigo, aunque es así. Te digo que cuando intenté imaginar la mañana de mañana sin ti, no pude hacerlo. No por lo que me has dado o por lo que me has protegido. —Hizo una pausa—. Porque eres la persona más... —Su voz se quebró ligeramente en la palabra y dejó que se quebrara, porque había terminado de gestionar lo visible a expensas de lo verdadero—. Porque eres la persona más real que he conocido, y estar cerca de ti me hace sentir que yo también soy real. Y no sabía, hasta hace muy poco, lo extraordinario que era eso.

Él se había quedado muy quieto.

—Me sentiría muy honrada de ser tu esposa —dijo—. Si todavía...

Él dio un paso adelante y ella dejó de hablar porque sus manos estaban en su rostro, suaves y absolutamente seguras, y la miraba con una expresión para la que aún no tenía palabra, pero pensaba que podría pasar un tiempo considerable aprendiendo su nombre.

—Todavía —dijo él—. Te quiero muchísimo.

La besó.

Fue diferente de las otras veces. No mejor, no más, pero diferente en la manera de algo que ha cambiado su cualidad por lo que lo rodea. La había besado antes un hombre que la poseía y lo llamaba amor, y ella había aprendido a estar ausente en esos momentos, a ir a algún otro lugar dentro de sí misma y esperar a que terminaran. Estaba completamente presente en este. Cada detalle, sus manos y el calor de él y la ligera aspereza en su mandíbula, la forma en que se apartó una fracción y la miró como para asegurarse de que seguía allí, como si pudiera haberse vuelto teórica y necesitara verificarlo.

—Sigo aquí —dijo ella en voz baja.

—Bien. —Lo dijo contra su boca, y no era articulado y ella no necesitaba que lo fuera.

Había elegido esto. Eso era lo extraordinario, pensó, incluso mientras pensar se volvía menos posible y más irrelevante. Había caminado por un pasillo y llamado a una puerta y dicho la verdad de sí misma sin armadura y el techo no se había derrumbado y el suelo había resistido.

Había elegido esto y era suyo.

Atrapando su mano temblorosa, Oliver la envolvió en la suya.

—Me honras con solo estar aquí.

La llevó hacia la cama, y ambos se quitaron la ropa rápidamente. Luego los hizo caer sobre el colchón.

Sus manos se elevaron hacia sus pechos, acariciando sus exuberantes curvas. Megan cerró los ojos y suspiró. Sí, esa noche sería memorable. Y desterraría a Penharrow de sus recuerdos para siempre.

Sus manos eran un murmullo contra su cuerpo, como un ciego, sus yemas se deslizaban sobre la piel, abanicándose sobre sus pechos en caricias cada vez más profundas; no podía resistir la exquisita languidez que se había apoderado de sus miembros.

Como el flautista de Hamelín, la llamaba, a sus sentidos, a su cuerpo, a su corazón. Ella respondió sin pensar. Su boca buscó la de él mientras se esforzaba por acercarse más, por sentir su carne contra la suya. Un murmullo de satisfacción resonó en lo profundo de su garganta.

No podía apartar la mirada de su rostro. Sus ojos entrecerrados, convincentes, adoraron de nuevo sus pechos doloridos, con sus palmas frotando los globos tensos, y sus dedos encendiendo flechas de arrobamiento imposible en sus apretados pezones.

Le resultó fácil entregarse a su cuidado. Era mágico yacer en sus brazos así, respirar el cálido aroma masculino de él, sentir su increíble tacto. Luego inclinó la cabeza, saboreando su pezón endurecido con su boca, y el aliento huyó de su cuerpo. Su boca caliente succionaba y saboreaba. Su cabeza cayó hacia atrás. Sus jadeos vibraron en la habitación. Estaba festejando como un hombre hambriento. Lamía sus pechos, succionaba, mordisqueaba, enviando flechas de calor a su centro. Su boca caliente le daba tanto placer que rezó para que nunca se detuviera. Sus manos se cerraron sobre su cráneo, sujetándolo contra ella. Nunca lo soltaría. Su boca era el cielo sobre su carne.

Se deleitó en la sensación de su cuerpo duro, la evidencia de su deseo nunca había sido más real. Megan bajó la mano y acarició su miembro una vez, y él gruñó en lo profundo de su pecho. La empujó de nuevo contra el colchón y ella fue de buena gana. Su piel ardía,

su cuerpo se derretía, todos sus sentidos estaban al máximo y en desorden disperso. Él la siguió, una rodilla se alzó y se deslizó entre las de ella, separando sus muslos, exponiendo el aroma almizclado de su excitación a la habitación. Megan sintió vergüenza momentánea cuando su muslo musculoso, rasposo con vello masculino, rozó su humedad, pero el gruñido de admiración de él la hizo glorificarse en la incitación lasciva. Él se movió deliberadamente, presionando contra el punto más sensible, enrollándola a sabiendas... Su aliento se enredó en su garganta.

Ella trazó los músculos duros como roca en los brazos de Oliver mientras él se sostenía sobre ella, con su otra rodilla uniéndose a la primera, empujando sus piernas hacia los lados, abriendo sus muslos para poder acomodarse entre ellos.

Sus ojos se encontraron y se comunicaron en silencio. Él miró hacia abajo, hacia donde sus cuerpos se unirían. Los ángulos y planos de su hermoso rostro estaban afilados por el deseo. Había una crudeza elemental de macho conquistador, y eso la emocionó. Ella acarició su rostro y asintió. Se estaba poniendo en sus manos, en su cuerpo, sabiendo que había encontrado un lugar en su corazón.

Él bajó la cabeza para colocar un beso suave en sus labios mientras se movía entre sus muslos. La dureza que ella había estado acariciando palpó su entrada húmeda.

Su mirada se hundió profundamente en la de ella.

—Confía en mí. Tendremos un excelente matrimonio. Lo prometo, y sabes que siempre cumplo mis promesas.

Increíblemente, ella confiaba en él.

Él se deslizó en su suavidad. Flexionó sus caderas y presionó más adentro. Ella sintió cada centímetro de su dureza, estirándola y llenándola. Él invirtió la dirección y ella soltó el aire que había estado conteniendo.

Gimió su nombre.

Tembló de deseo, y él la besó más profundamente. Ella dobló las rodillas y colocó sus pies junto a las caderas de él hasta que sus muslos abrazaron su cintura. Su lengua penetraba su boca como su miembro estaba haciendo. Sin permitir resistencia, sus muslos

poderosos mantenían los muslos de ella separados mientras él, lentamente, muy lentamente, se hundía más, avanzando con una presión inexorable.

Él continuó excitándola, entrando y retirándose hasta que ella estuvo húmeda y abierta y casi delirante de deseo, moviéndose en un ritmo tan antiguo como el tiempo.

Él tomó su boca mientras tomaba su cuerpo, con su lengua imitando su deliciosa tortura de abajo. Se deslizó más profundo, y su lengua saqueó sin piedad. Se acomodó más pesadamente entre sus piernas, y ella sintió el poder y la fuerza de él.

Apretó los ojos y trató de recuperar el aliento.

Él no se movía ahora.

—Mírame, mira mis ojos mientras te reclamo. —Cuando ella miró, vio ternura y amor mientras él la contemplaba.

Apartó un mechón de cabello de su mejilla.

Oliver se levantó sobre sus antebrazos y sus ojos brillaron al mirarla hacia abajo, con el peso de su cuerpo inferior manteniéndola inmóvil mientras él miraba hacia abajo y observaba mientras se retiraba y lenta, y aún más poderosamente, entraba en ella.

Ella siguió su mirada y observó mientras él la reclamaba. Sintió cada centímetro mientras él la llenaba, sintió su cuerpo tensarse hasta que se arqueó debajo de él.

Continuó moviéndose sobre ella y su cuerpo se enrolló tenso como un arco. Cerró los ojos y se entregó al poder de la pasión. La intimidad del momento se agudizó mientras él se deslizaba profundamente, y ella sintió los primeros indicios de una pasión abrumadora.

Deslizó sus manos sobre los hombros de él, recorriendo su espalda hasta encontrar sus nalgas. Se aferró mientras ellas se flexionaban. Él se movió con más fuerza que antes. Sus caderas se elevaron para igualar su ritmo, la fricción de sus cuerpos envió placer en espiral hasta lo más profundo de su ser.

—Oh, Dios mío. —Las llamas inquietas del deseo estallaron dentro de ella. Estallaron en una tormenta de fuego. Ante su primer grito, él tomó su boca. Sus labios se fundieron, sus lenguas se enredaron, con sus manos aferradas, y sus cuerpos fusionándose en

una necesidad frenética y apremiante. Él embistió más fuerte, más rápido, y aún más poderosamente. Ella se entregó a él, hundiendo sus uñas en sus nalgas, atrayéndolo hacia ella, instándolo a ir más profundo. Estaba tan salvaje por excitarlo como él la excitaba a ella.

Estaban desesperados el uno por el otro. Ninguno trataba de dominar, ambos querían hacer este viaje juntos. El hambre entre ellos era tan atemporal como la de un hombre y una mujer. Ella se retorció febrilmente, con sus uñas hundiéndose más profundamente, mientras instintivamente igualaba su ritmo. Él apretó los ojos como un hombre con dolor, con su respiración áspera mientras se movía dentro de ella. Empujando suavemente en su carne derretida.

Cuando ella estaba al borde del clímax, él alcanzó entre sus cuerpos para encontrar el botón hinchado de su sexo. Atónita, ella se arqueó contra él, tensándose, gritando mientras una sensación ardiente y demoledora estallaba dentro de ella.

Oliver atrapó sus gemidos salvajes con su boca, pero nunca dejó de embestir, usando todas sus habilidades para prolongar su éxtasis mientras ola tras ola de delirio convulsionaban su delgado cuerpo. Cuando ella se sacudió y retorció contra él, él apretó los dientes, esforzándose por controlarse, tratando desesperadamente de mantener a raya su necesidad salvaje mientras yacía enterrado profundamente dentro de ella.

Era demasiado. Un gran estremecimiento recorrió su cuerpo mientras finalmente se dejaba caer. Un gemido ronco se arrancó de su garganta mientras se sumergía en un placer crudo e interminable tan intenso que quemaba.

Finalmente, había terminado. Estaba conmocionado mientras yacía allí a la luz del fuego, pero finalmente la conciencia regresó. Cuando sintió que ella temblaba debajo de él, una feroz ternura envolvió su corazón.

Aliviando su peso hacia un lado, levantó las mantas sobre ellos y la atrajo hacia sus brazos. Su cuerpo la envolvió, calentándola, calmándola. Yacieron allí juntos, débiles por las secuelas del placer. Después de un largo momento, él levantó la cabeza. A la luz del fuego, ella parecía un ángel, con su nube enmarañada de cabello

claro, y su piel pálida como marfil, y sus labios carnosos hinchados y húmedos por sus besos.

Ella estaba recostada boca arriba mirando al techo. Él estaba recostado de lado, un brazo bajo los hombros de ella, mirándola. Ella era consciente de su mirada de la misma manera que siempre lo era, pero ya no requería gestión. Era solo su forma particular de atender las cosas, y ella era una de las cosas a las que él atendía, y estaba aprendiendo, lentamente, a dejar que eso fuera simple.

—No tengo miedo —dijo ella.

No había planeado decirlo. Llegó como a veces llegan las cosas verdaderas, antes de que ella hubiera decidido permitirlas.

—¿No?

—Lo tenía. Pensé que lo tendría. He tenido miedo de esta cosa específica... —Hizo una pausa, eligiendo las palabras con cuidado, no porque necesitara ocultar algo, sino porque quería ser precisa—. No de ti. De elegir. De ser quien alcanza algo y lo tiene en sus manos. Siempre he sido mejor para sobrevivir a las cosas que para desearlas. —Guardó silencio un momento—. Nunca he deseado nada antes. No desde que tenía siete años y quería ir a casa. —Giró la cabeza para mirarlo—. Quiero esto.

Él apartó un mechón de cabello de su sien, sin prisas.

—Tu abuela —dijo ella— me dijo que una vez que sea tu duquesa, mi mundo estará lleno de elecciones. Lo dijo como una promesa.

—Lo es —dijo él—. Ella hace muy pocas promesas, y cumple todas.

Megan pensó en eso. En elecciones. En el peso acumulado durante catorce años en los que cada mañana había sido la misma mañana, cada puerta cerrada en la misma dirección, cada día con la forma precisa que alguien más había decidido que debía tener.

—Dime algo —dijo ella.

—Lo que sea.

—¿Qué hace una duquesa por la mañana? Una mañana cualquiera, sin emergencias y sin que nadie requiera nada en particular.

Él guardó silencio un momento, reflexivo.

—Lo que ella quiera.

—Esa no es una respuesta.

—Es la única respuesta. —Su voz era tranquila—. Mi abuela lee a Voltaire en francés y escribe correspondencia y ocasionalmente monta a caballo si el clima lo permite. Mi madre solía pintar, mal, y luego negaba que fuera su pintura si alguien la encontraba. —Algo cambió en su tono; el calor de una vieja pérdida se asentó en el recuerdo—. El caso es que ella elegía.

—Ella elegía —dijo Megan.

Dio la vuelta a la frase. La sostuvo. Examinó sus bordes y los encontró limpios.

Pensó en Penharrow. No con el antiguo terror ciego, el sobresalto reflejo, la forma en que su sombra había vivido en su cuerpo como algo físico.

Pensó en que él supiera.

Que supiera que ella era la marquesa de Astor y que se convertiría en la duquesa de Saxton. Que supiera que algún día sería duquesa. Que supiera que se sentaba en habitaciones en las que podía negarle la entrada, no porque hubiera huido, sino porque había elegido algo y había construido algo y había puesto su nombre en algo que era total e irrevocablemente suyo.

Pensó en que él supiera que ella era feliz.

—Él quería hacerme sentir miedo —dijo—. Ese fue siempre el propósito. No solo el control, el miedo. El miedo era lo que él estaba construyendo. Lo construyó con mucho cuidado y luego vivió dentro de él como un casero. —Hizo una pausa—. No creo haber sabido eso hasta ahora.

Oliver no dijo nada. Estaba escuchando de la manera en que él escuchaba, sin llenar el espacio que ella estaba usando.

—Y la respuesta más completa a todo eso —dijo lentamente— no es solo sobrevivirle. Ni siquiera es escapar de él. Es que él ya no puede vivir en mí. —Encontró la mano de Oliver en la oscuridad y la sostuvo, no desesperadamente, solo la sostuvo—. Él me hizo tener miedo. Estoy eligiendo ser feliz en su lugar. Eso es todo.

Él llevó la mano de ella a sus labios. No dijo nada, porque no requería que se dijera nada.

Afuera, en algún lugar de la oscuridad, los caballos se movían en los establos. El fuego respiró y se asentó.

—Mañana —dijo ella después de un rato.

—Mañana arreglaré la licencia especial —asintió él.

—La duquesa de Newbury. —Dijo el nombre lentamente, como lo había estado diciendo en su mente desde el salón de Dorothea, sintiendo el borde de aquello que hacía que su pulso hiciera lo que hacía al escucharlo—. ¿La conoces?

Oliver guardó silencio un momento, de una manera diferente a sus otros silencios.

—Sé de ella —dijo—. Sé que perdió a una hija. Hace mucho tiempo. —Hizo una pausa—. Sé que mi abuela ha estado pensando en ella durante considerablemente más tiempo que esta conversación.

Megan guardó silencio.

No preguntó nada más, porque había una cualidad en el silencio que se sentía como una habitación en la que no estaba del todo lista para entrar, no esta noche, no con la luz del fuego baja y la mano de Oliver en la suya y todo el extraordinario e improbable hecho de esto, de estar aquí, de ser suya, de haber elegido, aun asentándose en su propia forma.

Habría tiempo.

Empezaba a comprender que iba a haber tiempo para las cosas. Esa era la otra cosa que estaba aprendiendo, la que yacía debajo de todas las demás. No solo que tenía elecciones, sino que las elecciones seguirían allí mañana. Que no tenía que resolver todo esta noche.

—Duerme —dijo Oliver en voz baja—. Mañana seguirá allí.

Ella cerró los ojos.

Pensó en elecciones y velas y en la habitación cerrada dentro de sí misma donde algo pequeño y obstinado se había negado, todos esos años, a dejar de ser verdad.

Pensó, *tenía razón sobre lo que era*.

Pensó, *aquí está la prueba de ello*.

Y entonces dejó de pensar por completo, algo que no había logrado sin dificultad durante mucho tiempo, y durmió en los brazos

del hombre al que amaba y que la amaba a ella también.

CAPÍTULO DIECIOCHO

La casa de la duquesa de Newbury en Grosvenor Square era una residencia de cuatro plantas de piedra pálida que daba a los jardines con la confianza serena de una casa que había sido excelente durante mucho tiempo y esperaba seguir siéndolo.

Megan se sentó frente a Dorothea y miró sus manos.

Llevaba el vestido gris, el que era bueno sin ser llamativo, y el sombrero con la pequeña pluma. Se había vestido con cuidado; se suponía que era la dama de compañía de la duquesa viuda. Dorothea la había visto bajar las escaleras y había dicho: «Bien», en un tono que no admitía más comentarios, y había tomado sus guantes.

No le había dicho nada a Megan.

No le había dicho por qué esta mañana, cuando había habido varias mañanas antes. No le había dicho qué esperaba encontrar o qué ya sabía y elegía presentar en el orden que mejor le convenía. Dorothea te decía lo que tenía la intención de decirle en la secuencia precisa que había decidido, y Megan había estado el tiempo suficiente en su compañía para entender que insistir en el asunto no solo era inútil, sino que sería activamente contraproducente.

Se sentó con las manos cruzadas y miró las calles de Londres desfilando tras las ventanillas del carruaje e intentó respirar a través de lo que estaba ocurriendo en su pecho.

Esa cosa no tenía nombre. Había estado creciendo desde el momento en que escuchó por primera vez el nombre de la duquesa de Newbury pronunciado en voz alta en la sala azul de Saxton House, y había empeorado considerablemente cuando Oliver había dicho, con esa cualidad particular de silencio que significaba que sabía más de lo que decía: *Sé que perdió a una hija.*

Una hija.

Hace mucho tiempo.

Aplanó las palmas sobre su regazo y miró por la ventana y se negó a pensar más en ello, lo cual no estaba funcionando en absoluto.

El carruaje se detuvo frente a la casa a las dos y cuarto.

El mayordomo era anciano, del tipo de anciano que significaba que había servido en esa casa durante décadas y había desarrollado esa lealtad vigilante particular de los mayordomos, la clase que guarda sus propias opiniones y lo nota todo. Los admitió con la deferencia práctica de quien admite a un par, tomó la tarjeta de Dorothea sin una palabra y los condujo a una sala de estar en la primera planta mientras un lacayo se adelantaba.

La sala era de un azul pálido y plateado, los colores de una habitación que había sido arreglada por alguien de excelente gusto y preferencia por la luz. Los muebles eran buenos y antiguos y ligeramente desgastados en los reposabrazos. Retratos adornaban la pared, tres de ellos, un hombre al estilo de treinta años atrás con una mandíbula fuerte y ojos oscuros, un grupo familiar, una joven vestida de blanco con rosas.

Megan miró los retratos y apartó la mirada.

Se situó cerca de la ventana, no porque hubiera nada interesante en la calle sino porque le daba un lugar donde posar los ojos mientras Dorothea se acomodaba en la silla junto al fuego.

Esperaron quizás cuatro minutos.

Margaret Fairfax, la duquesa viuda de Newbury, entró en su propia sala con el porte particular de alguien que había sido hermosa y aún lo era, de la manera en que algunas mujeres son hermosas más allá de todas las edades habituales, no a pesar de los años sino por ellos, la estructura ósea que finalmente había

sobrevivido a todo lo decorativo y temporal. Tendría quizás cincuenta años, tal vez un poco más, de cabello claro y espalda recta, vestida de medio luto, lavanda y gris, que aparentemente llevaba tanto tiempo que había dejado de ser una declaración para convertirse simplemente en lo que vestía.

Sus ojos eran verdes. Un verde interesante, pensaba la mayoría.

Megan, de pie junto a la ventana con las manos aún cruzadas y el rostro dispuesto en la expresión cuidadosamente controlada de alguien que acompaña a una persona de rango, sintió que el aire se le escapaba de los pulmones.

Ojos verdes. No de la clase común. Ese color particular que Oliver había llamado vidrio de mar, el color que de vez en cuando había captado en los espejos de la casa de Penharrow y que le resultaba inquietante de una manera que no podía nombrar del todo.

Miró a la duquesa de Newbury y la duquesa la miró a ella, y durante un momento suspendido ninguna de las dos hizo absolutamente nada.

—Margaret —Dorothea se había levantado. Había calidez en su voz, calidez genuina, de la clase que ella racionaba con cuidado—. Qué bien te ves.

Margaret cruzó la sala y tomó las manos de Dorothea. De cerca era más pequeña de lo que aparentaba, de huesos finos, y su apretón era muy firme.

—Dorothea. Ha pasado demasiado tiempo. —Su voz era medida y clara, la voz de una mujer que había pasado años aprendiendo a manejar su propia expresión y se había vuelto bastante experta en ello—. Demasiado tiempo. —Se apartó y miró a su madrina con la franqueza de mujeres que se conocen desde hace décadas y han prescindido de las actuaciones desde hace mucho—. Te ves exactamente como siempre. Es profundamente injusto.

—Siempre lo he considerado un talento —Dorothea volvió a sentarse—. ¿Puedo presentarte a mi acompañante? La señorita Megan...

—Solo Megan —dijo Megan, porque eso era lo que era, lo que había sido durante catorce años, la mujer sin apellido, la mujer que

no era hija de nadie.

La duquesa se había vuelto hacia ella y se detuvo.

No hizo la pausa cortés de una presentación. Fue un alto. El arresto completo e involuntario de una persona cuyo cuerpo ha hecho algo antes de que su mente le haya dado permiso, los pies quietos y la respiración contenida y los ojos haciendo eso que hacen los ojos cuando miran algo que habían dejado de esperar ver.

—Su… —La duquesa se detuvo. Volvió a empezar. Su voz era muy controlada—. Su acompañante.

—Lo es. —La voz de Dorothea era completamente serena, con la textura cuidadosa de una mujer enhebrando una aguja muy fina con luz incierta—. Lleva conmigo solo unas semanas. Es una persona de cualidad muy considerable.

La duquesa seguía mirando a Megan.

Megan permaneció bajo el peso de esa mirada y sintió que algo antiguo y sin nombre se movía a través de ella, alguna corriente para la que no tenía lenguaje, el mismo tirón profundo que el nombre había provocado en ella cuando lo escuchó por primera vez.

—Perdóneme —dijo la duquesa. Su voz había cambiado ligeramente. Se había afinado—. Perdóneme, yo… —Se detuvo—. Debe pensar que soy muy grosera.

—En absoluto —dijo Megan.

Pero la duquesa no había terminado de mirarla.

Se sentaron. Trajeron té. Dorothea llevó la conversación con la habilidad de un general dirigiendo un campo de batalla, preguntando por Londres y la temporada y el estado de los jardines de la plaza, sacando a Margaret con la soltura práctica de alguien que había estado haciendo conversación en salones desde antes de que se construyera la mitad de la ciudad. Megan se sentó y sirvió y controló sus manos y sintió que la mirada de la duquesa volvía a ella cada pocas frases, como algo atado a una cuerda.

A la cuarta vez, Dorothea dejó su taza de té.

—Megan —dijo—. Su sombrero, si es tan amable.

Megan la miró.

La expresión de Dorothea era completamente serena.

—Aquí hace calor. Creo que a Margaret no le molestará.

Habría discutido, quizás. Habría encontrado una razón para resistirse. Pero había algo en el rostro de Dorothea que era la mirada de una mujer que había estado esperando este momento durante mucho tiempo, y el peso de eso era más pesado que cualquier discusión.

Alzó la mano y se quitó el sombrero.

La duquesa de Newbury emitió un sonido.

No era una palabra. No era un nombre. Era como un animal herido. El sonido que viene antes de las palabras, el sonido involuntario de un cuerpo que reconoce algo que la mente aún intenta alcanzar, y provenía de algún lugar profundo y privado y completamente más allá de su considerable control.

La taza de té en su mano se inclinó. Dorothea alcanzó con la eficiencia rápida de una mujer que había estado esperando esto y la atrapó, la dejó sobre la mesa y se recostó.

—Margaret —dijo en voz baja.

La duquesa miraba a Megan.

Miraba el cabello, rubio como la nieve y abundante, que era el cabello de Megan pero que aparentemente también era otra cosa. Miraba el ángulo del pómulo y la mandíbula y los ojos verdes, sus ojos verdes, y su propio rostro estaba haciendo algo que claramente se le había impedido hacer durante mucho tiempo.

—¿Quién es usted? —preguntó la duquesa. Su voz era apenas un susurro.

Megan no podía hablar.

—Ella no sabe su nombre —dijo Dorothea, y la dulzura en su voz era la dulzura específica de una mujer que ha estado cargando algo para otra persona durante mucho tiempo y finalmente lo está dejando—. La arrebataron de su familia cuando era muy pequeña. Le han dicho que no es nadie. Le han dicho que no pertenece a nadie. —Hizo una pausa—. Yo no lo creí desde el momento en que la vi por primera vez.

La duquesa se levantó de su silla.

Cruzó la habitación con una firmeza que le costaba algo visible, un temblor en sus manos que no podía controlar del todo, y se detuvo frente a Megan y miró su rostro durante mucho tiempo. De

cerca, su propio rostro estaba bastante sereno ahora, en la forma en que las cosas se vuelven serenas cuando han superado la capacidad de temblar ordinariamente y han entrado en otra cosa por completo.

—Su pierna —dijo—. Debajo de la rodilla, en el lado derecho. ¿Hay…? —Su voz falló. Apretó los labios y lo intentó de nuevo—. ¿Hay una marca? ¿Un lunar, pequeño, oscuro, en la parte exterior del tobillo?

La habitación estaba completamente en silencio.

Megan miró a Dorothea. Dorothea la miró con la expresión de una mujer que ha conocido esta respuesta y la ha guardado y la sigue guardando y no dirá nada.

Con manos completamente firmes, porque siempre había sido mejor manejando las cosas visibles que las invisibles, Megan se inclinó y levantó el dobladillo de su vestido gris y se bajó la media.

Justo por encima del tobillo, en la parte exterior de su pierna derecha, una pequeña marca oscura reposaba contra su piel pálida. La había tenido toda su vida. Nunca había pensado en preguntarse por ella. Nadie le había dicho nunca que se preguntara.

La duquesa de Newbury se llevó la mano a la boca.

Y emitió el sonido que había estado conteniendo durante catorce años.

Pasó algún tiempo antes de que alguien pudiera hablar.

Dorothea sirvió el té que se había enfriado y lo reemplazó con algo más fuerte de la jarra del aparador, porque era Dorothea y aparentemente había planeado esta contingencia junto con todas las demás. Puso un vaso en la mano de Margaret y otro, tras un momento de consideración, en la de Megan.

Megan se sentó con el vaso en las manos y miró a la duquesa de Newbury, y la duquesa de Newbury se sentó con su vaso en las manos y miró a Megan, y entre ellas había la más extraordinaria calidad de aire, espeso y brillante y terrible, el aire de una habitación en la que algo se había roto que había estado sellado durante catorce años.

—Megan —dijo la duquesa. No dejaba de decirlo. Solo el nombre, una y otra vez, en la forma en que se dice el nombre de algo que se creía perdido—. Megan.

—No lo sabía —dijo Megan—. No sabía que tenía madre. —Se detuvo. La frase era incorrecta de algún modo, insuficiente, una descripción completamente inadecuada de todo lo que no sabía, todo lo que le habían impedido saber sistemáticamente, todo lo que había pasado catorce años escuchando que no existía—. No sabía que tenía a nadie.

La duquesa extendió la mano y tomó las suyas. Su agarre era muy fuerte. Sus ojos estaban muy brillantes, y no lograba del todo mantener la quietud compuesta que había perfeccionado toda una vida, y Megan no creía haber visto nunca nada tan difícil y tan correcto a la vez como ver fracasar la cuidadosa compostura de una mujer por una buena razón.

—Su padre —dijo Margaret, y luego se detuvo—. Mi esposo. Él… —Una respiración—. Edward murió hace cuatro años. Pasó los últimos diez años de su vida buscándola. —Su voz era serena. Claramente había decidido ser serena—. Nunca se detuvo. No pasó un solo año sin cartas, indagaciones, investigadores. Creía, siempre creyó, que estaba viva. —Su agarre se tensó ligeramente—. Me gustaría poder decirle que tenía razón.

Megan pensó en un hombre que nunca había conocido, que había pasado tantos años buscándola, que había muerto sin saberlo.

—¿Cuál es mi nombre?

Su madre la miró y dijo:

—Hope. Eres Lady Hope Fairfax. Nunca perdí la esperanza de que te encontraran.

Pensó en su nombre. Lady Hope Fairfax, hija del duque de Newbury. Siempre había sido hija de alguien. Siempre había tenido un nombre, una casa, una historia, un padre que había pasado años tratando de encontrarla. Había nacido en algo, pertenecía a algo, y Penharrow había mirado a una niña de seis años y había decidido que era suya.

Fue entonces cuando finalmente cayeron las lágrimas.

—¿Quién la llevó? —preguntó su madre mientras Dorothea le tendía un pañuelo, el rostro de su madre era un cuadro de furia—. Pagarán. Cuando su hermano se entere de esto…

Tenía un hermano.

Dorothea le contó la historia de Megan, bueno, no toda, porque Megan simplemente no podía. Y la duquesa lloró un poco más.

—Lo siento —dijo, y oyó que su voz se quebraba al decirlo, el chasquido limpio de algo bajo demasiado peso, y no fue lo suficientemente rápida para detenerlo—. Siento mucho no haber... no poder... recordarla.

—No —la voz de la duquesa era muy firme—. No. Eso no es tuyo para cargar.

—Pero...

—Megan. —Y había algo en la forma en que Dorothea lo dijo, en la cualidad particular de esa palabra en esa voz, que alcanzó alguna parte de ella que había pasado catorce años protegiendo y le hizo algo sin pedir permiso—. Eras muy pequeña. Tenías seis años y un hombre con más poder que conciencia te robó, y tú sobreviviste.

Megan apretó los labios.

No lloraría. No había llorado propiamente desde la casa de Penharrow y no iba a empezar ahora, en un salón de Londres, con las manos en las de una desconocida que aparentemente era su madre y su vida reorganizada más allá de todo reconocimiento en el espacio de quince minutos.

Iba a llorar absolutamente.

Se cubrió el rostro con las manos y lloró, algo que no había hecho en mucho tiempo, que aparentemente era algo que su cuerpo había estado acumulando para el día en que fuera seguro, y resultó que no era una cantidad pequeña.

La duquesa la atrajo hacia sí. La abrazó como si nunca fuera a soltarla y no dijo nada, nada en absoluto, solo la sostuvo, y Megan pensó vagamente que no tenía idea de cuál era la respuesta emocional correcta para adquirir repentinamente una madre a los veintiún años, pero que aparentemente eso era.

Y descubrir tu verdadero nombre. Hope.

Dorothea se sentó frente a ellas con su brandy intacto y la expresión de una mujer que ha organizado cosas y las ha encontrado correctamente organizadas y se permite un momento privado de satisfacción.

El llanto no duró mucho porque Megan se había entrenado para no hacerlo durante demasiados años y su cuerpo no lo había olvidado.

Se enderezó y encontró un pañuelo, que resultó haber sido colocado en el brazo de su silla en algún momento por Dorothea, porque por supuesto que sí, y se lo presionó contra el rostro y respiró con cuidado hasta que la evidencia visible fue manejable.

La duquesa seguía sosteniendo su mano.

No parecía tener prisa por soltarla.

—Tengo algo que debo decirle —dijo Megan.

Fue lo incorrecto. Lo supo en el momento en que lo dijo, oyó la forma de ello, el peso que conllevaba, y vio a la duquesa quedarse quieta con la quietud particular de una mujer que ha pasado veinte años preparada para la peor noticia y ha encontrado una buena y aún no ha terminado de tener miedo.

—No sobre ahora —dijo Megan rápidamente—. Estoy bien. Estoy más que bien. Oliver... Lord Astor, él… —Se detuvo—. Hay un plan. Estoy protegida. Voy a ser la marquesa de Astor. —Sintió la rareza de la frase incluso ahora, el hecho surrealista y limpio de ello—. No estoy en peligro.

Margaret cerró los ojos un momento. Los abrió.

—Pero hay cosas —continuó Megan— que sucedieron en esa casa. Cosas que se hicieron. Que usted merece saber. —Miró el rostro de su madre, que era lo más extraordinario, *el rostro de su madre*, e intentó encontrar las palabras adecuadas para lo que estaba a punto de decir y no pudo—. Necesito que lo sepa para que entienda por qué vamos a hacer que pague. Pero también me temo lo que le costará a usted.

La duquesa la miró con firmeza.

—¿Crees que me dolerá?

—Sé que le dolerá.

—Megan. —Dorothea habló. Su voz era perfectamente serena, y tenía la cualidad que siempre tenía cuando había pensado algo por completo y estaba entregando la conclusión—. Mira a tu madre.

Megan miró.

—Ha pasado catorce años imaginando cada cosa posible que pudo haberte sucedido —continuó Dorothea—. Cada noche durante catorce años ha tenido esos pensamientos. El no saber es una herida en sí misma. Sea cual sea la verdad, sea lo que sea que Penharrow hizo—Hizo una pausa—. No será peor que lo que su mente ha creado en la oscuridad en ausencia de información. No le ahorrarás dolor protegiéndola de los hechos.

Megan guardó silencio.

La duquesa seguía mirándola con esos ojos que eran sus ojos, tranquilos y firmes y absolutamente seguros.

—Tiene razón —dijo Margaret—. Y te diré algo más. —Soltó la mano de Megan y se recostó ligeramente, con la espalda recta, y se convirtió con precisión en la mujer que había entrado en la habitación, toda compostura y hueso y hierro contenido—. No soy la mujer que necesita protección en esta habitación. Soy la mujer cuya hija le fue arrebatada por un hombre que aparentemente decidió que estaba por encima de la ley y por encima de Dios y por encima de todo artículo de decencia humana. —Su voz era muy baja—. Sea lo que sea que te hizo, quiero saberlo. No porque vaya a ser destruida por ello. —Sus ojos estaban completamente secos ahora—. Porque quiero estar informada con precisión cuando decida cómo acabar con él.

Dorothea emitió un sonido que era extremadamente corto y también, inequívocamente, satisfecho.

—Ahora —dijo la duquesa viuda de Saxton, dejando su vaso—, estamos de acuerdo las tres. El primer orden del día es hacer que la identidad de Megan sea irrefutable. No solo reclamada, sino documentada, verificada, más allá de cualquier cuestión legal. Ya he estado en conversación con un abogado, y pienso hablar con él de nuevo esta tarde.

—Los registros de nacimiento —dijo Margaret de inmediato—. Tenemos registros de nacimiento y hay registros parroquiales, registros de bautismo. Recuerdo ese día como si fuera ayer, teniéndola en brazos. Recuerdo al vicario, recuerdo exactamente qué iglesia. Hubo testigos. La niñera Wilson sigue viva. Puede dar fe del lunar, que es un rasgo familiar. Su hermano también lo tiene.

Tuvimos amigos presentes; medio condado estaba allí. —Algo se movió en su expresión—. Él no ganará.

—Eso es precisamente en lo que he estado trabajando —dijo Dorothea—. Y está el asunto de la propia Lady Megan, cuyo parecido con su madre es tan sorprendente que la reconocí sin que me lo dijeran, y un lunar, bien documentado en los registros familiares que tengo intención de requerir.

—La Biblia familiar —dijo Margaret—. La abuela de mi esposo escribió cada nacimiento en la Biblia familiar. El lunar de Megan está registrado allí. Ella misma lo escribió. —Una pausa—. La Biblia está en Newbury Park, en Wiltshire. Ha estado allí durante cuarenta años.

Dorothea la miró por encima de sus gafas con una expresión de pura apreciación.

—Margaret —dijo—. Siempre he tenido una buena opinión de usted.

—Y yo de usted. —La duquesa cruzó las manos en su regazo—. Ahora. Oliver Sommerset es un buen hombre. Recuerdo a su padre. Ha estado trabajando para proteger a mi hija, y le estoy agradecida por ello, y tengo intención de apoyarlo en todo lo que pueda. —Hizo una pausa—. Pero quiero que quede claro que no soy una espectadora en lo que venga después. Penharrow ha estado viviendo su vida como si lo que hizo no tuviera consecuencias. He estado esperando mucho tiempo para dárselas.

—Habíamos pensado —dijo Dorothea, con una serenidad que ocultaba hierro— en hacer que la rendición de cuentas fuera exhaustiva.

—Dime qué tienes en mente.

—La petición que ha presentado en el Tribunal de Cancillería, con la identidad de Megan establecida, se derrumba por completo. Pero eso es un resultado legal. Es ordenado. Restaura lo que fue arrebatado. —Los ojos oscuros de Dorothea eran muy directos—. Yo quiero más que una restauración. Quiero que esté arruinado. Quiero que sea investigado bajo la ley penal por lo que hizo. Quiero que sea excluido de todas las estancias en las que haya estado, y quiero que todo hombre que alguna vez le mostró cortesía entienda a qué clase de hombre le mostraron gentileza. —Hizo una pausa—. Es un conde

galés. Su influencia en Londres es limitada y sus deudas son considerables. He estado haciendo averiguaciones.

Margaret escuchaba con la atención concentrada de una mujer que recibe inteligencia militar.

—Tiene enemigos —continuó Dorothea—. Hombres a los que ha perjudicado en la última década. Hombres con posición que han estado esperando la alineación correcta para actuar contra él. Mi hijo el duque tiene más peso en el Parlamento de lo que Penharrow podría soñar, y está —miró a Megan— significativamente motivado.

—Yo también —dijo Margaret—. También tu hermano, el duque de Newbury. Que Dios me perdone, nunca he dicho esto de nadie, pero quiero que ese hombre muera. Me costó… me costó a mi hija, y tendré mi venganza.

Megan miró a las dos. Su madre y Dorothea, una en lavanda y gris, otra en seda negra, ambas con la idéntica cualidad de resolución serena y terrible, esa cualidad particular de las mujeres que han pasado demasiado tiempo siendo pacientes.

Ella había pasado catorce años sobreviviendo a Penharrow sola.

Miró el rostro de su madre, que era su rostro, que la había estado buscando durante años, y pensó en lo que Dorothea había dicho en la sala azul de Saxton House, sobre no solo escapar y no solo sobrevivir, sino prosperar. Pensó en que Penharrow lo sabía. Pensó en su rostro, que nunca tendría que volver a ver, cuando entendiera lo que se avecinaba para él, no desde Oliver, no desde la ley, sino desde dos duquesas y la hija que había robado y que resultó haber sido la hija de un duque todo este tiempo.

Pensó en su padre, que la había buscado hasta que murió.

Pensó, s*e lo contaré. No hablando, sino ganando.*

—Quiero ayudar —dijo Megan.

Ambas mujeres la miraron.

—Yo tampoco soy una espectadora. —Miró a su madre, luego a Dorothea—. Sé cosas de él. Sobre sus finanzas y su hogar y los hombres con los que trata y las cosas que ha hecho que él no sabe que yo presencié. —Pensó en catorce años escuchando a través de las paredes y oyendo hablar al personal, aprendiendo muy pronto que saber cosas era el único poder a su alcance—. He estado

memorizándolo desde que era una niña. Sé dónde están los cuerpos. —Hizo una pausa—. En sentido figurado. Casi siempre.

Hubo un breve silencio.

—Bien —dijo Dorothea.

—Excelente —dijo la duquesa de Newbury.

Y en la pálida sala de estar azul de Grosvenor Square, con la luz de la tarde dorándose sobre la alfombra y el té frío en las tazas, las tres se inclinaron y comenzaron.

CAPÍTULO DIECINUEVE

Dorothea llegó a casa sola. Megan había decidido quedarse con su familia. Su hermano, Harry, quería pasar tiempo con ella. Oliver entendía su necesidad de estar con una familia que nunca pensó que tendría, pero la extrañaba.

A la mañana siguiente, Oliver estaba redactando una nota cuando Harold, el mayordomo, llegó a su estudio.

—¿Se encuentra en casa para el duque de Newbury, mi señor? — y le presentó a Oliver la tarjeta del duque.

—Por supuesto. Ponlo en la sala de estar y ve si el duque de Saxton también está libre.

Harold condujo al duque de Newbury a la sala de estar con la formalidad precisa que exigía el rango del hombre, y Oliver se tomó un momento en el pasillo antes de seguirlo.

Los aprovechó para pensar en lo que sabía de Harry Fairfax, el duque de Newbury.

Veinticinco años. Heredó el ducado hace cuatro años, cuando su padre murió, todavía buscando a la hermana en la que nunca dejó de creer que estaba viva. Harry había gastado su propio dinero en investigadores, y había ido personalmente a Gales dos veces en los últimos tres años solo por una sospecha y un rumor. Estaba enfadado por no haber seguido su corazonada. Había oído hablar de las inclinaciones de Penharrow.

Oliver sabía lo que era pasar años queriendo hacer algo contra un hombre y encontrarse con las manos vacías.

Empujó la puerta.

El duque de Newbury estaba de pie junto a la ventana. Se giró cuando Oliver entró y Oliver tuvo un momento para evaluarlo, alto, rubio, los ojos de Megan en un rostro más duro, la mandíbula tensa con la tensión particular de un hombre que había pasado una mala noche al final de una semana peor. No era un hombre de humor para cortesías.

—Lord Astor. —Inclinó la cabeza. Correcto, controlado.

—Su Gracia. —Oliver cruzó la sala y le ofreció la mano, y el duque la aceptó con un apretón que comunicaba con precisión cuántos sentimientos estaba gestionando en ese momento—. He mandado aviso a mi tío. Se unirá a nosotros directamente.

—Bien. —Harry soltó su mano y volvió brevemente a la ventana antes de parecer decidir lo contrario y enfrentar la estancia. Estaba haciendo lo que los hombres hacen cuando quieren parecer menos agitados de lo que están, estaba demasiado quieto, con la mandíbula demasiado tensa.

—¿Cómo está ella? —Oliver necesitaba saberlo. No era una pregunta. Era lo que había estado esperando en su boca desde que llegó su hermano.

—Estoy seguro de que está mejor de lo que estaba habiendo encontrado a su familia. Mejor de lo que nadie tiene derecho a esperar. —Harry eligió sus palabras con cuidado—. Tuvo una noche difícil después de… después de hablar con nuestra madre. Comprensiblemente. Pero esta mañana parecía más serena. —Hizo una pausa—. Es notablemente fuerte.

—Ha tenido que serlo.

Algo se movió en la expresión de Harry que reprimió rápidamente. Iba a ser una dificultad, pensó Oliver, no porque fuera poco razonable, sino porque estaba dolido y tenía un objetivo al que dirigirlo, y esa es siempre la combinación más peligrosa.

La puerta se abrió de nuevo y el duque de Saxton entró, sin prisas, con la expresión de un hombre que había sido informado lo suficiente como para saber qué tipo de reunión era esta. Saludó a

Harry con el grado preciso de calidez apropiado entre iguales que no se conocen bien y que potencialmente están a punto de hacer negocios.

—Su Gracia.

—Su Gracia.

Oliver cerró la puerta.

—Siéntense —dijo, porque alguien necesitaba hacer avanzar esto — y díganme lo que están pensando.

Harry se sentó. El duque de Saxton se acomodó en la silla junto al fuego con el aire de un hombre que pretendía escuchar antes de hablar, como suelen hacer los más maduros. Oliver permaneció de pie.

—Quiero desafiar a Penharrow —dijo Harry. Plano, directo, sin preámbulos—. Un duelo. Quiero matar a ese bastardo.

La expresión del duque de Saxton no cambió.

Oliver lo miró con firmeza.

—Bien. Dígame por qué.

—Porque un juicio significa pruebas. Significa testigos. Significa que Megan se levante en alguna sala y que lo que le hicieron sea — Se detuvo. Volvió a empezar, con la voz cuidadosamente controlada —. Ya ha pasado por suficiente. Más que suficiente. Cualquiera que sea la estrategia legal que hayan estado construyendo, cualquier cosa a la que Penharrow se enfrente en un tribunal de justicia, el costo lo pagará ella. Todo lo que soportó tendrá que ser declarado públicamente, documentado, discutido por hombres con pelucas que nunca han —Se interrumpió—. Un duelo lo termina limpiamente. Una mañana, dos disparos, y está hecho. Sin testimonios. Sin tribunal. Sin periódicos. Nadie podrá imprimir lo que le pasó.

Oliver guardó silencio un momento.

Entendía el argumento a la perfección. Más que eso. Entendía el impulso que había detrás, porque él mismo lo había sentido, la sencillez incandescente de querer poner una pistola en su mano y plantarse a veinte pasos del conde de Penharrow y dejar que todo terminara allí. Lo había sentido en Gales. Lo sentía ahora, con intensidad variable, la mayoría de las mañanas cuando pensaba demasiado en lo que Megan había sobrevivido.

—No es un mal argumento —dijo.

Harry pareció ligeramente sorprendido.

—La parte sobre el juicio —continuó Oliver—. El costo para Megan. Es una preocupación real, y hemos estado pensando en ello. Cualquier proceso penal requerirá su testimonio de alguna forma y eso no es poca cosa. —Se sentó en el brazo del sillón de enfrente, reflexionando—. Pero hay problemas con su solución.

—Sé que hay problemas. Estoy preparado para manejarlos.

—¿Estás preparado para ser procesado? Un duelo con el propósito de matar a Penharrow sería considerado asesinato. Incluso personas como yo y otros puede que no podamos evitar que eso ocurra, y la única forma de evitar un juicio sería contar la historia de Megan, lo que en cierto modo derrota el propósito. —El duque de Saxton habló por primera vez. Su voz era medida, sin juicio—. El duelo es ilegal. Lleva años siéndolo. Se procesa de forma selectiva, pero se procesa. Es un duque. Uno nuevo, con una propiedad que administrar y una madre y una hermana que apenas acaban de reencontrarse. —Dejó que eso se asentara—. Si pone una bala en el pecho de Penharrow en algún campo al amanecer, hay una probabilidad razonable de que pase los próximos dos años en un tribunal usted mismo. Y un juicio al duque de Newbury por la muerte del conde de Penharrow no será el final silencioso que está imaginando.

Harry guardó silencio.

Oliver lo observó asimilarlo. La ira seguía ahí, latente y constante, pero la inteligencia también estaba trabajando ahora. Megan tenía los ojos de su hermano y la mente de su hermano, sospechaba Oliver. Ambos pensaban rápido cuando querían.

—Entonces qué —dijo Harry—. Me está diciendo que usamos los tribunales y ella tiene que levantarse y…

—Le estoy diciendo que puede haber otra vía. —Oliver se levantó y se acercó a la repisa de la chimenea—. No el duelo. Pero tampoco el juicio abierto. Al menos no en la forma que imagina. —Miró a su tío—. Hemos estado trabajando en varios frentes simultáneamente.

El duque de Saxton retomó el hilo con coordinación fluida.

—La petición de Cancillería que Penharrow ha presentado se derrumba en el momento en que la identidad de Lady Megan se establece legalmente. Tenemos pruebas para ello. Los registros de nacimiento, el registro parroquial, la Biblia familiar, testigos que la conocieron de bebé, la marca de nacimiento documentada por escrito antes de que fuera arrebatada. Lo tenemos atrapado en un fraude.

—Pero eso es un asunto civil —dijo Harry.

—Sí. También es un mecanismo. —El tono del duque era paciente, preciso—. Una vez que el asunto de Cancillería se resuelva a su favor, Penharrow no solo es derrotado. Es expuesto como un hombre que presentó falsas reclamaciones ante un tribunal de justicia sobre una mujer cuya identidad conocía perfectamente. Eso es fraude, como mínimo. Como máximo, abre la puerta a una investigación criminal sobre todo lo demás.

—La investigación criminal no requiere que Megan testifique públicamente sobre cada detalle de lo que soportó —dijo Oliver—. Hay otros testigos. Criados en la casa de campo. Una ama de llaves que lo vio todo. Está la carta de James Hartley, que documenta los crímenes de Penharrow con sus propias palabras. Estoy seguro de que si comenzamos por este camino, otros hombres darán un paso al frente con sus propias pruebas contra el conde. —Mantuvo la mirada de Harry—. Queremos arruinarlo de la forma más completa y permanente posible. Un duelo le da un hombre muerto y una cuenta cerrada. Esto le da el legado de un hombre muerto destruido, su nombre despojado de todo honor, y toda persona que haya estado en su nómina entenderá que iremos a por ellos después. Planeo derribar su imperio.

El fuego crepitó. Harry miraba la ventana de nuevo, su mandíbula tensándose ligeramente.

—¿Cuánto tiempo? —dijo.

—Meses, no años. Avanzamos rápido en el asunto de Cancillería. Carmichael ya está trabajando en ello. —Oliver hizo una pausa—. No le prometo que lo ahorquen. No puedo prometerle eso. Pero puedo prometerle que sea cual sea el resultado, no requerirá que Megan sea destrozada en un procedimiento público para llegar a él.

Harry guardó silencio durante un largo momento. Luego exhaló, y parte de la tensión rígida desapareció de sus hombros, no toda, pero lo suficiente como para que pareciera menos un hombre a punto de hacer algo irreversible.

—Bien —dijo. No fue cortés. No pretendía serlo—. Bien. No el duelo.

El duque de Saxton se levantó y se acercó a la cristalera del aparador con el aire de un hombre que acaba de concluir una negociación satisfactoria y pretende marcarla adecuadamente. Sirvió tres copas sin preguntar y las colocó sobre la mesa.

Oliver se sentó.

Harry cogió su copa y la giró entre las manos sin beber. Todavía estaba procesando algo, y Oliver lo dejó procesar, porque reconocía la expresión. Era la expresión de un hombre que tenía una pregunta más y llevaba algún tiempo decidiendo si hacerla.

—Me habló de usted —dijo Harry finalmente—. Anoche. —No levantó la vista de la copa—. De Gales. Del viaje. De las cosas que hizo para mantenerla a salvo. —Una pausa—. No era… Megan no habla con facilidad de las cosas que le importan. Es cautelosa. Ha tenido que ser cautelosa durante mucho tiempo sobre lo que dice y en quién confía. —Levantó los ojos. Eran muy directos—. No fue cautelosa con usted.

Oliver permaneció muy quieto.

—Quiero saber —dijo Harry— si la ama. No si tiene intenciones honorables. No si entiende sus obligaciones. No si es importante para usted en algún sentido general. —Su voz era uniforme, pero sus ojos no—. Quiero saber si ama a mi hermana. Porque ha recibido mentiras de personas en las que confió durante catorce años, y apenas está empezando a entender que no todo el que dice que se preocupa por ella está intentando quitarle algo. Y si usted es… —Se detuvo. La copa estaba muy firme en su mano—. Si es un hombre bueno que se siente responsable de ella y ha hecho lo honorable en consecuencia, no pensaré menos de usted por ello. Pero prefiero saberlo ahora.

La habitación estaba muy silenciosa.

Oliver pensó en el rostro de Megan la mañana que se había parado en la sala de estar de su abuela y se había reído, sin reservas y sin poder evitarlo, por la historia de un trozo de madera a la deriva. Pensó en ella en el coche, tres días después de salir de Londres, haciendo preguntas cuidadosas y precisas sobre la ley porque se negaba a ser ignorante de aquello que se decidía en su nombre. Pensó en la forma en que lo había mirado en el pasillo de Saxton Castle cuando dijo *todavía estoy aquí* y en la forma en que él había entendido, con una claridad que no tenía nada que ver con la estrategia o la obligación, que el hecho de que ella siguiera allí le importaba de una manera que no tenía nada que ver con lo que le debía.

Pensó en estar de pie en ese pasillo y saberlo.

—Sí —dijo. Sostuvo la mirada de Harry sin reservas—. La amo. No porque necesitara ser salvada o porque me sintiera responsable, aunque ambas cosas también son ciertas. La amo porque es… —Se detuvo, encontró las palabras, las dijo sin rodeos—. Porque es la persona más extraordinaria que he conocido, y porque conocerla me ha hecho mejor de lo que era, y porque pasé una cantidad considerable de tiempo en el camino entre Gales y Londres tratando muy duro de no admitírmelo a mí mismo y fracasando por completo. —Hizo una pausa—. Ella sabe exactamente lo que siento por ella. Pero ya que ha preguntado directamente, ahí tiene su respuesta directa.

Harry lo miró durante un largo momento.

Luego cogió su copa y bebió.

—Bien. Espero que ahora podamos tener un compromiso más largo. Me gustaría pasar un tiempo con mi hermana antes de perderla por usted —dijo. Dejó la copa y se enderezó ligeramente, y algo en su actitud cambió de la furia controlada con la que había llegado hacia algo que Oliver identificó cautelosamente como un hombre que estaba haciendo la tranquila aritmética privada de si confiar en alguien y llegando a un número que no esperaba encontrar.

—Mi abuela tiene buena opinión de usted —dijo el duque de Saxton, con el aire despreocupado de un hombre que observa el

tiempo.

—Su abuela sobreviviría a un asedio —dijo Harry, y no era una crítica.

—Así es —coincidió Oliver—. Probablemente lo organizaría ella.

Harry pareció brevemente, de forma casi imperceptible, como si algo en él se hubiera relajado por un instante antes de recordar que este no era un momento para relajarse. Pero estaba ahí, pensó Oliver. El comienzo de algo.

—Penharrow —dijo Harry—. Lo que sea necesario hacer. Lo que sea que necesite de mí. Dinero, testigos, mi peso en la Cámara de los Lores, cualquier cosa, lo tiene.

—Lo sé —dijo Oliver—. Lo necesitaremos todo. Espero que alguien dé un paso al frente y diga que él mató a James. Entonces será ahorcado. Tengo los datos de la mujer que cuidó a Megan en Gales. He enviado a Webb y a algunos hombres para que la traigan a Londres si no está demasiado enferma. Si lo está, entonces obtendremos una declaración jurada ante un magistrado. Tendré mi venganza, igual que usted.

Harry asintió una vez, el asentimiento decisivo de un hombre que ha pasado de la cuestión del *si* a la cuestión del *cómo*. Cogió su copa de nuevo. Afuera, el tráfico matutino en la calle comenzaba a intensificarse, con el ruido constante de Londres ocupándose de sus asuntos, indiferente a las cosas que se decidían en las salas de estar sobre él.

—Ella va a querer involucrarse —dijo Harry—. Va a insistir. Lo sé. Solo la conozco desde hace un día, y ya sé que lo hará.

—Ya se ha ofrecido a involucrarse —dijo Oliver—. Le dijo a su madre y a mi abuela que sabe dónde están los cuerpos.

Harry asimiló esto.

—En sentido figurado —añadió Oliver.

—Dijo *"casi siempre"* —observó el duque de Saxton.

Harry dejó su copa y miró al techo por un breve momento con la expresión de un hombre recalibrando sus expectativas al alza.

—¿Cómo vamos a explicar la repentina aparición de Megan? —preguntó Harry.

El duque de Saxton dijo:

—Cíñete a la verdad tanto como sea posible. Di que se despistó y se perdió en la feria, y que una familia la acogió sin saber quién era. Solo fue descubierta cuando mi madre la vio en un pueblo cerca de Shrewsbury y la llevó directamente a la duquesa de Newbury.

—Bien —dijo de nuevo, y esta vez la palabra tenía algo casi parecido al alivio—. Bien, entonces. Pongámonos a trabajar.

CAPÍTULO VEINTE

Megan había pasado el día con la modista de su madre, preparando un guardarropa completamente nuevo. Como era demasiado arriesgado que la vieran por ahí, la modista había acudido a ella con todas las telas y diseños. Había sido la tarea más agotadora que había tenido que hacer.

Mientras trabajaban, pidió a una de las criadas que le hiciera un vestido para la cena familiar de aquella noche. Quería lucir lo mejor posible porque Oliver vendría.

Oliver, la duquesa viuda y el duque de Saxton se unirían a ellos. No podía esperar a ver a Oliver y presentarlo a su madre. Por supuesto, Margaret ya sabía quién era, pero no quién era en realidad.

Su madre le había dicho que mientras Megan lo amara, ella era feliz. Su madre le había preguntado qué nombre quería usar. Quería conservar Megan, porque había sido la vida de Megan la que la había moldeado. Aunque su madre no estaba contenta, no había armado un escándalo. Todo lo que dijo fue que Megan siempre sería su Hope. Pero podía elegir el nombre con el que se sintiera más a gusto.

Y era feliz. No podía creer que pudiera ser tan feliz.

Francamente, ya no le importaba lo que le ocurriera a Penharrow. No quería llevarlo ante la justicia si eso significaba arruinar lo que

tenía ahora, o poner en peligro a nadie a quien quisiera.

Había oído lo que su hermano quería hacer, y lo prohibiría rotundamente. Sospechaba que Oliver también había pensado en un duelo.

Su nueva doncella, Claire, estaba poniendo los toques finales a su vestido cuando Megan oyó el carruaje detenerse. La emoción le recorrió la piel y su rostro se coloreó ante la idea de que Oliver la viera vestida así. Por primera vez se sentía lo bastante digna para estar a su lado.

El sonido de pasos en el vestíbulo de abajo subió por la escalera, y Megan apretó las palmas contra sus faldas para calmar el temblor de sus manos. Claire dio un paso atrás, inclinó la cabeza y declaró el resultado satisfactorio con una sonrisa silenciosa que Megan sospechó que significaba considerablemente más que satisfactorio.

—Está hermosa, mi señora —dijo Claire simplemente.

Megan se volvió hacia el espejo una última vez. El vestido era de seda zafiro profundo, cortado al estilo imperio de moda con un delicado encaje de marfil sobre el corpiño y las mangas. Llevaba el cabello recogido con suaves rizos enmarcando el rostro, y su madre le había enviado un sencillo collar de perlas que había pertenecido a su abuela. Parecía, pensó Megan con un sobresalto, ella misma. No la criatura hueca que había existido en las sombras de la finca de Penharrow, ni la fugitiva de cabello alborotado que había tropezado por el campo galés, sino una mujer. Una dama. Alguien que tenía todo el derecho de bajar aquellas escaleras y ocupar su lugar entre las personas reunidas abajo.

Enderezó la espalda y se dirigió a la puerta.

Las voces llegaron hasta ella al alcanzar el rellano. La risa cálida de su madre, el grave retumbo de la voz de su hermano Harry, y por debajo de todo, más suave que el resto, la voz que había estado esperando toda la tarde. Encontró a Oliver antes de bajar el segundo escalón.

Estaba al pie de las escaleras hablando con Harry, con una mano apoyada en su costado con esa confianza tranquila y sin prisas que ella había llegado a conocer tan bien. Aún no había levantado la vista. Lo observó un momento. La anchura de sus hombros bajo su

chaqueta oscura de noche, la línea de su mandíbula al girar ligeramente la cabeza para oír algo que Harry decía, y entonces alguien en la sala la notó, y Oliver levantó la vista.

Se quedó completamente quieto.

No era una expresión educada y medida de aprobación, de esas que Megan imaginaba que los caballeros producían en los salones cuando las convenciones lo exigían. Era algo completamente distinto. Su mirada recorrió lentamente su figura, desde las perlas de su cuello hasta el caer de la seda zafiro, y cuando llegó de nuevo a su rostro había algo crudo y sin reservas en su expresión que le cortó la respiración. Cualquier compostura que hubiera reunido se había deshecho por completo.

Megan bajó los escalones restantes con la barbilla erguida y el corazón latiéndole de una manera completamente impropia de la hija de un duque.

—Lady Megan. —Su voz era ligeramente más ronca de lo habitual cuando ella llegó abajo y le ofreció la mano. Era la primera vez que la llamaba «lady» y le gustó.

Se inclinó sobre ella con toda la cortesía, pero sus dedos se cerraron alrededor de los de ella un momento más de lo estrictamente necesario, y cuando se enderezó, el deseo crudo en sus ojos no había desaparecido del todo.

—Mi señor —dijo ella.

—Está... —Se detuvo. Empezó de nuevo— Usted es...

—Gracias —dijo ella, apiadándose de él.

Harry tosió detrás de su puño.

La duquesa viuda de Saxton, que había estado en plena conversación con la madre de Megan al otro lado de la sala, apareció al lado de Oliver con el instinto infalible de una mujer que nunca se había perdido un momento significativo en su vida.

—Magníficamente hecho, querida —le dijo a Megan, con una sonrisa que lograba ser a la vez aprobatoria y profundamente divertida. Le dio una palmada en el brazo a Oliver—. Cierra la boca, querido.

—No estaba... —Se detuvo ante la mirada de su abuela y se rindió—. Sí, abuela.

Su madre cruzó la sala y enlazó su brazo con el de Megan, atrayéndola suavemente para presentarla al duque de Saxton, y Megan se permitió una mirada por encima del hombro. Oliver seguía mirándola, con una expresión que la hacía sentirse cálida desde la clavícula hasta la raíz del cabello.

La cena fue anunciada en el plazo de media hora, pero antes de que el pequeño grupo comenzara a moverse hacia el comedor, Oliver apareció silenciosamente a su lado.

—Lady Megan. —Habló lo bastante bajo para que no se oyera más allá—. ¿Podría hablar un momento a solas con usted antes de que entremos?

Ella lo miró con curiosidad. Su expresión se había asentado en algo más difícil de leer que el impacto sin reservas de la escalera. Cuidadosa y deliberada, como se veía cuando elegía sus palabras con gran precisión.

—Por supuesto.

Su madre les dirigió una mirada benévola y completamente transparente mientras Oliver ofrecía su brazo a Megan y la conducía al pequeño salón contiguo al vestíbulo de entrada. Cerró la puerta suavemente detrás de ellos y luego se quedó un momento con las manos a la espalda, algo que Megan había aprendido que hacía cuando se recomponía.

—Quiero preguntarte algo —comenzó—. Y necesito que entiendas que pregunto porque quiero que tengas una opción. No porque tenga dudas. —Hizo una pausa—. Eso es importante. Quiero que quede claro desde el principio.

Megan lo observó. Había algo muy serio en su rostro.

—De acuerdo.

—Cuando aceptamos, es decir, cuando te pedí que te casaras conmigo y tú dijiste que sí... —Exhaló lentamente—. Eso fue en circunstancias diferentes. Estabas en peligro. Dependías de mí de una manera que espero que ya no sea así, y quiero asegurarme de que lo que dijiste entonces no estuvo teñido por eso.

Ella guardó silencio. El calor que la había llevado escaleras abajo comenzó, lentamente, a enfriarse.

—Ahora tienes opciones —continuó—. Tienes a tu familia. Tienes a tu madre, a tu hermano, y el nombre y el título de tu padre, que no es poca cosa. Podrías tener una temporada en sociedad. —Dijo las palabras como si las hubiera ensayado cuidadosamente—. Podrías conocer a otros hombres. Hombres que no te hayan arrastrado por un bosque galés ni te hayan tenido a punta de pistola ni...

—Tú nunca me tuviste a punta de pistola —dijo ella con cuidado.

—El principio se mantiene. —Tenía la mandíbula tensa—. Mereces tomar esta decisión desde una posición de libertad, no de necesidad. Así que te pregunto ahora, cuando tienes todo lo que necesitas independientemente de tu respuesta, ¿sigues queriendo casarte conmigo?

Megan lo miró fijamente.

Entendía, en la parte de su mente que funcionaba con claridad, que él creía estar dándole algo. Que pensaba que aquel discurso era generoso. Pero lo que ella oía, bajo esa construcción tan cuidadosa, era a un hombre construyéndose una puerta de salida. Dándose a sí mismo una salida digna mientras aparentaba ofrecerle la llave a ella.

—Ya veo —dijo.

Algo parpadeó en su rostro.

—Megan...

—Quieres estar seguro de que no me caso contigo por desesperación. —Mantuvo la voz muy firme—. De que no he confundido gratitud con otra cosa.

—Eso no es lo que he dicho.

—Es exactamente lo que has dicho.

—He dicho que mereces una opción.

—Has dicho que debería conocer a otros hombres.

Un músculo se tensó en su mandíbula.

—Porque deberías poder hacerlo si quieres. Nunca has tenido esa oportunidad.

—No quiero a otros hombres. —Se giró ligeramente hacia la ventana. La parte trasera de su garganta se había tensado de una manera a la que se negaba absolutamente a ceder—. Pero creo que entiendo lo que me estás diciendo. Que sientes que las

circunstancias en que nos conocimos quizá te vincularon a una oferta que de otro modo no habrías hecho, y estás buscando una manera cortés de...

—Eso no es... —Se detuvo. Luego, con considerable sentimiento — Dios mío, ¿eso es lo que crees que es esto?

Ella no respondió, lo que fue una respuesta en sí misma.

Lo oyó moverse. Luego oyó algo que nunca había oído antes. El sonido inconfundible de Oliver Sommerset, marqués de Astor, cayendo al suelo.

Se giró.

Estaba de rodillas.

No en la vaga actitud romántica de un hombre que escenifica una propuesta. Estaba de ambas rodillas sobre la alfombra del salón, mirándola con una expresión tan despojada de su habitual compostura que bien podría haber sido el rostro de otra persona. Parecía, pensó ella con un repentino y agudo dolor detrás del esternón, tan asustado como ella se había sentido alguna vez.

—No estoy buscando una salida cortés —dijo. Su voz se había vuelto ronca—. Estoy aterrado de haberte pedido que te casaras conmigo en un momento de peligro y de que, cuando el peligro pasara, te dieras cuenta de que habías aceptado pasar tu vida con un hombre que, ciertamente, no es fácil de soportar, que no dice las cosas correctas, que... —Se detuvo. Tragó saliva—. Estoy intentando darte una salida porque no estoy del todo seguro de merecerte. Esa es la verdad.

Megan lo miró durante un largo momento. Su garganta seguía tensa, pero por una razón completamente diferente.

—Eres un absoluto necio —dijo en voz baja.

Él exhaló un suspiro.

Ella se acercó a él y él metió la mano en el bolsillo interior de su chaqueta, con las manos no del todo firmes, y sacó un anillo. Era antiguo, pudo verlo de inmediato, el oro oscurecido por el tiempo y el engaste elaborado en un estilo de épocas pasadas, una piedra verde profundo rodeada por un racimo de pequeños diamantes que captaban la luz de las velas en la pequeña estancia.

—Era de mi madre —dijo en voz baja—. Su anillo de prometida. Ha estado en la familia durante tres generaciones. —Lo sostuvo frente a ella con la firmeza estudiada de un hombre que se obliga a sí mismo a no dejarlo caer—. Lo he estado llevando encima durante dos días y no he logrado dártelo porque no dejaba de disuadirme a mí mismo, lo que en retrospectiva ha sido considerablemente más necio que todo lo que he dicho ahora.

Megan extendió la mano y tomó la de él entre las suyas; el anillo descansaba entre ambos.

—Pídelo como es debido —dijo ella.

Algo cambió en su rostro.

—Lady Megan Fairfax. —Su voz era baja y segura de una manera que no lo había sido durante todo el discurso anterior—. ¿Me haría el inmenso honor de convertirse en mi esposa?

—Sí —dijo ella—. Como dije la primera vez. Como habría dicho en cualquier momento en que me lo hubieras pedido.

Se levantó de rodillas en un solo movimiento, y ella apenas tuvo tiempo de respirar antes de que sus brazos la rodearan y la apretaran contra su pecho, con el rostro hundido contra su cuello y su barbilla apoyada sobre la coronilla de ella. Podía sentir el latido acelerado de su corazón bajo su palma. Sintió que él presionaba un beso en su cabello, solo uno, breve y ferviente, antes de separarse lo suficiente para buscar su rostro, y entonces la besó como es debido.

No se parecía en nada a los besos desesperados y al borde de la supervivencia del camino. Era lento, deliberado y muy, muy profundo, y cuando finalmente levantó la cabeza, Megan se sintió más que agradecida de que él aún no la hubiera soltado.

—El anillo —murmuró.

Había olvidado que aún lo sostenía. Extendió la mano izquierda y él lo deslizó en su dedo, y por un momento ambos miraron hacia abajo, a la luz de las velas, el oro antiguo cálido contra su piel, la piedra verde brillando como algo atrapado en ámbar, haciendo juego con el color de sus ojos.

—Fue hecho para ti —dijo él.

—Creo que es lo más hermoso que he llevado puesto.

Él levantó su mano y besó el anillo donde descansaba en su dedo, y luego la miró con una expresión para la que ella sospechaba que pasaría el resto de su vida tratando de encontrar palabras adecuadas.

—Deberíamos entrar —dijo a regañadientes.

—Deberíamos.

Ninguno de los dos se movió durante otro momento.

El comedor de Newbury House brillaba a la luz de las velas, la larga mesa estaba dispuesta con la plata de la familia y el cálido olor a cera de abejas y carne asada flotando agradablemente por la estancia. La madre de Megan se sentaba junto a su hijo en la cabecera de la mesa, con un aspecto sereno y feliz que hizo que el pecho de Megan se oprimiera con algo que no podía nombrar con precisión.

El duque de Saxton y su hermano habían descubierto una pasión compartida por la cría de caballos en los primeros diez minutos de conocerse y se habían instalado en una conversación amistosa en un extremo de la mesa, con la facilidad de hombres que simplemente habían estado esperando encontrarse.

Oliver se sentó junto a Megan.

Su abuela captó la mirada de Megan al otro lado de la mesa y bajó la vista hacia el anillo con una expresión de profunda satisfacción.

—Bueno —dijo, en un tono que daba por concluido un argumento del que nadie era consciente de que ella estaba ganando —. Eso está muy bien resuelto.

—¿Qué está resuelto, abuela? —preguntó Oliver.

—Todo, querido muchacho. —Alcanzó su copa de vino—. Todo.

Su madre estaba mirando a Megan con una calidez que no había disminuido ni un instante desde que habían entrado en la sala. Al otro lado de la mesa sonrió, y Megan le devolvió la sonrisa, y la plenitud de aquello amenazaba con desbordarse por completo.

La velada transcurrió con la tranquila y pausada facilidad de una familia que recuerda cómo serlo. Hubo historias sobre los días de

escuela de Harry que la hicieron reír hasta que tuvo que dejar el tenedor. Hubo preguntas corteses sobre la finca de Saxton que Oliver respondió con un orgullo silencioso del que parecía apenas consciente. La duquesa viuda de Saxton contó una historia sobre un caballo y un diplomático extranjero que Megan sospechaba firmemente que había sido considerablemente embellecida para lograr efecto, y no le importó en lo más mínimo porque hizo reír a su madre de la manera que Megan había creído durante catorce años que nunca volvería a escuchar.

En un momento, la mano de Oliver encontró la de ella bajo la mesa y no la soltó durante mucho tiempo.

Afuera, Londres se movía con su habitual indiferencia, y en algún lugar de la ciudad, un conde galés sin duda estaba ocupado con sus propios asuntos. Pero aquí, en la cálida luz de las velas de Newbury House, nada de eso existía esa noche. Esta noche solo estaban la mesa, la luz y las voces de personas que se amaban, y Megan se sentaba en medio de todo ello con las perlas de su madre en el cuello y el anillo de una mujer muerta en su dedo, y pensó que nunca en su vida se había sentido tan completamente, tan irreversiblemente y tan inesperadamente en casa.

CAPÍTULO VEINTIUNO

Su caso contra Penharrow estaba creciendo. Webb había regresado por fin de Gales con la declaración jurada de la Sra. Griffth, atestiguada por un abogado de Londres que lo había acompañado. Ella estaba demasiado enferma para venir en persona, pero se mostró encantada al enterarse de que Megan estaba a salvo y con su familia.

Webb dijo que habían encontrado cierta hostilidad por parte de los hombres de Penharrow, pero habían logrado evadirlos.

En la carta, la Sra. Griffth juraba que James había estado en el refugio y había sido escoltado por los hombres de Penharrow, pero no había presenciado su muerte. Así que todavía no lo tenían por el asesinato de James. Pero los agentes de Bow Street tenían hombres en Gales y sospechaban que en el momento en que arrestaran a Penharrow por fraude, alguien hablaría.

Y como sospechaban, Penharrow había presentado sus documentos de tutela, los cuales podían demostrar que eran fraudulentos. Al menos lo tenían por eso, pero Oliver quería más. Harry había contratado a agentes de Bow Street para investigar las operaciones de Penharrow y habían reunido pruebas de comportamiento sin escrúpulos, violencia, extorsión y comercio ilegal.

Dado todo eso, se habían vuelto demasiado confiados. Megan pensó que ahora que era una dama, y con su prestigiosa familia dándole la bienvenida a su distinguido círculo, Penharrow no se arriesgaría a raptarla de nuevo, ya que eso le daría a su familia la prueba que necesitaban para acusarlo. Pero una vez más subestimó su desesperación, o tal vez su determinación de que ella no escaparía de sus garras.

La mañana había comenzado de manera lo suficientemente inocua.

Había sido idea de su madre. Habían pasado tres días desde la cena en Newbury House, y Margaret Fairfax, Duquesa de Newbury, se había despertado con la inquietud particular de una mujer que había estado encerrada demasiado tiempo, preocupada por demasiadas cosas que no podía controlar. Un paseo en carruaje, había declarado en el desayuno. Uno corto. La modista de Bond Street había enviado un mensaje diciendo que dos de los nuevos vestidos de Megan estaban listos para una última prueba, y no era razonable, argumentó su madre con firmeza, pedirle a una mujer que viviera como prisionera en su propia casa solo porque un hombre malvado así lo deseaba.

Oliver no habría estado de acuerdo. Megan lo sabía con certeza mientras se acomodaba en el carruaje junto a la Duquesa Viuda de Saxton, que había llegado a Newbury House temprano esa mañana y se había declarado encantada de acompañarlas. El pensamiento de su reacción había estado en el fondo de su mente durante todo el desayuno, una pequeña voz persistente que había elegido, deliberadamente, ignorar. Estaba cansada de ser sensata. Estaba cansada de sentarse en habitaciones que otros decidían que eran seguras para ella y esperar a que alguien más determinara cuándo podía volver a vivir.

—Él se enfurecerá —observó Dorothea con amabilidad, arreglando sus faldas.

—Entonces no se lo contaremos hasta después —respondió su madre con una serenidad que Megan sospechaba que era, al menos en parte, una actuación.

Había cuatro jinetes de escolta, un cochero y dos de los hombres de Harry cabalgando delante y detrás. No era, había argumentado su madre, como si estuvieran desprotegidos. Y en verdad, Megan había mirado el carruaje con sus guardias y la brillante luz del sol de media mañana se inclinaba sobre la calle, y pensó que quizá estaban preocupándose demasiado. Penharrow había presentado sus documentos fraudulentos. Los agentes de Bow Street estaban construyendo su caso. Estaba en una posición lo suficientemente precaria como para que, seguramente, no se arriesgara a algo tan descarado.

Se había equivocado antes, por supuesto.

Pero estaba cansada de tener miedo. Estaba cansada de dejar que él le arrebatara incluso esto, incluso las mañanas ordinarias, incluso algo tan simple como pasear por su propia ciudad a la luz del día con su madre a su lado y su anillo de compromiso cálido en su dedo. Presionó el pulgar contra la piedra verde mientras el carruaje salía a la calle y se dijo que era suficiente. Los guardias eran suficientes. La luz del día era suficiente. Era hija de un duque con un marqués como futuro esposo y toda una familia a su alrededor como una fortaleza, y Penharrow era un hombre desesperado al que se le acababa el camino.

Lo creyó por completo, justo hasta el momento en que dejó de creerlo.

El carruaje había llegado hasta St. James's Street antes de que todo se desmoronara.

La primera señal fue el grito del jinete de la escolta, cortado tan abruptamente que el silencio posterior fue peor que cualquier sonido. Megan giró la cabeza hacia la ventana en el mismo instante en que el carruaje se detuvo violentamente, lanzando a la Duquesa Viuda hacia adelante, contra su brazo. Los caballos chillaron en algún lugar detrás de ellos. Hubo un choque de madera contra madera, un segundo carruaje colocado de través en la calle, y luego los sonidos de una pelea que Megan reconoció con una sacudida de horror enfermizo porque había estado catalogando violencia toda su vida adulta y su cuerpo lo sabía antes de que su mente pudiera procesarlo.

—¿Qué demonios…? —comenzó a decir su madre.

La puerta del carruaje se abrió de golpe.

Megan tuvo una mirada clara a los hombres de fuera antes de que la mano de Dorothea se cerrara alrededor de su muñeca como un tornillo de banco. No llevaban librea. No eran agentes. Dos de ellos se enfrentaban a los jinetes de Harry con una eficiencia tranquila que le dijo que habían hecho esto antes, que esto había sido planeado al minuto, que nada de lo que ocurría fuera de esa puerta era accidental. El tercer hombre ya estaba en el estribo del carruaje con los ojos fijos en Megan y nada en su expresión, ni crueldad, ni satisfacción, solo la atención profesional y vacía de alguien a quien habían pagado para recogerla y que tenía la intención de hacer exactamente eso.

—Lady Megan —dijo. Una cortesía, en cierto modo.

El sonido de su título en boca de aquel hombre le revolvió el estómago.

—No osarán... —La voz de su madre era magnífica en su furia, la autoridad plena de una duquesa en su punto más alto, y completamente inútil. Megan la oyó y la amó por ello, y sintió la inutilidad de aquello como una piedra cayendo en aguas quietas.

Dorothea no malgastó palabras en órdenes inútiles. En sus ochenta y un años, se había enfrentado a suficientes hombres como para saber con precisión qué batallas podían ganarse y cuáles no. Su agarre en la muñeca de Megan se tensó por un momento feroz, y en él Megan sintió todo lo que la anciana quería decir y no podía. Entonces el hombre en la puerta alcanzó el brazo de Megan, y el agarre se rompió.

Megan miró el rostro de su madre. Blanco de terror y rígido por el esfuerzo de contenerlo. Sus ojos brillaban de esa manera que no tenía nada que ver con la compostura y todo que ver con la pura fuerza de voluntad necesaria para no desmoronarse por completo. Detrás de ella, Dorothea estaba sentada muy recta, y su expresión era de pesar, claro y sin reservas, del tipo que Megan nunca había visto antes en ese rostro en particular.

Algo dentro de Megan se quedó muy callado.

—Está bien —dijo. Manteniendo la voz firme, porque lo último que haría, lo absolutamente último, sería dejar que presenciaran cómo se desmoronaba mientras el hombre de Penharrow observaba desde la puerta. — Está bien. No sigan.

Se dejó llevar porque la alternativa era ver cómo hacían daño a dos mujeres a las que quería, y tenía años de práctica calculando exactamente qué podía y qué no podía evitarse.

Bajó del carruaje por sí misma. No iba a dejarse arrastrar. Tomó esa decisión en el espacio de una sola respiración y se aferró a ella, porque era lo único que le quedaba para aferrarse, ese pequeño y furioso resto de dignidad: la elección de caminar cuando no podía elegir nada más.

La movieron rápidamente por una calle lateral que no reconocía, la metieron en un segundo carruaje que ya estaba esperando con las cortinas corridas, y la puerta se cerró tras ella antes de que tuviera tiempo de hacer nada útil. Sus manos no estaban atadas. Eso la sorprendió. El hombre que se sentó frente a ella no era uno de los que reconocía del refugio en Gales, y no habló. Simplemente la observó con la atención cuidadosa de un hombre pagado para entregar algo intacto.

Megan se sentó con la espalda recta y las manos cruzadas en el regazo y no le dio nada.

Pero por dentro, en el lugar que había aprendido a los dieciséis a mantener completamente separado de su rostro, todo estaba gritando.

Había pensado que había superado esto. Había creído genuina, tonta, catastróficamente que lo peor había quedado atrás. Se había sentado en la mesa de su madre con la mano de Oliver cálida alrededor de la suya a la luz de las velas y se había dicho, en el lenguaje privado y sin palabras de una mujer que por fin se atrevía a esperar, que ahora estaba a salvo. Que la jaula estaba abierta. Que había salido de ella a la luz del sol y la puerta nunca podría cerrarse de nuevo porque ahora había personas que sabían dónde estaba y quién era, y que destrozarían el mundo si alguien intentaba llevársela de nuevo.

Había olvidado, en algún lugar del calor de estas últimas semanas, lo bueno que era Penharrow para arrebatar cosas.

El anillo en su dedo atrapó un rayo de luz a través de la cortina del carruaje y presionó el pulgar contra él con fuerza, más fuerte, hasta que la piedra le mordió la piel, y respiró. Solo respiró. Como había aprendido en los primeros años en el refugio, cuando el pánico era un lujo que no podía permitirse y la compostura era el único arma que poseía.

No sería como antes. Se lo dijo con la repetición deliberada de alguien que construye un muro ladrillo por ladrillo. No sería como antes porque ya no era una niña pequeña, ignorante y desprotegida y completamente sola. No volvería a ser su esclava. Tenía una madre que ya estaría movilizando todos los recursos a su disposición. Tenía un hermano que había contratado a agentes de Bow Street y a un abogado, y que no se detendría hasta encontrarla. Tenía a Oliver.

Oliver. Estaría fuera de sí y se culparía a sí mismo también.

Volvió a presionar el pulgar contra el anillo y sostuvo el pensamiento de él como una brasa en la palma de su mano, pequeña, feroz y firme.

Él vendría. Lo sabía con una certeza que no tenía nada que ver con el sentimentalismo y todo que ver con el hombre al que amaba. Lo conocía. Sea lo que sea lo que Penharrow pretendiera, sea lo que sea lo que imaginara que había recuperado al sacarla de ese carruaje, había cometido un error de cálculo significativo.

No sabía quién venía a buscarla.

Mantuvo el rostro sereno y las manos quietas, y dejó que el carruaje la llevara, y pensó en Oliver, y respiró.

NO ERA una de las propiedades de Penharrow en Londres. Comprendió eso cuando el carruaje se detuvo por fin y ella bajó a un patio de grava bordeado de olmos desnudos. Una casa alquilada, en algún lugar al sur del río, lo suficientemente cerca de Londres como para que el humo de la ciudad aún tiñera el horizonte, pero lo bastante lejos como para que el ruido se hubiera desvanecido por completo. Una casa cómoda. Discreta. Del tipo que un hombre

podría alquilar por unas semanas sin despertar un interés particular entre los vecinos.

Tuvo tiempo, en los pocos pasos entre la puerta del carruaje y la entrada, de fijarse en el camino, la dirección de la que venían, la única puerta en el muro del jardín, los dos hombres cerca de las caballerizas que observaban su llegada con la distancia profesional de hombres contratados que no hacían preguntas. Lo guardó todo en la parte de su mente que mantenía para la supervivencia y siguió al hombre al interior.

Penharrow la esperaba en la sala de estar.

Se veía exactamente como ella lo recordaba, que era lo más perturbador de él. Lo había convertido en algo monstruoso en los meses desde Gales, en algo vasto y oscuro que ocupaba los espacios donde vivía el miedo, y ahí estaba él, solo un hombre de estatura media con el cabello oscuro y pulcro que empezaba a platearse en las sienes y la expresión compuesta y ligeramente aburrida de alguien que acababa de ganar una discusión que nunca había dudado que ganaría. Vestía impecablemente. Estaba junto a la chimenea con una copa de vino en la mano, como si ella simplemente hubiera ido a visitarlo a una hora razonable y la hubieran hecho pasar.

La miró como siempre lo había hecho. Como si fuera algo de su propiedad.

—Megan. —Dijo su nombre con un tipo particular de posesión, como si ella fuera un cuadro devuelto por un restaurador, algo extraviado temporalmente y ahora de vuelta donde pertenecía. — Te ves bien. Mejor de lo que esperaba, dado el tipo de compañía que has estado frecuentando.

Ella no dijo nada. Sabía cómo no decir nada de las maneras que menos le costaban, y empleó esa habilidad ahora, de pie en medio de la sala de estar alquilada con las manos sueltas a los costados.

—Veo que te han vestido. —Dejó que su mirada recorriera el vestido que su madre había elegido para ella, la suave lana verde, el cuello alto, la elegancia silenciosa de la prenda, y había algo en su expresión que ella reconoció con fría claridad. Desagrado

cuidadosamente contenido. Era el gusto de su madre sobre su piel y él lo sabía, y no le gustaba. — Pareces una Fairfax.

—Soy una Fairfax —dijo ella—. Pero eso ya lo sabías hace todos esos años.

Las palabras salieron firmes y planas y completamente sin artificio. Eran simplemente ciertas.

Algo cambió en su rostro, la primera pequeña grieta en la superficie serena de él. No era ira. Era algo más peligroso que la ira, la certeza ofendida de un hombre que en toda su vida nunca había visto corregida su versión de la realidad por una mujer que consideraba suya.

—Qué novedad —dijo con suavidad—. Cinco semanas con un título y de repente tienes opiniones.

—Tus documentos de tutela son fraudulentos —dijo ella—. Tú lo sabes. El abogado de mi familia lo sabe. Los tribunales lo verán en el plazo de una semana. —Hizo una pausa. —No tienes nada.

Él se volvió hacia la chimenea.

—Te tengo a ti.

Ella observó la espalda, sus hombros y pensó, con una claridad que la sorprendió, que no le tenía miedo. Era muchas cosas estando de pie en esa estancia. Estaba furiosa. Estaba calculando. Estaba pensando en la puerta del muro del jardín y en la dirección del camino y en la distancia hasta la ciudad. Estaba pensando en Oliver y en Harry y en su madre y en el pequeño y fiero hecho del anillo en su dedo.

Pero no tenía miedo.

Había tenido miedo antes y no la había salvado, ni una sola vez, y había dejado de necesitarlo para eso.

—Oliver sabe dónde estoy —dijo. Aún no era cierto. Pero lo sería. Lo creía con la misma fe con que creía que saldría el sol, con la tranquila e inquebrantable confianza de quien ha decidido arriesgarlo todo a ello.

Penharrow se giró para mirarla. Algo se movió detrás de sus ojos, algo que tragó rápidamente y reemplazó con su habitual vacuidad.

—Entonces es bienvenido a venir a discutir el asunto —dijo—. Yo tengo una pupila. Él tiene una mujer con la que está pasando

bastante tiempo. Estoy seguro de que podemos llegar a un acuerdo.

—No habrá ningún acuerdo —dijo ella con sencillez—. No hay nada que poseas que alguien quiera.

Él la miró durante un largo momento. Ella lo miró también, y no desvió la mirada, y después de un momento él se volvió hacia el fuego y no dijo nada más.

Ella se quedó en medio del salón de él y esperó, y pensó en el anillo, y respiró.

AL OTRO LADO DEL CAMINO, pegado al muro del jardín de la propiedad de enfrente, un hombre permanecía muy quieto a la sombra de un roble sin hojas y observaba a través de una rendija de la verja.

Thomas Marsh llevaba once años al servicio de los agentes de Bow Street, y había pasado los últimos tres días fuera de las diversas propiedades del conde de Penharrow por instrucción personal del abogado del duque de Newbury. Llevaba días siguiendo a Penharrow y no había sido detectado. Era una habilidad en la que era poco probable que alguien lo superara.

No era un hombre que se sobresaltara con facilidad. No era un hombre dado a actuar con precipitación. Poseía un talento para la paciencia que sus colegas encontraban inquietante y sus superiores, invaluable, y había pasado gran parte de la noche anterior observando la casa alquilada al final de Ashford Lane con la atención serena de un hombre que comprendía que, en el momento en que se moviera demasiado pronto, todo se vendría abajo.

Pero la mujer que acababan de hacer entrar por esa puerta no era una animadora contratada ni una dependienta asustada, y Marsh era muy bueno en su trabajo.

Había atendido la instrucción con cuidado. Había estudiado la descripción proporcionada con la misma atención que dedicaba a todo, porque en su experiencia los detalles que la gente consideraba menores solían ser los que importaban. Cabello rubio. Ojos verdes. Complexión delgada. Edad aproximada de veintiún años. Vista por última vez en Londres en compañía del duque de Newbury. El abogado había añadido, en el tono plano de un hombre que había

empleado un esfuerzo considerable en mantener el distanciamiento profesional: la señora no debe ser confundida en ningún caso con una invitada voluntaria.

Había visto llegar el carruaje. Los había visto bajar a ella y acompañarla hasta la puerta, y había visto la particular rectitud de su espalda y la cuidadosa quietud de sus manos, y comprendió de inmediato y sin ninguna duda quién era.

Lady Megan Fairfax.

Marsh se enderezó y se alejó de la pared, y ya se estaba moviendo antes de haber terminado de pensarlo. Sus pasos eran rápidos y silenciosos sobre la superficie embarrada del camino, medidos contra el silencio, sin hacer más ruido que el viento entre los olmos desnudos sobre su cabeza. Dos calles al este tenía un caballo, alquilado precisamente para esta clase de eventualidad. Tenía una dirección en Mayfair que le habían dado con instrucciones de memorizarla y no escribirla, y una segunda en Curzon Street. Le habían dicho, en el tono plano y seguro de hombres con recursos considerables y una motivación muy, muy clara, de que si la situación de la señora cambiaba en algún momento, debía informarles de inmediato, sin dudar y sin detenerse por nada.

Marsh era minucioso y rápido, y no perdía el tiempo en emociones sobre lo que acababa de presenciar. Ya habría tiempo para eso después. Lo que no había era tiempo para la demora.

Tenía el caballo en movimiento en menos de cuatro minutos, y el abrigo subido contra el aire cortante y Londres abriéndose ante él bajo la luz gris de media mañana. Se dirigió hacia Mayfair y espoleó al caballo al galope, abriéndose paso entre el tráfico del puente con una economía de movimientos tan concentrada que un cochero le gritó desde atrás.

No miró atrás. A sus espaldas, la casa permanecía quieta en su callejón, con el humo elevándose de sus chimeneas, perfectamente inmóvil. Discreta. Insignificante.

Pero Marsh sabía exactamente dónde estaba.

Y en muy poco tiempo, ellos también lo sabrían.

CAPÍTULO VEINTIDÓS

Marsh era un hombre de pocas palabras y considerable precisión, y cuando les dio la dirección, también les contó todo lo demás: el número de hombres que había contado entrando y saliendo, la disposición del callejón según lo que había podido juzgar desde fuera, la única ventana del piso superior cuya cortina se había movido dos veces en la última hora.

Oliver ya se estaba moviendo antes de que el hombre hubiera terminado.

Había cabalgado desde Berkeley Square hasta Grosvenor Street en menos de cuatro minutos, lo cual no era el tipo de equitación que uno practica en Londres a menos que haya dejado de importarle lo que los demás piensen de ello. Harry lo había recibido en la puerta de Newbury House con el sombrero ya en la mano y el aire de un hombre que había estado esperando algo que hacer desde el momento en que supo que su hermana había desaparecido.

No hablaron mucho durante el camino. No había nada que decir que no se hiciera mejor con acción.

Webb había reunido a seis hombres, todos antiguos soldados, todos discretos. Los había tenido listos desde la tarde anterior, porque Webb no había sobrevivido veinte años de vida militar esperando a que una crisis fuera segura para prepararse. Los encontró a tres calles de la dirección, y Oliver le dio el relato más

breve posible de lo que Marsh le había contado, y Webb lo asimiló con la firmeza contenida de un hombre que archiva información en el orden correcto.

—Frente y parte trasera —dijo Webb—. Dos en la retaguardia antes de que entremos por delante. Intentarán moverla si nos oyen llegar.

—De acuerdo.

—Y mi señor. —Webb sostuvo su mirada un momento—. Usted y el duque de Newbury se quedan detrás de mí hasta que conozca la distribución del interior.

Oliver habría discutido cualquier otra noche. Esta noche simplemente asintió.

La casa era corriente en la forma en que siempre resulta la ocultación deliberada. Un callejón respetable, una puerta pintada, cortinas corridas contra la fría mañana. Ningún signo de que algo anduviera mal. El tipo de casa de las que Londres está lleno, de las que guardan sus secretos tras su silencio.

Entraron rápido y sin ceremonias.

Los dos hombres que Webb había enviado a la parte trasera ya se habían ocupado del guardia de la entrada posterior antes de que Oliver hubiera despejado el vestíbulo. Dentro, la casa olía a humedad, a sebo y a algo vagamente dulce que Oliver no pudo identificar y sobre lo que no quiso pensar. Un criado echó a correr hacia las escaleras y fue interceptado por el hombre de Webb antes de dar tres pasos. Otra puerta, otra habitación, dos de los hombres de Penharrow con armas a medio desenfundar que comprendieron muy rápido que estaban superados en número y optaron por no comprobar la aritmética.

Oliver ya se dirigía hacia el piso superior cuando oyó a Harry decir, en voz baja y sin ningún matiz:

—Esa es ella.

Siguió la mirada de Harry hasta la puerta cerrada al final del pasillo superior.

Y entonces la puerta se abrió, y Penharrow apareció en el umbral.

Estaba perfectamente sereno. Oliver se dio cuenta de que los había estado esperando.

—Lord Astor —dijo Penharrow con amabilidad—. Y el joven duque. Qué gratificante. Empezaba a preguntarme si mi mensaje les había llegado.

Retrocedió hacia el interior de la habitación, dejando la puerta abierta tras él, y Oliver comprendió en el mismo instante que aquello era una invitación y una trampa, y que habían entrado en ella porque Megan estaba en algún lugar dentro de esa habitación y nunca había existido una opción real más que atravesar esa puerta.

Entró. Harry lo acompañó. Webb hizo ademán de seguirlos y una pistola apareció desde detrás de la puerta y se presionó contra la base del cráneo de Webb.

—Solo los dos caballeros —dijo Penharrow, aún en ese tono amable y conversacional—. Su hombre es bienvenido a esperar en el pasillo, siempre que se mantenga cooperativo.

Los ojos de Webb se encontraron con los de Oliver por encima del cañón del arma.

—Quédate —dijo Oliver en voz baja.

La puerta se cerró.

Megan estaba en el rincón de la habitación.

Se había colocado allí deliberadamente, comprendió Oliver, porque era el único lugar de la estancia donde podía estar con la pared a sus espaldas y una visión clara de todo lo que tenía delante. Estaba pálida y quieta y completamente erguida, y cuando vio a Oliver, sus ojos lo recorrieron con una evaluación rápida y precisa que le indicó que ya estaba calculando, no simplemente asustada.

Estaba viva. Estaba ilesa.

Se permitió exactamente un momento para registrar ese hecho antes de obligarse a apartar la mirada de ella, porque mirarla era lo que Penharrow quería que haga.

La habitación contenía a cuatro de ellos y a dos de los hombres de Penharrow, uno cerca de la puerta y otro apostado junto a la ventana, por donde entraba la luz gris y plana a través de la cortina cerrada. Penharrow mismo estaba en el centro de la estancia con las manos sueltas a los costados y el aire de un hombre que lo había dispuesto todo con mucho cuidado y ahora estaba preparado para disfrutar del resultado.

Era, Oliver lo había sabido siempre, un hombre al que le gustaba tener público.

—Bien —dijo Penharrow, mirando alternativamente a Oliver y a Harry con ese placer observador y mesurado que Oliver hacía tiempo había comprendido que era mucho más peligroso que la ira—. El marqués de Astor y el duque de Newbury en la misma habitación. Me siento bastante honrado. Aunque confieso, caballeros, que su llegada fue algo más rápida de lo que había previsto. Esperaba más cautela de hombres de su inteligencia.

—¿Y dónde está el espectáculo en la cautela? —dijo Harry.

Penharrow sonrió. Era una sonrisa que Oliver reconocía, de esas que solo afectaban a la mitad inferior del rostro.

—Su hermana tiene algo de esa misma franqueza. Una cualidad admirable. Siempre la he encontrado bastante refrescante en ella, aunque no especialmente conveniente.

Se volvió entonces hacia Megan, y Oliver vio cómo Megan permanecía inmóvil bajo esa mirada con la compostura entrenada de una mujer que había pasado muchos años aprendiendo a no estremecerse.

—Querida mía —dijo Penharrow—. Como le mencioné antes, parece que nos encontramos en un punto muerto. Los caballeros han llegado como se esperaba, y yo tengo a mis hombres, y ellos presumiblemente tienen hombres propios en el pasillo y muy probablemente varios más alrededor de este edificio. —Extendió las manos en un gesto de razonable consideración. —No soy un necio. Soy consciente de que esta no es una posición sostenible.

—Entonces retírese —dijo Oliver.

—Me temo que esa opción conlleva algunas dificultades. —Penharrow metió la mano en el interior de su chaqueta y sacó dos

pistolas, una de las cuales hizo girar entre sus manos con la atención cuidadosa de un hombre que maneja armas con regularidad. —Verá, mi posición requiere una cierta claridad de resolución. Si simplemente me retiro, me enfrento a un tribunal, un juicio y el particular entusiasmo con que el duque de Newbury llevará mi caso. Su Gracia parece, si me permite la expresión, un hombre con considerable entusiasmo. —Miró a Harry. —¿Me equivoco?

Harry no dijo nada.

—Bien. —Penharrow volvió a mirar a Megan. —Así que parece que necesitamos una solución diferente. —Le tendió la pistola a ella, primero la empuñadura, con un gesto casi cortés. —Me encuentro de humor generoso, querida mía. Una elección. Elije cuál de estos caballeros quieres que viva, y luego matarás al otro. Si te niegas a elegir, simplemente dispararé a ambos y te dejaré reflexionar sobre las consecuencias de tu obstinación.

La habitación quedó muy en silencio.

Oliver miró a Megan.

Ella miraba la pistola.

MEGAN HABÍA SABIDO, desde el momento en que Penharrow le dijo lo que pretendía, que aquello no era una elección real. Eso había sido lo primero que su mente había pensado, claro y frío como agua de manantial. *Matará a ambos. Te matará a ti. No hay versión de esto en la que permita que ninguno de ustedes salga de esta habitación.*

Se la llevaría a ella y su felicidad consigo porque sabía que el juego había terminado.

Había empleado el tiempo intermedio en pensar en lo que realmente era posible.

Extendió la mano y tomó la pistola.

Era más pesada de lo que recordaba. Oliver le había dado un arma cuando huyeron de Gales, aunque había tenido poco tiempo para aprender a dispararla. El peso le resultaba familiar en la forma en que las cosas desagradables resultan familiares: conocidas, pero no deseadas.

La sostuvo con ambas manos y miró a Oliver.

Él la observaba con una expresión que nunca antes había visto en su rostro. No era miedo por sí mismo. Era miedo por ella. La cualidad particular de un hombre que ve a alguien a quien ama preparándose para hacer algo que no puede detener ni alcanzar.

Apartó la mirada de él antes de que pudiera deshacerla.

Se volvió hacia Harry en cambio.

Su hermano, que nunca había dejado de buscarla. Que había gastado su propio dinero, su propio tiempo y su propia esperanza en la posibilidad de que ella siguiera viva. Que la había mirado al otro lado de un salón y le había dicho *tienes los ojos de mi padre* con una voz despojada de todo excepto el hecho crudo de ello.

Alzó la pistola.

Harry se quedó muy quieto. Su rostro se había vuelto pálido, pero su mandíbula estaba tensa y sus ojos se mantenían firmes sobre los de ella, e incluso en ese momento podía leerlo, la misma cualidad que había reconocido la primera vez que lo vio. Era un hombre que no suplicaría.

Lo siento, pensó hacia él. *Necesito que confíes en mí*.

Mantuvo el arma apuntándole un latido. Dos.

Penharrow hizo un pequeño sonido satisfecho a su lado.

Megan se giró y le disparó a Penharrow.

Había apuntado al pecho. Le dio en el estómago en su lugar, el estallido de la pistola sorprendentemente fuerte en la habitación cerrada, y Penharrow retrocedió tambaleándose contra la pared con un sonido que era menos un grito que una exhalación furiosa e incrédula. El hombre de la puerta se lanzó hacia adelante y la puerta se abrió de par en par en el mismo instante en que Webb irrumpió por ella, bajo y rápido, y la habitación se convirtió en algo que ella no podía seguir individualmente: ruido, movimiento y el chasquido de otro disparo desde algún lugar que no podía identificar.

Observó como en un sueño cómo Penharrow se hundía hacia el suelo pero alzaba el brazo. Iba a disparar.

Lo vio en la forma en que su rostro cambió, el shock colapsando en esa fría furia particular que ella conocía mejor que casi cualquier expresión en el mundo. Tenía una pistola y la apuntaba a Oliver, que

se había movido hacia adelante y aún no estaba fuera del alcance, y Megan no tenía arma, ni tiempo, ni elección.

Se interpuso delante de él.

El sonido no fue lo que había esperado. El impacto fue un empujón que la giró de lado, un ardor que se extendía desde su hombro izquierdo antes de que el dolor llegara propiamente. Dio contra la pared. Resbaló por ella. Oyó la voz de Oliver gritar su nombre, no en la forma medida en que solía decirlo, sino quebrada, cruda, descontrolada.

La habitación continuó sin ella durante un rato.

Cuando todo volvió a resolverse en algo que podía seguir, estaba sentada en el suelo con la espalda contra la pared y Oliver estaba a su lado, con sus manos en su rostro, diciendo su nombre en un registro que no le había oído antes.

—Estoy bien —dijo ella.

—No estás bien. —Su voz era completamente distinta de sí misma. —Te han disparado.

—No es grave. —Podía sentir la verdad de ello incluso a través del dolor, que era considerable pero no el tipo extendido y ahogador que sospechaba acompañaría a algo grave. —Hombro. Puedo notar que no es profundo. —Hizo una pausa. —Puede que tenga cierta experiencia con heridas.

Él emitió un sonido que no era del todo una risa ni del todo lo contrario.

Webb apareció en su campo de visión, evaluó la situación en aproximadamente dos segundos y comenzó a dar instrucciones a alguien por encima de su hombro con la eficiencia rápida de un hombre que había hecho triaje en campos de batalla y encontraba un salón londinense considerablemente menos caótico en comparación.

—Penharrow —dijo Oliver. Su voz se había estabilizado, pero sus manos no habían abandonado el rostro de ella.

—Sigue vivo —dijo Webb—. Pero no creo que sobreviva a una herida así.

—Espero que sufra. —La mandíbula de Oliver estaba muy tensa. —Pero deberíamos llevarlo un médico. No soy igual que él.

Harry apareció al otro lado, agachándose, y la miró con una expresión para la que no tenía nombre. Sospechaba que ella llevaba algo similar.

—Te apunté a ti, pero nunca te dispararía —dijo ella.

—Sí. —Él extendió la mano y tomó la de ella, no el lado lesionado, y la sostuvo con el agarre cuidadoso y deliberado de un hombre que decide. —Lo sé. Comprendí lo que estabas haciendo.

—¿De verdad?

—No de inmediato —admitió. —Durante aproximadamente tres segundos pensé que mi hermana iba a dispararme.

—Siento lo de los tres segundos.

—No sientas lo de los tres segundos. —Algo se movió en su rostro que no se molestó en ocultar. —No sientas nada. Ni un solo momento de nada. Fuiste muy valiente y muy lista. —Su mano se apretó contra la de ella. —Te tengo ahora. Sea lo que venga, te tengo.

Oliver se había vuelto hacia ella y la expresión en su rostro era tal que ella levantó su mano buena y le presionó la palma contra la mandíbula antes de haber decidido hacerlo. Él giró el rostro hacia ella, cerró los ojos un momento, los abrió de nuevo.

—Te interpusiste entre una bala y yo —dijo. Su voz era muy baja. —Necesito que me prometas que nunca volverás a hacer algo así.

—No podía dejar que nadie más muriera por mí —dijo ella—. No después de todo lo que ha pasado.

—Lo sé —cubrió la mano de ella con la suya y la mantuvo así—. Lo sé. Pero, Megan —le sostuvo la mirada, y cualquier compostura que hubiera logrado recomponer en los últimos minutos se deshizo por los bordes de una forma que ella sospechaba que él no percibía —. Yo no lo habría sobrevivido. ¿Me entiendes? No lo habría hecho.

—Ahora lo entiendo —dijo ella en voz baja.

—Bien —su pulgar se deslizó sobre los nudillos de ella—. Bien. Nunca más.

El pulso de él latía con fuerza bajo los dedos de ella y durante un momento ninguno de los dos dijo nada.

Afuera, Londres seguía su curso indiferente, los sonidos de la calle llegaban flotando a través de la ventana, el mundo ordinario

ajeno a que algo significativo hubiera ocurrido en una casa corriente de un callejón sin importancia. Webb dirigía a los hombres con la calma competente de quien restaura el orden. Harry hablaba en voz baja con alguien en el umbral de la puerta, ya pensando en lo que vendría después.

Megan apoyó la cabeza contra la pared, dejó que Oliver le sostuviera la mano y decidió que durante los próximos cinco minutos simplemente iba a respirar.

Había tiempo de sobra para todo lo demás.

CAPÍTULO VEINTITRÉS

El médico venía cada dos días. Era un hombre pequeño y meticuloso llamado Fellowes, que tenía el modo particular de los médicos acostumbrados a pacientes de rango, es decir, que emitía sus dictámenes con la autoridad suficiente para desalentar discusiones, aunque manteniéndose cuidadosamente evasivo en cuanto a plazos.

—La herida está limpia —anunció en su cuarta visita al dormitorio de ella en Newbury House—. El hombro permanecerá rígido durante algunas semanas aún. No debe levantar nada más pesado que una taza de té con ese brazo, mi señora.

—¿Y si lo hago? —preguntó Megan.

Él parpadeó.

—¿Perdón?

—Si levanto algo más pesado. ¿Qué ocurriría exactamente?

El doctor Fellowes miró a Oliver, que estaba cerca de la ventana con los brazos cruzados, sin atreverse a decir palabra.

—Corre el riesgo de desgarrar el tejido en cicatrización —dijo el médico, recuperando la compostura—. Lo que retrasaría su recuperación varias semanas, causaría cicatrices y le provocaría un dolor considerable.

—Entonces serán varias semanas —dijo Megan con amabilidad—. Gracias, doctor Fellowes. Me esforzaré por decepcionarlo lo menos

posible.

Cuando él se hubo ido, Oliver se volvió desde la ventana.

—Eres la peor paciente de Inglaterra.

—Eso es una afirmación extraordinaria. ¿Has conocido a muchas?

—He conocido a Webb.

Ella lo consideró.

—De acuerdo. La segunda peor.

Desde el pasillo llegó la voz de Webb, elevada con leve indignación.

—He oído eso.

—Era la intención —respondió Oliver. Se acercó y se sentó en la silla junto a la cama, la que había ocupado con tanta regularidad en los últimos días que ella sospechaba que ya había empezado a amoldarse a él—. ¿Cómo se siente realmente?

—Como si alguien hubiera metido una bala en él —dijo ella—. Pero menos que ayer, lo que entiendo que es un progreso.

—Eso es un progreso. —Guardó silencio un momento—. Fellowes dice que falta otra quincena antes de que puedas pensar en reanudar la actividad normal.

—Fellowes dice muchas cosas.

—Megan.

—Lo sé —le sostuvo la mirada—. Lo sé. Estoy siendo paciente. Simplemente se me da muy mal.

—Eres extraordinaria en ello —dijo él, que era distinto a lo que ella esperaba que dijera—. Has sido paciente durante catorce años. Se te permite que esta paciencia en particular te resulte difícil.

Ella miró sus manos.

—¿Qué sucedió con los hombres de Penharrow? —preguntó—. Los de la casa.

—A los dos que no huyeron los han interrogado. Carmichael está satisfecho de que el magistrado tenga suficiente para seguir adelante. Entre el testimonio de Webb y las cuentas del procurador, todo se está desentrañando con bastante eficacia. —Hizo una pausa —. No tienes que preocuparte por nada de eso.

—No estoy preocupada. Pregunto.

—Sé la diferencia —dijo él—. Te lo digo de todas formas.

Fueron su madre y Dorothea quienes llegaron juntas una mañana de la segunda semana, lo que Megan había aprendido a reconocer como señal de que algo se había arreglado sin su conocimiento.

—Hemos estado hablando de la boda —dijo su madre, instalándose en la silla cerca de la ventana con la serena autoridad de una mujer que había pasado décadas dirigiendo grandes hogares.

—¿Ah, sí? —dijo Megan.

—St George's, creemos. En Hanover Square —Dorothea se sentó en el borde de la cama con la soltura de una mujer que consideraba las formalidades opcionales en privado—. El día de Navidad lo convertiría en una ocasión especial y Oliver nunca podrá olvidar el aniversario de bodas, ya que también es tu cumpleaños y Navidad. Tu hombro estará completamente recuperado, el clima puede ser un problema, pero espero que la nieve no aparezca, y nos da tiempo suficiente para arreglarlo todo sin prisas.

—Ya han hablado con el obispo —dijo Megan.

La expresión de Dorothea no cambió.

—He hablado con el secretario del obispo.

—Dorothea.

—Fue muy complaciente.

Margaret Fairfax, duquesa de Newbury, ocultó una sonrisa tras su taza de té.

—La modista ha sugerido seda color marfil. Líneas sencillas, que creo que te sentarán muy bien.

—También han hablado con la modista —dijo Megan.

—Le pedí que reservara algo de tela —dijo su madre, con la tranquila razonabilidad de una mujer que no veía distinción entre ambas cosas—. No tienes por qué usarla.

Megan miró a su madre, luego a Dorothea, y de nuevo a su madre.

—¿A alguien se le ocurrió preguntarle a Oliver qué opinaba de la fecha?

—Oliver —dijo Dorothea— dijo que cualquier fecha que decidas le parece bien siempre que sea pronto, y luego volvió a su correspondencia.

—Eso suena a Oliver.

—Así es —coincidió Dorothea, con considerable satisfacción—. Es un chico sensato. Siempre lo ha sido, debajo de esa terquedad.

Margaret dejó la taza.

—Megan. ¿Tienes alguna preferencia? De verdad. Porque si quieres algo más pequeño, o diferente, o más tarde, estás en todo tu derecho de decirlo.

Megan lo pensó. Pensó en lo que había deseado durante aquellos largos años en Gales, cuando imaginar un futuro había sido un acto de rebelión privada más que una expectativa genuina. En realidad, no había imaginado ninguna boda. Solo había imaginado el después. Una vida que fuera suya.

—El día de Navidad sería precioso —dijo. Tampoco deseaba esperar más. Quería estar con Oliver, en su cama—. St George's está bien. —Hizo una pausa—. Me gustaría que el anillo que ya tengo se quedara en mi mano derecha durante la ceremonia. Oliver dijo que podía ser.

Los ojos de su madre se suavizaron.

—Por supuesto.

—Y me gustaría que el banquete no durara más de dos horas.

Dorothea pareció a punto de discutir brevemente. Luego miró el rostro de Megan y evidentemente pensó que era mejor no hacerlo.

—Dos horas —dijo—. Lo gestionaremos.

HARRY FUE A BUSCARLA la víspera de la boda.

Estaba sentada en la ventana de su habitación, leyendo, o haciendo el gesto de leer mientras en realidad miraba la calle abajo. Él llamó y entró sin esperar respuesta, algo que ella había notado que era característico en él, y se sentó en el asiento de la ventana frente a ella con esa tensión particular en la mandíbula que

significaba que se estaba preparando para decir algo que había estado ensamblando durante algún tiempo. Conocía esa expresión porque era la suya. El corazón le floreció al contemplar a su hermano. Lo quería más de lo que podía expresar.

—¿Bien? —dijo ella, cerrando el libro.

—Tengo algo que decir —dijo él.

—Ya me había dado cuenta.

La miró. La luz del atardecer entraba en un ángulo que iluminaba su cabello claro, y pensó, no por primera vez, lo asombroso que seguía siendo tener un hermano. Mirar a alguien y verse a uno misma en el ángulo de la mandíbula, en la línea de la frente.

—Mañana —dijo él—. Te entrego.

—Así es.

—Te he tenido solo unas pocas semanas. —Su voz era firme. Le había costado algo mantenerla firme, podía notarlo—. Seis semanas, Megan. Te he buscado durante muchos años y te he tenido durante seis semanas, y mañana te entrego a otro.

—No me estás entregando a otro —dijo ella con suavidad—. Me estás liberando para vivir mi vida con el hombre al que amo. Eso nunca significará que no te quiera o que no te quiera en mi vida. Pero pronto tú también te casarás y tendrás tu propia familia.

—Desde donde yo estoy, se siente muy parecido a lo mismo.

Ella lo observó. No era un hombre que mostrara angustia con facilidad, su hermano. Tenía la dignidad de su padre, decía su madre, lo que Megan entendía como que había aprendido muy pronto a mantener las cosas difíciles a distancia. Pero no estaba manteniendo esto a distancia. Estaba dejando que ella lo viera, lo que pensó que probablemente significaba más de lo que él sabía.

—Harry —dijo ella—. No me voy a ninguna parte.

—A Escocia —dijo él—. Te vas a Escocia.

—Por un período breve, dos meses como máximo. Y luego volvemos, y es muy probable que estemos en Londres una parte importante de cada año, porque la abuela de Oliver insistirá en ello y es aproximadamente el doble de obstinada que cualquiera de nosotros, y ambos hemos establecido ya que discutir con ella es una pérdida de energía. —Se inclinó hacia adelante—. No me estás

perdiendo. Acabo de encontrarte. No tengo el menor interés en perderte de nuevo.

Él guardó silencio un momento.

—Es un buen hombre —dijo, como si no la hubiera oído—. No quería pensar eso, al principio. Pero lo es.

—Lo es —coincidió ella.

—Pasaría por el fuego por ti.

—Más o menos ya lo hizo.

—Sí. —Harry miró sus manos—. Sí, lo hizo. —Hubo una pausa—. Es solo que no dejo de pensar en todas las cosas que no sé. Años de ti que me perdí. Cosas en las que debería haber estado presente. No sé qué te asusta, ni qué amas, ni qué te hace reír. Sigo aprendiendo quién es mi hermana y estás a punto de irte a ser la esposa de alguien.

Megan sintió la opresión en el pecho. Ese dolor particular de las cosas que eran irremisiblemente ciertas.

—Aprenderás —dijo—. Tenemos tiempo, Harry. Eso es lo que tuve que aprender cuando llegué aquí. Que el tiempo realmente existe para nosotros ahora. No vamos a perderlo.

Él asintió lentamente. No del todo convencido, pero intentándolo.

—Además —dijo ella, manteniendo un tono ligero—, me vas a necesitar cuando encuentres a la mujer con la que quieras casarte.

Harry levantó la vista.

—¿Perdón?

—Querrás una segunda opinión. Alguien que pueda decirte si ella te merece. Tengo la intención de ser extremadamente útil en ese sentido.

Él la miró con una expresión de tal ofensa pura que ella casi se ríe.

—No tengo absolutamente ninguna intención —dijo— de casarme.

—Qué afortunado —dijo ella con amabilidad— que nadie te lo haya pedido todavía.

—Hablo en serio.

—Tienes veinticinco años y eres profundamente serio en casi todo, lo que en sí mismo es una recomendación para encontrar a

alguien que no lo sea. —Lo miró con firmeza—. Conocerás a alguien, Harry. Y cuando lo hagas, estaré allí. Te doy mi palabra.

Harry guardó silencio un momento. Luego emitió un sonido que estaba en algún punto entre el desdén y la resignación, y posiblemente algo más cálido que ambos.

—Estás muy segura de todo —dijo.

—He perdido suficiente tiempo siendo insegura —respondió—. Me he dado cuenta de que he perdido el gusto por ello.

Él volvió a quedarse en silencio. Los sonidos de la calle llegaban flotando a través de la ventana, y en algún lugar debajo de ellos la casa se iba acomodando en la quietud del atardecer.

—De acuerdo —dijo por fin. Alargó la mano y tomó la de ella, brevemente, y luego la soltó con el gesto de alguien que aún no estaba del todo acostumbrado a ese ademán—. De acuerdo. Te tomaré la palabra.

—No esperaría menos —dijo ella.

La boda fue el día de Navidad.

Era, como suelen ser estas cosas cuando la hermana de un duque se casa con un marqués que es heredero de un ducado, algo inevitable que se convirtiera en un evento social de cierta envergadura. Megan lo había intentado una vez, sugerir algo más pequeño. Había observado la expresión de Harry, la de Oliver, la de su madre y la de Dorothea, y no lo había vuelto a intentar. Tenía suficiente experiencia en la navegación de cosas inevitables como para reconocer una cuando estaba rodeada de ella. Querían acallar todos los rumores y que ella ocupara su lugar legítimo en la sociedad, por mucho que ella se sintiera una impostora.

La iglesia era St George's en Hanover Square. La lista de invitados era exactamente lo larga que debía ser y ni un nombre más, lo que había requerido que Oliver pasara considerable tiempo negociando con el secretario social de Harry. Las flores eran rosas blancas y lirios del invernadero caliente del duque, llenando el

interior de la iglesia con una dulzura que se le atragantó a Megan en la garganta cuando entró del brazo de Harry y aquello dejó de ser un preparativo para convertirse en realidad.

Llevaba seda color marfil, de corte sencillo, en el estilo que la modista había señalado que mejor le sentaba, aunque era lo suficientemente honesta consigo misma para saber que no le habría importado mucho lo que llevara puesto mientras no le impidiera caminar hasta el frente de esa iglesia para ponerse al lado de Oliver mientras le temblaban las piernas. Llevaba las perlas de su madre. Llevaba el anillo que Oliver le había dado, trasladado a su mano derecha para la ceremonia, porque le había dicho que no quería quitárselo y él, sin mayores aspavientos, había dispuesto que así fuera.

Había pensado, durante las semanas de preparativos, que podría estar asustada. Había pasado tantos años temiendo a los hombres, temiendo lo que producía la complacencia y lo que costaba la negativa, que había construido una expectativa de miedo como la respuesta apropiada para cualquier momento significativo de su vida. No estaba segura de saber cómo avanzar hacia algo en lugar de simplemente soportarlo.

No estaba asustada.

Era consciente, mientras caminaba por el pasillo del brazo de Harry, de lo absolutamente inverosímil que era todo. De la congregación que se ponía en pie para una mujer que había llegado a Londres hacía unas semanas con una bala alojada y un conde muerto y ninguna identidad pública. De las flores y la luz y los rostros aprobadores o meramente curiosos dispuestos en sus bancos. De su madre, en la primera fila, que llevaba llorando en silencio desde que el órgano había empezado a sonar y no hacía ningún intento por parar. De Dorothea, a su lado, completamente seca de ojos y con un aspecto feroz, precisamente satisfecho.

De Oliver.

Estaba de pie al frente de la iglesia con Webb a su lado, lo que Megan dedujo que había requerido su propio conjunto de negociaciones, y podía ver desde el principio del pasillo que la miraba con la misma expresión que había llevado en el bosque galés

cuando había empezado a verla como algo más que una complicación en sus planes. La expresión que ella había catalogado antes de tener nombres para lo que significaba. Ahora se le daba bastante mejor leerlo.

Harry colocó la mano de ella en el brazo de Oliver en el altar, y ella sintió el momento en que la mano de Oliver cubrió la suya, firme, segura, y levantó la vista hacia él y pensó, *aquí estás. Aquí estamos. Como deberíamos ser.*

—Feliz cumpleaños —dijo él, lo suficientemente bajo para que solo ella lo oyera.

—Gracias —dijo ella. Y entonces, porque había aprendido en las últimas semanas que se le permitía el lujo de la honestidad con este hombre, añadió— Espero con ansias recibir mi regalo...tú.

La comisura de sus labios se movió.

—Yo también.

La ceremonia fue oficiada por un obispo que estaba claramente encantado con la eminencia social de la ocasión y considerablemente menos consciente de que las dos personas que tenía ante él no estaban prestando especial atención a sus observaciones sobre la santidad del matrimonio, ocupados como estaban en mirarse el uno al otro como hacen las personas que han llegado a algo importante por una ruta improbable.

La voz de Oliver, cuando pronunció sus votos, fue firme y directa. Así hablaba siempre cuando lo que decía importaba más. Ella había aprendido eso de él, que se despojaba de todo adorno cuando quería decir algo con absoluta certeza.

Ella pronunció sus votos con claridad, lo que la sorprendió, porque había esperado a medias que su voz le fallara en el último momento. No fue así. Las palabras salieron firmes, y se alegró de ello, porque eran palabras que no había dicho antes y no pensaba decirle a nadie más, y merecían ser oídas.

El anillo se deslizó en su dedo.

El obispo dijo las palabras necesarias.

Oliver la besó, con bastante más sentimiento del que quizá era estrictamente necesario, y detrás de ellos en los bancos estalló algo que generosamente podría describirse como un aplauso contenido,

que Megan sospechaba debía algo a la evidente aprobación de la duquesa viuda ante la escena.

La luz exterior era tenue, pero el sol se abría paso entre las nubes grises. Diciembre en Londres era inconsistente en su generosidad, pero hoy había decidido portarse bien, y el sol calentaba el rostro de Megan mientras bajaban los escalones de la iglesia de St George hacia el carruaje que los esperaba y la multitud de curiosos que se habían reunido para presenciar el acontecimiento, incluso en aquel día helado.

Oliver la ayudó a subir y la siguió, y la puerta se cerró tras ellos, y quedaron solos por primera vez en todo el día.

—Lady Astor —dijo él.

Sonó diferente a como ella había esperado. Miró sus manos un momento, el anillo en su mano izquierda ahora, la seda pálida de su vestido. Luego lo miró a él.

—¿Es extraño? —preguntó él.

—No —respondió ella—. O mejor dicho, sí, pero no de la manera que anticipaba. Pensé que se sentiría como el final de algo. Se siente más bien como un comienzo.

Oliver tomó su mano, algo que tenía por costumbre hacer en los carruajes, había notado ella, como si el movimiento del vehículo lo justificara. Ella nunca lo había desalentado.

—¿Estás cansada? —preguntó él.

—Un poco —apoyó la cabeza contra el asiento—. Pero es un cansancio bueno. De esos que significan que algo valió la pena.

La fiesta con desayuno en Newbury House fue todo lo que debía ser y duró tres horas, lo que Megan sintió que era aproximadamente dos horas y media más de lo necesario, pero lo llevó con gracia. Bebió champán y habló con personas que acababa de conocer y agradeció a quienes le deseaban lo mejor y respondió con educada vaguedad a quienes estaban más interesados en examinarla que en celebrar con ella, y en ningún momento de todo ello olvidó, ni por un solo instante, que Oliver estaba en la sala.

Aparecía a su lado a intervalos. No se cernía sobre ella. Simplemente estaba allí, de forma fiable, cuando ella lo necesitaba, con una copa justo cuando ella pensaba en querer una, o con una

palabra tranquila que le daba algo para sonreír de verdad cuando había estado manteniendo sonrisas forzadas durante demasiado tiempo. Treinta años y ya había aprendido a leerla con una precisión que le resultaba más extraordinaria cuanto más lo consideraba.

El carruaje salió a las seis.

Pasarían la noche en una posada de relevos al norte de Londres y continuarían los días siguientes al ritmo que el tiempo permitiera, algo que Oliver había decretado con la misma autoridad práctica que aplicaba a la mayoría de los arreglos, y con lo que Megan no había discutido porque había mirado la distancia en el mapa y pensó: es un largo camino hasta Escocia. Lo pensó de la misma manera que lo había pensado durante sus años de cautiverio, como una palabra que significaba otro lugar. Algún lugar vasto e indiferente y salvaje, donde el cielo era enorme y la tierra no se preocupaba por quién eras o lo que te habían hecho. Algún lugar donde pudiera esconderse.

Ya no necesitaba esconderse.

Lo había puesto en su mente a los dieciséis años, cuando Penharrow comenzó a hacerle entender cómo sería su vida. Lo había sacado y examinado en los momentos más oscuros. Nunca había logrado matarlo del todo.

Escocia. El lugar que pensó que significaría seguridad para ella.

Dejaron atrás los bordes de Londres cuando la luz comenzaba a atenuarse, la ciudad dando paso gradualmente a caminos flanqueados por setos, granjas, el cielo más amplio del campo. Megan presionó los dedos contra la ventanilla del carruaje y observó cómo sucedía.

—Estás pensando —dijo Oliver.

—Siempre estoy pensando.

—Estás pensando en algo concreto —la había estado observando, lo sabía ella, con la comodidad de un hombre que había dejado de fingir que no lo hacía—. Tienes una expresión particular.

—¿Y qué expresión es esa?

—La de cuando estás en otro lado y también completamente aquí —hizo una pausa—. La tenías de vez en cuando en Gales.

Generalmente antes de decir algo que trastocaba uno de mis supuestos.

Megan se apartó de la ventana y lo miró bien. La luz rozaba el borde de él, su perfil, la línea de su mandíbula y la cicatriz en su sien y la cualidad particular de paciencia en cómo estaba sentado, esperando a que ella dijera lo que iba a decir. Era tan guapo que no pudo responder por un momento.

—Solía pensar en Escocia —dijo.

—Cuéntame.

—Cuando las cosas estaban muy mal —volvió la mirada a la ventana, no porque no pudiera mirarlo, sino porque era más fácil decir ciertas cosas a la distancia media—. Solía imaginar escapar hacia el norte. A ningún sitio en concreto. Solo al norte, y luego más al norte, hasta que la tierra se terminara. Donde nadie me conociera. Donde no hubiera más que cielo y roca y un clima al que no le importara lo que había sobrevivido.

El carruaje se movía. La luz dorada se estaba desvaneciendo ahora hacia el azul suave del atardecer, y pronto llegarían a su primera posada.

—Sabía que no podía ir allí —continuó—. Sabía que, aunque lograra escapar, cosa que nunca conseguía por mucho tiempo, no tenía adónde ir, ni dinero, ni una identidad que nadie creyera. Pero podía pensarlo. Imaginar cómo sería ser libre en Escocia. Penharrow no podía quitarme eso —hizo una pausa—. Me quitó bastante. Pero no eso.

Oliver guardó silencio. Siempre guardaba silencio cuando ella decía cosas así, no el silencio de un hombre que no tiene nada que decir, sino el de uno que comprende que hay momentos en los que la respuesta más valiosa es simplemente estar presente en ellos.

—Así que vamos —dijo ella—. Eso es lo que estaba pensando. De verdad vamos.

—De verdad vamos —asintió él—. Quiero darte todo lo que tu corazón desea.

—Tú eres lo que deseo. Siempre —lo miró. Él la observaba con una expresión que ella reconocía ahora, esa cualidad específica y sin

reservas que reservaba para los momentos en que no se molestaba en controlar lo que su rostro hacía.

—Este viaje será diferente, sin embargo —dijo ella—. Las cosas que imaginé y la que realmente estamos haciendo. Es completamente diferente.

—¿Estás bien con eso?

—Sí —negó con la cabeza—. Es completamente diferente. La que imaginaba trataba de escapar. Esta trata de empezar de nuevo.

Permanecieron en un silencio cómplice mientras la luz seguía desvaneciéndose. El movimiento del carruaje era constante y cálido. Al cabo de un rato, Oliver dijo, con tono bastante conversacional:

—¿Puedo preguntarte algo?

—Por supuesto.

—Hijos —hizo una pausa—. ¿Quieres tenerlos? Quiero saber lo que tú quieres, no lo que crees que yo espero.

—Necesitarás un heredero.

—Eso no responde a mi pregunta —insistió él.

Ella miró sus manos entrelazadas. Había estado pensando en ello, en los márgenes de todo lo demás. Sabía que él preguntaría, tarde o temprano.

—Sí —dijo—. Los quiero.

—¿Pero?

Lo miró de reojo.

—Has notado el pero.

—Había claramente un pero.

Exhaló lentamente.

—Tengo miedo de arruinarlos.

—No los arruinarás.

—Oliver —se giró para mirarlo—. Fui secuestrada de niña. Vi lo que les pasaba a las personas que eran amables conmigo. Aprendí a vivir en un mundo donde el peligro podía llegar desde cualquier dirección en cualquier momento —negó con la cabeza—. ¿Y si no puedo quitarlos de mi vista? ¿Y si convierto cada puerta abierta en una amenaza porque antes toda puerta abierta lo era? ¿Y si paso toda su infancia intentando protegerlos de cosas que no han

sucedido y no van a suceder, y al hacerlo los vuelvo temerosos de un mundo que no debería asustarlos?

El carruaje se mecía suavemente en el camino. Oliver la miraba con gran atención y sin interrumpir, lo cual ella agradecía.

—Ese es un miedo completamente razonable —dijo él.

—Lo sé.

—Y me dice algo importante sobre ti.

Ella esperó.

—Los malos padres —dijo él, con la deliberada cautela que usaba cuando estaba seguro de lo que decía— no se quedan despiertos preocupándose por convertirse en malos padres. Simplemente siguen adelante sin que esa pregunta se les ocurra jamás —hizo una pausa—. Tu miedo a ese daño específico es prueba de que trabajarás contra él. No es prueba de que lo causarás.

Ella lo miró.

—Además —dijo él—, no lo harás sola —la miró fijamente—. Si te encuentras incapaz de soltar algo, me lo dices. Para eso estoy aquí. Has pasado años manejándolo todo completamente sola, Megan, sin nadie con quien compartir el peso. Eso se acabó.

—Lo haces sonar muy sencillo.

—No —dijo él—. No creo que vaya a ser sencillo. Creo que tendrás días en que el miedo será más fuerte que la razón y será muy difícil de verdad. Pero no estarás sola en ello. Y tus hijos no estarán solos contigo en ello —hizo una pausa—. Tendrán a Webb mimándolos antes de que pase un año, lo que les dará una expectativa completamente poco realista de la capacidad adulta, pero no veo cómo evitar eso.

A ella se le escapó un sonido que casi era una risa.

—Webb no mima.

—Webb le compró un poni al bebé. No tenemos un bebé.

—¿Compró un poni?

—Bueno, un potro. Crecerá con nuestro bebé, dijo. Lo llama una inversión. Yo lo llamo Webb siendo Webb —Oliver la miró con esa expresión que ella había aprendido a leer, la sincera—. Estaremos bien —dijo en voz baja—. No puedo prometerte que nada volverá a

asustarte nunca. Pero puedo prometerte que no lo enfrentarás sin mí a tu lado.

Ella lo miró durante un largo momento.

Luego se movió a través del carruaje, y él le hizo sitio sin decir una palabra, y ella se acomodó contra su hombro, y su brazo la rodeó, y el campo seguía pasando en la suave penumbra de las cosas que no exigen nada de ti.

—¿Cuánto falta para llegar a la posada? —preguntó ella.

—Una hora, quizás un poco menos. Está anocheciendo.

—Bien —cerró los ojos. El movimiento del carruaje era constante y cálido. Bajo su oído podía sentir el hecho sólido y fiable de él, esa cualidad particular de una persona que está donde quiere estar.

Pensó en Escocia. En cómo se vería desde la ventanilla del carruaje al cruzarla, ese cambio particular en el paisaje que prometía el mapa y que había imaginado durante tanto tiempo que tenía una versión privada que no guardaba ningún parecido necesario con la realidad. Estaba deseando descubrir lo equivocada que había estado. Descubrió, para su propia y callada sorpresa, que esperaba con ilusión muchas cosas.

Oliver presionó un beso en la parte superior de su cabeza.

—Puedes dormir si quieres —dijo—. Yo vigilaré el camino.

—Tú siempre vigilas el camino —dijo ella.

—Alguien tiene que hacerlo.

Sonrió contra su hombro. Fuera de la ventana, los últimos restos de luz se estaban yendo, y la luna llena y las estrellas aparecían una a una sobre los oscuros campos ingleses, y delante de ellos había un largo camino y un cielo inmenso y todo el tiempo que ella pensaba tomarse para vivir una vida que era, por fin, completamente suya.

—Oliver —dijo ella.

—Sí.

Ella volvió el rostro hacia arriba. Él la miró.

—Gracias por venir a Gales —dijo ella.

Algo se movió en su rostro. La miró durante un largo momento, y luego se inclinó y la besó, lenta y muy profundamente, y cuando levantó la cabeza, las estrellas fuera de la ventana se habían multiplicado considerablemente.

—Gracias —dijo él, en voz baja contra su cabello—, por dejarme.

El carruaje siguió rodando hacia la oscuridad, hacia el norte, hacia el norte y hacia el norte, rumbo a Escocia.

Por fin era libre y, en su libertad, había elegido a Oliver.

Qué vida tendrían.

EPÍLOGO

Octubre 1814 – *diez meses después*

La posada de Kidderminster olía a velas de sebo y a cordero del día anterior, y el fuego de la sala común había sido encendido con leña verde que producía más humo que calor. Harry Fairfax, duque de Newbury, había pasado noches peores. También había pasado considerablemente mejores, y era consciente de que su madre, la duquesa, se había retirado a su habitación hacía una hora con esa expresión particular que ponía cuando hacía concesiones por él.

No la culpaba. Había sido mala compañía desde que salieron de Londres.

No era por Megan. Esa era la parte buena. Megan, que era aquello que él había pasado años sin terminar de creer que encontraría jamás, había dado a luz a un hijo hace tres semanas en el castillo de Saxton, y cada milla que los acercaba a Shrewsbury se sentía como una corrección de algo que había estado mal durante mucho tiempo. Un hijo. Su sobrino. El niño de Oliver. Harry tenía la intención de estar insoportablemente orgulloso de ello.

No, no era por Megan.

Estaba en su segunda copa del mediocre clarete de la posada cuando oyó su nombre.

—Newbury.

Se giró.

Douglas Algate, barón Frasier de Norfolk, avanzaba por la sala común con su abrigo todavía cubierto de polvo de viaje y su mandíbula con dos días de barba oscura que de algún modo lograba que pareciera intencionada. Era un hombre alto y de complexión propia del oficial de caballería que había sido, y Harry lo conocía desde que ambos tenían diecinueve años y estaban haciendo algo imprudente cerca de Vauxhall que ninguno de los dos había mencionado jamás en sociedad.

—¿Qué haces en Kidderminster? —preguntó Harry.

—Viniendo del sur de visitar a mi hermana en Crewe —Douglas se dejó caer en la silla frente a él e hizo una seña al posadero—. ¿Y tú?

—Yendo al norte. Bueno. Al oeste. Shrewsbury.

Algo se movió en la expresión de Douglas al oír eso. Harry conocía al hombre lo suficiente para darse cuenta, lo que significaba que era malo. Douglas no permitía que nada se moviera en su expresión a menos que ya estuviera más allá del punto de poder detenerlo.

—¿Tu hermana? —preguntó Douglas.

—Ha tenido un niño. Vamos a conocerlo —Harry observó a su amigo aceptar una copa y girarla en su mano sin beber de ella—. ¿Qué ha sucedido?

Douglas no respondió de inmediato. Miró el fuego, que seguía produciendo más humo del debido, y Harry esperó. Había aprendido a esperar con Douglas hacía años. El hombre pensaba antes de hablar, lo que era una cualidad admirable o una cualidad exasperante según lo urgente que fuera la información que necesitaras.

—¿Conoces a una tal señorita Arabella Langton? —dijo Douglas.

Harry buscó en su memoria.

—La hermana de Simon Langton. La pequeña.

—Sí. —Douglas bebió, finalmente. —Su padre murió en verano, exactamente un año después de Simon. Fiebre. Se lo llevó rápido. Ella no lo llevó bien.

—Lo siento. No lo había oído. —Harry había estado preocupado por otras cosas en verano, lo que era un considerable eufemismo.

—Ahora no tiene hermanos vivos. Ningún pariente masculino que valga la pena mencionar. —Douglas dejó su vaso sobre la mesa astillada. —La propiedad fue a parar a un primo. Tercer primo, algo por el estilo. Un tal Cavendish. Ralph Cavendish.

El nombre no le decía nada a Harry. Así se lo dijo.

—No hay razón para que te diga algo. Tiene dinero, una pequeña propiedad en Westmorland, y ninguna reputación particular más allá de ser el tipo de hombre que es descrito como *"capaz"* por personas que quieren decir otra cosa completamente distinta y no quieren decirlo. Nunca se ha casado. —La mandíbula de Douglas hacía esa cosa que hacía cuando elegía las palabras con cuidado. —Llegó la semana del funeral, se llevó a Arabella al norte con él, y no he podido hacerle llegar una carta desde agosto.

Harry guardó silencio.

—Lo he intentado tres veces —dijo Douglas—. Por tres rutas diferentes. Nunca llega respuesta. —Volvió a mirar el fuego. —Me escribió en julio, el día del funeral. Tengo la carta. Le tenía miedo, Harry. No miedo de la situación, no miedo de perder su hogar, lo que sería razonable. Miedo de *él*. Dijo que lo sintió en el momento en que llegó, la forma en que miró la casa y luego la miró a ella, y que ambas evaluaciones habían sido exactamente iguales.

Harry pensó en una muchacha siendo arrancada de su hogar. En muros y cerrojos y catorce años de silencio. Pensó en Megan y apartó el pensamiento rápidamente porque no le ayudaría a pensar con claridad.

—¿Cuántos años tiene? —dijo.

—Diecinueve. No es una niña. Pero no está casada y no tiene dinero propio, y la ley le dio a Cavendish todo, incluyendo cualquier autoridad que quiera ejercer sobre ella hasta que alcance la mayoría de edad. —Douglas giró su vaso de nuevo. —Quiero ir allí. He querido ir desde agosto. El parto de mi hermana me retuvo en Crewe hasta septiembre. Intenté verla de camino a casa, pero me lo denegaron, y ahora hay asuntos de la propiedad que no puedo aplazar, y yo...

Se detuvo.

—Le tienes cariño —dijo Harry.

No era del todo una pregunta. Douglas lo miró con la expresión de un hombre que ha decidido no discutir sobre la definición precisa de una palabra.

—Es una buena mujer —dijo Douglas—. Es inteligente y es amable y no merece estar encerrada en la casa de algún hombre en Westmorland sin nadie que la cuide. —Cogió su vaso, lo dejó de nuevo. —El castillo de Saxton está cerca de Shrewsbury.

—Así es.

—Y la propiedad de Cavendish está a solo 5 kilómetros al norte de Shrewsbury, en Longmere Hall. —Douglas lo miró directamente, por primera vez desde que se había sentado. No había nada en su expresión excepto esa cosa desnuda que existía bajo la considerable compostura de Douglas Frasier cuando se quedaba sin paciencia consigo mismo por tener sentimientos. —Te lo estoy pidiendo, Harry.

Harry miró a su amigo durante un momento. Luego alargó la mano a través de la mesa, cogió el vaso de Douglas, que aún tenía unos centímetros de clarete, y se lo bebió.

—Cuéntame todo lo que sepas sobre Cavendish —dijo.

El castillo de Saxton se alzaba sobre el valle del Severn con esa forma particular que tienen las casas viejas cuando han estado en un lugar el tiempo suficiente para dejar de parecer que ocupan el paisaje y empezar a parecer que son el paisaje. Harry había estado allí una vez antes, brevemente, cuando era un niño con su padre. Un duque visitando a un duque. Entonces no había tenido la presencia de ánimo para mirarlo bien. Lo miró ahora mientras el carruaje subía por el camino de entrada y descubrió que le sentaba perfectamente a Oliver, lo que supuso que era muy afortunado o muy deliberado. Cuando el duque muriera, pasaría a Oliver.

Su madre ya se inclinaba ligeramente hacia adelante, como hacía cuando gestionaba la anticipación. Se había vuelto bastante hábil en gestionarla, durante el último año. Oliver y Megan habían pasado

tiempo en Londres, pero se habían retirado al castillo de Saxton para su parto.

Oliver salió a recibirlos antes de que el carruaje se hubiera detenido del todo, lo que Harry notó con aprobación. Estaba sin chaqueta en el frío de octubre y parecía completamente imperturbable por ello, lo que era coherente con todo lo que Harry sabía de él.

—Su Gracia. —Oliver ayudó a bajar a su madre con la formalidad que la ocasión requería y luego estrechó la mano de Harry con la firmeza de un hombre realmente contento de verlo. —Llegó hace tres semanas. Es, en mi opinión considerada, el mejor bebé de Inglaterra, y estoy preparado para defender esa evaluación.

—Qué postura tan razonable —dijo Harry.

—Eso pensé.

Su madre ya había entrado. Harry se puso al paso de Oliver y lo siguió a través del gran salón, que olía a leña quemada y a algo caliente de las cocinas, y subieron la escalera hasta el pasillo del salón.

Oliver lo detuvo fuera de la puerta.

—Está bien —dijo Oliver. No de forma conversacional. Como un hombre que dice algo en lo que había estado pensando y necesitaba decirlo bien. —Está... —Hizo una pausa, lo que era lo suficientemente inusual como para que Harry prestara atención. —Es más ella misma de lo que nunca la he visto. Si eso tiene sentido.

—Lo tiene —dijo Harry.

Oliver asintió. Abrió la puerta.

Su madre ya estaba al otro lado de la habitación, y Megan estaba sentada en el sofá con un bebé en brazos y la imagen era perfecta. Estaba sentada con esa compostura serena y dueña de sí misma que Harry había llegado a comprender que no era ausencia de sentimiento, sino más bien el aspecto que tenía Megan cuando sentía tantas cosas que las había organizado todas con mucho orden para no sentirse abrumada por ellas. Estaba pálida y tenía ojeras, y sonreía a su madre con una expresión en el rostro que Harry había pasado catorce años tratando de imaginar y no había conseguido del todo.

—Harry —dijo ella, tendiéndole la mano—. Ven a conocer a James David Sommerset.

Habían nombrado a su hijo en honor a James y el segundo nombre por el padre de Harry. No era de extrañar que su madre estuviera radiante.

Cruzó la habitación y la tomó, y miró hacia abajo a su sobrino, que era pequeño y tenía la cara roja y se mostraba ostentosamente seguro de su propia importancia, y sintió que algo se asentaba en su pecho que no sabía que había estado descolocado.

—Se parece a Oliver —dijo Harry.

—Tiene mi nariz —dijo Megan.

—La tiene —coincidió Harry—. Tiene la expresión de Oliver, sin embargo.

—Solo lleva poco tiempo en el mundo y ya parece desaprobar ligeramente todo lo que hay en él —dijo Oliver desde detrás de él, lo cual era tan exacto que Harry se rio.

Su madre tenía ahora a James en brazos, lo que hacía con la absoluta concentración de una mujer que entendía perfectamente lo que sostenía y no iba a permitirse llorar por ello en compañía. Harry observó su rostro y pensó: al final lo conseguimos. Sea lo que fuera lo que se rompió, sea lo que fuera lo que nos arrebataron, conseguimos esto.

Se quedó una hora, más de lo que debería dado lo cansada que parecía Megan. Para horror de su madre, se negó a usar una nodriza. Su madre no quería irse. Megan la dejó tener al bebé hasta que se despertó y lloró y necesitó a su madre, y entonces la duquesa besó a su hija y a su nieto y se dejó extraer con solo una dificultad moderada.

—Harold te llevará a tus habitaciones. Me alegro de que hayas venido. —Y Oliver volvió al lado de su esposa.

En el pasillo, Harry se detuvo y miró hacia atrás a través de la puerta que había dejado entreabierta.

Oliver estaba sentado en el borde del sofá. Megan tenía al bebé en el pecho y hablaba, en voz baja y tranquila, y Oliver tenía la cabeza inclinada hacia ella con la actitud de un hombre que escucha algo de lo que no puede oír suficiente. Tenía la mano en su espalda,

muy quieta. No estaba representando nada para un público. No había público. Simplemente la miraba como el sol mira al suelo, con la certeza simple de algo que no va a detenerse.

Harry cerró la puerta con suavidad.

Le había prometido a Douglas que iría a Longmere Hall por la mañana.

La propiedad de Cavendish estaba al final de un camino que había visto mejores tiempos de mantenimiento, detrás de muros lo suficientemente altos para ser funcionales y no lo suficientemente altos para ser extraordinarios. Harry fue a caballo en lugar de en carruaje porque quería poder irse rápidamente si las circunstancias lo aconsejaban, y porque los hombres que llegaban a caballo y solos eran menos notables que los hombres que llegaban en un equipaje ducal con lacayos.

Tenía la información de Douglas. Tenía la dirección de Arabella Langton. Tenía, lo que no le habría admitido a Douglas porque Douglas habría discutido con él al respecto, el instinto de un hombre que había pasado el último año observando de cerca cómo era el cautiverio y había desarrollado un sentido fiable de su forma.

El mayordomo que lo recibió era del tipo que hacía demasiadas preguntas. Harry dio su nombre y título y observó cómo el hombre recalibraba con la velocidad particular de alguien cuyos cálculos se basaban principalmente en el estatus, y fue conducido a un salón que estaba frío y sobrecargado de muebles y que se sentía de algún modo como una sala de espera más que como un espacio donde alguien viviera. Al menos había logrado más que Douglas. Había conseguido entrar.

Ralph Cavendish apareció después de diez minutos. Tendría unos cincuenta años, compacto, con los ojos de un hombre que evaluaba todo lo que miraba por su valor y parecía actualmente inseguro de qué hacer con un duque en su umbral. Era agradable, mesurado,

completamente cooperativo, y Harry lo detestó de inmediato y por completo de una manera que había aprendido a confiar.

—Su Gracia —dijo Cavendish—. Es un honor inesperado. Debe perdonar los modestos alrededores. Llegamos hace poco y me temo que la casa aún se está poniendo en orden.

Esa fue la primera mentira de Cavendish.

—En absoluto —dijo Harry—. Estaba en la zona visitando a la familia en el castillo de Saxton y recordé que la hermana de mi difunto amigo Simon Langton residía aquí. Espero que la señorita Langton perdone la intrusión.

—Por supuesto. —Cavendish sonrió. —La mandaré llamar directamente.

Lo hizo, y se quedó.

Harry había esperado eso. Se sentó en el frío salón e hizo conversación sobre el camino desde Shrewsbury, el clima en octubre y el precio de la lana, y observó la puerta.

Ella entró en silencio.

Harry no sabía lo que esperaba. Tenía una descripción de Douglas, pelo castaño rojizo y menuda, y tenía la realidad de Cavendish, y había ido construyendo una impresión en su mente durante el camino que, descubrió, no se parecía en nada a la mujer que entró en el salón y se detuvo.

No era menuda en el sentido de frágil. Era menuda en el sentido de contenida, todo mantenido cuidadosamente hacia dentro, y se movía con la economía practicada de una persona que había aprendido a ocupar el menor espacio posible y que estaba determinando cuánta de esa precaución era necesaria en esa habitación en particular. Sus ojos fueron primero hacia Cavendish, lo que le dijo algo. Luego hacia Harry, y la vio evaluarlo rápida y cuidadosamente y llegar a algo, no estaba seguro de qué.

Era, notó con una claridad precisa y no deseada, asombrosamente hermosa.

Archivó esa información con la minuciosidad de un hombre que la guardaba en un lugar al que no volvería, porque el barón Frasier había mirado una mesa y había dicho *es una buena mujer* con la voz de un hombre que no había comido en tres días y trataba de no

pensar en pan, y Harry Fairfax no era el tipo de hombre que pensaba en el pan que pertenecía a sus amigos.

—Señorita Langton —dijo, y se levantó—. Espero no haberla molestado.

—En absoluto, Su Gracia. —Su voz era uniforme. Compuesta. Se sentó en la silla más alejada de Cavendish y más cercana a la puerta, lo que quizás no había hecho conscientemente, pero Harry lo notó.

—Fui amigo de su hermano —dijo Harry—. Hace algunos años. Lamento sus pérdidas. Su padre y Simon eran buenos hombres.

—Los mejores. —Algo atravesó su expresión que era real. Dolor, simple y honesto. —Gracias.

Hablaron de Simon. Harry observó sus manos, que estaban cruzadas en su regazo con la quietud de alguien que había decidido estar quieto más que de alguien que lo era naturalmente. Observó a Cavendish, que estaba sentado junto a ellos, decía poco y parecía estar escuchando todo. Observó la forma en que ella elegía cada palabra, no como alguien que se muestra evasivo sino como alguien que navega por una habitación donde la palabra equivocada tenía consecuencias.

Tardó veinte minutos en estar seguro.

Había pasado un año entendiendo cómo era cuando una mujer capaz e inteligente elegía sus palabras dentro de muros que habían sido construidos a su alrededor sin su consentimiento. Reconocía la latitud de movimiento permitida y los bordes que había dejado de probar porque sabía dónde estaban. Reconocía la compostura particular de alguien que había decidido que la compostura era lo que tenía que ofrecer y que iba a ofrecerla completamente.

Reconocía la forma en que no miraba a la puerta.

Cuando se levantó para irse, estrechó la mano de Cavendish y dijo todas las cosas apropiadas sobre el camino y el clima, y se volvió hacia Arabella Langton y tomó su mano y dijo, con la formalidad que la ocasión requería y una firmeza que le sorprendió sentir.

—Espero que tengamos la oportunidad de continuar la conversación sobre Simon en otra ocasión, señorita Langton. Creo

que usted podría contarme cosas sobre él que me alegraría saber.

Ella lo miró. Por un momento, detrás de la compostura, vio algo. No alivio, aún no. Algo más pequeño que el alivio. La cosa que venía antes, cuando una persona empezaba a considerar que era posible.

—Me gustaría —dijo ella—. Mucho.

Él hizo una reverencia y se fue.

En el camino de vuelta al castillo de Saxton, con la luz de octubre aplanándose sobre las colinas y su caballo moviéndose con firmeza hacia el sur, Harry Fairfax pensó en Douglas Algate, que amaba a una mujer a la que no podía llegar, y en Ralph Cavendish, que retenía a alguien que no era suya para retener, y en la claridad particular de saber lo que había que hacer.

Lo que tenía que averiguar era por qué Cavendish la retenía. ¿Con qué fin quería mantenerla alejada de la sociedad?

Pensó en Oliver, sentado en el borde de una cama con la mano en la espalda de su esposa, sin representar nada para nadie.

Pensó en lo que había costado llevar a Megan a esa habitación.

Pensó en las manos de Arabella Langton, cruzadas en su regazo, y en la forma en que no había mirado a la puerta.

Lo siento, *Douglas*, pensó, y supo que Douglas entendería, cuando llegara el momento, que no lo sentía en absoluto.

Volvería a Londres. Pondría sus asuntos en orden. No diría nada a nadie sobre lo que pretendía, porque lo que pretendía era el tipo de cosa que requería velocidad y silencio y un hombre que había aprendido observando a su cuñado que a veces hacerlo correctamente y hacerlo a través de los canales adecuados eran empresas completamente diferentes.

Y luego volvería al norte.

Y Harry la liberaría.

Material adicional

Tengo la mala costumbre de no dejar en paz a mis personajes cuando termino un libro, ¡y Oliver y Serena no fueron la excepción!

He escrito una breve escena adicional que muestra a Oliver enseñando a Serena a leer y escribir, y otra escena adicional que muestra a Serena enfrentándose a su mayor miedo.

Está disponible como parte del material adicional que ofrezco a los suscriptores de mi boletín.

Si quieres unirte a mi boletín para leer esta escena (además de tener acceso a mis otras historias y escenas exclusivas), puedes suscribirte aquí:

Está disponible como parte del material adicional que ofrezco a los suscriptores de mi boletín. Si ya eres suscriptor/a, puedes acceder aquí:

ACERCA DEL AUTOR



La autora más vendida de **USA Today, Bronwen Evans**, es una orgullosa escritora de novelas románticas. Sus trabajos han sido publicados tanto en formato impreso como en formato de libro electrónico. Le encanta contar historias, y su cabeza siempre está llena de personajes e historias, en particular aquellas que presentan amantes angustiados. Evans ha ganado tres veces el RomCon Readers' Crown y ha sido nominado para un RT Reviewers' Choice Award. Vive en la soleada bahía de Hawkes, Nueva Zelanda, con su Cavoodles Brandy y Duke. Le encanta escuchar a los lectores.



www.bronwenevans.com

Muchas gracias por acompañarnos en este viaje. Si desea mantenerse al día con mis otros lanzamientos, los códigos de cupón de mi boletín para ofertas especiales u otras noticias, no dude en unirse a mi boletín y recibir un libro GRATIS (en inglés) también.

OTRAS OBRAS DE BRONWEN EVANS

Bron's Book List

Española Versions

Lord de los Malvados

Lord del Peligro

Lord de la Pasión

Adicta al Duque

Atraída por el marqués

Atraida por el Conde

Desafiando el Duque de Dangerfield

Apostando por el Marqués de Wolverstone

El despertar de Lady Flora

La seducción de Lord Sin

Un Beso de Mentiras

Una Promesa de Más

Un Toque de Pasión

Un Susurro de Deseo

El Placer de la Seducción

Una Noche de Siempre

Un Amor para Recordar

Un Dama Nunca Llora

Una Dama Jamás se Comporta

Rescatada por el Marqués

Un Sueño de Redención

Una dama nunca Cede - GRATIS

Una Dama Nunca se Rinde

Toda Joven Tímida Merece Un Romance Navideño

Cada Flor Tiene Sus Espinas

Historical Romances

Wicked Wagers

To Dare the Duke of Dangerfield – book #1

To Wager the Marquis of Wolverstone – book #2

To Challenge the Earl of Cravenswood - book #3

Wicked Wagers, The Complete Trilogy Boxed Set

The Disgraced Lords

A Kiss of Lies – Jan 2014/December 2022

A Promise of More – April 2014/June 2021

A Touch of Passion – April 2015/June 2021

A Whisper of Desire – Dec 2015

A Taste of Seduction – August 2016

A Night of Forever – October 2016

A Love To Remember – August 2017

A Dream Of Redemption – February 2018

Imperfect Lords Series

Addicted to the Duke – March 2018

Drawn To the Marquess – September 2018

Attracted To The Earl – February 2019

Taming A Rogue Series

Lord of Wicked (also in a German Translation)

(Also in a Spanish Translation)

Lord of Danger (also in a German Translation)

Lord of Passion

Lord of Pleasure (Christmas Novella)

The Lady Bachelorette Series

The Awakening of Lady Flora – Novella

The Seduction of Lord Sin

The Allure of Lord Devlin

Invitation To Series Audio Only (now called Taming A Rogue series)

Invitation to Ruin

(Winner of RomCon Best Historical 2012, RT Best First Historical 2012 Nominee)

Invitation to Scandal

(TRR Best Historical Nominee 2012)

Invitation to Passion

July 2014

(Winner of RomCon Best Historical 2015)

Invitation To Pleasure

Novella February 2020

Contemporaries

The Reluctant Wife

(Winner of RomCon Best Short Contemporary 2014)

Drive Me Wild

Reckless Curves – book #1

Purr For Me – book#2

Slow Ride – book #3

Fast track To Love (This Christmas) Novella - book #4

Coopers Creek

Love Me – book #1

Heal Me – Book #2

Want Me – book #3

Need Me – book #4

Other Books

A Scot For Christmas - Novella

Regency Delights Boxed Set

To Tempt A Highland Duke – Novella

Highland Wishes and Dreams - Novella

The Duke’s Christmas List - Novella